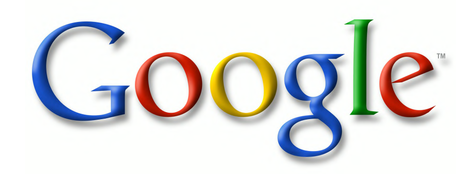
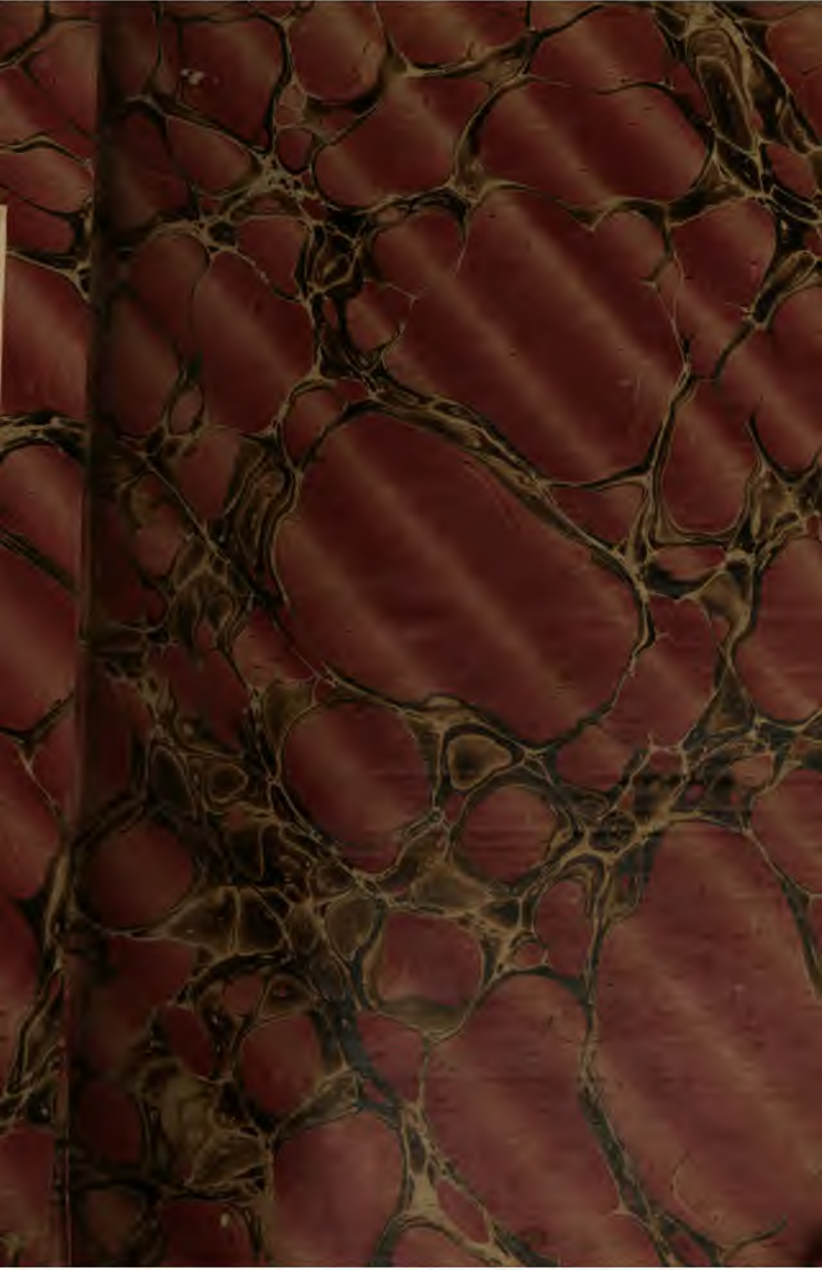






5

OBRAS

DE

D. CÁRLOS FRONTAURA.

1.ª SÉRIE.

$1.50

CARICATURAS

Y

RETRATOS

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA

MADRID.—1868

Impren'a del autor, á cargo de Ramon Bernardino, Hileras, 4.

I.

Las madres abandonadas.

Entre todos los séres desgraciados, ninguno lo es más que la madre abandonada.

Entre todos los culpables, ninguno lo es quizá ménos que la madre abandonada.

La ley castiga lo mismo al asesino que al miserable que arma su brazo y le induce al crímen. El castigo es justo.

La sociedad castiga cruelmente en la mujer el pecado del hombre: la sociedad sería justa si castigase la culpa, imponiendo la mayor pena al fuerte, sin el cual no hubiera podido ser culpable el débil.

Demostraré esta verdad.

La mujer ve en el hombre su apoyo, su guia, su porvenir; aprende que ha nacido para ser su compañera, para respetarle y amarle, para alentar su espíritu en las tormentas de la vida, para ser madre de los hijos que han de heredar su nombre y su honra, para

enseñar á sus hijos las virtudes de su padre, para dar al hombre el hogar y la familia.

El hombre, que nace de la mujer, y despues debe la salud y la vida á la mujer, que cuando niño le cuida y le educa, cuando hombre le ama, y le alienta y le acompaña fiel en los dias adversos, y cuando anciano le cuida tambien, y le respeta y le sufre, sabe que la mujer no tiene más patrimonio que su virtud, ni más esperanza que el amor del hombre, ni más porvenir que el apoyo del hombre, ni otra recompensa que el amor y el respeto de sus hijos.

Y el hombre, que sabe todo esto, es el enemigo de la virtud de la mujer, el que la quita todo apoyo y toda esperanza, el que la abandona vilmente en medio de una sociedad que abre sus puertas para el fuerte que se hizo verdugo del débil, y las cierra para la víctima, cuya falta consiste en no haber sido tan criminal como el que le mostró el camino que conduce al mal, aparentando conducirla por el camino del bien.

Merecerá perdon el hombre que, abandonado de sus semejantes, y al sentirse morir de hambre y ver morir á sus hijos, se arma de un puñal, y sale á sorprenderos y á robaros para vivir él y sus hijos un dia más; lo merecerá el que humillado, insultado, escarnecido, provocado por otro, le desgarra el corazon en un momento de ciego furor; lo merecerá el hombre honrado que convencido de la ingratitud de una esposa infiel y desnaturalizada madre, la ahogue entre sus brazos; pero ¿merecerá perdon el que roba el honor de una mujer—que no le ha hecho otro mal que

amarle y considerarle hombre honrado, y la paz á un padre anciano, orgulloso de la virtud de su hija,—y la abandona al desprecio del mundo, dejándole para toda su vida otro sér inocente y abandonado tambien, que no tiene más culpa que la de haber nacido?

Pues entre los hombres honrados viven esos hombres tan culpables como el ladron y el asesino, que la sociedad justamente agraviada mata ó aleja de su seno.

¡Y esos hombres hallan mujeres honradas que admitan un nombre, negado á otras mujeres, que fueron honradas tambien!...

Quizás, cuando muere alguno de esos hombres, padres de hijos que no los han conocido, que tal vez imploraban la caridad pública en tanto que ellos gozaban próspera fortuna, la sociedad escribe en la lápida de su sepulcro:—«*Hombre honrado, buen esposo, buen padre.*»

Tal vez el hijo abandonado de ese *buen padre*, al leer aquella lápida, vierte una lágrima abrasadora y siente oprimido su corazon, considerando qué felices son los hijos que conocen á sus padres, bien ajeno seguramente de que aquel *buen padre* es el mismo *padre desconocido* que halló en su vergonzosa fé de bautismo.

Pocos hijos vereis abandonados de sus madres, pero ¡cuántos hay abandonados de sus padres!

Es verdad que ningun amor iguala al amor de madre; porque se necesita toda la abnegacion de ese amor, todo el valor que dan á la mujer una caricia, una sonrisa, una lágrima del hijo de sus entrañas, para resignarse á vivir una vida de horribles desengaños y

tristísimas memorias, para presentarse en el mundo señalada con el sello de la infamia, para consagrarse á velar por un ángel, que será hombre despues y pedirá á su madre tal vez cuenta de su honra, ó mujer, y no hallará un hombre que quiera dar su nombre á la que ninguno tiene.

¡Oh! no es bien nacido, ni puede tener alma generosa y corazon sano, el que se atreva á ofender á una madre abandonada!

¡Pobre madre la que tiene que sufrir la humillacion de recibir del mismo ladron de su honra una limosna para su hijo abandonado!

La ley suele obligar á un padre á que dé una limosna á su hijo; la ley debiera obligarle á merecer en largos años de soledad y remordimiento el favor de que la madre y el hijo abandonados aceptasen su nombre.

Alfonso Karr ha escrito dos bellísimas páginas que titula *Les filles-meres:* copiaré uno solo de sus párrafos:

«Es una crueldad, dice el espiritual novelista, que una mujer burlada, que se decide á ser á la vez padre y madre de su hijo, á trabajar dia y noche para sostenerle, á no comer si es preciso para que tenga que comer el hijo de su corazon; es una crueldad, repito, que esa mujer que se impone una obligacion heróica, obligacion de todos los dias y todas las horas, esa mujer á quien todos deberíamos admirar y prestar decidido apoyo, sea rechazada en todas partes, humillada siempre, y siempre objeto del general desprecio.»

En todos los casos se ayuda al débil contra el

fuerte, á la víctima contra el agresor; pero cuando se trata de una mujer engañada villanamente, la deshonra es de la víctima, no del asesino.

Algunos de esos hombres pretenden disculpar su felonía con una lógica tan egoista y asquerosa como irritante.

Reconvenido uno, á quien conocí, por haber negado su nombre á su hijo recien nacido, contestó que su clase, su categoría y las conveniencias sociales no le permitian acceder á tan justa pretension.

Comprendo que haya un hijo que se avergüence de su padre, pero no que haya un padre que se avergüence de serlo de un ángel recien nacido.

Yo no hubiera vacilado en firmar para aquel hombre una sentencia de alejamiento perpétuo de la sociedad, seguro de que en su alma no habia ningun instinto bueno y generoso.

Se le observó que por qué no honraba al hijo redimiendo á la madre, y el cobarde contestó que la desigualdad de clases era un obstáculo insuperable para semejante posicion.

¡Es decir, que hay desigualdad de clases para honrar á una mujer, y no la hay cuando se trata de deshonrarla!

Si esta lógica es uno de los adelantos de la civilizacion, paréceme que no podemos estar muy orgullosos que digamos con nuestra civilizacion.

¡Es decir, que la mujer pobre no debe culpar de su deshonra al infame que vino á turbar la paz de su hogar y á llevarla por un camino desconocido para ella, sino á su pobreza, á sus padres honrados, que no

fueron nobles y poderosos y no la hicieron heredera de inmensos caudales, al Criador, que la hizo nacer en la humilde cuna del trabajo y la honradez!...

¿Puede darse ley más injusta, más irritante?

¡Pobres madres abandonadas, educad á vuestros hijos, amadlos, porque son vuestros hijos, y porque son más inocentes y más desgraciados que vosotras!

Pensad que las leyes de Dios son más justas, más equitativas que las leyes de los hombres; que el amor que teneis á vuestros hijos os purifica del amor que tuvísteis á sus desalmados padres; que la noble heróica accion que cumplís, en medio de la sociedad que se aleja de vosotras, es meritoria á los ojos de Dios; y que la Providencia, benigna con el que repara sus errores, es inflexible con el rebelde á la voz del deber y de la naturaleza. ¡Oh, sí! ¡la Providencia castiga siempre al padre desnaturalizado!

¡Cuántos padres reconocen á sus hijos en la hora de la muerte!—Es que la voz del remordimiento no cesa en esos supremos instantes de clamar en la conciencia.

Antes de concluir quiero referir la historia de un loco, que murió no há mucho tiempo en un hospital, fuera de Madrid.

Don Pablo, que así se llamaba, habia quedado huérfano en los primeros años de su vida en un pueblecillo de la costa y al cuidado de una honrada familia de pescadores. Criado á orillas del mar, se aficionó grandemente á la azarosa y noble profesion de la marina, y á los diez y nueve años hizo su primer viaje á las Antillas, á bordo de un navío mercante, sien-

do tantas y tales las pruebas que dió de arrojo y pericia, que pocos años despues, una de las casas más fuertes de Cádiz le confió el mando de un buque que hacía las travesías más peligrosas.—En uno de los viajes que hizo el jóven marino, tuvo ocasion de hallar en una pobre aldea, oculta entre peñascos enormes y elevadas montañas, una niña, inocente como el sueño de un niño y hermosa como la virtud, de quien se enamoró locamente, y á quien logró inspirar un amor tan puro como sincero y desinteresado.

Durante un año, todos los meses hizo una visita á la enamorada aldeana, que nada le pedia, nada más sino que nunca la olvidara y nunca pasara por cerca de la aldea sin bajar á decirla: «¡Aun te amo, hija mia!»

Pero el marino pasó una vez á lo largo, por delante de las montañas que ocultaban la aldea, y el mes siguiente pasó lo mismo, y el otro tambien.

Uno de los comerciantes dueños del buque, le habia casado con su hija, mujer más rica que hermosa.

Don Pablo dejó el mando del buque, y se hizo comerciante, y armador, y no sé cuántas cosas más; pero una sombría tristeza nublaba constantemente su semblante, y su carácter, ántes franco y expansivo, se tornó tétrico, receloso y duro.

Atribuíanlo las personas que le rodeaban á la vida tranquila y sedentaria en que habia entrado, tan opuesta á la vida de marino, que tan bien le habia probado desde niño.

Don Pablo no amaba á su mujer, y ésta, por su

parte, no dejaba de conocerlo; así es, que sin oposicion de ningun género, volvió D. Pablo al mar, dejando en la ciudad á su esposa y á una hija que tenian.

Viajó durante catorce años, recorriendo los más lejanos paises, y volvió á Cádiz, cuando recibió la noticia de la muerte de su mujer, que dejaba una hija de diez y ocho años, por quien él debia velar.

Su melancolía no habia desaparecido en catorce años de caprichosos y variados viajes; siempre estaba sobresaltado, se creia muy enfermo, hablaba frecuentemente de la proximidad de su muerte, y todos los dias encarecia á su hija sus deseos de casarla pronto, para que al morir él, no quedara sola en el mundo, expuesta á mil peligros y á mil asechanzas.

Su hija tenia ya elegido dueño para su corazon; pero D. Pablo, que nada sabía, la destinaba á un pobre y honrado jóven, hijo de un antiguo compañero suyo.

Cuando habló á éste de su proyecto, descubrió el secreto de su melancolía incurable.—«Diez y nueve años hace, le dijo, que cometí una villanía, abandonando una pobre niña para casarme con la madre de mi hija; desde aquel dia no he tenido uno solo de tranquilidad; por donde quiera que voy, me sigue la sombra de aquella desventurada.... Quiero casar á mi hija, porque una voz, que debe ser la de mi remordimiento, me dice que me amenaza un terrible castigo y á mi hija una gran desgracia. Puede ser que esta sea una preocupacion, pero es una preocupacion que hará horrible mi agonía... si en la hora de mi muerte

no veo á mi hija esposa de un hombre honrado...»

Un mes despues preparábase la boda de la hija de D. Pablo: éste parecia más satisfecho, más tranquilo; el presunto novio no cabia en sí de gozo; se habia gastado un dineral en regalos y alhajas para la novia; su padre le habia comprado una preciosa casa de campo, en la que debia celebrarse la ceremonia.

Llegó la víspera del dia de la boda, y ambas familias, testigos, convidados, etc., se trasladaron á la casita de campo.

Pero amaneció el dia señalado, y todos se presentaron, ménos la novia, quien tuvo la atencion, para evitar suposiciones y conjeturas, de dejar una carta escrita en estos términos:

—«Perdóneme V., padre mio; amo á otro hombre, y huyo con él hasta que V. consienta en concederle mi mano.—V. es muy bueno para mí, y querrá mi ventura.»

—¡Oh! ¡la Providencia! exclamó D. Pablo al concluir de leer la carta.

Y salió desesperado, sin saber á dónde iba, al jardin, que daba entrada á la casa de campo.

Y al ir á abrir la verja, una mujer ciega, apoyada en otra mucho más jóven y extremadamente hermosa, se acercó diciendo:

—¡Señor, una limosna por Dios para esta pobre madre abandonada!...

Don Pablo se estremeció, fijó los ojos en aquellas dos mujeres, y tendiendo sus brazos hácia ellas, cayó hiriéndose el rostro con un hierro de la verja.

La voz de aquella madre abandonada era la mis-

ma voz del remordimiento que clamaba en la conciencia del marino.

La pobre madre estaba ciega, y no pudo conocerle; la hija no habia sabido nunca dónde estaba su padre.

La Providencia castigó á aquel hombre, privándole de la razon.

Los pocos años que estuvo en la casa de locos, los pasó llamando «¡hijos mios!» á cuantos niños veia, y arrodillándose delante de todas las mujeres.

II.

Los cómicos de aficion.

—A los piés de V., señora.

—Vaya V. con Dios.... Dichosos los ojos que le ven á V.

—¿Y Carolina?...

—Tan buena como está, y tan crecidita.... Ahora voy á buscarla....

—¿Al colegio acaso?....

—Nó, señor, nó, al ensayo.

—¿Al ensayo?

—¡Calle V! si me tiene mareada con sus comedias.... Es una aficion la que tiene, que ni come, ni duerme, ni se ocupa en otra cosa que en estudiar los papeles....

—¡Cuánto lo celebro, amiga doña Virtudes!... Es una profesion muy honrosa la de actriz, y muy noble ejercerla, como la niña de V., para ayudar á su madre....

—¡Quiá! nó, señor; ¡si no gana nada!....

—Señora, ¿pues qué teatro es ese donde los actores trabajan gratis?

—¡Calle V! ¡si es un teatro casero!

—Me ha muerto V., doña Virtudes.

—Sí, señor, es una sociedad; ya la habrá V. oido nombrar, *El Parnaso*, que da una funcion cada quince dias.... Y si viera V., todos lo hacen muy bien.... y algunos inteligentes dicen que ni en el teatro del Príncipe salen tan bien ejecutadas las comedias.... ¡Vaya! ¡y poquito que quieren allí á la niña!... Como que ella lo hace todo, y tiene un desparpajo y un aquel, que no sé de quién lo ha aprendido, y como canta tan bien.... Sí, señor, tambien canta, y no hay que decir que ha tenido maestros; ella, ella solita ha aprendido.... ¡Vaya! canta ya todas las zarzuelas, aunque me esté mal el decirlo, mejor que las de Jovellanos. El otro dia cantó tan bien aquello de

¿Quién me verá á mí
tan compuesta y emperegilada
salir por Madrid?

que el público se la queria comer, y se lo hicieron rerepetir seis veces.... A mí, ya vé V., me da mucho que hacer con sus comedias, y en mi casa ni se cose, ni se barre, ni se hace nada, porque siempre estamos de ensayo ó de funcion.... pero ¿qué quiere V? como soy tan madraza, cuando la veo salir á las tablas, se me cae la baba y.... ¡Vaya! ¡vaya! voy ántes de que se concluya el ensayo....

—Acompañaré á V., y tendré el gusto de ver á la futura Rachel.

—El gusto será suyo.... Ya sabe V. que ella le aprecia á V. mucho.... Si viera V., muchas veces hemos pensado enviarle á V. billetes; pero, francamente, no nos hemos atrevido, porque como usted es inteligente....

Y hablando de la niña y las comedias, llegamos doña Virtudes y yo á una casa vieja, situada en una calle escéntrica, y cuya entrada parecia ni más ni ménos que la de una cuadra. Entramos en un salon largo y estrecho como la vida de un pobre, y para no interrumpir el ensayo, tomamos asiento en la primera fila de butacas, es decir, en la primera fila de bancos, semejantes á los que se ven en algunas tabernas.

Hallábanse en escena dos señoritos, que á lo sumo tendrian cuarenta años entre los dos.

Y decia el uno:

¡Oh! ¡por qué cuando naciste
en mis brazos no te ahogué!...
¡Y yo soy tu padre!... ¡Nó!
¡Tu padre no puedo ser!

Y el otro, que era tambien director de escena, añadia:

—Chico, si no lo dices con más alma...

—Me vendrás á enseñar tú, contestaba el padre...

—Corriente, chico, hazlo como quieras... Si luego te silban...

—Esa no es cuenta tuya...

Y seguia el director de escena:

—Padre, tu rigor modera,
yo respeto tu vejez...
—¿Y qué pretendes?
—Pretendo
casarme con doña Inés.
—¿Con doña Inés?... ¡No en mis dias!...
¡Te juro que no ha de ser!
—¡Pues será, yo te lo fio!...
—¡Pues no será, voto á cien!...
—Juntos nos hemos criado,
juntos desde la niñez...
iguales son nuestras penas
y nuestros gustos tambien...
—Pues igual será el disgusto
que los dos vais á tener...
Yo no soy solo tu padre,
porque soy tambien tu rey...
—¡Tu autoridad desconozco!...
—¡Hijo miserable!...
—¡Ten!...
ó te pego una estocada...
Aquí viene doña Inés.

—¡Ahora sí que has hecho bien la *transaccion!*

Y se presentó en escena doña Inés, que era la hija de la apreciable doña Virtudes.

—Diga V., pregunté yo á ésta, ¿qué drama es este?

—¡Calle V! si es nuevo tambien; lo ha escrito un chico de la sociedad, que es escribiente de una lotería, y tiene un talento... ¡Ya verá V. qué golpes tiene!...

Y decia doña Inés:

Gran Señor Cielos Ricardo

—Nó, hija, nó, observó el director de escena; se dice así:

¡Gran Señor!... ¡Cielos! ¡Ricardo!

¡Cielos! ¡Ricardo! es aparte.

—¿De dónde vienes, mujer?
—De preguntar á las aves
y á las flores del eden
si mi amor es flor de un dia
que nace y muere con él.
—(¡Qué bella!)
—Pues yo, Inesita,
la respuesta te daré...
Es preciso que renuncies...
—Gran Señor, ¡eso es cruel!

—¡Vé V. qué bien corta el verso! me dijo la madre.

—No eres tú, nó, la culpable;
pero hija, ¡cómo ha de ser!
¡Tu madre fué una perdida!...

—¿Cómo perdida?... ¡Oiga V.!... exclamó doña Virtudes. Yo no quiero que se diga eso en la comedia.

—Pero mamá, á V., ¿quién le dice nada?... repuso discretamente la niña.

—No importa, nó; todo el mundo sabe que tú no tienes más madre que yo... ¡Pues no habria luego pocas habladurías!...

—Pues el autor no está aquí ahora, y no se puede enmendar.

—Pues que lo enmiende luego...

—¡Corriente! ¡prosigamos!...

—Nó, señor, no se pasa adelante sin que esto se

arregle, y si no lo quieren VV. así, busquen otra que haga el papel...

—Pero mamá, no sea V. así.

—¡Nada! ¡nada! Vamos á casa, niña.

—Pero señora...

—Vayan VV. á divertirse con una mona... Pues no faltaba más... ¡Oh! y lo que es eso, lo ha puesto el autor para que yo saltase... ¡Habrá títere!... Nó, pues como yo se lo diga á su padre, se gana una paliza que tiene cama para un mes.—Si siempre he dicho yo que de cabeza tan redonda no podia salir cosa buena... ¡Mire V. que tiene mucha gracia poner esas palabrotas en una comedia!

—En eso tiene V. razon, añadí yo, pero no la tiene V. en darse por aludida...

—¡Vaya! ¿V. tambien se pone de parte de ese insolente?

—Señora, yo nó, pero...

—¡Nada! ¡nada! cuando yo no quiero que digan eso en la comedia, ya sé por qué lo hago.

Y con esto salimos del teatro, acompañados de uno de los señoritos, que miéntras yo procuraba convencer á la madre de que era extremada su susceptibilidad, procuraba convencer de su amor á la niña, segun pude comprender por alguna que otra palabra suelta, por las miradas que la dirigia y por los dengues que la pobrecita hacía.

—¿Quién es ese jóven precoz? pregunté á la madre?

—¿Ese?... Ese sí que es un buen muchacho... Es hijo de un tendero. pero que tiene más pesetas... Ya le verá V. en la funcion; ¡qué trajes tan ricos saca!...

Y su padre es el presidente de la sociedad, y se gasta un dineral solo porque se luzca el hijo... Es el único con quien nosotras hacemos migas; porque ya ve usted, mañana ó el otro mi niña tiene que colocarse... y ¿con quién mejor?... Porque, desengáñese V., en el dia, el hombre que tiene uno, dos ó medio, es el mejor, y ríase V. de cuentos; la mujer debe aspirar á casarse con un hombre á quien le reluzcan las espaldas, sin pararse en si es esto ó lo otro, ó si su padre está detrás de un mostrador ó vende tachuelas.

Y llegamos á casa de doña Virtudes, y allí me despedí de la mamá y la niña, prometiéndolas no dejar de asistir á la funcion, por más que esto fuera imponerme un martirio, y dar la mayor prueba de abnegacion.

Y pasados algunos dias, cuando no me acordaba ya de doña Virtudes, ni del rey, ni de doña Inés, recibí bajo un sobre un billete, que á la letra decia lo siguiente:

El Parnaso.—Sociedad dramática.—Billete de convite.—Fila 6.ª, núm. 8.

Y al respaldo el programa, que era como sigue:

1.° Sinfonía por la orquesta.

Como si la sinfonía la pudieran tocar el alumbrante y el recibidor de billetes.

2.° El drama nnevo, histórico, en cinco actos, en verso, escrito por un indivíduo de la sociedad, que desea guardar el incógnito hasta la conclusion, titulado: *Lo que puede un rey ó las amarguras de doña Ines*, desempeñado por la señorita doña Carolina Perez (la hija de doña Virtudes), y los sócios señores

Martinez, Rodriguez, Fernandez, Hernandez, Ramirez, etc. etc.—3.° La señorita Perez cantará la romanza del tercer acto de *Jugar con fuego*, á peticion de algunos sócios.—4.° El drama en un acto *El puñal del Godo*.—5.° y último. La comedia en un acto *No más muchachos*.—La funcion empezará á las nueve de la noche.

—Y se acabará á las nueve de la mañana exclamé; pero esclavo de mi palabra, y no queriendo desairar á la primera dama, me propuse no faltar.

Llegada la hora terrible, me dirigí al teatro, que estaba lleno de bote en bote, de una concurrencia *sui generis*, completamente desconocida, y en la cual habia unas caras de que yo no tenia idea, y que jamás habia visto en ninguna otra parte. El teatro estaba mezquinamente alumbrado por algunos quinqués, que á juzgar por la luz que á la sazon despedian, sospeché que nos dejarian completamente á oscuras á la mitad de la funcion, tal vez en la escena más patética del drama.

Ya serian muy dadas las diez, cuando, despues de agotar la orquesta (una flauta, tres violines, un figle, un tambor y un violon) todo su repertorio para entretener la impaciencia del noble concurso, se levantó el telon, y se dió principio á la representacion del drama, que dias ántes habia yo visto ensayar, en parte.

¡Qué manera tan deplorable de representar comedias la de aquellos malditos cómicos! ¡Qué gestos! ¡Qué desentono! ¿Qué manoteo! En verdad te digo, amigo lector, que nunca he sufrido mayor tormento, y jamás he tenido intencion peor respecto del próji-

mo. Yo deseaba para aquellos prójimos el cólera, el tifus, el bubon, todas las enfermedades mortales, y á ser yo quien de ellos hubiera de haber dado cuenta, no me hubiera contentado con ménos de diez años de cadena para cada uno de aquellos asesinos del arte.

Figúrense VV. si lo harian mal aquellos desventurados, que siendo el drama rematadamente malo, ellos eran indignos del drama.

El autor del drama debia ser el an'mal más grande de los infinitos que hay en el mundo, porque el drama era la bestialidad mayor que se ha imaginado.

La accion era en tiempo de la Beltraneja, y uno de los personajes decia muy sério:

Ayer, yendo con mi hermana,
miento, que fué antes de anoche,
ví á la Beltraneja en coche
en la Fuente Castellana.

Aquel verso que tanto ofendió la susceptibilidad de la madre de Carolina, lo habia variado el autor en un acceso de galantería.

Ya no era—*Tu madre fué una perdida*,—sino *Tu madre fué una Traviatta*, palabra que le sonaba muy bien á mi señora doña Virtudes.

Pero al público le gustaba extraordinariamente el tal drama, á juzgar por los aplausos que le prodigaba, y lo que de él se decian unos á otros.

—¡Mire V. que lo hacen bien! decia detrás de mí una señora mayor, al lado de la cual habia otra con dos jóvenes, no feas, por cierto, que debian ser costureras en blanco, ó cosa así.

—¡Vaya! contestaba otra, yo le digo á V. con verdad, que mejor vengo aquí que al *treato*, porque vamos al decir, que lo hagan bien allí, no tiene gracia, porque al fin, para eso han *deprendido*; pero, ya ve usted, doña Manuela, estos pobres no han tenido maestro ni *prencipios*, y lo que hacen es porque les sale de *adrento*, y da gusto verlos cómo se esmeran ellos, y cómo se poseen del papel, que no parece sino que *talmente* les pasa á ellos lo que dice la comedia.

—¡Y mire V. que es bonita la comedia! contestaba doña Manuela. ¡Mire V. que está bien esa relacion del rey, quejándose de que su mujer no le quiere!

—¡Calle V., si eso hace llorar á las piedras!

—¡Y cómo debian aprender aquí algunos matrimonios que hay ahora; pero sí, sí, no te compongas.... Ahora nadie hace caso de lo que dicen las comedias....

—¿No ve V. que este es el siglo de la *enlustracion?*.... Así está el mundo, que se ve cada cosa, que se queda una con la boca abierta.

Y á cada vulgaridad de las muchas que con pretensiones de pensamientos de gran trascendencia habia en el drama, las dos buenas señoras exclamaban: «¡verdad! ¡verdad!—¿Bien dicho!—¡No es mala la indirecta!—¡Tómate esa y vuelve por otra! etc., etc.»

Y solia decir el actor: «no por mucho madrugar amanece más temprano, ó ¿á dónde irá el buey que no are? ó todos somos iguales despues de muertos,» y otras verdades de igual calibre.

En el entreacto del primero al segundo, la señora

con quien estaban las dos jóvenes, dirigiéndose á una de éstas, esclamó:

—Saca eso, niña.

Y esta presentó á la mamá un pañuelo que envolvia una libreta en dos pedazos, en medio de los cuales se ostentaba una tortilla que trascendia á escabeche.

—Tome V., doña Manuela, dijo ofreciendo á la otra señora.—Yo siempre traigo algo que comer, porque si no está una hecha una tonta, sin saber qué hacer en los *entremedios*, y como esto se concluye tarde, si no se toma algo, le queda á una una debilidad....

Repartiéronse buenamente la tortilla aquellas mujeres, con grandes risotadas de unos jovenzuelos que estaban en otra fila inmediata, y que de vez en cuándo dirigian algun epigramático requiebro á las niñas, quienes se ponian coloradas como pavos, y cuidaban de meterse el bocado en la boca con cierto disimulo, y ponerse despues el pañuelo delante, para que no se advirtiera que en aquel zaquizamí de Talía estaban merendando, ni más ni ménos que si se hallaran de gira en el Vivero ó en la pradera del Corregidor.—Y dieron cuenta de ella ántes que se levantara el telon, y sacudiéronse despues las migas que les habian quedado en las faldas, y se dispusieron á arrostrar las emociones que les iban á hacer experimentar las situaciones del drama, de las que ya sospechaban ellas algo, deduciendo de lo que habian visto en los actos primero y segundo.

Volvió, por fin, á levantarse el telon, y continuaron

los aficionados entrando y saliendo, y diciendo disparates sin cuento, y despachándose á su gusto de la manera más lata posible, con gran contentamiento del ilustrado público, que recompensaba sus deplorables esfuerzos con nutridos aplausos.

Llegó una escena en la que se presentó un nuevo personaje, representado dignamente por un zángano, que de puro animal le debia nacer la yerba bajo la barba, y que adelantándose gravemente y deteniéndose cómicamente al ver al rey, exclamó:

El rey cielos me he perdido.

—¡Ah bárbaro! exclamé yo sin poder contenerme.

—Caballero, *repórtese* V., me dijo un señor que estaba á mi lado, y en quien hasta entónces no habia reparado yo.

—¿Qué quiere V. decir?... le contesté.

—¡Nada! repuso; que ha llamado V. bárbaro á mi hermano político, y yo no lo consiento.

—¡Hola! ¿conque D. Nuño Pero de Perez (así se llamaba aquel personaje) es cuñado de V?...

—Sí, señor, para servir á Dios... Y ya ve V. que estando yo casado con su hermana, no he de consentir que en mis barbas se le llame bárbaro...

—Lo que no debia V. consentir es que en las barbas de tanta gente honrada saliese él á decir disparates y á dar de bofetones á Talía, Melpómene y demás señoras del Parnaso.

—Mire V., añadió, me parece que V. se quiere *guasear* conmigo, y mire V., lo que es conmigo no se divierte V., porque...

—Vamos, hombre, no sea V. tan majadero como el hermano de su mujer de V... He dicho «¡Ah, bárbaro!» porque ha salido diciendo un sacrilegio, y porque tiene las mismas disposiciones para el teatro que yo para echar tapas y medias suelas.

—Es claro, observó una de las señoras de la tortilla, terciando en la conversacion; ¡querrá V. que aquí lo hagan como en el *treato!*... Ya ve V., el que más y el que ménos está toda la semana trabajando, y no tiene mas que el domingo para *ensayarse y destruirse.*—Y sobre todo, ¿á qué viene V. si no le gusta?... Aquí á nadie se obliga, y el que no lo quiera así, que no venga, que aquí nos divertimos sin hacer daño á nadie...

—Sí, señora, sí, se divierten VV. perjudicando notablemente á la literatura; bien que V. no sabrá quién es esa señora...

—Nó, señor, ni ganas... Alguna cómica empingorotada...

—Y se divierten VV. perjudicando muy mucho á esos jóvenes, á quienes los infinitos aplausos que VV. les prodigan engríen lastimosamente, haciéndoles presumir que, abandonando el oficio que emprendieron, y emprendiendo la carrera del teatro, van á seguir el camino que directamente conduce á la gloria... Y lo que sucede despues es que el público, cuando llegan ellos á lograr presentarse en un teatro, los desprecia profundamente; y olvidados ya del oficio que ántes tenian, ó aficionados al trato de los artistas y á la vida del teatro, siguen con su manía años y años, debiendo resignarse por último á ocupar en la escena un lugar insignificante, y á vivir miserablemente, y á no tener sobre

qué caerse muertos el dia en que las enfermedades y la vejez los inutilicen para la escena, y á morir en un hospital abandonados de todos, y sin que sus nombres queden mas que en los repartimientos de alguna comedia, entre los últimos personajes de la misma.—Si le parece á V. ahora que los aplausos que dan VV. á esos pobres muchachos no les hacen más daño que otra cosa...

—¡Báh! ¡báh! eso es poner la horca ántes que el lugar. Esos chicos no han de ser cómicos...

—¡Oh! sí, señora, sí, lo serán, porque V. no sabe cómo halaga á estos jóvenes la esperanza de ser aplaudidos y aclamados, y qué mágica influencia ejercen en ellos esas abigarradas decoraciones, y esos trajes exóticos, y las delicias, en fin, de que ellos creen llena la vida del actor.—No saben ellos que la vida del verdadero artista es la vida del trabajo y el estudio; no saben ellos que no se ganan los aplausos del público sino despues de muchas vigilias y de muchos dolores... Pero me parece que es inútil que hablemos de eso, señora, porque ni V. entiende de esto, ni yo he de perder el tiempo discutiendo con V., aunque lo mismo me da perderlo así que perderlo oyendo las sandeces del drama.

—Diga V., me preguntó una señora que me habia estado escuchando con profunda atencion, ¿es V. del teatro?

—Nó, señora, nó, le contesté; yo tengo la buena cualidad de no intentar hacer mas que lo que puedo; y si me hubiera dedicado á ser actor, ya me hubiera muerto á pesadumbres el público.

—Porque le diré á V.: yo tengo una hija, esta que ve V., que ántes trabajaba aquí, pero, ¡cosas de muchachas! se puso de punta con la Carolina, y hace dos meses que no trabaja; porque como la otra es tan loquilla, y dicen que si fué que si vino con el hijo del presidente, que ántes la queria á esta, todos la miman mucho, y para ella son siempre los papeles de lucimiento; esta, ya ve V., no ha querido ser ménos, ni que se ria de ella nadie... ¡Jesús! y lo que es en eso, ha hecho bien, porque ¡válgame Dios! si su padre levantara la cabeza y viera lo que aquí hacian con ella... ¡Ay! con verdad le digo á V., que mil veces he dado gracias á Dios porque no hay hombre ninguno en casa, porque de fijo hubiéramos tenido alguna desgracia por el dichoso teatro... Así es, que nos hemos retirado, y aquí venimos para que no digan que estamos picadas; pero, mire V., no lo puedo remediar, la sangre se me sube á la cabeza cuando veo á esa tontuela haciendo los mejores papeles... Pues sí, señor, queria que V. me dijera si la niña sirve para el caso, porque ya ve V., yo soy viuda, las cosas están muy malas, cosiendo no se gana nada, y en fin, yo quisiera que ya que ha empezado, siguiera la carrera...

—Señora, le contesté, yo no tengo motivos bastantes para juzgar de las disposiciones de su hija de V....

—¿Le parece á V. que la *meta* en el *Conversatorio*?

—Nada pierde por eso; allí aprenderá mucho más que aquí, eso sí; pero si no tiene vocacion de actriz, génio de artista, perderá el tiempo lastimosamente...

—Pero allí me dirán...

—Sí, señora, sí; allí le dirán á V. que sí, pero podrá no ser verdad...

Terminaba el drama, y el público comenzó á pedir la salida del autor, que no estaba deseando otra cosa por lo visto, puesto que al momento se presentó en escena.

Era un imberbe mancebo, que luego se manifestó en la sala, acercándose á saludar á unas señoras, entre las cuales habia una vieja, que abrazándole fuertemente, le dió dos sonoros besos, y despues un par de yemas y una rosquilla. Era la madre del nuevo Comella, que no habia podido resistir á sus instintos maternales; pero el muchacho se puso muy sério, y la rechazó, como avergonzado de aquellos besos que le daba su madre... Yo le hubiera dado un par de puntapiés por poetastro nécio y por hijo ingrato.

Conforme estaba anunciado, cantó despues la hija de doña Virtudes la preciosa romanza de *Jugar con fuego*. ¡Ay! ¡querido Barbieri! si tú la hubieras oido, tú, de carácter tan bondadoso y pacífico, no habrias podido resistir aquel exabrupto, y hubieras dado un puntapié á cada uno de los profesores de la orquesta, y puesto de vuelta y media á la prima donna.—¡Y aquel público la hizo repetir!

Siguió *El puñal del godo*, que bien supieron ellos lo que se hacian aprovechando la ausencia de Zorrilla. Si éste hubiera estado allí, ó mueren ellos ó él.

Cuando acabó la pieza *No más muchachos*, en la que lució toda su habilidad la hija de doña Virtudes, me apresuré á salir del teatro, diciendo: «No más comedias de aficionados!» dándome á todos los diablos y lle-

nándome de improperios por haber sido tan débil y haber asistido á aquella monstruosa funcion.

Eran las tres y media, y las calles estaban como boca de lobo. Al volver una esquina tropecé con un bulto, que era un hombre muy templado, que con voz cavernosa me dijo:

—«¡La bolsa ó la vida!»

—Para servir á V., le dije:—Tome V. la vida y me hará gran favor, porque así me librará de ver las cosas que se ven en este mundo.

—Nó, señor, contestó; vengan la capa, y el gaban, y el reló.

Y él mismo, para que yo no me molestara, tuvo la amabilidad de tomar estas prendas, enseñándome al mismo tiempo una navajita como de media vara.

Al dia siguiente amanecí con pulmonía, y si no me llevó Dios, fué porque Dios, que es justo, no podia permitir que yo dejara de dar su merecido á los *cómicos de aficion*.

III.

El coche de plaza.

Toma la palabra un cochero, y dice:

«Pues señor, como digo, ayer á las siete de la mañana saqué el carruaje de la cochera, y enganché el caballo, á quien me costó gran trabajo despertar, lo que me sucede todos los dias con el animalito; y es, segun he podido comprender, que como cuando vuelve á la cochera cada noche, cree que no va á volver á levantarse,—tal está de cansado, hambriento y desesperado de su condicion,—cuéstale mucho por la mañana convencerse de que todavía no se ha muerto.

Enganchado el caballo, entréme en la tienda de la esquina, tomé dos medias copas, que aunque no dan más aguardiente en dos medias que en una entera, me gusta más tomarlo en dos, porque siempre dos son más que una; subí despues al pescante, puse en su lugar la tablilla, que prueba la *venalidad* del dueño del

carruaje, dí un latigazo al jamelgo, y me dirigí al punto.

No bien habia dejado la fusta sobre la tapa del coche, y dado los buenos dias á mis compañeros que se hallaban allí, y sacado del bolsillo el número de un periódico, que lo compramos entre todos todas las noches, y cada noche se lo lleva uno, que no por ser cocheros nos deja de gustar saber noticias y ver cómo le ponen al Gobierno, cuando un hombrecillo bajo, gordo, con hongo y un saco de noche en la mano, abrió la portezuela y se me entró en la berlina, diciendo:

—¡A Valladolid!

—¿A dónde? le pregunté con asombro, al mismo tiempo que el caballo, que habia oido dónde queria ir aquel caballero, derramaba dos lágrimas y enderezaba las orejas.

—¡Hombre! á la estacion del ferro-carril he querido decir, contestó mi hombre; ¡estoy tan aturdido!..... Anda, añadió, anda deprisita, que mi mujer está de parto en Valladolid, y hace mucho tiempo que no la veo, y estoy rabiando por verla.

Y como al caballo le cogia un poco descansado, en un momento llegamos á la estacion: bajóse mi hombre, alargóme un napoleon, yo no tenia cambio; fuí á buscarlo, me entretuve en los puestos donde fuí á cambiar la moneda, sonó el pito de la locomotora, mi hombre entraba y salia de la estacion á ver si le llevaba el cambio, me llamaba, yo buscaba el cambio, sonó otra vez el pito, y mi hombre desapareció sin duda en direccion á Valladolid, sin atreverse á llevar-

se el coche en cambio del cambio, y resultó que yo habia cobrado un napoleon por una carrera que vale una peseta.

—No empieza mal el dia, me dije; y allí mismo, ántes de que me *tomaran* otra vez, echéme otra copa de aguardiente al cuerpo, y volví á dirigirme al *punto*; ya estaba á punto de llegar al *punto*, cuando una señora, con el velo echado y un airecito de buen tono, que nadie conoce estos aires como los cocheros, me llamó, y montando en la berlina, me dijo:

—¡A la Castellana!

—Temprano va á paseo esta señora, me dije; y me dirigí hácia la Castellana.

Cuando llegámos ví otra berlina parada, que no era por cierto de alquiler.

La señora bajó de mi coche y se dirigió á la berlina, y un momento despues, el cochero de la berlina vino á darme una peseta.

Confieso que me dolió esta humillacion de recibir dinero de un cochero más servil y ménos independiente que yo, y fuíme murmurando de mi suerte, de aquel cochero, y sobre todo de la señora aquella que tomaba un coche para ir á la Castellana y le daban otro para pasearse.

Y volví á dirigirme al punto, cuando un caballero muy limpio y compuesto me detuvo con un gesto, y me manifestó su deseo de que le llevára á casa de un ministro, que ya sabía yo dònde vivia, por haber llevado allá muchos pretendientes. Entró en la casa, y bajó luego murmurando:

—¡No está!.... ¡No está!.... ¡Si estuviera donde yo

dijera!.... y me dijo: «¡Al ministerio!» Llegamos al ministerio; entró mi caballero, y á poco volvió á bajar, apretando los puños y con un gesto de dos mil demonios, y se metió en el coche.

—Aquí voy á esperarle hasta el dia del juicio, exclamó cuando estuvo dentro del coche.

Yo, que lo oí, acurruquéme á dormir, confiado en que si esperábamos allí el dia del juicio, ya me despertarian las trompetas.

Y en efecto, las trompetas me despertaron, pero no eran las del juicio, sino las de la guardia que iba á la parada; el caballo creyó sin duda que eran las del juicio efectivamente, y sin darme tiempo de contenerle, salió á escape en direccion al Prado, sin parar hasta la fuente de Neptuno.

El caballero que iba en el coche gritaba: —¡Para, animal! —¡Me pierdes! —¡Ya habrá ido! —¡Ya no le puedo ver hoy!.... ¡Bárbaro, para!

Y en cuanto paró la berlina, salió lanzándome los más vergonzosos epítetos, y echó á escape con direccion á la Puerta del Sol.

Yo, como no me habia pagado, empecé á gritar: «¡A ese! ¡A ese!» y un soldado le detuvo, poniéndole la bayoneta al pecho, que no sé cómo no lo atravesó.

Negábase á pagarme; pero al fin, respetando á la autoridad de un inspector de policía, se convino á satisfacerme hora y media, convencido *á fortiori* de que si el caballo se habia desbocado despues de hora y media de tomar él el coche, la hora y media pasada ántes era un hecho consumado, uno de esos hechos

que hay que admitir, porque no hay otro remedio.

Haciendo mis reflexiones iba yo en mi pescante, cuando un jóven me tomó y me dijo que le condujera á la Vicaría.

Ganas me dieron de llorar al oirle, pensando en el paso que iba á dar aquel mozo.

¡Tantos he llevado yo á la Vicaría guapos, elegantes, alegres, que luego los he visto siempre á pié, tristes, estropeados y envejecidos!...

Pagóme una carrera y allí se quedó, hablando á la puerta de la Vicaría con dos que le esperaban, y que por lo satisfechos y alegres que parecian estar, debian ser los testigos de la desgracia de aquel jóven incauto.

Y ya habia llegado á la Puerta del Sol sin encontrar quien me *tomara*, cuando me *tomaron* dos señoras, una vieja y otra jóven, que tardaron veinte minutos en hacer entrar las faldas dentro del coche y en terminar el diálogo siguiente:

—Hija, levanta, que me pisas el vestido.

—Mamá, hágase V. allá, que me chafa las mangas.

—¡Qué coche tan tronado!

—¡Y sin bigotera!

—Ya estará Julio esperándonos.

—Pues yo no he tenido la culpa; ¡pero como tardas dos horas en vestirte!...

—Como que no encontraba las medias ni me acordaba dónde las habia puesto.

—¡Cómo que eres una descuidada! ¿A quién se le ocurre guardar las medias en el bolsillo de la bata?

—¡Toma! cuando me las quito, siempre las guar-

do para que no se pierdan..... V. las deja debajo de la cama, y luego, cuando barre por la mañana, las suele tirar á la basura.

—¿Dónde vamos! pregunté yo.

—Espérese V., hombre, me dice la mamá, que la niña se está poniendo una liga.

Y prosigue hablando con la niña:

—Vamos, despáchate, hija.

—Mamá, mire V. si tengo bien hecha la castaña.

—Sí, sí, nadie dirá que no es tuya.

Y acto contínuo me dice la vieja:

—¡A la Vicaría!

—¡Ay de mí! exclamé; esta es la novia del otro.

Y en efecto, cuando bajanon del carruaje las dos señoras, recibiéronlas el novio y los testigos, que estaban á la puerta, con grandes señales de satisfaccion y contento.

Volvime encomendando á Dios al pobre víctima, y un hombre jóven, con aspecto de trueno,—que los cocheros los conocemos muy bien,—se entró en la berlina, diciéndome:

—Por la ronda, por donde quieras.

Salimos por la cuesta de la Vega, dimos dos vueltas á Madrid, y mi hombre sin salir del coche.

Iba hablando solo, y bastante alto, creyendo que yo no le oiria.

—Es preciso, decia.... Por un lado 10,000, por otro 4,000, por otro 8,000, por otro el sastre, la patrona.... Con diez golpes me armaba; pero, sí, sí.... ¡Nada! ¡lo dicho! así se quedan todos iguales....

Y no sé cuándo hubiera terminado el paseo, si no hu-

biese pasado un jóven á caballo, á quien mi parroquiano llamó, y oí que le pedia diez duros, que aquel le dió.

Tranquilo yo respecto del pago del coche con los diez duros que habia recibido mi hombre, que ya empezaba á darme que sospechar, encaminé mi caballo al cafe del Iris, segun la órden que recibí.

Entró el jóven en el café, y como pasara más de una hora sin manifestarse, entreabrí las vidrieras para cerciorarme de que allí estaba, pero no le ví; entré en el café, y nada.... y salime avergonzado, porque los mozos se reian de mí al saber el chasco que me habia dado el señorito, entrando por la calle de Alcalá y saliendo por la Carrera de San Gerónimo.

Juré cruzarle la cara con el látigo cuando le echara la vista encima; pero este juramento no me dió los veinticuatro reales que importaban las tres horas de coche.

Y cuando iba trinando mejor que la Penco y descargando mi furia en el *penco* que tiraba del carruaje, un hombre de mala facha me paró y me dijo:

—¡*Al Saladero!*

Fuímos al Saladero, y cuando salió mi hombre, le acompañaba otro de no mejor facha, que entró con él en el carruaje.

—A la taberna de la calle del Salitre, me dijeron.

Durante el camino pude oir parte de la conversacion de aquellos dos hombres.

El que me habia tomado, decia:

—¡Qué bien nos ha venido que te pongan en libertad!

—¡Qué! ¿Hay algun negocio? preguntaba el otro.

—¡Ya lo creo! Y que nos valdrá treinta onzas á cada uno....

—Mira, que estoy muy escamado.

—No tengas miedo, es casa *segura*, y á la criada la camelo yo.

Despidiéronme con una buena propina, cosa que no me extrañó, porque me parece que á aquellos dos individuos no les costaba gran trabajo ganar el dinero.

En la calle de Santa Isabel me detuvo una pobre señora, y me hizo acercarme á una puerta, de donde salió, sostenido por dos hombres y rodeado de niños, un hombre enfermo con semblante cadavérico, quien despues de besar á la señora y á sus hijos, entró con la primera en el coche. Los niños lloraban, la señora y el enfermo y los que le sostenian lloraban tambien, y yo creo que hubiera llorado si no hubiese sido cochero.

Uno de los que habian ayudado al enfermo á subir al coche, me pagó una hora y me dijo:

—¡Al hospital!

Durante el camino la mujer lloraba, y el enfermo la consolaba.

—Allí me pondré bueno, decia; ya ves que en casa no tenemos para medico y botica, que los niños tienen que comer, y mi enfermedad les privaria de todo....

—¡Pobres de nosotros! exclamaba la mujer.

Y allí quedó, en el hospital, y media hora despues volví á traer á su casa á la señora, que lloró aquel dia más que otras mujeres en toda su vida.

Fuíme despues de este viaje á relevar el caballo, y á las tres de la tarde ya estaba en el punto otra vez, donde no me detuve mucho, porque dos caballeros me

tomaron y me llevaron, es decir, yo los llevé, digo, el caballo nos llevó á un entierro.

Durante todo el camino, los dos caballeros hablaron de todo ménos del muerto; hablaron de mujeres, de política, de teatros, de viajes, de proyectos para hacerse ricos, y cuando volvimos sucedió tres cuartos de lo mismo.

Aun lleve á uno de aquellos señores á cierta casa que yo sé que es de juego, y á otro á la redaccion de un periódico, sin duda á poner un elogio del muerto, y á decir que él estaba inconsolable y le habia acompañado á la última morada.

Hasta despues de anochecer descansamos mi caballo y yo.

Luego fuí hasta las puertas de todos los teatros de Madrid, atropellé á un chico, á una vieja y á un perro, y de estos atropellos salí sin novedad, gracias á la desesperacion del caballo,—que algunas veces los caballos de estos coches corren con un valor que es más temeridad, y que tiene por objeto reventar, que los caballos de estos coches son muy propensos al suicidio;—llevé á un marido á buscar á un cirujano, á una mujer á buscar á su marido que estaba en la *timba,* á un herido,—á este gratis para mayor dolor,—á una casa de socorro, y á un borracho á la suya.

Y á la una estaba ya en la cochera.

Ayer no fué gran dia de trabajo.

Como mi coche es berlina de dos asientos, me pierdo muchas bódas y bautizos, y algunos desafios, porque estas solemnidades requieren coches de mayor cabida.

IV.

El marido cominero.

Hay mujeres que fuman, que escriben obras patibularias, que manejan el florete, que juegan al monte, que leen los artículos de fondo de los periódicos, que montan á caballo, que juran, que arrostran los mayores peligros con ánimo tranquilo y frente serena, que dicen una fresca al lucero del alba ó aplican una bofetada á quien les dice una palabra más alta que otra; pero esas mismas mujeres que tienen todas las cualidades impropias de su sexo, no olvidan completamente su condicion, y en ocasiones dadas se enternecen, y lloran, y aman, y son buenas madres, y demuestran, en fin, ser tan mujeres como la primera.

Pero hay hombres que son hombres tan solo porque no han nacido mujeres, que no tienen ninguna de las buenas cualidades que pueden tener los hombres, y sí todas las malas que suelen tener las mujeres.

La mujer que se casa con uno de estos hombres, puede decir que se ha casado con otra mujer.

Y esos hombres son furiosamente aficionados al matrimonio, con lo que dicho está que todos se casan, porque como las mujeres son tan aficionadas como ellos, y como nunca falta un roto para un descosido, y un hombre vale mucho, y la ocasion la pintan calva, fácilmente encuentran mujeres dejadas de la mano de Dios que los admitan por dueños de sus corazones y con ellos se unan en indisoluble lazo.

Tal vez las pobrecitas se arrepienten despues; pero ya es tarde; el defecto que padecen sus maridos no es de los que la ley exige para autorizar el divorcio, y, mal que les pese, tienen que armarse de paciencia y vivir mártires hasta que enviudan, si es que no enviudan ántes sus maridos.

El vulgo llama *comineros* á estos maridos.

Acepto la calificacion del vulgo, por más que no tenga razones suficientes que aducir en apoyo de la propiedad de la frase.

El marido *cominero* no es nunca artista, ni literato, ni poeta; siempre es propietario, ó cirujano comadron, ó teniente coronel retirado, ó empleado modesto, ó cesante, ó prestamista, ó maestro de escuela ó de baile, ó sastre, ó peluquero.

El marido *cominero* es siempre avaro y desconfiado; desconfia de su mujer, de sus criados, de sí mismo. En su casa no hay más bolsillo que el suyo, y esto es lo que siente, porque él es quien tiene que hacer el gasto.

Pero ya que no puede prescindir de esta dolorosa necesidad, se consuela con no confiar á nadie el encargo de comprar lo que cada dia se necesita en la casa,

y él mismo es quien interviene hasta en la compra de un ochavo de peregil.

El mismo, apenas amanece y las escandalosas campanillas de las burras de leche anuncian al filósofo cuán frágil y deleznable es la materia humana, y cuán peligrosa y ocasionada á muerte prematura es en las ciudades la vida de la juventud, salta de la cama, coge la cesta, se envuelve en la capa vieja, y ni más ni ménos que las dignas hembras que componen el *ramo de criadas*, se presenta en la plazuela del Cármen ó de Herradores, y se dispone á comprar el necesario alimento.

Vean VV. cómo señala al carnicero la parte de la res de donde ha cortar la media libra de carne que necesita; cómo le hace observar que el peso no es *corrido*, y que la cantidad de *hueso* es excesiva; cómo entabla un animado diálogo con la verdulera á propósito de las heladas que caen y agostan la escarola, y sobre si es mejor la patata manchega que la gallega; cómo huele la merluza, para cerciorarse de si es ó nó fresca; cómo recorre todos los puestos de la plazuela hasta hallar lo mejor y más barato; cómo regatea, cómo pregunta, solo por curiosidad, los precios de lo que no trata de comprar; cómo mira y remira las monedas que le dan en la vuelta, y las suena en el suelo, y las restrega en la suela de las botas, y las muerde, y las toma por fin, advirtiendo que las devolverá si resultan falsas, y cómo se burlan de él los vendedores, y las criadas, y los soldados que van con las criadas, y cómo le siguen los perros vagabundos, y cómo vuelve á su casa tan ufano, y entrega á la criada, si la tiene, el contenido de la cesta, ponderándole la bondad de los comestibles, y encare-

ciéndole la necesidad de que economice el aceite y el carbon.

El marido *cominero* se constituye siempre en criado de su mujer; pero como es el peor de los maridos, es tambien el peor de los criados; es un criado oficioso, entrometido, curioso, respondon; su mujer no goza hora de sosiego ni momento de libertad.

El marido la espía constantemente, con la buena intencion de servirla en cuanto pueda serle útil, pero esta oficiosidad es lo que ménos agradece una mujer... en su marido.

El marido *cominero* toma una parte activa en el arreglo de la casa.

Apénas ve una mesa cubierta de polvo, se acerca cautelosamente al mueble, pasa un dedo por la superficie, y llama á su mujer ó á la criada, no para que limpien la mesa, sino para que vean que tiene polvo; y él mismo es quien toma una rodilla de mano de la fámula, y limpia la mesa, encareciendo á la vez lo útil de la limpieza y la desgracia que es para él no vivir entre gente limpia.

Todos los dias pasa revista á los muebles, y todos los dias encuentra alguna falta que reprender; las personas á quienes reprende suelen oirle como quien oye llover, y esto es lo mejor que pueden hacer, porque si alguna vez le contradicen, se empeña una discusion tan prolija como estéril: la mujer clama porque la han usurpado sus derechos; el marido la declara inútil de solemnidad para el gobierno de una casa; la criada expone que en ninguna casa le ha sucedido cosa igual, y manifiesta que el señor la tiene *frita*, y que los hombres

no deben entrar en la cocina, y la cuestion suele terminar con un síncope de la señora, un puntapié que el marido da á la perra de la señora, y un *respingo* de la criada, adicionado con un *¡Miste que Dios!* ú otra frase tan castiza y de buen tono como esta.

¡Qué es ver al marido cominero aprovechar los momentos en que la criada no está en la cocina ó en casa, y correr con una fruicion digna de mejor causa á inspeccionar los pucheros y á probar el guisado, y á ver si hay sal molida, esto no más que con objeto de molerla él mismo si no la hay, para sorprender y avergonzar á la criada, que por su parte ni se pica ni se corre! ¡Qué es verle, si tiene niños, cuidar de ellos con el mismo esmero que la nodriza más práctica! ¡Cómo los pasea, cómo los calla, cómo adivina lo que desean ó lo que necesitan, cómo los duerme!...

El marido cominero sería una joya inapreciable para la mujer casquivana y coqueta, pero regularmente los maridos de esa *especie* son celosos como turcos, y llevan siempre á la mujer colgada del brazo.

Hay mujeres que se acostumbran á estos hombres, pero regularmente—debo hacer justicia al bello sexo, —los abominan con toda su alma cuando les conocen la manía, y los desprecian cuando se convencen de que no hay remedio humano que pueda curarlos.

He dicho que estos maridos son avaros; sus mujeres no pueden tener un capricho, ni comprarse un mal vestido sin la intervencion del esposo, que quiere imponer sus gustos á su mujer, hasta en las cosas que son del uso exclusivo de la infeliz.

La pobre mujer tiene que vestirse al capricho de su marido, so pena de andar desnuda.

El marido cominero en visita, no habla como nosotros, de teatros, de literatura, de política ó de viajes; habla en primer término de su casa, de las criadas, proponiendo estupendos medios de mejorar el *ramo,* de la facilidad con que se *va* un duro sin saber en qué, del buen caldo que hace la carne de *pierna,* de las ventajas que resultan de comprar los garbanzos por mayor, de los meses que caen como agua, y del excesivo precio de los alquileres de las casas, de los achaques que aquejan á su mujer, y de los remedios óptimos que, sin deberlos á ningun médico, conoce él para curar los dolores de muelas, y las quemaduras, y el reuma, y la jaqueca, y de cómo sabe cuándo va á llover, ó á nevar, ó á variar el tiempo, sin más averiguaciones que consultar un ojo de gallo que tiene en el dedo índice del pié izquierdo.

Figúrense VV. si su conversacion será amena, instructiva y variada.

El marido cominero no es aficionado á la lectura, pero todos los dias indefectiblemente lee de la cruz á la fecha el *Diario de Avisos*, que le facilita el tendero de la esquina, como que es el único periódico que tiene algun interés á sus ojos. Suele tener tambien el *Arte de cocina*, que consulta en las ocasiones solemnes, cuando se celebran sus dias, ó los de su mujer, ó el de San Isidro, ó la Noche-buena ó Todos-Santos.

En esos dias, él es quien dirige los trabajos culinarios, él quien dispone la mesa, y él probablemente el que sufre una indigestion, resultado preciso de la gula,

porque el marido cominero es *gourmand* por excelencia, por no decir tragon en prosáico castellano.

El marido cominero, considerado políticamente, no es progresista por no ser miliciano; es absolutista, pero absolutista tranquilo, confiado, inofensivo, pasmo de paciencia, digno de ser imitado, que leeria de buena gana, si le suscribieran gratis, *La Esperanza*, periódico que tantos años há espera sin desesperar, y que, á pesar de todo, á pesar de que no le queda ya de sus esperanzas mas que el nombre, *va á gusto en el machito*, como se decia en los verdes tiempos de la *Pitita bonita* y de *¡Vivan las caenas y muera la nacion!*

El marido cominero no va al teatro mas que los dias señalados, y cuando se hacen comedias de mágia; va al café todas las noches un ratito, pero va á ver jugar al billar, y no más.

A las diez ya vuelve á casa, escribe en un cuadernito *ad hoc* la lista de la compra, suma, compara el resultado de la suma con el gasto del dia anterior, ó del año pasado, y discute con su mujer sobre qué principio traerá al dia siguiente, ó sobre el aceite que se gasta en el farol de la escalera, y sobre si esta semana le toca al vecino del entresuelo, y la próxima á la vecina del principal; despues escribe la lista de la ropa que hay que entregar á la lavandera, discurre acerca de las consecuencias del lujo y de la carestía de los comestibles, limpia su ropa, sacude al balcon el vestido de su mujer, lo guarda todo cuidadosamente, llama á la criada, la recomienda que se levante temprano y que deje bien recogida la lumbre, y que cuide que no se vaya la perra, registra la casa,

da vuelta á la llave de la puerta de entrada, echa el cerrojo, apaga el quinqué, enciende la lamparilla y se acuesta.

Si tiene algun tierno vástago que de noche se desgañita, el marido cominero se levanta en calzoncillos y pasea por la sala á la criatura, cantándole el *Triste Chactas*, hasta que el angelito se duerme.

Y apénas amanece va á la compra otra vez. El marido cominero, visto desde fuera, es un tipo del génenero cómico más levantado: visto dentro de su casa, es un tipo repugnante hasta no más.

Creo que ninguna mujer se casaria con un hombre de ese género, si viviera ántes á su lado un mes no más.

Una mujer no puede amar á quien es más débil y más curioso que ella.

Se me olvidaba decir que el marido cominero siempre hace el amor á la criada.

Las mujeres de su casa, como vulgarmente se dice, son las mejores esposas, las mejores madres; pero los maridos que hacen los oficios de las mujeres, ni para estos ni para otros oficios sirven.

No son hombres ni son mujeres; son tontos.

V.

La mamá y las niñas.

Conozco hace algunos años una respetable señora, viuda de un intendente—(á juzgar por el prodigioso número de viudas de intendentes que andan por esas calles de Dios, podria creerse que cada intendente ha sido esposo de diez ó doce mujeres)—que tiene tres hijas graciosas, frescas y muy compuestas, conocidas en el Prado, en los anfiteatros de nuestros coliseos, y por supuesto en el paraiso del Real, en los bailes de máscaras, en las iglesias cuando hay funciones solemnes, y sobre todo, en su casa, calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero.

Estas señoras son las de Morales; así las llaman sus conocidos y amigos, aludiendo al nombre del intendente, que fué á morirse precisamente cuando más falta hacía en el mundo, porque, como dice su viuda, doña Nicolasa, si las tres hijas hubieran sido hijos, sobre no darle tantos cuidados, hoy le servirian de algo, y ella

no tendria quebraderos de cabeza, porque los tres podrian estar colocados, y malo habia de ser que no procuraran ayudar á su madre. Pero como no son hijos, sino hijas las que doña Nicolasa dió á luz, la pobre señora ha tenido que armarse de paciencia y educarlas de la mejor manera posible, para que las tres puedan llegar á cumplir su mision en este mundo, cuya mision consiste en hallar cada una un hombre honrado con quien unirse en matrimonio... y ¡á vivir tropa!

Y como para hallar una cosa, las más de las veces es preciso buscarla, y como hallar un marido es mucho más raro que encontrar veinte mil duros en medio del arroyo, he aquí por qué doña Nicolasa busca hace bastante tiempo lo que sus hijas necesitan, y por qué éstas no han encontrado aun los tres prójimos á quienes la buena de la intendenta ha de dar el dulce nombre de hijos, diciéndoles de paso: «*¡Ahí queda eso!*»

Las de Morales son, como he dicho, conocidas en todas partes; si va V. al Prado, allí se las encontrará V. sentadas, muy sérias las cuatro, sin hablar ni ellas ni la mamá, mas que para decirse:—*¡Ahí va Juanito!—Ese es el pollo del otro dia.—¡Mira, mira qué elegante va la de Rosales!—¡Cómo va luciendo el marido!—¡Pues ya está bien desengañada!* etc. etc. Si al capitan general se le antoja pasar revista á la guarnicion, al mismo tiempo que van los batallones á formar, van tambien doña Nicolasa y sus hijas, con objeto de recorrer la línea, y como si tuvieran particular interés en admirar la apostura y gallardía del soldado; y en honor de la verdad, debo decir que ellas pasan revista á las tropas con más detenimiento y mayor escru-

pulosidad que el mismo general, y se informan sobre todo con especial atencion del buen porte de los oficiales, que son los que deben dar ejemplo al soldado de aseo y marcialidad.

Si hay procesion, ó se celebra el aniversario del Dos de Mayo, ó se abren las Córtes, ó se lleva al cementerio á un personaje, no faltarán en la carrera las de Morales, aunque las abrase un sol de justicia; si Fulanito recibe la investidura de Doctor en la Universidad, ellas son las primeras que toman asiento en el Paraninfo; si un sábio es recibido Académico en la Española ó en la de la Historia, ó en cualquiera otra Academia, allí verán ustedes á doña Nicolasa y las niñas, oyendo con profunda atencion un discurso sobre el arte griego ú otro sobre aquel célebre hecho de las mujeres de Lenmos, que abandonadas, por intrigas de Vénus, de sus maridos, ahogaron en una noche á todos los hombres de la isla, ú otro sobre la imprescindible necesidad que tiene de la mujer el hombre, y viceversa, para constituir la familia, etc., etc., discursos que luego dan á las de Morales ocasion de hacer caprichosos comentarios, y en los que rara vez dejan de hallar algo que aplicar á sus circunstancias. En Semana Santa recorren todas las iglesias, y se pasan cinco ó seis horas oyendo sermones, sentadas en el santo suelo, si no hay bancos en el templo; y ántes, en Carnaval, se han pasado las tres y las cuatro noches seguidas sin pegar los ojos, sofocadas con la careta, bailando con los amigos, y bromeando á más y mejor; y en esas noches hasta doña Nicolasa ha dado sus vueltecitas de wals, porque como tiene buena estatura y buen pelo, con la careta parece otra cosa y da un

petardo á cualquiera, además de que ella es el demonio para eso de embromar y marear á los hombres en las máscaras, tanto, que todos se van tras ella, y se la disputan para bailarla y para llevarla al ambigú, lugar del desengaño, pues una vez allí, la pobre señora no puede más con la careta, y se la quita para *comer á gusto*, y presenta sus tres hijas, cuya presencia consuela al desgraciado mancebo, al mismo tiempo que le pone en el caso de *espontanearse* más de lo que pensaba ó de lo que le permite su condicion de oficial 32.° de la clase de décimos de un ministerio, ó teniente graduado, ó sargento primero y escribiente de la Direccion de infantería.

Y todo esto lo hace doña Nicolasa por las niñas, porque ya hay que pensar,—y lo está pensando hace ocho años—en que se coloquen, y este resultado no se consigue teniéndolas metidas en casa, y sin ver á nadie, sino llevándolas, por el contrario, á todas partes, y adquiriendo amigos, aunque sea en el infierno, para lo cual tiene doña Nicolasa un *don de gentes*, que todos simpatizan con ella y á todos les gusta su conversacion, tanto, que si hubiera querido volver á casarse y hubiera mirado mas por sí que por las niñas, no le habrian faltado proporciones.

Así es que á las de Morales las conoce todo el mundo y todo el mundo va ó ha ido á sus reuniones, que tambien tienen de cuándo en cuándo un poquito de baile al compás de un piano, que no sabe mas que una polka, y el tango, que es todo lo que ha podido aprender de oido la hija menor de doña Nicolasa, y un ratito de juegos de prendas, y un par de horas de conversa-

cion, y por supuesto, una bandeja con vasos de agua, esponjados, bizcochos, magdalenas y pan de higos, que de Valencia envia á doña Nicolosa un hermano de su marido.—Y cada noche de reunion hay seis ú ocho *presentados*, á los que reciben las de Morales con su proverbial amabilidad, procurando doña Nicolasa que todo *presentante*, digámoslo así, enumere las circunstancias y condiciones de todo *presentado*, comunicándoselas ella despues á sus hijas, que por su parte hacen cuanto pueden por merecer la simpatía de los recien llegados, posponiendo siempre al pobre que vino ántes, por lo cual hay quien dice que el que más distinciones merece en aquella casa es el último que llega.

Conociendo á tan gran número de personas, y siendo las chicas de Morales, como las llaman sus amigos, bonitas y amables, es prudente calcular que tendrán un sinnúmero de apasionados, que cada dos dias recibirá cada una de ellas una declaracion, por lo ménos, de atrevidos pensamientos, y que si su juventud y su belleza duraran siquiera diez años más, podrian decir que todos los habitantes masculinos de Madrid, excepto los niños y los ancianos,—(como se advierte en las notas de los carteles de los novillos, para evitar desgracias)—habian sido pretendientes suyos.

Las de Morales no se ocupan en nada; solo la madre suele de vez en cuándo dedicarse á repasar la ropa, y á quitar ó poner volantes á los vestidos de las niñas, ó á arreglar los *fichús* del año pasado para que puedan servir en el presente, ó á poner el cuerpo de un vestido blanco en la falda de un vestido negro, ó vice-versa, y á otras pequeñeces por el estilo; pero

diez ó doce veces al dia tiene que tirar la aguja, porque vienen visitas, y no está bien que las niñas las reciban solas, además de que siempre sucede que la mayor está sin peinar, y la mediana se está peinando, y la menor va á peinar á la mayor.

Una cosa extraña sucede en casa de doña Nicolasa: que cada año se releva la guarnicion, es decir, que cada año van distintas personas á sus reuniones; hace dos años iban todos los escritores, poetas y periodistas de la villa, y el año pasado solo iba la oficialidad de la guarnicion, de alférez á capitan inclusive, y en el presente, solo van los vecinos de la casa.—Eso sí, con la vecindad siempre está en buenas relaciones la intendenta, y muchas veces sucede que la niña mayor está en el cuarto principal, y la menor en el segundo, y la mediana en el bajo; y esto lo hacen no más que con objeto de hacer conocimiento con las personas que visitan á los vecinos, y extender de esta manera su ya imperecedera fama.

Y en tanto pasan los años y las tres hijas de doña Nicolasa continuan sin novedad en su estado de merecer, y cada diez dias tienen dos de un humor de todos los diablos, porque su amiga Fulana se ha casado, ó porque su vecina Zutana se va á casar, ó porque á Mengana la pretende un marqués, ó por otros motivos por el estilo.

Pues, ¿por qué no se casan esas pobres chicas? preguntará el lector.

No se casan porque hace mucho tiempo que desean casarse, y porque no han sabido disimular el deseo que las animaba á poner buena cara á todo el mundo mas-

culino, y á recibir en su casa á todo bicho viviente soltero ó viudo, suponiendo que entre muchos alguno había de entrar por el aro.

Pero nada, no ha habido novedad: cuando nacieron las tres hijas del intendente, la naturaleza se olvidó de enviar por otro lado sus tres medias naranjas; esta es la causa de que ellas no las hayan podido encontrar todavía.

Dias pasados estuve á visitarlas, y hallé sola á la madre, quien me habló poco más ó ménos en estos términos, contestando á mis preguntas acerca del estado de sus hijas:

—Ellas y yo estamos aburridas, porque ya ve V., al fin somos cuatro, y las cosas ya sabe V. cómo están, y con mi viudedad, por más que yo la estiro, no se pueden hacer muchos milagros, porque ya ve V., las niñas, —y la que ménos tiene veintisiete años, — tienen que vestirse; y como á una la conocen en Madrid hasta las piedras, y siempre nos han visto, vamos, si no con lujo, al ménos decentes, si ahora nos presentásemos de cualquier manera, sería exponernos á la crítica, porque ya lo sabe V., en el dia más se mira al traje que á la persona, y en cuanto á una la ven caida, ya no hay quien la dé la palabra de Dios. Y no crea V. que gastemos en regalarnos, nó, señor; aquí —á V. se lo digo porque es de confianza,—no salimos de sota, caballo y rey, y gracias.... Y luego, si las niñas se colocaran, pero sí, sí, ya baja; á la mayor le hace cocos ahora un viudo, buen hombre, eso sí, con seis hijos de su difunta, muy formal y que hará felíz á una mujer; pero ya ve V., el pobre no tiene mas que

veinticinco duros al mes en la Vicaría, donde está empleado; aquí le queremos mucho, y él tambien nos quiere extraordinariamente, lo mismo que sus chicos, que son de la piel del diablo, y que se han aficionado de tal manera á nosotras, que ya no quieren comer con su padre, sino que aquí se vienen á comer diariamente los angelitos; á Cándida la quiere un capitan de la guardia civil, arrogante figura, un moceton que no cabe por esa puerta; pero tiene tres hermanas que dependen de él, y es natural, no quieren que se case, porque entónces ellas perderian ese arrimo, y él no sabe qué hacer, y no acaba de decidirse en un año que hace que me habló de sus buenas intenciones; la otra no tiene novio ahora, y como ve que sus hermanas lo tienen, malo ó bueno, siempre está de punta con ellas, y siempre andan á pícame Pedro, que picarte quiero, y arman cada pelotera, que solo yo puedo sufrirlas....»

No quise oir más; miré el reló, dije que era demasiado tarde para mí, y me despedí de doña Nicolasa, á tiempo que se presentaban los seis chicos del viudo, armando un estrépito infernal, y trayendo cada uno un pedazo de pan que, al entrar, les habia dado la criada en la cocina.

Si se casan las hijas de doña Nicolasa en vida de un servidor de VV., lo avisaré oportunamente; pero preveo que las hijas de doña Nicolasa no se casarán, ya he dicho por qué.

Y ahora dígame francamente el lector: ¿no es verdad que hay en Madrid muchas señoras parecidas á las de Morales?....

VI.

El pobre y el rico.

I.

—¡Mira que es desgracia la nuestra, mujer! ¡siempre, siempre lo mismo!

—¿Pues qué te falta, hombre?

—Hija, casi nada.... Ya ves, seis años hace que tú y yo nos dijimos delante del señor cura que nos queríamos honradamente, y quedamos casados y unidos hasta que la muerte venga á separarnos.... Aquel dia estrené yo la mismísima capa *nueva* que tengo hoy, y tú el mismo pañuelo amarillo, que no sacas mas que los dias de gala, ó cuando hay boda ó bautizo en la vecindad; desde entónces, ni yo he podido hacerme otra capa ni tú un mal vestido; ocho reales diarios ganaba yo en aquel tiempo, y ocho reales todos los dias gano ahora, y eso que te tengo por apéndice á tí, y ambos tenemos esa criaturita, y temiéndome estoy que el mejor dia tengamos que llamar otra vez á D. Serapio, el coma-

dron.—¿Te parece, mujer, que puedo estar contento con mi suerte?—¿Te parece que no acaba con la paciencia del más santo eso de ser hoy lo mismo que ayer, eso de no tener mas que para el puchero, eso, en fin, de vivir privado de todo, absolutamente de todo, y no contar con otra cosa que lo indispensable para no morirse de hambre?...

—¿Y qué le hemos de hacer?... Es verdad que somos pobres, pero no por eso dejamos de vivir tranquilos, sin deber nada á nadie, y sin que nadie tenga que decir de nosotros ni tanto así.... ¡Jesús! pues si vale más esta tranquilidad que todo el oro del mundo.

—No seas bestia, mujer, y perdona. ¡Pues estaria bueno el mundo si todos se resignasen á los garbanzos, y no procurasen ir adelantando, y tener mañána más que hoy!—Ya ves tú, mi maestro era seis años há un Adan con más trampas y ménos vergüenza.... que todos creíamos que pararia en el Peñon ó en otro colegio por el estilo.—Pues anda, híncale el diente ahora, que, como él dice, con dos obradores que tiene y un tejar..... que le pinchen ratas.

—Sí; pero ya oyes lo que dicen de él todos los que le conocen; que ha hecho el dínero engañando á este, sacrificando al otro, y dejando pör puertas al de más allá.... ¡Jesús! pues si vale más que le miren á uno á la cara, y no le miren á las manos!....

—¡Báh! ¡báh! echa vino, mujer; parece que has nacido entre negros, ó que tu padre era un *méndigo*, segun las ideas que tienes.... Pues yo diré siempre que

tengo la suerte más perra que puede tener hombre, y que estoy dado á todos los demonios, y que el mejor dia del año me canso, y hago una que sea sonada.

—Eso no es mas que hablar; tú eres bueno, marido, y yo no soy mala, y tu hijo *te tirará* naturalmente....

—¡Ya lo creo que me *tirará!* verás, verás cuando vaya creciendo, y empecemos con que necesita zapatos, y gorra, y pantalones, y cartilla, y plumas... verás cómo doy entonces la gran caida, y no me levanta ni la Paz y Caridad.—Echa, echa vino, mujer, porque si me pongo á pensar en esto, me va dar una *itericia*, que te quedas viuda en dos semanas.

—Anda, hombre, que Dios proveerá.

—El te oiga, chica; pero me parece que si no hace un gran milagro, tan adelantados estaremos dentro de diez años como ahora.... Nada, chica, ya no saldremos de las dos pesetas en toda la vida. Ya ves tú, que para comprar un cordel y ahorcarnos, ni tanto se necesita.—Echa, echa vino, mujer; esta vida hay que pasarla á tragos....

—¡Echa, patas de demonio!.... ¡Pues no bebes tú mucho!

—El vino es el mejór amigo del hombre. Si no fuera por tí, turcas como las que yo cogeria, no las tiene ni el mismo Sultan de *allí;* pero cuando algun amigo me dice, pongo por caso: «Vamos á tomar una copa,» me acuerdo de tí, y echo por la otra acera, porque luego suele haber aquello de: «Vaya, yo pago otra,» y así se están dos hombres *copeando* toda la no-

che hasta que se acaban los cuartos, ó se empieza á sentir que pesa más la cabeza que los pies.... Pero chica, tú no me has echado vino.... Con la conversacion te se va el santo al cielo.

—Pero si te lo has bebido....

—Claro; el que echaste ántes, no lo niego, pero el que has de echar ahora, me parece que aun lo tienes en el jarro.

—Nó, ya no bebes más.

—Anda, mujer, que por una mona más ó ménos, no se conocerá la falta en Tetuan.

II.

«¡Madre mia! perdóname; he llegado á tal extremo, mi desventura es tanta, que apelo al único consuelo que puede calmar un momento mi dolor; este consuelo es decirte mi pena, madre mia.—Tú sola no serás indiferente á mi desdicha; tú sola te compadecerás de mí; tú sola enviarás á Dios Todopoderoso fervorosa oracion por el alma de tu pobre hijo.—Tú crees que soy feliz, nunca te he dicho lo contrario; pero ya ves que soy desventurado, que hasta el único consuelo mio es hacerte una confesion que ha de costarte muchas lágrimas, que ha de alejar de tí para siempre la bendecida paz que siempre has disfrutado.

»Vine á Madrid movido de la más noble ambicion y deseoso de tomar parte en esa lucha siempre abierta que sostienen aquí los hombres que tienen ambicion, que son muchos, muchos más de los que caben en el

ancho palenque de la ambicion. Tuve osadía y fortuna, y en pocos años conquisté una posicion que me valió el odio de todos los que se hallaban un escalon más bajos que yo, y la antipatía de todos los que estaban un escalon más altos. Escribí para el público, y el público, despues de tres ó cuatro meses de leer constantemente mi nombre, tuvo noticia de que yo existia en el mundo, cosa que le importó bien poco. Soñaba yo en el pueblo donde viví contigo, magníficas glorias, y todas mis glorias fueron algunos apretones de manos, varios elogios en los periódicos y aplausos en algun teatro.—No me satisfacia esta gloria;—más que la gloria presumia yo que habia de satisfacerme una posicion política, un sueldo espléndido, una gran cruz, y me hice político, porque esto es lo que todos se hacen en este país.—Logré parte de lo que deseaba, y no tuve, desde que lo logré, momento de tranquilidad; todos los demás fueron contra mí; todos protestaron contra mi posicion; todos me proclamaron indigno de ella; todos me hicieron guerra mortal, una guerra que se hace aquí dando la mano el enemigo á su rival, adulándole bajamente, y al mismo tiempo desacreditándole villanamente é hiriéndole á traicion de tal manera que no pueda defenderse, y caiga al fin, para que los demás salten sobre él, procurando pisarle todo lo más que pueden, con el piadoso fin de inutilizarle para más tiempo. No tuve, madre mia, aliento bastante para continuar en aquella vida de temores y asechanzas, de halagos y traiciones, echaba de ménos la paz de tu hogar, y me cansaba la soledad en que vivia, en medio de la

sociedad. La dulce mirada de una mujer vino á iluminar mi alma, y deseé para mí la bendecida ventura que gozan dos séres, que unidos por puro y honrado amor, se consagran uno á otro y hacen una de sus dos almas.—Aquella mujer fué mi esposa; era una niña educada en el fausto y la opulencia, no acostumbrada á contrariar su voluntad, y que habia adquirido el hábito del lujo y de la satisfaccion de todos sus caprichos.—Yo la amaba con toda mi alma, y me faltó valor para desviarla repentinamente del camino único que ella conocia, y dejé que su vanidad fuese adquiriendo cada vez mayores proporciones; creí poder corregir sus defectos más adelante, y lo que hice fué hacerlos incorregibles ya. Quise un dia oponerme á un capricho de mi mujer, que me costaba algunos miles de duros, y aquel dia ella me reprochó que yo era más un tirano que un marido, y creí advertir en sus lágrimas primero, y despues en su aparente tranquilidad, que el amor que la habia unido á mí empezaba á convertirse en resignacion é indiferencia.—Mortificábame esta idea, y me decidí á sacrificarlo todo al amor de aquella mujer, que, educada de otro modo, hubiera sido un ángel.

Hoy, madre mia, vivimos en medio de la sociedad, holgada y anchamente en la apariencia, y desesperada y miserablemente en la realidad.—Yo debo dinero á todo el mundo, y veo que llega el dia en que los mismos que hoy me adulan, y honran mi casa, y contribuyen á arruinarme, me volverán la espalda. y se apartarán de mí como de un malhechor.—Mañana madre mia, tengo que hacer un pago de algunos mi-

les de duros, y en mi gaveta no hay más que algunos napoleones, indispensables para que mi mujer, mi hija y yo no muramos de hambre en seis dias.—Despues tendré que confesar mi pobreza á la sociedad, que hoy me juzga poderoso y felíz, y mi mujer tal vez maldecirá la hora en que unió su suerte á la mia.—¿Que haré, madre mia?...—Darme la muerte, es el mayor de los crímenes; la virtud sería proclamar solemnemente mi pobreza, y dedicarme á recuperar mi fortuna y la de mi mujer á fuerza de constancia, trabajo y economía.—Pero ¿qué dirá de mí el mundo?—¿Cómo pagaré mañana esa cantidad?...»

Al llegar aquí, el autor de esta carta apoyó la cabeza en las manos y los codos sobre la mesa donde escribia.—Al amanecer el dia siguiente, cuando el vecino del sotabanco salia alegre como unas castañuelas para ir á su trabajo, encontró en la escalera á la señora del piso principal, que se volvia con su hija de una reunion habida en no sé qué embajada.

Quitóse la gorra para saludarla, á tiempo que se oyó una detonacion, que heló la sangre en las venas de aquella señora.

Y apénas vió abierta la puerta de su habitacion, se lanzó en la de su marido; no habia luz en aquella estancia, y se percibia un fuerte olor á pólvora.—Cuando uno de los criados trajo la luz, la hermosa dama vió á su marido en pié en medio de la habitacion, con el cabello erizado y los ojos inyectados de sangre.

Habia quedado dormido, apoyado en la mesa, y al despertar hizo un movimiento involuntario, y

derribó la pistola que tenia sobre la mesa; el arma se disparó, y el proyectil atravesó uno de los cuadros que adornaban la habitacion.

La esposa de aquel hombre lo comprendió todo en aquel momento, y se arrojó á coger la carta que vió sobre la mesa, ántes de que su marido pudiera impedírselo.

Aquel mismo dia, la esposa educada en el lujo y la vanidad, vendió todas sus joyas, todos sus trajes, todo lo supérfluo que habia en la casa, y proclamó á la faz del mundo la pobreza y la honradez del esposo.

III.

El jornalero del sotabanco, que todo lo supo por uno de los criados del piso principal, despedido por economía, decia despues á su mujer:

—Chica, tienes razon; más vale la tranquilidad que nosotros tenemos con mis dos pesetas, que el lujo y el boato que otros tienen, para acabar luego Dios sabe cómo. Echa vino, mujer, y á dormir tocan, que para dormir no se necesita luz, y las velas y el aceite están este año por las nubes.

VII.

Los pobres vergonzantes.

¡La miseria! ¡Horrible palabra que espanta al hombre más fuerte y hace vacilar la virtud más acrisolada!...

Mi corazon se oprime cuando veo un hombre ó una mujer ó un niño que pide una limosna por amor de Dios á la puerta de una iglesia ó á la entrada de un teatro.

Pero las lágrimas asoman á mis ojos cuando descubro la miseria que no pide por amor de Dios, la miseria que vive casi cerca de la aristocracia y entre la clase media; la miseria que se oculta, que se avergüenza; la miseria de esos desgraciados séres, á quienes llama el vulgo pobres vergonzantes.

Habrá quien pueda asegurar que nunca mendigará en los sitios públicos; pero ¿quién podrá asegurar que no será pobre vergonzante?

En las grandes poblaciones se hallan en gran número los pobres vergonzantes.

Viven en las casas de las personas acomodadas, pasean entre ellas, visten poco ménos que ellas; los mendigos llaman tambien á sus puertas, y en la calle les piden una limosna por amor de Dios,—y quizá algun dia sería una fortuna para ellos cambiar su estado por el del mendigo miserable que implora su caridad.

Mujeres hermosas que empleais vuestro oro en hacer ostentoso alarde de vuestra vanidad, que por lucir una hora, ó eclipsar á otra tan bella como vosotras lo derramais á manos llenas; grandes señores que comprais con oro vuestros placeres y con oro la amistad de los que os abandonarian el dia que no tuviérais oro que derramar; hábiles banqueros, que dais 20 para tomar 40, y conoceis los secretos de la *baja* y el *alza*, y apiñais oro y más oro, insensibles á todo placer que no sea el de ver cómo aumenta el número de arcas en que lo guardais: usureros miserables, que teneis por bueno y honrado oficio el de especular con la pobreza, que dais 500 cuando os firman 1.000, y despues os presentais ante la ley autorizados con una firma que habeis arrancado al pobre para labrar vuestra fortuna sobre su ruina; jóvenes viciosos que empleais el dinero de vuestros padres en gastar vuestra inteligencia y arruinar vuestra existencia... ¡acordaos alguna vez de los pobres vergonzantes!

No os satisfaga dar limosna al pobre que os pide delante de gente, ó la hermosa dama que pide en una iglesia para los de tal ó cuál barrio, ó acudir á la invitacion que se hace á vuestra caridad, ó ver vuestro nombre impreso en un periódico que anuncia que ha-

beis dado tanto á cuánto para tal ó cuál objeto piadoso.

Todo eso es muy bueno, muy meritorio, sin duda; pero así como la miseria ignorada, vergonzante, es la más horrible, la más digna de compasion, la caridad ignorada, la caridad que no aspira á la admiracion de las gentes, la caridad que no se funda en el orgullo, ó en la envidia ó en la vanidad, es la más hermosa, la más meritoria á los ojos de Dios, la que mejor satisface nuestra conciencia, la más agradecida, en fin.

Me preguntareis quizá dónde vive el pobre vergonzante.

Vive en vuestra misma casa, en una habitacion más modesta que la vuestra; le encontrareis alguna vez en la escalera, le saludais cortésmente, os visita quizá, su familia va á la iglesia cuando la vuestra, sus hijas imitan como pueden los trajes de vuestras hijas... Pero entrad en su habitacion, y vereis la miseria en toda su deformidad; vereis á aquella pobre familia luchar desesperadamente con la miseria y contar las horas de su existencia por siglos de agonía y desaliento...

El padre de aquella familia ha gozado alguna vez los favores de la fortuna, ha sido educado lo mismo que vosotros, tal vez tiene títulos académicos como vosotros, tal vez ha sido considerado y respetado por las gentes, tal vez ha elevado á los que hoy le ven con humillante indiferencia; pero un dia la mudable fortuna se cansó de halagar su vanidad, y le envió una desgracia, y en pos de ésta otra, y otras despues, y llegó momento en que, fatigado de luchar en vano y de revolverse inútilmente contra su destino, el desaliento

se apoderó de su alma, cedió su voluntad, su inteligencia, rendida ya, no tuvo un rayo de luz que iluminara las tinieblas de su espíritu... y la miseria hizo invasion en su hogar.

Un año pudo vivir estrechamente con sus propios recursos; durante este tiempo, vivió léjos de sus amigos, completamente aislado de la sociedad, y la sociedad se olvidó de él, y él, que comenzó por dudar de la sociedad, acabó por aborrecerla.

Entrad en la habitacion de ese hombre y vereis cómo todo es contra la pobre familia, vereis cómo van desapareciendo uno por uno todos sus muebles, todas sus alhajas, todos sus vestidos, vereis qué de reclamaciones contra el infeliz, vereis cómo se le escarnece y se le insulta, vereis cómo se le arroja á la calle, vereis cómo los hombres, sus hermanos, no le dejan mas que el mísero lecho, quizás para que no pueda decir que no tiene sobre qué caerse muerto.

Este horrible drama termina algunas veces en una catástrofe; otras veces viene á ponerle término algun sér piadoso, ó la casualidad, que es árbitra de los destinos del hombre; pero las más de las veces el pobre vergonzante sigue siéndolo, se resigna á vivir en la miseria, y en la miseria vive, quizás abandonado de los suyos—(que han tenido por su parte que procurarse los medios de no morirse de hambre),—hasta que en un asilo de beneficencia, ó en el lecho de un hospital, vuelve á Dios su alma, sin que el mundo advierta su desaparicion de entre los vivos.

Generalmente, el pobre vergonzante es hombre honrado; si no lo fuera, no moriria en el hospicio ó en el

hospital; moriria en un presidio ó en un palo, si su mal instinto le llevara por el camino del crímen, ó en un mullido lecho, rodeado de oficiosos servidores, si hubiera tenido travesura suficiente y olvidado su dignidad, buscando la vida por uno de los mil medios que conocen los que viven en el mundo sin modo de vivir conocido.

El pobre vergonzante es lo que se llama un *pobre hombre*; mejor dicho, es un *pobre hombre* pobre.

La pobre vergonzante es viuda siempre: su marido ha sido militar de corta graduacion, casado sin la real licencia necesaria, ó humilde empleado de escalera abajo, ó músico, ó profesor de partos, ó jugador de oficio, ó aficionado á meterse en lo que no le importaba, y perseguido por *opiniones*.

Alguna pobre vergonzante se arriesga en las sombras de la noche, y convenientemente recatada, á pedir limosna en las calles de Madrid; pero generalmente, en tres ó cuatro horas apénas hallan diez ó doce personas que se detengan un momento para sacar una moneda del bolsillo.

Hace algunos años hice conocimiento en el Prado con dos señoras, madre é hija, que todas las tardes concurrian á aquel paseo; nunca las habia visto acompañadas, siempre solas, apoyada la una en el brazo de la otra, y mostrando en el rostro la satisfaccion de personas contentas con su suerte, y á quienes no preocupan las dificultades del presente ni los temores del porvenir.

Una tarde se hallaban sentadas á mi lado, en dos de las beneméritas sillas que desde tiempo inmemorial

tiene á su disposicion el público que frecuenta aquel paseo; llegóse el cobrador á mis desconocidas, y una de éstas le alargó una moneda, que era más falsa que las palabras de los hombres, segun el cantar, porque el cobrador se nego á aceptarla, y exigió otra.

¡Pues por buena nos la han dado! exclamó la madre, visiblemente desconcertada.

—Pues por mala no la tomo, contestó el cobrador; y dirigiendose á mí, añadió:—Vea V., caballero, ¿no es verdad que es de plomo?

Era una peseta inverosímil.

—Tome V., contesté alargándole cuatro cuartos, y otra vez sea V. más comedido con las señoras.

Y la madre y la hija se habian puesto de mil colores endos minutos.

El cobrador se dió por satisfecho, y nada contestó á mi reconvencion, que no tenia, á la verdad, gran fundamento.

Diéronme las gracias las desconocidas, hablamos de la mucha moneda falsa que circulaba en aquella época, del verano y del invierno, de las *distancias* de Madrid y de otras cosas á cual más interesantes.

La tarde siguiente vinieron tambien á sentarse á mi lado: volvimos á hablar de lo mismo que el anterior, y además, de su estado, de la condicion de las condiciones de su difunto, que, segun contaban, habia sido un gran personaje, de las reuniones que tenia *in illo tempore*, de la falta que hace un hombre en una casa, de las habilidades que tenia la niña en vida de su papá, y que habia olvidado por no haber podido praccarlas desde que murió el pobre, etc. etc.

El tercer dia me hablaron de que habian abandonado todas las buenas relaciones que tenian ántes, de la carestía de los comestibles, de que el casero *come á la mesa* todos los dias, y de otras mil cosas que fuera prolijo referir.

El cuarto me decidí á acompañarlas; á duras penas conseguí que entraran á refrescar en un café; entraron al fin, y á pesar de que nos hallábamos en pleno verano, madre é hija refrescaron, administrándose un café con su tostada.

Vivian en una calle muy extraviada, y en una casa de pobre aspecto. Aquel dia, á pesar de que me hicieron repetidos ofrecimientos, no subí á su habitacion.

Tres meses continué reuniéndome con ellas en el Prado, y acompañándolas; durante los tres meses, ni un solo dia dejaron de tomar café y tostada.

Esta manía, el lujo con que vestian, la pobreza de la casa en que vivian y otras cosas, me hicieron—perdóneme Dios—sospechar de aquellas pobres mujeres, y me decidí á despejar la incógnita y á procurar descubrir los misterios de su vida *privada*.

Pero me decidí muy tarde, porque el mismo dia en que yo contaba comenzar mis averiguaciones, dejaron de presentarse en el Prado mis amigas misteriosas.

Y pasó una semana, y continuó su ausencia.

Sospeché que estaria enferma alguna de las dos, y me dirigí á su casa; pero ya no vivian allí, y nadie supo darme razon de su existencia.

Pocos dias despues tuve que salir de Madrid; seis meses duró mi ausencia, y en todo ese tiempo, ni un solo dia dejé de acordarme de mis amigas.

Cuando regresé á Madrid volví á buscarlas, y despues de cuatro dias de inútiles pesquisas, me resigné á esperar que la casualidad me las deparase.

Una noche venía yo de un teatro con direccion á mi casa, cuando al volver una esquina me salió al encuentro una figura de mujer, que con voz profundamente conmovida, y extendiendo la mano hácia mí, esclamó:

—¡Caballero! una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.

Quedé clavado en la acera, y la voz de aquella mujer hizo estremecerse mi corazon....

Maquinalmente saqué de mi bolsillo una moneda de plata, y se la alargué á aquella mujer, que la besó diciendo:

—¡Dios se lo pague á V., caballero!

—¡Doña Virtudes! exclamé, recordando perfectamente la voz de una de mis amigas del Prado.

Era ella, lector amigo, la que dió la peseta falsa al cobrador, la que tomaba café con tostada en el rigor del verano, la viuda del gran personaje, la madre de aquella niña elegante y hermosa.

La pobre mujer nada contestó; dió un paso atrás, y rompió á llorar, apoyándose en la tapia para no caer.

Procuré consolarla, me ofrecí á acompañarla á su casa, y la infeliz se dejó llevar, contestando monosílabos y palabras entrecortadas á mis repetidas preguntas.

Vivia en una boardilla miserable, que á nuestra llegada estaba completamente oscura; la viuda en-

cendió un fósforo, y toda la sangre se me heló en las venas.

En un rincon de la mísera estancia habia un pobre lecho, en el que dormia la hija de la viuda.

—Dejémosla dormir, dijo la madre; se moriria de vergüenza si le viera á V. aquí.

—¿Pero está enferma?... pregunté.

—Sí, señor, muy enferma; ¡la pobre ha sufrido tanto!...

No pude contener una lágrima al contemplar aquella hermosa niña, devorada por la fiebre, y al considerar que quizá estaria en aquel momento soñando venturas, para ver, al despertar, el abandono y la miseria.

Y soñaba en efecto la desventurada jóven.

—Me lo haré de gasa, decia..... Ya no se llevan capotas blancas..... Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo.....

¡Cuánto debia sufrir aquella madre!

Yo insté á la desgraciada á que me dijera cómo habia venido á caer en tal extremo de horrible miseria; pero la viuda temia que su hija se despertara, y me rogó que le permitiera guardar silencio hasta el dia siguiente, suplicándome al mismo tiompo que le diera las señas de mi casa para venir ella misma, con objeto de que su hija no se enterase de nuestra conversacion.

—¡Se moriria de vergüenza! repitió la afligida señora.

Con cierto rubor la ofrecí todo el dinero que llevaba en el bolsillo, y ella lo aceptó, diciendo:

—¡Por mi hija! ¡por mi pobre hija!

Y me despedí de la triste señora hasta el dia siguiente.

A la hora convenida se presentó la viuda en mi casa, no elegantemente vestida como cuando la conocí en el Prado, no con el semblante sereno y la mirada tranquila, sino arrebujada en un pañuelo, respetable por sus años y servicios, con la cabeza humillada y los ojos escaldados por el llanto.

Aquella mujer podia salir á la calle, segura de que no la conocerian las personas que la hubieran conocido dos años ántes.

La recibí cariñosamente, procuré alentarla, y me preparé á escuchar la lastimera relacion de sus desventuras.

—¡Ay! señor, comenzó la infeliz, grande es nuestra desgracia, pero á nadie sino á nosotras mismas podemos culpar... pero nó... yo, yo sola soy la culpable... Mi Adela, mi pobre hija, ha seguido las inspiraciones de su madre... Si yo la hubiera llevado por otro camino, hoy viviria pobre, sí, pero no en la miseria... ¡Hija de mi corazon!...

El llanto ahogaba su voz, y mi corazon se oprimia viéndola llorar.—Ambos hicimos un esfuerzo, yo para consolarla, y ella para continuar su triste narracion.

—Diez años hace que murió mi esposo, que era capitan cuando mi familia me casó con él; dos años despues de nuestro casamiento, tomó parte en una conspiracion, alentado por sus amigos, pero hubo entre ellos un Judas, y el mismo dia en que el plan debia llevarse á cabo, mi esposo y sus compañeros fueron

presos y sometidos á un consejo de guerra.—El delito era grave, y la ordenanza inexorable condenó á muerte á los infelices. Los demás eran tambien padres de familia, ó hijos queridos, único apoyo de sus esposas, y sus madres desventuradas. Madres y esposas nos reunimos y acudimos al trono, implorando el perdon de los delincuentes. S. M. nos prodigó consuelos, lloró con nosotras, y nos prometió hacer todo lo posible para conmutar aquella horrible sentencia.

Pasaron tres dias, que fueron siglos de agonía para nosotras, y el cuarto, la campanilla de la Paz y Caridad nos dió la terrible noticia de que aquellos hombres, jóvenes todos, pertenecientes todos á distinguidas familias, iban á ser pasados por las armas por traidores.

Desolada corrí á la morada de los reyes, al ministerio, al cuartel donde estaban presos los culpables, y por último, al sitio de la ejecucion. A nadie ví; nadie me consoló; todas las puertas estaban cerradas para mí. Solo ví, para convencerme de que mi desdicha era cierta, un cuadro de infantería, formado en el sitio elegido para quitar la vida á aquellos hombres. Me acerqué á uno de los oficiales que mandaban aquella fuerza; era uno de los amigos de mi esposo. Abracéme fuertemente á él, al mismo tiempo que sonó en mi alma el lúgubre redoble de un tambor destemplado... y ya no ví más...

Despues de tres dias de contínuo delirio, recobré la razon, y me hallé en mi casa, en mi lecho, rodeada de personas desconocidas.

—¡Mi hija! exclamé á tiempo que entró en la alco-

ba, trayéndola de la mano, aquel oficial que mandaba la fuerza sentenciada á fusilar á mi marido... Entónces lo recordé todo; pero ántes de que yo pudiera articular una palabra, el oficial, llorando como un niño, y poniendo á la niña sobre mi cama, exclamó:

—¡Se ha salvado, señora! S. M. envió el perdon ántes de que mis amigos llegaran al cuadro.

—Pero perdóneme V. estos detalles, añadió la viuda, al llegar aquí; sin querer me he distraido del objeto principal de mi relato.

—Mi esposo, continuó, fué sentenciado á servir de simple soldado eu Ceuta por espacio de cinco años; pero la generosidad de S. M. le indultó dos años y medio ántes de cumplir el término, y le devolvió sus grados y honores, trasladándole á un regimiento de guarnicion en Madrid.

La salud de mi esposo fué debilitándose por momentos; desde aquel horrible episodio de su vida, adquirió una melancolía tan persistente, que ni sus amigos, ni yo, ni su hija podíamos hacer desaparecer.

Siempre se creia amenazado, nunca podia dormir dos horas tranquilo, y por más que él mismo lo procuraba, jamás lograba desechar la idea que le atormentaba.

Una noche vino á casa, muy satisfecho al parecer, y apénas entró, vació en mi falda sus bolsillos, llenos de oro y de billetes de Banco.

—He jugado y he ganado, me dijo; todo esto es para tí, para Adela.... Gastadlo todo, que mañana traeré más.... Se acabó la tristeza... Ahora.... ¡á reir! ¡á

triunfar!... Y se entró, riéndose á carcajadas, en su habitacion...

Mi marido no faltó desde aquel dia al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Dias hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebia una gran cantidad de rom, y que despues jugaba en una casa establecida en un barrio extraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años despues, le trajeron á casa en un coche, perdido el conocimiento y con el traje lleno de lodo. Mi marido habia perdido por primera vez, y despues, para aturdirse, para olvidar, habia bebido una cantidad de rom mayor que la de costumbre.

El infeliz no volvió en sí; aquel infame licor le habia abrasado las entrañas.

Quedamos solas en el mundo mi hija y yo.

En los dos últimos años de la vida de mi marido, habíamos adquirido el vicio del lujo,—que á veces el lujo lo es.—Como mi marido jugaba y ganaba siempre, como el dinero sobraba en mi casa, como el lujo, solo el lujo nos abria todos los salones y nos proporcionaba ocasion de lucir y excitar la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres, y como mi esposo no se acordaba de mí sino para darme el dinero que ganaba, y nunca intervenia en mis acciones, ni su afan de aturdirse y su estado constante de fiebre y

locura le permitian dedicarse á la educacion de su hija y al cuidado de su casa, completamente olvidadas del porvenir, mi hija y yo no pensábamos que ningun bien puede ser eterno, sino el que se funda en la virtud y en la prudencia. Hoy vemos prácticamente esta verdad. En pago de aquel dinero, arrebatado tal vez á familias que vivirian en la miseria á consecuencia del mismo vicio que á nosotras nos proporcionaba la fortuna, ahora nos vemos reducidas á la mayor necesidad, y ayer salí yo á mendigar porque mi hija se moria de hambre, y hoy estaria muerta si V. no me hubiera socorrido anoche.

¡Qué leccion tan elocuente en las palabras y el llanto de aquella desgraciada!

—Ahora que sabe V. todo esto, continuó, comprenderá por qué mi hija y yo nos desconcertamos de tal manera la tarde que dimos la peseta falsa al cobrador de las sillas del Prado, por qué aprovechábamos la galantería de V. para tomar, al retirarnos del paseo, el café con tostada. En aquella época, nuestros recursos eran muy cortos, y aun no estábamos curadas del vicio del lujo; sufríamos crueles privaciones, pero nos presentábamos ante la sociedad con la cabeza erguida y el traje ajustado á las exigencias de la moda.

—Pero V. tendrá viudedad...

—Sí, señor, contestó; de eso iba á hablar á V. A la muerte de mi marido nos quedaron bastantes alhajas y muchos trajes de gran precio, que son los que más ó ménos reformados hemos usado, hasta que las necesidades de la vida me obligaron á deshacerme de unas y otros. Vendiendo hoy una cosa, empeñando mañana

otra, y otra y otra luego, pudimos pasar, ayudadas de mi corta pension; pero llegó dia en que las alhajas y los muebles nos faltaron, y tuve que recurrir á los prestamistas, que me ofrecian dinero con la garantía de mi viudedad.

—¡Infeliz! exclamé.

—Por el momento salíamos del apuro, pero despues tenia que sufrir el descuento mensual hasta cubrir la cantidad que habia recibido, y otra igual que, sin recibirla yo, suponia el prestamista que la habia recibido, y con mi firma autorizaba esta suposicion.

—Una suposicion *gratuita* que no lo era, pensé para mi.

—De préstamo en préstamo, continuó la viuda, de necesidad en necesidad, hemos llegado á carecer absolutamente de todo recurso, y á no tener medio alguno de salvacion. Yo moriré pronto, pero mi hija es jóven; aunque ha sufrido mucho, aunque la miseria comienza á agostar su hermosura y á desalentar su espíritu, su naturaleza es más fuerte que la mia... Y ¿qué será de ella cuando se halle sola en el mundo, sin pan y sin hogar, cuando no pueda presentar otro mérito que su virtud, y vea que el mundo, si no se atreve á reirse de ella, la deja que muera abandonada, sola con su virtud?... ¡Oh! ahora comprendo toda la enormidad de mi falta.

—Aun es tiempo de remediarlo todo, dije para consolar á aquella pobre madre, que repetia en aquellos momentos lo que le decia la inflexible voz del remordimiento.

—¿Cómo? contestó. Me dirá V. que el trabajo es el

único y seguro recurso.—¿Y no es casi siempre estéril el trabajo de la mujer?... ¿Puede vivir de su trabajo una mujer acostumbrada al lujo y á satisfacer su vanidad?... ¡Oh! ¡Esta costumbre no se olvida!... La miseria y la soledad pueden únicamente curar de ese vicio; y gracias á Dios que hasta ahora el vicio del lujo no nos ha llevado á vida más vergonzosa que la miseria. Alguna vez hemos hallado en nuestro camino almas tan miserables, corazones tan mezquinos que, al vernos casi muertas de hambre, nos ofrecian el pan de la deshonra cuando les pedíamos el pan de la caridad; pero yo, que he tenido valor para todo, no lo tengo para olvidar quién he sido y quiénes fueron mis padres.—La muerte es el único bien que podemos esperar... pero ¡mi hija!... ¡mi hija!...

La pobre madre no pudo continuar; á pesar de mis instancias, se despidió de mí, prometiéndome volver otro dia, y suplicándome que hablase á las personas caritativas que conociera, para que la facilitasen algun recurso.

Yo lo hice así, y en pocos dias se logró reunir una cantidad, con la que las pobres mujeres pudieron comer durante algunos meses.

Lo que nunca pude lograr fué convencer á la madre de lo conveniente que sería para su hija ocuparse en bordar ó en cualquiera otra labor propia de su sexo, y que la proporcionara algun otro recurso.

La vanidad de aquellas mujeres era monstruosa: la viuda olvidó muy pronto que una noche el hambre le hizo salir á pedir una limosna por amor de Dios.

Un dia me dieron una agradibilísima noticia: el

prestamista que cobraba toda la pension de doña Virtudes, para recobrar las cantidades que le habia adelantado y los intereses de las mismas, se habia arrepentido en la hora de la muerte, y mandó que diesen sus herederos por saldada la cuenta de la triste víctima.

Las felicité sinceramente, y las recomendé que vivieran con órden y economía.

Un mes despues, las ví en el Prado tan elegantes como el dia que las conocí.

Otra vez entraban en el camino de la miseria; la viuda habia vuelto á tomar dinero sobre su paga.

Tenia razon; la costumbre del lujo y el vicio de la vanidad no se olvidan nunca.

Tuve que volver á salir de Madrid, y no quise marchar sin despedirme de mis amigas. Volví á recomendarlas la economía, el órden, la modestia, y recordé á la madre estas palabras suyas:—«Caballero, una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.»

Su susceptibilldad se irritó con este recuerdo, y me despidieron con una frialdad que no dejó de irritar la mia, algo más justamente por cierto.

En seis años nada supe de aquellas pobres vergonzantes; pero una noche en el teatro, cerca de mi butaca, habia una señora muy hermosa y elegantemente vestida, que me recordó la simpática fisonomía de la hija de la viuda. Otra señora la acompañaba, que no era su madre.

Dudé un momento, pero terminó mi duda cuando ví que, al fijar en mí sus hermosos ojos, perdió el color, y levantó abierto el abanico á la altura de su rostro.

Era Adela, mi pobre amiga, aquella misma niña á quien ví una noche dormida en un miserable lecho, y á quien oí decir soñando:—«Me lo haré de gasa.... ¡Ya no se llevan capotas blancas!... ¡Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo!...»

Apénas bajó la cortina, me apresure á saludarla y á preguntarle por su madre. Mucho más desconcertada que cuando el cobrador de las sillas del Prado devolvió á la viuda la peseta falsa, me dijo que su madre habia muerto, y que aquella señora que la acompañaba era una amiga, y que no se habia casado.... y despues me habló de la comedia que se representaba, y del calor que hacía en el teatro, hasta que se alzó otra vez la cortina.

Cuando terminó el acto, un amigo mio, que me habia visto hablar con Adela, se me acercó diciendo:

—¡Hola, hola! ¿Tambien tú conoces á esa?

—¿A quién? pregunté.

—A la de.... y me dijo el nombre de un personaje muy conocido.

—¿Cómo? ¡Pues si me ha dicho que no se ha casado!

—¡Toma, ya lo creo!... Si quieres desbancarle, te compadezco; sin embargo, si te ha caido el premio grande de la lotería, ó has heredado de algun tio en Indias, no será empresa difícil; pero te compadezco tambien, porque al fin te dejará por puertas...

—¡Ah! exclamé interrumpiendo á mi amigo; todo lo comprendo ahora; pero, como dice Victor Hugo, *¡N'insultez jamais une femme qui tombe!*

¡Pobre Adela! Los temores de su madre eran fundados....

¿Quereis que cuente otras historias de pobres vergonzantes? Muchas os pudiera contar, porque muchas hay, por desgracia; pero vosotros las podeis hallar como yo, porque todos vosotros conocereis, y saludareis, y dareis la mano á algun pobre vergonzante.

Los administradores de casas en Madrid, los jueces de paz, los curas de los hospitales, las patronas de casas de huéspedes, los observadores que concurren á los bailes de máscaras de medio carácter, los usureros, las prenderas, os podrán contar miles de historias de pobres vergonzantes, todas originales, todas diferentes, todas lastimosas.

No es la más horrible la miseria que pide por amor de Dios, la miseria contra la que claman los periódicos, y á la que encierran por fuerza en los asilos de caridad los dependientes de las autoridades: la más horrible, la más digna de compasion, es la que se oculta, la que se avergüenza de pedir una limosna, la que da quizá el último cuarto al paralítico, ó al ciego con vista, ó al tartamudo fingido, que se la piden en la calle, la miseria, en fin, de los pobres vergonzantes.

Un solo camino hay que no conduce á tan horrible miseria: la fé, el trabajo y la prudencia.

VIII.

El barbero.

Todo está compensado en el mundo. El hombre constituido en sociedad tiene por ende inmensas ventajas y grandes derechos, de que carece el nacido en los pueblos salvajes; pero cuantas más ventajas y más derechos le da la civilizacion, tantas más necesidades le crea, necesidades que no preocupan jamás á los bárbaros que las desconocen. Visto el epígrafe de este artículo, ya comprende el lector que una de estas necesidades que pesan sobre el hombre civilizado, es la necesidad de afeitarse.

Dichosas las mujeres que no conocen esa necesidad, aunque las hay que tienen muy buenos bigotes, como vulgarmente se dice.

El jóven imberbe suele tener hambre y sed de barbas, y el dia más felíz de su adolescencia es aquel en que sobre el labio superior advierte una ligera sombra, que le asegura para algun tiempo despues un bi-

gote como el de su padre. Es que no sabe aun qué cosa es afeitarse, que si lo supiera, ese dia sería el más triste de su vida; es que su deseo de ser hombre y tenido por tal le preocupa de manera, que olvida en sus ilusiones cuánto cuesta aquel bozo que luego se torna espesísimo bigote y enmarañada barba; es que no conoce á ningun barbero, ni puede formarse idea de lo que sufre el hombre, condenado por la civilizacion y por su indolencia ó su ignorancia á entregarse en manos de un barbero, que tiene el privilegio de hacer armas contra el prójimo sin ser llevado á la cárcel ni sometido á tribunal alguno.

La naturaleza, que para invenciones caprichosas se pinta sola, quiso divertirse con el hombre, y le dió las barbas, y luego la moda y el bien parecer y hasta el ornato público quisieron aumentar la diversion, obligando al hombre á quitarse hoy lo mismo que tendrá mañana, para quitárselo otra vez y volverlo á tener pasado mañana.

El hombre se puede desprender de todo, hasta de los sentimientos más arraigados en el hombre, pero no puede desprenderse de las barbas; un hombre acaba de afeitarse, y se pasa con satisfaccion la mano por la cara, hallándosela suave, y tersa, y limpia; va á visitas, ó al teatro, ó al baile, y vuelve á su casa, y al pasarse otra vez la mano por la cara, ya la encuentra áspera y sembrada de puntos negros ó blancos, que se multiplican prodigiosamente en pocas horas.

La barba, al mismo tiempo que declara la fuerza del hombre, le advierte su debilidad y su pequeñez. El hombre, que tanto puede, no puede usar contra la

barba otras armas que una navaja de afeitar, bajo cuyo filo vuelve á nacer invariablemente, y hasta que el hombre da con su cuerpo en tierra, la misma barba más espesa, más fuerte cada vez.

Hay muchos hombres que no tienen pelo de barba, aunque lo tengan de tontos; creerá algun barbudo que estos son felices por estár indultados de la necesidad de afeitarse; pues, nó, señor, son mucho más desgraciados, porque les mortifica la idea de que se les considere hombres débiles y afeminados, pues sabido es que, á pesar de los progresos indudables de la civilizacion, y de que ésta nos haya traido la fuerza de la razon y pretenda desterrar del mundo la razon de la fuerza, la condicion humana y las ambiciones, que se aumentan á medida que aumentan las necesidades, aseguran siempre cierta superioridad sobre el débil y pusilánime, al hombre de pelo en pecho y echado para adelante.

Pero basta de barbas, y presentemos al barbero en escena.

Como la mayoría de los hombres se compone de gente por extremo apática é indolente, que es la que con perjuicio propio hace el caldo gordo á la minoría laboriosa y vividora, cuando el hombre activo empezó á sentir la necesidad de afeitarse, el hombre perezoso sintió la necesidad de que lo afeitaran. Y de estas dos necesidades iguales y distintas, dedujo un tercero la conveniencia en pró de sus intereses, de afeitar al segundo, halagando y explotando á un tiempo el vicio de la pereza, que es el vicio más español de todos los vicios.

Y este hombre fué el primer barbero; la historia no nos dice su nombre. La modestia era *in illo tempore* (y lo digo en latin, porque en español no sé en qué tiempo nació el primer barbero) compañera inseparable del trabajo y el mérito.

Ya conoce el lector al barbero, amigo del cura, que nuestro inmortal Cervantes nos presenta en su *Ingenioso hidalgo*; pues ese es el tipo más exacto del barbero, y no hay mas que recorrer los pueblos de la Mancha para encontrar en cada uno un barbero, que parece hijo del hijo del hijo del hijo de aquel.

El barbero en esos pueblos es un personaje; si se votara una ley radical de incompatibilidades de oficios y artes y cargos públicos, el barbero del pueblo perderia toda su importancia, porque no podria ser barbero, y sacristan, y secretario del Ayuntamiento, y pasante de la escuela, y algunas veces organista.

El barbero de Madrid no es mas que barbero, y lo más, cursante de cirujía menor, que es la condicion más ínfima de la ciencia de curar.

Cada dia afeita á veinte ó treinta de sus semejantes, por un mísero jornal y un par de horas libres para asistir á cátedra, y con ese jornal, cuidadosamente conservado, llega á reunir la cantidad precisa para la reválida, obtenida la cual queda autorizado para vivir harto trabajosamente, ó morirse de hambre el mejor dia del año.

Si otro hombre, el de más modestas aspiraciones, no esperara otra cosa mejor del porvenir, se daria á todos los demonios, y amargamente deploraria lo aciago de su suerte y lo precario de su situacion presente y

futura; pero el barbero, que es filósofo, espera con ánimo sereno la reválida, y, convencido de que ser poco y querer ser mucho son dos males, y tres pensar en los rigores de la fortuna, rara vez está triste, y rara vez se le encuentra sin ganas de jugar una brisca, ó de echar un copla, acompañándose de una vihuela, instrumento indispensable de todo barbero.

Y es que el barbero ha nacido para ser barbero; es que en el vientre de su madre era barbero ya; y al llegar á la edad en que el niño empieza á ser hombre y tiene que empezar á ser algo, la misteriosa revelacion de su instinto le lleva á poner la mirada en las barbas del vecino y la mano en la navaja fratricida.

Entre otros caprichos extravagantes, tengo el de creer firmemente que los escribanos, los veterinarios y los barberos, han nacido predestinados para esos oficios; que estos oficios no se han hecho para algunos hombres, sino que por el contrario, algunos hombres han sido hechos para estos oficios.

Y no se diga que el barbero no sabe hacer otra cosa que afeitar, nó, señor: el barbero canta, toca, declama y baila.

Sus instrumentos favoritos son la guitarra, la bandurria y la flauta; sus canciones son todas las canciones populares de que es tan pródiga nuestra España, y que no ceden, si es que no aventajan, en poesía, sentimiento y gracia, á las de los paises más favorecidos por la musa popular; las comedias favoritas que representa cada mes una vez en un teatrillo de los llamados caseros, *El Puñal del Godo*, *Verdugo y Sepul-*

turero, etc., etc., y sus bailes los famosos de Capellanes y Recoletos.

Tambien tiene su literatura preferida, y es digna de elogio esta aficion, por más que su literatura sea la de *María, la hija de un jornalero*, *El palacio de los crímenes*, *El tigre del Maeztrazgo*, *Los misterios de la Inquisicion*, *El pueblo y sus opresores*, *La bruja de Madrid*, *Los mil y un fantasma*, *Las catacumbas* y otros libros cuyos títulos ó rótulos excitarian horriblemente los nervios de las nueve hermanas, si las nueve hermanas no estuvieran ya curadas de espanto con las cosazas que se ven en estos tiempos, cosas que, aunque no son para dichas, se dirán en el curso de esta obra.

El barbero está siempre enamorado: unas veces de la criada del piso principal, otras de la doncella del marqués de enfrente, otras de las modistas de al lado, y otras de la maestra. En este último caso se expone á dos males infaliblemente: á que el maestro, si aquella es casada, le rompa la vihuela en las costillas, ó, si es viuda, á casarse con ella, para que á lo mejor le eche en cara su pobreza, y le recuerde que por ella está establecido y tiene para comer un puchero, y que él vino con lo puesto, y que sin ella no tendria ni una mala navaja, ó en fin, para que el dia ménos pensado se presente otro mancebo, y como él hizo, haga el amor á la maestra, y ésta y el enemigo de su paz conyugal se echen á pensar cuán felices serian si al maestro se le lleváran los mismísimos demonios.

El barbero no fia nunca en su elocuencia cuando

está enamorado, y prefiere escribir; así es, que todas las novias de barbero reciben una primera carta, que invariablemente comienza con estas palabras:—«Desde el momento que tuve la dicha de ver á V.....» y acaban con el consabido y sospechoso *buen fin*, y otros lugares comunes, que hasta para las mujeres huelen á puchero de enfermo y á tonto que trascienden.

Las mujeres,—y esto es verdad aunque parezca mentira,—no forman el mejor concepto del hombre que dice el primer dia que su fin es visitar la vicaría, por más que en esta santa casa tengan puestos los ojos casi todas las mujeres, esperando el momento de poner tambien los piés. Y es que la experiencia va haciendo muy incrédulas á las mujeres, y cuando alguno les dice que viene con buen fin y con intencion de doblar la cerviz y tomar estado, dicen ellas, para sus adentros, como Santo Tomás bendito: «Ver y creer.»—Creo que este sistema es el mejor.

El barbero tiene tambien su opinion política, y hasta su sistema de gobierno; solamente que su opinion es siempre la del periódico á que está suscrito el maestro para ilustracion de los parroquianos, y cuyas ideas, apreciaciones y noticias, exagera caprichosamente. Por ejemplo: dice el periódico que Garibaldi ha derrotado á 20 soldados pontificios, y él aumenta hasta 20,000 el número de éstos; dice que se ha caido de un andamio un trabajador y se ha roto una pierna; el barbero lo mata en el acto, y hasta asegura haberlo visto caer y morir. Y todo esto y muchas cosas más cuenta el barbero al parroquiano miéntras le llena de jabon la cara, y hasta los ojos, haciéndoselo tragar de cuán-

do en cuándo, ó miéntras le recuerda el horrible martirio del glorioso San Bartolomé, raspándole los carrillos hasta que salta sangre.

El pobre que contesta afirmativamente cuando el barbero le dice: «¿Quiere V. que le descañone mucho?» ó tiene un cutis como la piel de un camello ó una cara más vieja que él mismo, y quiere que se la pongan como nueva, ó sufre persecucion por la justicia, y en lugar de disfrazarse, entrega el rostro al barbero para que se lo desfigure.

Pues ¿y cuando el barbero le mete á un cristiano en la boca los pecadores dedos llenos de jabon, aceite, pomada, bandolina y humo de tabaco? ¿Y cuando, miéntras con una mano le pasea la navaja por la barba, con la otra le agarra de la punta de las narices y apénas le deja respirar? ¿Y cuando le hace echar la cabeza atrás, y en esta violenta postura le acaricia la garganta con el instrumento, con gran peligro de hacer una barbaridad?

Pues, ¿y el pobrete que está constipado, y se pone á que le afeiten, exponiéndose al primer estornudo á quedarse sin decir «Jesús»?

Y á todo esto, el barbero sin cesar de hablar, y haciendo elogios de la barba de V., por lo espesa y fuerte, y contándole á V. todo lo que sabe, y preguntando todo lo que ignora, y sobándole á V. con un esmero digno de mejor empleo.

Y V. allí sin poder moverse, sin poder salir de su dominio hasta que está V. sobado, rasurado, descañonado, lavado, empolvado, peinado y desollado, todo por un real de vellon y la propina.

Si es V. más perezoso que los demás hombres, y prefiere V. que el barbero le afeite en su misma casa, sufrirá lo mismo que el parroquiano de la barbería, y mayor dósis de conversacion y noticias políticas, sobre que el mancebito le levantará á V. de cascos, á la doncella, y con achaque de que es el barbero, entrará sin anunciarse, y sabrá si V. come, si V. cena, si V. tiene dinero, si tiene algun belen, si conspira, si se quiere pegar un tiro, si hace cocos á la viuda de enfrente, etc.

Y si es V. ministro, ó general, ó diputado, ó director, ya puede V. prepararse para oir todos los dias las instancias del pretendiente más porfiado y tenaz, y las peticiones más absurdas y extravagantes; porque, lo que él dice, como todos saben que le afeita á V., todos creen que debe tener gran influencia, y que lo que V. no haga por su barbero, no lo hará por nadie. Y guárdese V. de complacerle una sola vez, porque entónces sus exigencias no tendrán fin, hasta que V. lo eche con cajas destempladas cuando le pida á V. para él mismo una Administracion de Correos, ó una secretaría de Gobierno civil, ó que le den un título de médico-cirujano sin ser más que sangrador, ó que de los siete años de la carrera le dispensen de Real órden seis y medio.

El será despues enemigo irreconciliable de V., y de V. dirá tales cosas, que habrá que taparse los oidos; pero esto es preferible al contínuo martilleo de sus pretensiones, y á sus eternas conjeturas políticas, y á la marcial franqueza con que le trató á V. miéntras le tuvo por su parroquiano.

Los periódicos han referido miles de anécdotas, en las que figura en primer término un barbero, y muchas podria yo referir; pero como aquellas y éstas son muy conocidas—tal es la popularidad de los barberos,—haré gracia de ellas al lector.

Los barberos en Madrid no son ya generalmente lo que eran ántes; hoy hay muchas barberías ó peluquerías lujosamente montadas, en las que se afeita á los que no saben ó no quieren afeitarse ellos mismos, con aseo y comodidad; pero no por eso han desaparecido las barberías propiamente dichas, cuyos dueños son á la vez cirujanos, comadrones, y vacunan niños, y examinan nodrizas, y aplican sanguijuelas á *domicilio*.—Es de esperar que andando el tiempo estos beneméritos profesores cedan las barbas del vecindario á los peluqueros, y se contenten con los resultados que les dé su práctica en la obstetricia.

El barbero que será eterno será el barbero ambulante, el que lleva consigo el yelmo, ó sea la vacía, el agua caliente y el jabon, y en medio de la calle ó en un portal coge á un cristiano aguador, ó mozo de cuerda, ó pobre de solemnidad, y por cuatro cuartos *cara al sol* y seis *á la sombra*, le pone más guapo que el guapo Francisco Estéban.

Este barbero ambulante ha perdido ya la costumbre de llevar una nuez y meterla en la boca de los parroquianos; pero en cambio, con el agua que baña el rostro cariacontecido del primero á quien afeita, suele bañar el del segundo y el del último.

Para concluir, diré que el barbero que yo prefiero es *El Barbero de Sevilla*.

IX.

El médico.

Despues del sacerdote, á nadie debemos mayor respeto y más profunda consideracion que á los médicos; ninguna clase es más digna de premio, y pocas hay, sin embargo, tan mal recompensadas en España.

La vida del médico es una vida de abnegacion y sacrificios.

El médico ha de poseer todas las virtudes, ha de tener todos los valores, ha de practicar siempre aquel divino precepto que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, y aun ha de amar mucho más al prójimo que á sí mismo.

Todas las carreras tienen más porvenir, más galardon que la del médico, aunque por otra parte, éste puede obtener el mayor galardon que hay en el mundo, el que no se compra ni nadie no lo puede dar, el de la conciencia satisfecha de haber hecho bien á la humanidad. En esta, como en todas las profesiones,

hay hombres indignos de tan sagrada mision; pero de éstos no queremos hablar, y por fortuna para la clase, podemos decir que son los ménos. Los más son modelos de honradez, y de caridad, y de desprendimiento.

Y la mayoría de estos hombres, que han empleado mucho tiempo y mucho dinero en seguir tan penosa carrera, que no dejan de estudiar un solo dia, que gastan pronto su vida en el estudio y el trabajo, vive pobre y hasta trabajosa y miserablemente, y muere dejando, cuando la pueden dejar, una mezquina herencia á sus familias.

Y al mismo tiempo vemos hombres que no son médicos, ni abogados, ni nada, ni han estudiado en más escuela que en la de la desvergüenza y la osadía, alcanzar grandes posiciones y vivir sobre el país, pesando sobre él casi como una epidemia.

Y médico habrá que tenga sesenta años y seis hijos, y gane 6 ó 7.000 rs. anuales en un pueblo.

La vida del médico de partido es una vida deliciosa.

Y en algunos partidos, la vida del médico es una muerte que dura lo que la existencia del médico.

El medico del pueblo es el criado del todo el pueblo, es el responsable de todas las muertes y desgracias que ocurren en su jurisdiccion, y está siempre á merced de todos, desde el alcalde hasta la tia Lenteja, que tiene noventa años, y la sacan todos los dias en un esporton al sol.

Si el enfermo se muere, la culpa es del médico, y si recobra la salud, se debe á los sinapismos de harina de almortas que le puso la tia Lenteja, y á una estampa

de San Roque que le puso el tio Dengue sobre la cama.

Si el médico no asegura bajo juramento que un moceton como un castillo que ha entrado en quinta padece una tísis en tercer grado, y el mozo tiene que ir al fin y al cabo á coger el fusil, ya puede andar con cuidado, no sea que le arrimen entre ambas orejas un garrotazo por via de correccion. Si se muere la tia Engracia sin hacer testamento en favor de un sobrino que ya habló sobre el *particular* al médico, ya puede prevenirse éste, no sea que el sobrino le ponga tambien en absoluta imposibilidad de hacer testamento en favor de nadie. Si llaman al médico de casa del herrador, que es hermano de la primera mujer del alcalde y tio de la segunda, y tiene aquel que hacer ántes otras visitas más urgentes, ya puede contar con un recadito del alcalde para que comparezca ante su autoridad y sufra una reprimenda, y sea amenazado con suspension del cargo, y hasta con la cárcel, si el médico se atreve á observar que el señor alcalde es el asno mayor del pueblo. Hasta en las elecciones, si el médico es por su desgracia elector, se le invita á votar espontáneamente en favor de quien indica el alcalde, y si no es elector, se echa mano de él para que aconseje á los electores, ni más ni ménos que si el votar á tal ó cuál candidato fuese una medida higiénica y preservativa de todo género de enfermedades.

El médico de pueblo tiene que ser hombre político, es decir, tiene que exponer su opinion, ó más bien asimilarla á la de la mayoría de la gente de viso del pueblo; si es liberal, y el alcalde, y el boticario, y el secretario del Ayuntamiento, y el alguacil son absolutistas, ha de presentarse él como más absolutista que Calomarde, ó

como más liberal que Riego, si los citados señores son echados para adelante. Y si no lo hace así, ya será considerado como hombre peligroso y médico ignorante. Ha de ser tambien astrónomo, y ha de saber cuándo va á llover, ó á nevar, ó á hacer frio ó calor, porque si no lo sabe dirán: «¿Qué médico es este que no sabe esas cosas?»

Y si hay barbero en el pueblo, tendrá que oir que hay quien le proponga que celebre con aquel una consulta sobre el tabardillo de la tia Lamparilla, ó la gastritis del hijo del escribano.

En suma, los médicos de los pueblos están mal pagados, mal tratados y poco considerados.

El médico militar está tambien mezquinamente retribuido. Los médicos militares, sin dejar de exigirles obediencia completa en el cumplimiento de sus deberes, debian estar más considerados de lo que lo están.

Sobre esto no diremos más, por muchísimas razones. Solo consignaremos que el médico de un regimiento es esclavo de todo el regimiento y de todas las mujeres del regimiento, y no conocemos mujeres más propensas á jaquecas, ataques nerviosos y todo género de alifafes que las militaras. Muchas noches despierta el asistente al médico, y éste, sobresaltado, cree que andan ya á tiros por las calles, cuando lo que hay es que la capitana Gomez le manda á llamar con toda prisa, porque se ha despertado tres veces con un dolorcito *sordo* en la uña de un pulgar, ó que la comandanta Diaz ha comido algo más de lo regular y tiene una indigestion, ó que la tenienta coronela ha tomado una

sofocacion porque su marido ha ido á casa á las tantas de la noche.

En la guerra, el médico militar merece indudablemente el primer lugar; entónces no es solo médico, es soldado tambien, y es más que todo eso, es la providencia para el enemigo herido y vencido que á él se entrega.

En tiempos de epidemia, el médico, como el sacerdote, no puede ser cobarde, no puede posponer el extraño á su familia, porque entónces él es el padre, el consuelo, el único amparo de los que sufren y de los pobres.

De esperar es que los gobiernos comiencen á atender con más empeño, en honra de la nacion, á tan respetable clase, estimulando de todos los modos posibles á los que más se distingan por su ilustracion, por sus obras y por su caridad para con el pobre, y no olviden tampoco á los médioos de partido, que por su modestia y por su abnegacion, como por los grandes servicios que prestan á los pueblos donde residen, son dignos de no mezquina recompensa.

Cuando vemos en nuestros poetas y en los de todo el mundo, y en el teatro, que se pretende ridiculizar á tan respetable clase, nos avergonzamos de que haya quien lo celebre y lo aplauda.

Ridiculícense las nécias pretensiones y la estupida soberbia de tanto farsante como encontramos por ahí, considerados por su osadía y temidos por su descaro; ridiculícense la empleomanía; ridiculícese la vanidad y la desfachatez, la incredulidad y otros muchísimos vicios que son una verdadera epidemia en estos tiempos.

Ridiculícese, en fin, á esos charlatanes que hacen el más asqueroso comercio tomando el nombre de la medicina, que comprometen la salud y la vida de los crédulos con remedios que nada valen, y cuyo valor negativo conocen ellos perfectamente, pero respetemos á los que con legítimo derecho, con grandes trabajos y sacrificios, ejercen el alto sacerdocio de la ciencia.

X.

La santurrona.

¿No conocen VV. á doña Casta?

Pues doña Casta es una señora *pensionista de gracia*, no por la gracia que ella tiene, sino por la de la pension que la concedió el rey difunto, gracias á docena y media de memoriales y á los buenos oficios de los padres agonizantes, á quienes el suyo habia servido, más de estorbo que de otra cosa.

La gracia de doña Casta consiste en cinco reales diarios; y como ella dice, algo es algo, y más vale poco que nada, y para cuatro dias que se vive en este mundo, ¿para qué queremos tener mucho, si luego lo hemos de dejar aquí todo?...

Doña Casta no ha sido bonita nunca; ¡figúrense VV. cómo será ahora que ya tiene sus cincuenta y siete, largos de talle!...

Doña Casta vive sola, en compañía de un gato *dominico*, muy mono, en quien tiene puestos los cinco

sentidos, porque el animalito parece que la conoce, y no le falta mas que hablar para manifestar el desinteresado amor y profundo respeto que le inspira su *amita,* como ella dice.

Pero si el gato no habla, en cambio doña Casta tiene con el gato tales conversaciones, que si todos los vecinos no supiéramos que doña Casta es perfectamente casta, y más fea que un lobo, podríamos creer que á la vejez le habian dado las viruelas, y que en el mundo se hallaba un hombre tan olvidado de sí mismo, y tan despreciado de todas, que habia puesto los ojos en una mujer de tal fecha y de tal facha.

El gato, que es un tumbon de primera, se deja querer de la vieja, y oye cual quien oye llover cómo le llama *«Hijo mio, Sol dorado, Regalo de la casa»* y otros excesos, arrimándola de vez en cuándo alguno que otro arañazo, por jugar, como dice doña Casta.

Doña Casta no está en su casa mas que de noche. Por la mañana se levanta, pide dos carboncitos á una vecina, una *chispita* de aceite á otra, un granito de sal á la portera, y ella y el gato almuerzan lo que la noche anterior le quedó de la comida que trajó de casa de doña Fulanita, donde, Dios se lo pague, siempre le guardan lo que sobra; despues se pone la mantilla, coge los libros de devocion, que suelen ser el *Manojillo de flores á María Santísima* y el *Caminito del cielo,* el rosario, tres ó cuatro escapularios de otras tantas cofradías á que pertenece, y la llave de la puerta de su celdita, encarga al gato que no se vaya, y que no le arañe la colcha, y que no se suba al fogon, y sale santiguándose devotamente.

Y ántes de manifestarse en la calle, se manifiesta en la portería y entabla con la portera este interesantísimo diálogo:

—Señora Petra, ¿ha tocado ya la capuchinita?

—No sé, doña Casta; he oido campanas y no sé de dónde.

—Como en esta casa no sabe una la hora en que vive....

—¿Dónde va V. tan temprano, doña Casta?

—A ver si *cojo* misa de ocho, ahí en las monjas.

—¡Pues qué! ¿es domingo?

—Nó, señora, pero yo oigo misa todos los dias: eso no cuesta dinero, y algo hemos de hacer por Dios. ¿Y el pariente? ¿Se fué ya al trabajo?

—Sí, sí... ¡buen trabajo te dé Dios! El dice que va, pero ¡quiá! á tomar el sol se habrá ido, como si lo viera.... ¡Como luego á la una se encuentra la mesa puesta!

—¡Ya le daria yo rejalgar! ¿No ha querido V. tener marido? ¡Duro.... duro!...

—¡Calle V., señora! Yo lo hago por estas criaturitas....

—¡Vaya una plaga!... ¡Chiquillos! No los puedo ver. ¡Ah! ya toca la capuchinita.... Hasta luego, señora Petra.

—Vaya V. con Dios.

Y sale doña Casta y se dirige al templo, donde entra, y despues de tomar agua bendita, coge un ruedo, lo lleva arrastrando hasta cerca del altar, lo coloca al lado de un banco, y se dispone á comenzar sus prácticas piadosas, preguntando á la persona más inmedia-

ta si va á salir pronto la misa, y al monaguillo que pasa por allí si tendrá un cabo de cera que darle para las tempestades, y si cantará la monjita en la misa mayor.

Doña Casta se está en la iglesia pasando el tiempo, lo mismo que pudiera estar en cualquiera otra parte.

Oye todas las misas que salen, y cuando terminadas todas van á cerrar el templo, ella se va á hablar con la madre Filomena de la Transfiguracion, quien le da alguna estampita ó un acerico que tiene que llevar de regalo á una casa, y al mismo tiempo algun que otro encargo de sus compañeras, como comprar un niño Dios para vestirlo, ó llevar á casa de los conocimientos, con objeto de que las compre alguna persona de gusto, dos velas que las madres han adornado con recortaduras de papel y cintas de seda, ó una caja de cristal para los hilos con su espejito dentro, etc., etc.; doña Casta se cree tan distinguida y honrada con esta confianza, que por nada en el mundo cederia el encargo de servir á las monjas en esos y otros que suelen darla, porque saben que ella tiene muy buenas relaciones en Madrid, como que conoce á la sobrina del ama del cura de tal parrroquia, y al sacristan mayor de otra, y suele ir á asistir, cuando no tienen criada, á casa de la marquesa de lo que VV. quieran, que no es de estas señoritas del dia, que no tienen mas que aparato, sino una verdadera grande de España, que tiene una mesa que es lo que hay que ver, y una despensa llena de todo lo que Dios crió.

Despídese doña Casta de la madre, y otra vez en la calle, recorre las casas donde tienen el mal gusto de

recibirla, y en una cuenta lo que ha visto en la otra,—y no hay ejemplo de que doña Casta hable bien de persona nacida,—y en una casa le dan para que compre *rapé* y en otra le *hacen* que se quede á comer, y en otra le dan lo que sobra, y de todas partes saca algo, por más que luego vaya *quitando el pellejo,* como dice el vulgo, á las personas que le favorecen.

Cuando doña Casta está en su elemento, es cuando en alguna de las casas á que concurre hay una enferma de peligro: allí está doña Casta, andando de un lado para otro, encareciendo el estado de gravedad de la paciente, recomendándosela á todos los santos de su devocion, y proclamando la ineficacia de los remedios que emplean los facultativos, y las excelencias de otros que ella conoce, por haberlos visto aplicados con gran éxito á otras personas, que han muerto por supuesto como cada hijo de Adan, y fiando la curacion de la enferma en una reliquia que tienen tales monjas, y en un Padre Nuestro que la madre Filomena le ha ofrecido rezar.

Y luego, cuando la enferma muere, es de ver á doña Casta cómo coge el cadáver y lo amortaja, y lo peina, y cómo encarece que ella sola está serena, y que las personas de la casa no sirven para nada, y están todas que parece que no saben lo que les pasa. Doña Casta hace un mérito de su actitud resuelta, en medio de la fundada afliccion de la familia, y sin embargo, no sé qué mérito tenga ver tranquilamente el cadáver de una persona, que no le importa maldita la cosa que haya huido de este á otro mundo mejor.

Por supuesto que si se hubiera hecho lo que ella

decia, la enferma no hubiera muerto ni mucho ménos, y si á ella la hubieran llamado con tiempo, no se le habrian puesto los sinapismos, ni se habria ido sin ponerse en el pecho un pliego de papel de estraza, que hubiera servido ántes para envolver garbanzos, remedio que está probado que es el único para las éticas, como que el año 30 se lo aplicaron á una vecina que ella tuvo, y como *mano de santo*. En fin, en opinion de doña Casta, la enferma no tenia motivo ninguno para morirse, cuando parecia que habia mujer para tanto tiempo, porque, lo que ella dice, nunca se la habia oido quejar de un mal dolor de cabeza, y dos años ántes habia empezado á ponerse tan gorda, que daba gloria verla.

Por supuesto que luego, cuando le cuenta á la portera ó á otra persona la buena obra que acaba de hacer en la casa mortuoria, encarece su penetracion, y el buen ojo que tiene para conocer si un enfermo se muere ó nó, añadiendo que ella no habia querido decir nada á la familia, pero que el primer dia, en cuanto vió á la paciente sacar frecuentemente los brazos de entre las sábanas y coger la ropa, y mirarse los dedos, conoció que no tenia remedio.

Extiéndese despues en consideraciones más ó menos calumniosas sobre la ruindad de la familia, que no la ha dado ni un mal *guiñapo*, despues de haberla tenido allí tres noches sin desnudarse siquiera, porque la difunta no queria que nadie le diera las medicinas mas que ella, porque, eso sí, Dios la haya perdonado, la difunta era lo mejor de la familia, y á la pobrecita la habian muerto á pesadumbres, que no es para dicho lo

que aquella santa sufria con su marido por un lado, que es un tronera sin temor de Dios, siempre metido en política, y por otro, con su hija, que no ha salido á la madre, porque ¡válgame Dios! no se ha visto muchacha más *desollada*, pensando siempre en andar maja, y trayendo siete ú ocho novios al *retortero*, con la cuñada, que aquella no es mujer, que es un toro, con un génio que ¡ya, ya! y luego, como está protegida por su hermano, y siempre ella tiene razon... y por último, con las criadas, que no es para contado lo que le han hecho rabiar esas bribonas. Así tenia la sangre, que el dia ántes de morir le hicieron una sangría, y parecia *hígado* por lo negra y lo espesa.

Por supuesto que Doña Casta no falta á la casa mortuoria durante el novenario, y ella es la que lleva la palabra, refiriendo todo lo que sabe y todo lo que inventa, no olvidando repetir que no somos nada, que todos tenemos que pasar por lo mismo, y que el más bravío se queda tamañito en la hora de la muerte, y que la juventud del dia está perdida, y que lo mismo mueren los viejos quo los jóvenes, y que, es tontería, contra la muerte no hay remedio, y otras verdades de igual calibre.

Doña Casta sabe siempre en qué iglesia están las Cuarenta Horas, y cuántos indulgencias gana quien asista á tal ó cuál novena, y conoce á todos los predicadores, y los sermones que más le gustan son los dirigidos á condenar el excesivo lujo, y la desenvoltura de las jóvenes del dia, y á encarecer la fragilidad de las cosas humanas, y la seguridad con que todos vivimos de morir en el mejor dia del año.

Nunca falta á la iglesia donde hay salve, ó vísperas, ó rosario, ó procesion, y allí se reune con otras devotas como ella, señoras todas de circunstancias, que la que ménos es prestamista sobre alhajas y ropas en buen uso, profesion no muy cristiana por cierto.

En política, como en todo, la santurrona es absolutista furiosa; y es claro, á ella, como dice ella misma, *no la han criado* en estos belenes de ahora, ni en su tiempo habia mas que una voz, y cartuchera en el cañon.

Y ya saben VV. si hubo ó nó *belenes* en la época del absolutismo, que con tanta fruicion recuerda mi señora doña Casta.

La santurrona echa mucho de ménos la larga hilera de religiosos que acompañaba *in illo tempore* la procesion del Corpus, y la de los Pasos el Viernes Santo, y con profundo dolor ve convertidos en casas como todas muchos conventos de frailes. Para doña Casta, estos y otros cambios conducen á la completa disolucion, á la perdicion completa del género humano. Lo que más indigna á la buena señora, es oir hablar de Constituciones: la Constitucion, en su concepto, no puede constituir nunca la ventura de los españoles, y en apoyo de esta opinion, cita los hechos más notorios ocurridos tambien *in illo tempore*, cuando el liberalismo reemplazaba, aunque momentáneamente, al absolutismo. Doña Casta, en fin, solo halla bueno y beneficioso aquello en que *la han criado*; es doña Casta un enemigo que tienen todos los Gobiernos representativos, pero enemigo que habla y á quien nadie hace caso.

Tambien hay madres de familia santurronas, que abandonan su casa y sus hijos por ir á oir un sermon, ó á rezar el rosario, y que luego, en el hogar doméstico, en vez de la mansedumbre que el cura aconseja, tienen para el pobre marido y para cuantas personas las rodean, una irascibilidad, inspirada por Lucifer, capaz de acabar con la paciencia de un santo.—Estas señoras son más dignas de censura que doña Casta, porque al fin, la que es sola en el mundo, y no tiene padre ni madre, aunque tenga perro que le ladre, y á nadie mas que á sí misma debe dar cuenta de sus acciones, está por ende autorizada á emplear su tiempo como mejor le parezca; pero la que es madre y esposa tiene un deber que cumplir, que tal vez es mucho más meritorio á los ojos de Dios que la costumbre de no perder funcion de iglesia y de andar de aquí para allí, cumpliendo las obligaciones que se impuso al hacerse *hermana* de una vírgen, é *hija* de otra, y *madre* de tal ó cuál cosa, obligaciones que si no consisten en hacer obras de caridad que reporten algun beneficio á sus semejantes, son ménos atendibles que la de cuidar la hacienda del esposo y la educacion de los hijos.

Hay otras señoras particulares, que despues de haberse divertido mucho en el mundo, como dicen ellas mismas, y haber dado no poco asunto á la murmuracion, sin cuidarse gran cosa del *¿qué dirán?* se vuelven á Dios, cuando el demonío les ha vuelto la espalda, y hacen alarde de una piedad y una devocion que tiene mucho de hipocresía y fingimiento. No es raro encontrar entre estas santurronas algunas que, introducidas en una familia pobre, buena y virtuosa, hacen más

daño que una granizada en las frutas, que el buen cultivo, el sol y el aire puro han madurado. Estas santurronas hablan mucho de su temor de Dios, pero por sus hechos dan claramente á entender que, si es cierto que temen las iras de Dios, no lo es ménos que no temen las iras de los hombres. Capaces de levantar un falso testimonio á la más santa, estas mujeres son enemigas irreconciliables de todas las demás, y tienen una facilidad prodigiosa para murmurar del lucero del alba, ocultando la mala voluntad y la inquinia que las induce, bajo la apariencia de una caridad y un amor al prójimo que no pueden abrigarse en su corazon viciado.

Hay muchas prestamistas sobre ropas y alhajas en buen uso, que son santurronas.

Si VV. no saben qué virtudes practican las que tienen ese modo de vivir, yo se lo diré para que lo sepan, y cuando lo sepan, se convencerán de que su decantada devocion es la más repugnante de las falsedades, la de la hipocresía.

XI.

La patrona.

No vengo á hablaros, carísimos lectores, de las santas patronas, cuya especial proteccion invocan los hombres y los pueblos cristiános, ricos en santas tradiciones, que desde la infancia se graban de una manera indeleble en nuestra memoria.

El asunto del presente cuadro es profano por demás, tan profano, que la patrona á quien me refiero es la patrona de huéspedes, una flaca mujer, flaca bajo todos conceptos.—(No hay término medio: la patrona de huéspedes, ó es muy flaca, ó muy gruesa.)

La patrona de huéspedes suele ser una solterona desengañada, pero generalmente es una señora viuda más ó ménos bien parecida, pero parecida siempre á otra señora viuda, patrona de huéspedes.

Su marido difunto, fué, como todos, lo que pudo, durante su breve travesía por esta exposicion universal que se llama mundo; pero la patrona es siempre

viuda de un intendente, de un caballerizo, de un alabardero, de un oidor, de un coronel, de un comisario de guerra, de un empleado en loterías á quien nunca le cayó la idem, ó por lo ménos, de un dependiente del resguardo.

Miéntras vivió su marido, ni una princesa podia compararse con ella, y cuando aquel cerró el ojo, convencióse la pobre señora de lo mucho que valen en una casa unos pantalones, y aquello de llegar el último dia del mes y venir el marido con la paga, y entregársela, reservándose únicamente unos cuartos para cigarros y para cualquiera cosa imprevista que le ocurriera, pues un hombre sin dinero es un difunto andando, y entre amigos siempre es preciso hacer lo que los demás y no quedar feo, porque, como dice el refran, hoy por tí y mañana por mí, y tanto tienes tanto vales, y bueno es tener amigos, aunque sea en el infierno.

La pobre viuda no heredó nada del difunto más que un rincon de casa, amueblado decentemente, eso sí, y en la que, gracias á Dios, no faltaba nada, porque su marido, Dios le bendiga, no tenia el pobrecito más afan que la casa, y hoy una cosa y mañana otra, se fué comprando todo lo necesario, y eso que las criadas, que son unos torbellinos, le habian roto ó estropeado muchas cosas y perdido otras, *descabalándole*, por ejemplo, el juego de café, é inutilizándole un belon muy bueno, no como esos de ahora, que son una engañifa, sino de los antiguos, tan antiguo, que alumbró en el himeneo de la abuela de doña Rosa (llamaremos doña Rosa á la patrona), que estuvo casada con

un alcalde de casa y corte (¿no le han conocido ustedes?.... ¡Pues poquito nombrado que fué en Madrid!....) y tambien el de su madre, que era lo que se llama una real moza, que en su tiempo hizo raya en la córte y pudo casarse con quien hubiera querido, pues la pretendieron los caballeros de más viso de su época, entre ellos un veinticuatro, y un jefe del ramillete de palacio, con más pesetas.... que tenia un hermano canónigo en Valladolid y otro montero de Espinosa, casado con una sobrina de un dean que habia sido carmelita descalzo y predicaba siempre en la novena de los Dolores en San Bernardo, que era lo que habia que oir;—y fué á casarse con un militar, eso sí, arrogante figura, pero siempre metido en clubs y conspiraciones, y en todas las bolinas que habia en Madrid, con lo que ya pueden VV. figurarse lo que pasaria la venerable señora con un marido que cuando no estaba preso le andaban buscando.

Pues señor, mi señora doña Rosa, lo primero que pensó, al verse viuda, fué vender los cuatro trastos que tenia, y reducirse á un cuartito más barato en compañía de otra señora sola, para ayuda de pagar la casa, que era lo que más le apuraba, porque para lo demás, gracias á Dios, no era mujer tan *desmanotada* que no pudiera ganarse una peseta, ocupándose en bordar en blanco, para lo que tenia unas manos primorosas, ó en hacer guantes, como le habia enseñado su madre que esté en gloria, porque como con su padre no se podia contar para nada, y en lugar de traer á la casa, lo que hacía era llevarse lo poco que habia, en muchas ocasiones tuvieron necesidad

madre é hija de arrimar el hombro al trabajo, para no andar, como quien dice, con un trapo detrás y otro delante.

Pero todos los amigos de su marido y todos los parientes á quienes consultó su resolucion se la quitaron de la cabeza, diciéndole que no hiciera semejante locura, que sabe Dios si la señora con quien viviera sabria llevarla el genio, y ella llevárselo á la señora, y que las medias son buenas para las piernas, y que más le valia tomar un par de huéspedes y conservar su casita, que poner una casa cuesta mucho, y luego si se va á vender, por todo le ofrecen á uno una friolera, que se gasta despues en un momento, y ni luce ni parece; que no fuera tonta, que se anunciase en el *Diario*, que no le faltaria algun magistrado, ó algun canónigo, que tuvieran buena paga, y sobre todo, gente tranquila que se retiraria temprano y no le daria otra incomodidad sino la de sufrir con paciencia alguna rareza, pues todo el mundo las tiene, y al fin y la cabo no hay atajo sin trabajo, y todos tenemos que depender unos de otros, y por último, que lo que debia hacer era tomar una chica que hiciera los recados, por si los huéspedes tenian que enviar una carta, ó mandar á comprar cigarros ó medicinas, ó habia que llevarles un dia el almuerzo, ó cualquiera de esas cosas que ocurren á cada momento, y siempre cuando se encuentra una sola, atada, sin poder apartarse de la cocina, y sin saber dónde acudir.

Convencida doña Rosa de la oportunidad y conveniencia de estas observaciones, por aquello de que más ven cuatro ojos que dos, y por probar nada se pierde,

hizo publicar en el *Diario de Avisos* el siguiente anuncio: *Se desean dos caballeros solos, estables, á quienes ceder una sala y un gabinete con alcoba, con sol de mediodia, en uno de los puntos más céntricos de Madrid, con asistencia ó sin ella, advirtiendo que nunca ha sido casa de huéspedes.*

Y doña Rosa entró en el gremio de las patronas, verdad de que la convenció prácticamente el cobrador de la contribucion, que desde el dia en que apareció el anuncio se la cobra con una puntualidad que sería muy recomendable en otro caso que no fuera el triste caso de pagar.

Doña Rosa ha pasado el *sino*, como ella dice, con los huéspedes, porque para uno bueno que le sale, le salen diez con los que ella sale con las manos en la cabeza.

Y es que estimulada por el producto que le dejaban los dos primeros, admitió luego otros, y otros luego, hasta que reunió en su casa diez ó doce, que tienen que estar unos encima de otros como sardinas en banasta.

Pero oigamos á doña Rosa.

«Mire V., me decia dias pasados, si no fuera porque ya estoy acostumbrada, y porque tengo ley á D. Benito, el huésped del gabinete, le digo á V. con verdad, que los despedia á todos y me quitaba de ese *tragin*. Yo no paro en todo el dia, no tengo tiempo ni para asomar la cabeza por el balcon; ¡quiá! ni para repasar la ropa, que tengo allí hace tres semanas un talego que da miedo. Por la mañana, apénas me levanto, me llevo á la chica y vamos á la plaza; ya

no sé qué comprar, porque como los huéspedes quieren variar todos los dias, y todo está tan caro, me veo negra para darles gusto. Y sí, sí, acérquese V. á los puestos; la merluza á 8 reales, el salmon á 12, y á este tenor lo demás; y luego compro dos libras, y cuando lo saco á la mesa, parece que no hay nada. Pues ¿y las verduras?.... A D. Juan le gusta el repollo, á D. Benito la coliflor, á D. Pepito los brécoles, y no sé cuál llevar, porque si contento á uno, los otros se quejan, y esta es una *gaita* que no se sabe cómo templarla.—Regularmente saco dos duros; pues cuando vuelvo á casa, suelo traer diez ó doce cuartos; se va el dinero en aquella plaza, como agua.

»Pues entre V. ahora con los almuerzos; uno se levanta á las ocho, y apénas sale de la cama, ya quiere tenerlo todo á punto; otro á las diez, otro á las doce, otro á la una; de manera que en mi casa siempre está la mesa puesta.

»Y á todo esto, el uno por un lado: «*¡Doña Rosa, agua para afeitarme!*» otro: «*¡Doña Rosa, pégueme V. este boton!*» otro: «*¡Doña Rosa, cósame V. este guante!*» otro: «*¡Doña Rosa, póngame V. la corbata!*» otro: «*¡Doña Rosa, sáqueme V. la raya!*» que yo no he visto hombres más inútiles.... Y luego hablan de las mujeres, que á media vuelta que den, ya están peinadas y vestidas, y todo se lo hacen ellas, y no incomodan á nadie.... Le digo á V. que era preciso que yo me volviera diez para atenderlos á todos; y luego parece que se dan de ojo para llamar todos á un tiempo, y cuando una tiene más que hacer.

»Con las comidas sucede lo mismo: cada uno come

á su hora, y así, apartando á unos y á otros, la comida no luce, y yo y la chica nos estamos sin comer hasta las tantas, y cuando me siento no sé dónde tengo los piés.

»¿Y por la noche?... yo no sé cómo la chica tiene piés para bajar á abrir. Algunas veces se duerme,—y es claro, la pobre no para en todo el dia,—y me los tiene á la puerta media hora; yo les digo que vengan temprano, pero sí, sí, el único que viene á una hora regular es D. Benito, el del gabinete; los demás, desde la una en adelante.

»Y mire V., todo esto se podria sufrir, si los huéspedes me dejaran alguna utilidad; pero si necesito Dios y ayuda para que me paguen; si tiemblo cuando llega el fin de mes, porque, como son jóvenes, parece que tienen un agujero en la mano, por donde se les va el dinero, y tengo que andar muy lista para que no me la peguen... porque, lo que yo les digo, más fácil es pagar ahora uno que mañana dos, y en pagando á la patrona, ya están VV. descansados todo el mes... Ayer despedí á uno que con que hoy, con que mañana, con que la semana que viene, se me ha ido con tres meses sin darme un cuarto.... Eso sí, me agarré al equipaje, y no permití que se lo llevara; pero, ¿querrá V. creer que hoy he ido á abrir el cofre, y...—¡Calle V! si se me ha caido el alma á los piés,—en el cofre no habia mas que dos pares de calcetines rotos, unas zapatillas, un camisolin, dos librotes que allí están, ni los he abierto siquiera, y unas cartas de una novia que dice que tiene qué sé yo dónde!...

»Pues de estos chascos me han sucedido muchos:

otro me quedó á deber cinco meses, todo el tiempo que estuvo cesante; luego le colocaron, y... ¡tú que le viste!... Ni ha vuelto á darme siquiera un duro cada semana, ni me saluda cuando le encuentro en la calle. El otro dia le ví que venía muy derretido con dos señoras con mucha capota y mucho vestido de *moaré*, y él me vió tambien, pero se hizo el distraido... Otra le hubiera avergonzado delante de ellas, pero como Dios me ha dado este maldito génio tan para poco, no me atreví...

»Pues tambien me sucedió otro chasco, que... ¡vaya! si le digo á V. que hay una gente en Madrid, que no puede una fiarse ni de la camisa que lleva puesta... Figúrese V. que un dia se me presentó una señora jóven y no desgraciada, con un caballero muy bien portado, que.... ¡vaya! parecia que no habia roto un plato en toda su vida. Yo nunca he querido tener huéspedas,—porque mejor quiero pelear con veinte hombres que con una mujer,—pero aquella me pareció tan buena, tan amable, que la admití; el caballero me pagó un mes adelantado, y la señora se quedó en mi casa, con gran contento de los demás huéspedes, que... ya sabe V. lo que son los jóvenes... El caballero que la habia acompañado venía á verla todos los dias, y la sacaba á paseo, y ella me dijo que era su hermano, lo que creí sin dificultad. Pero sí, sí, buen hermano te dé Dios.

»Un dia llegó en el momento en que la señora estaba cosiendo un guante de un teniente de caballería que estaba de huésped en casa, y que era más *indino*... y como el otro ya sospechaba algo, porque varias ve-

ces habia encontrado al teniente de visita en la habitacion de la señora, se puso hecho una fiera, cogió el guante, se lo tiró á la cara al teniente, y se armó un escándalo, que tuvieron que subir los veteranos, y por poco vamos todos á la cárcel. La señora se desmayó tres veces, y el caballero no volvió á parecer; así pasó otro mes, que yo no cobré por supuesto... Un dia salí, no sé á qué cosa, y me lo encontré de manos á boca, que venía con otros dos ó tres.—«Caballero, le dije, su hermana de V. está inconsolable desde que V. no va por allí.»—Y si viera V... él y sus amigos me contestaron con una carcajada y diciendo: «Hermana!... ¿éh?... de Adan!» Cuando volví á casa, el pájaro habia volado; aquella señora no me dejó ni siquiera un par de medias, como el que despedí ayer.»

Esto basta para que conozcan VV. á la patrona de huéspedes; aquellos de mis lectores que conozcan esas casas, podrán decir si doña Rosa no es el verdadero patron por el que están cortadas las patronas de huéspedes.

La patrona de huéspedes se llama invariablemente doña Rosa, doña Manuela, doña Celestina, doña Catalina, doña Paca, doña Dolores ó doña Marciana, y no hay patroua que entre sus huéspedes no tenga uno preferido, uno con quien consulta acerca de los demás, y le lleva las cuentas, y le debe impunemente alguno que otro mes; y en algunos casos, cuando la patrona no es costal de paja, y es opinion general que no le faltan en la Caja de ahorros ó prestados á ganancias algunos miles de reales, siempre hay algun huésped que quiera alzarse con el santo y la limosna; y si no

tiene otro oficio ni beneficio, toma el oficio de patron, y adquiere el beneficio de hallar casa puesta y dinero junto, allí donde llegó tal vez con un equipaje parecido al del huésped despedido por doña Rosa.

Entónces tambien, en la mayor parte de los casos, la casa dirigida por un hombre empieza por perder los huéspedes antiguos y no agradar mucho á los modernos.

Hay algunas patronas que, establecidas en buenas y lujosas habitaciones, y recibiendo solamente personas de cierta clase, á quienes pueden pedir un ojo de la cara, no dejan de hacer negocio; pero en general, las patronas de huéspedes que tienen en sus casas estudiantes ó empleados con corto sueldo, ó militares de corta graduacion, ó viudas beneméritas, ganan bien poco, ganan para sostenerse trabajosamente.

XII.

El solteron.

El hombre que á los cuarenta años no ha entrado aun en el gremio de los casados, se halla en estado de merecer el nombre de solteron.

Si yo gobernara el mundo, mandaria publicar todos los años los nombres y apellidos de todos los solterones, ni más ni ménos que si fueran reos de hurto, homicidio ó estafa, emplazados por los tribunales.

Una mujer puede ser solterona, á pesar suyo, sin que ella haya dejado de hacer todo lo posible por no serlo; pero el hombre solteron lo es, porque así se le antoja, como si dijéramos, con premeditacion y otras varias circunstancias agravantes, que le hacen más criminal de lo que parece.

El solteron, ó es un hombre que no tiene ley á la camisa que lleva puesta, ó un avaro atento solo á su dinero, ó un vicioso en quien tan arraigado está el vicio, que teme que la familia venga á detenerle en su carrera de locuras y desenfreno. Es decir, que el solte-

ron es precisamente un hombre que podrá ser bueno, pero que lo disimula mucho.

Siempre ha sido tenido en poco el hombre célibe; Licurgo, el más recto y sábio de los legisladores de Grecia, consideraba infames é indignos de los demás á los hombres célibes; Platon decia que un hombre que á los treinta y seis años no habia elegido aun una mujer por esposa y compañera, era un mal ciudadano, y debia ser excluido de los cargos públicos; los censores, fieles conservadores de la virtud y las buenas costumbres, no permitian en Roma que los célibes pudieran servir de testigos, ni que hicieran testamento; en aquellos tiempos era un impío el hombre que dejaba el mundo sin dejar herederos de su nombre, y la religion amenazaba á los célibes con horribles tormentos en el otro mundo.— Montesquieu opina, que cuando ménos casamientos se hacen, ménos fidelidad hay en el matrimonio, así como cuando aumenta el número de los ladrones aumenta tambien el de los robos.

Me parece que estas razones convencerán á VV. de que es justo, justísimo, el anatema que lanzo contra los solterones que por ahí andan, sin dárseles un ardite de tantas muchachas como hay en el mundo, dispuestas á hacer la felicidad de los hombres.

Adan perdió por Eva el Paraiso, es verdad; pero si Eva no hubiese nacido, Adan hubiera acabado por perder la paciencia, convencido de que le faltaba algo, y casi me aventuro á creer que por muy bien empleada dió la costilla que perdió, con tal de encontrársela convertida en una mujer como Eva, que mejorando lo presente, y á pesar de no usar capota, ni *fichú*, ni ena-

guas, ni todas esas preciosidades que el buen gusto y la moda han inventado despues, debió ser una hembra capaz de hacer caer de su asno al solteron más recalcitrante.

El hombre que vive aislado en su casa, que no ve mas que las cuatro paredes de su habitacion y el semblante estúpido de un criado, ó la cara de pascua de una dueña quintañona, que no tiene una mujer que adivine sus pensamientos, ni un hijo que le acaricie, no puede ser feliz, aunque lo mande la bula. Si tiene una satisfaccion, una alegría, no tiene quien la celebre, quien la haga suya, quien le desee muchas mas; si tiene un pesar, no halla quien le consuele, y en la soledad su pena es mucho mayor y mucho más duradera; si cae enfermo, no tiene quien le auxilie, quien vele miéntras el descansa, quien sufra sus impertinencias, y se ve obligado á comprar los cuidados de personas extrañas, á quienes más que su salud interesa su enfermedad, puesto que cuanto más dure ésta, mayor será la recompensa que alcancen despues; y por último, si muere, no tiene quien le herede, ni quien se honre con su nombre, ni quien entre alguna vez en el cementerio á rezar un Padre nuestro por su alma.

El solteron es siempre avaro, ó egoista, ó excéptico.

El solteron avaro es el más infeliz de los mortales; nadie le tiene amor, á nadie interesa su fortuna ni su salud; y como á quien no tiene hijos el diablo le da sobrinos, nunca le faltan dos ó tres de éstos, que desean su muerte, y que le espian atentos para lanzarse sobre sus bienes apénas cierre el ojo.

Este pobre solteron sale del mundo sin dejar memoria alguna: los mismos que le heredan, se olvidan del orígen de las riquezas que adquieren.

El solteron egoista lo es porque no ha hallado en su camino una mujer que, contando con algunos miles de duros, le quiera por esposo.

Y no ha sido porque no la ha buscado; pero ya porque sus prendas físicas y morales no son para cautivar á nadie, ya porque su intencion fué conocida, y se le ha considerado siempre un *bon vivant* sin asomo de pudor, y sin ninguna de las nobles cualidades de que Dios hizo susceptible al hombre, el caso ha sido que han pasado por él años y años, sin que haya podido lograr vencer el soberano desden con que le han recibido todas las mujeres ricas á quienes se ha dirigido.

Este solteron viene recibiendo desaires desde treinta años; y recibe tantos, que al llegar á los sesenta, ódia cordialmente á todo el mundo, y se hace un viejo verde insufrible, enemigo de toda virtud, y que acaba por casarse con la criada de su casa, quien pasa con él las penas del purgatorio, y le aborrece con toda su alma ántes de terminar la breve luna de miel de que, segun autorizados pareceres, gozan todos los casados.

La triste se considera feliz el dia en que á su marido se lo lleva el mismo demonio y ella vuelve á su primitiva condicion, porque como el solteron egoista es pobre, y en brebajes y jaropes ha gastado durante su enfermedad todo lo que habia en la casa, no le ha quedado á la viuda mas que treinta dias cada mes, y las calles libres para pasearse, con lo cual ya puede

buscarse la vida de la manera que mejor le cuadre, si no halla un hombre que se enamore de ella tan gravemente que se decida á llevarla á la iglesia muy sério.

El solteron excéptico es el más repugnante de todos: en su juventud ha sido un malvado, incapaz de todo sentimiento noble y generoso, perseguidor de toda mujer y enemigo de la bendecida paz de la familia.

El mundo le suele llamar *hombre de mundo*; yo le llamaré más propiamente un *miserable.*

Parodia de D. Juan Tenorio, el solteron excéptico ha cifrado toda su gloria en el número de las mujeres víctimas de su perversidad: verdad es que el mundo ha celebrado sus vergonzosos triunfos, y le ha hecho creer que él es un hombre superior á todos los hombres; así el mundo se hace cómplice del escándalo y la maldad.

¡Oh! si yo gobernara el mundo, no sucederia esto: todas estos *esprist forts* que no reconocen otra ley que su capricho, y que tienen el escándalo por sistema, y que se ufanan con una impunidad más escandalosa que sus mismos hechos, serian condenados á vivir léjos de la sociedad, y á ganar el negro pan de los presidiarios con el sudor de su frente.

Ellos no creen en la virtud: ellos, que la han perseguido de muerte, dudan de todas las mujeres, y no encuentran una que sea digna de llevar su nombre.—¡Soberbio nombre por cierto!—¡Como si no hubiera en el mundo nombres que aparecen muy considerados y son indignos de toda consideracion!—Comprenderia

que no hallaran mujer alguna que quisiera su nombre, pero no comprendo que ellos hagan favor alguno á la mujer que lo acepte.

El solteron excéptico, como es vicioso por extremo, dedicase á robar la honra de los demás; él introduce la discordia en los matrimonios; él se afana en apartar de sus deberes á la jóven casta, legítima esperanza de ancianos padres; para ¡él no son dignas de respeto las canas, ni la virtud, ni el derecho.

Con su capricho por ley y el vicio por sistema, procura hacer al prójimo todo el daño que puede; no parece sino que la sociedad le ha inferido graves ofensas, segun la tenacidad y la inquinia con que él ofende á la sociedad en lo más digno de respeto, en lo más sagrado.

¡Pobre madre la que tiene por hijo un hombre de tan mezquinos sentimientos!—El hombre que no respeta á las mujeres, que hace la guerra á honrados esposos, que no vacila en llenar de luto para siempre el corazon de una madre, haciendo á la hija víctima de su liviandad, ¡cómo ha de respetar á su madre! ¡Oh! no es posible; el hombre que ama á su madre, no puede ser enemigo de los demás, no puede querer para una madre, que ningun daño le ha hecho, la horrible tribulacion de que vea perdida y sin honra á una hija de sus entrañas.

El solteron excéptico llega al término de la vida, al momento en que la palabra de un sacerdote le habla de la existencia de Dios y del premio que su misericordia reserva á la virtud, y del castigo que su justicia impone al vicio, y entónces, demasiado tarde, com-

prende su error, y tal vez pide con cobarde ansiedad más vida para arrepentirse, cuando ya la inexorable mano de la Providencia ha marcado el fin de aquella existencia consagrada al mal.—Y muere abandonado, sin familia, sin más consuelo que la caridad de un ministro de Dios y el fingido interés de algunos de los que se han llamado sus amigos, á quienes importa muy poco que viva ó muera, y quienes tal vez grabarán despues en la losa de su sepulcro la escandalosa mentira de que aquel hombre fué bueno y honrado.... Y quizás alguna madre abandonada, al ver en la mansion de la verdad aquel horrible sarcasmo, abrazando á un hijo sin nombre, exclamará:—«¡Mira, hijo mio!... dicen que fué bueno y honrado, y tú no tienes nombre ni yo tengo honra!»

Pero me he formalizado más de lo que pensaba, y el lector se creerá engañado, porque al leer el epígrafe de este cuadro de mi galería, habrá sospechado que iba á reirse de lo lindo.—¡Cómo ha de ser! sin querer estoy escribiendo en sério; procuraré enmendarme.

Tengo, pues, el gusto de presentar á VV. otro solteron, el solteron *buen mozo*.

A mí me gusta mucho ver una buena moza, pero me gusta mucho más ver un *buen mozo*, porque me divierte.

El solteron buen mozo, es regularmente un hombre que, consagrado completamente á la admiracion de sí mismo, no ha tenido tiempo de cultivar su inteligencia; esto quiere decir, en más claros y vulgares términos, que el buen mozo, con honrosas excepciones, suele ser un animal.

Generalmente, la suerte le suele ser propicia, mu-

cho más propicia que al pobrete que pasa sus mejores años quemándose las cejas para aprender algo de que pueda sacar en su dia el miserable dinero con que se compran los garbanzos, y se da educacion á los hijos, y se satisfacen los caprichos de la mujer en su estado normal, y los antojos de la misma en su estado interesante.

El solteron *buen mozo* es inofensivo; todo su afan consiste en que le vean, y en merecer la amistad de las mujeres más bonitas y á la moda, las cuales se divierten grandemente con él, que todo lo convierte en sustancia, y se hace la ilusion de inspirar amor á todas ellas.

El solteron buen mozo viste siempre ajustado á los últimos decretos de la moda, y es muy considerado por los sastres que le sirven, y le hacen pagar á peso de oro las prendas que le confeccionan, seguros de que consideraria una grave ofensa que á él se le vistiera por el mismo precio que al vulgo de los hombres, que se visten porque no pueden andar desnudos: tambien merece las simpatías de los perfumistas, que le suministran infinidad de esencias, sales, colores y pomadas maravillosas.

El se pasa cada dia en el tocador tres ó cuatro horas, que todo este tiempo necesita para revocarse el rostro, pintarse las cejas, ponerse tieso el bigote y teñirse alguna que otra cana imprudente, que viene á advertirle de la fragilidad de las cosas humanas y de lo deleznable y perecedero de la hermosura, y despues de contemplar su imágen en el espejo, mueble indispensable de todo buen mozo, se presenta en la calle

hecho un brazo de mar, y como quien dice: «*¡Aquí estoy yo!*»

Pasa cerca de él una mujer hermosa que le mira, porque, ¿cómo no ha de mirar á un buen mozo, que parece un rey de baraja fina?—y él da media vuelta, y allá va detrás de la individua, hasta que ésta llega á su casa, y él se queda en la calle, esperando el santo advenimiento, ó más claro, que la bella se asome al balcon, con lo cual cree el infeliz que ha quedado prendada de su figura, y se decide á aumentar aquella al número de sus amorosas empresas. Lo probable es que la buena señora se asoma al balcon para ver otra vez á un hombre tan pulido y emperegilado, y lamentar despues que al tal no se le conserve entre cristales entre los curiosos fenómenos del museo de Historia natural.

El solteron buen mozo no vive mas que por las mujeres y para las mujeres; lo malo es que las mujcres no suelen vivir para él.

Nunca faltan tontos que le tienen por oráculo, y creen de buena fé que es un conquistador de *primo cartello*, y que las mujeres más famosas en los salones, las más invulnerables, se han rendido á sus encantos. El, por su parte, pone todo su conato en que así parezca, y agradece más un saludo ó una sonrisa en público de una mujer hermosa, que si le cayera el premio grande de la lotería.

Ya ve el lector con qué poco queda satisfecho el solteron buen mozo.

En el teatro entra siempre cuando está levantado el telon, y goza inefable satisfaccion cuando advierte que

desde los palcos le asestan los gemelos las damas más encopetadas de la córte, y sale ántes de terminar la funcion, con objeto de que todas le vean á la salida, y de que le saluden la Fulanita y la Zutanita. Por supuesto, que en los entreactos se manifiesta en todos los palcos, permaneciendo de pié para que no se le arrugue el pantalon, y para que el público pueda gozar, viéndole, de otro espectáculo no anunciado en el programa.

Y así pasa el tiempo, y cuando su hermosura comienza á decaer, y las pomadas y los cosméticos comienzan á ser inútiles para él, el solteron buen mozo, ó se muere de hermoso, enfermo con la idea de que su belleza le abandona, ó se casa con una vieja rica, que las viejas son generalmente las que se pagan de tales hombres, convencidas de que los demás, los hombres formales, no dan un cuarto por ellas.

Antes de terminar, quiero aconsejar al lector que haga lo posible por no pertenecer á ninguna de las especies que acabo de describir, porque en la soledad se embota la inteligencia, se adquieren malos instintos, se vive, en fin, una vida de desencantos y descreimiento.

XIII.

El novio.

Yo no soy erudito, ni bibliófilo, ni académico, pero he descubierto la etimología de la palabra *novio*, y no hay razon para que me reserve el descubrimiento.

La palabra *novio* se compone de otras dos, el adverbio *no* y el pretérito del verbo ver, *vió*; y como no ver es lo mismo que estar ciego, *no vió* quiere decir *estuvo ciego, se quedó á oscuras*.

Me parece que la explicacion no puede ser más sencilla. Se me objetará tal vez, como dicen en sus notas los diplomáticos, que la palabra novio es breve; seguramente, pero no por eso puede dudarse de la verdad de mi etimología. Lo que hay es que, con el laudable objeto de no herir la susceptibilidad de los hombres, se ha hecho una de las dos palabras, abreviándola además, á mayor abundamiento.

¿Están VV. convencidos? Pues sigo adelante.

Todos los hombres pueden ser novios; este es un derecho que, aunque no está consignado en ninguna Constitucion, adquiere todo ciudadano en cuanto se lo pide el alma; y digo el alma, porque desde Ovidio acá, el alma es la parte interesada cuando el niño ciego se empeña en hacer á los hombres tan niños y tan ciegos como él.

No hay duda que la mujer, cuarta virtud teologal y octavo pecado mortal, tiene que pasar por duras pruebas, tiene que arrostrar grandes peligros en su fugaz existencia; pero ¿qué valen esos peligros y esas pruebas si se comparan con lo que el hombre se resigna á sufrir desde el momento en que se declara *novio* de solemnidad?

He aquí las situaciones de prueba en que se halla generalmente toda mujer: cuando se viste de *largo*; cuando oye por primera vez que la dicen: *¡Es V. encantadora! ¡Tu amor ó la muerte! ¡Huyamos!... ¡El porvenir es nuestro!....* cuando da la primera cita y escribe la primera carta; cuando el papá la descubre en el momento de sacar la mano por el ventanillo, y decir: *¡Yo te amo, vida mia!* á un zángano más feo que un *¡voto va!* cuando se casa; cuando da á luz un hijo; cuando se enamora de otro; cuando enviuda; cuando echa el primer diente fuera de la boca, y cuando se muere.

Pero repito que nada de esto es comparable con lo que le está reservado al hombre, que, siguiendo el uso y no escarmentando en cabeza ajena, á pesar de que desde Adan, que fué el primer hombre y el primer escarmentado, se han reproducido los escarmien-

tos en todas las épocas y en casi todos los hombres, se enamora de una mujer,—y ya se comprende que no ha de ir á enamorarse de otro hombre,—y pone todo su conato en cautivar el corazon, la voluntad, el alma y el cuerpo de la agraciada.

No enumeraré los preliminares que, como la guerra y la paz, exige el amor para declararse entre un hombre y una mujer que no se han conocido nunca, que se han visto por primera vez, y al verse han exclamado á una, como Arquímedes: ¡*Eureka!* ó ¡*Me gusta!* ¡*Me conviene!* ¡*Qué hermosa!* ¡*Qué guapo!* ¡*Qué simpática!* ¡*Qué buen mozo!* ¡*Ah!* ¡*Oh!*etc., etc.

Observaré al novio desde el dia en que descubre en qué lugar está situada la ermita de la santa de su devocion, el templo de su ídolo, es decir, la calle, el número de la casa y el cuarto donde vive la señora de sus pensamientos.

Ved al novio plantado en la esquina, mirando fijamente á un balcon, vedle pasear la acera, y pararse despues, y luego volver á pasear; vedle entrar en el portal de la casa de enfrente y permanecer allí unos minutos, y salir despues y meterse en otro, y salir tambien y entrar en el de la casa de su ventura; vedle cómo se impacienta, cómo se hace el distraido y el transeunte cuando ve salir al balcon ó á la calle al padre, al hermano ó al tio de *su alma*; vedle, en fin, cómo se anima, cómo tiembla, cómo mira, cómo no vé, cómo tropieza, como gesticula, cómo se emboba cuando aparece en el balcon *su felicidad, su ilusion, su luz, su vida*.

Entónces ya es otra cosa: el galan procura guardar-

se en lo posible de las miradas profanas y de la curiosidad del vecindario, y se coloca en el dintel de un portal, desde donde contempla á su placer á la dueña de su corazon, que no cabe en sí de hueca, sin contar el miriñaque, y que se sonrie y se pone colorada, y mira al cielo, y le pide la *patita* al loro, si lo tiene, ó hace fiestas al perrito, ó se entretiene en tirar á las narices de los transeuntes bolitas de papel; ved, al fin, que la niña se dispone á retirarse del balcon, y el galan á dar por concluida su jornada del dia; ved cómo, al marcharse, vuelve la cabeza cincuenta veces para ver á *su reina*, y ved cómo esa contínua evolucion le proporciona ocasiones de tropezar con los que vienen, de los cuales uno le da un empujon, otro le dice poniéndose en la razon: «*¿Está V. ciego?*» una señora á quien pisa en un ojo de gallo le suelta un «*¡Animal!*» que le deja pegado á la paréd, y un aguador le besa con la cuba en las narices, y le pone sobre la charolada bota arroba y media de pié y zapato gallegos.

A los ocho dias ya están todos los vecinos de la calle al cabo de la *idem* respecto del objeto de los contínuos paseos de mi hombre, y todas las vecinas saben á qué hora viene y á qué hora se marcha, y salen á verle, y cada una hace sus comentarios acerca de la hermosura de la niña y de la apostura del galan, y á unas les parece un Apolo y á otras un Esopo, y la una le cree un tonto, y la otra un vago, y la otra un pobre hombre, y todas le conocen por el novio de la Fulanita.

Pues, ¿y cuando la niña sale á misa, á tiendas ó á paseo con su mamá ó con su papá?... Allá va el novio detrás, como el inocente cordero detrás de su matador,

parándose de vez en cuándo para conservar siempre la distancia necesaria, haciéndose el distraido cuando ve venir algun amigo, para que no le detenga y le haga perder la pista, y siempre con los ojos clavados en *su esperanza*, que cada ocho pasos vuelve un momento la cabeza para asegurarse de que el novio sigue sus huellas, y darle las gracias con una miradita y una sonrisa, que no cambiaria el novio por tres pesetas, aunque no lleve un cuarto en el bolsillo.

En el teatro el novio se conduce como tal; si la novia está en un palco, el novio entra en el patio cuando ya se ha levantado la cortina, y si puede ser, cuando el público oye la escena más interesante con respetuoso silencio: esa es la manera de llamar la atencion de la novia, que, como todas las mujeres en el teatro, no puede prescindir de mirar á quien entra taconeando en medio del espectáculo. Una vez colocado en su butaca, vedle cómo clava los gemelos en el palco donde está la beldad que adora, y ved cómo, advertido su juego, todas las mujeres le miran, y todos los hombres miran á la misma que él mira.

En el Prado es donde el novio puede despacharse á su gusto: por dos cuartos compra el derecho de estar al lado de la elegida de su corazon dos ó tres horas, y de decirla, por lo bajo y atusandose el bigote, todo lo que un novio puede decir á su novia; allí es donde puede hacerse conocer de la mamá y demás familia, y allí donde hallar un mal intencionado que le presente y le ponga en camino de penetrar al fin en la casa mortuoria, digámoslo así, de su libre albedrío y de su independencia; allí donde el novio puede deslizar en la

mano de *su dicha, apretándosela* de paso, alguna carta de esas que, segun opinion de un autor francés, para estar bien escritas no ha de saber quién las escribe cómo han de acabar cuando las empieza, allí, en fin, donde puede recibir otra de la adorada señora, lo cual es la suprema ventura para un novio, aunque sea ilustrado y le duelan frases como por ejemplo, *haiga diferiencia, Hamor* (con H) *alla, ben, teqiero, alageño* y otras.

Una vez presentado el novio en la casa de la novia, despues de haber hecho el amor á ésta, para no perder la *hechura,* tiene que empezar á hacer el amor á la mamá; porque no basta que la niña le juzgue el hombre más cumplido del orbe cristiano, es preciso que á la mamá le parezca fino, servicial, generoso, buen muchacho; es preciso que adivine el pensamiento de la mamá, y no la contradiga, y la dé la razon cuando se queje de cómo están los hombres en el dia, y oiga con paciencia la relacion de los méritos y servicios de la vida pública y privada de su difunto, y los hechos famosos de sus ascendientes, y la dé el brazo en el paseo en la calle, en la escalera, y la lleve á refrescar, y la cobre la viudedad, si la tiene, y quiera mucho á Anacreonte (un perro), y esté, en fin, siempre, y en todo, por todo, á su disposicion, para lo que guste mandarle.

Y luego, pasado algun tiempo, comienzan las indirectas y las alusiones á boca de jarro, que dan por inevitable resultado, ó la ceguera completa del novio, y una boda, ó la vista recobrada y una retirada á tiempo, que le valga el concepto de pillo, seductor, farsante, pobre diablo ú otro peor.

La mamá no sabe hablar mas que de que todo su *pio* es que se *coloquen* sus hijas ántes de que ella cierre el ojo, y de que las mujeres no deben pasar el tiempo; y de que una niña no gana nada con tener hoy un novio, y mañana otro, y otro despues, y de que su hija podia estar ya casada con uno que era esto y lo otro, y que la queria tanto y cuánto, y de que no le habia querido porque era viudo y feo,—como si un viudo rico no fuera mejor que un soltero pobre, y como si el hombre y el oso no fueran cuanto más feos más hermosos,—y de que los hombres están en el dia muy escamados y no se casan á dos tirones, y de que obras son amores y no buenas razones, y de que á la hija de Fulano le sucedió un chasco, y la sobrina de Zutano se quedó con todo hecho, y el novio se llamó Andana, y la hermana de Mengano se quedó para vestir imágenes, despues de haber tenido quince años relaciones con un teniente, que en cuanto le hicieron capitan se casó con la hija de un comandante, y en fin, de otros lastimosos ejemplos de la fragilidad de las cosas humanas, y de la mala condicion de los hombres y del poco cálculo de las mujeres.

El novio, si tiene vocacion de tal, no puede ménos de convencerse, y entrando en cuentas consigo mismo, se convence á la vez de que eso de casarse tiene tres bemoles; pero si la cabeza le dice que nó y el corazon que sí, ya no hay remedio para él, á no ser que una oportuna pulmonía venga á llevarle á la mansion de los bienaventurados.

Y vuelve otra vez el novio á padecer desde que declara oficialmente su amor, y la madre le proclama el

novio de su hija. Ni un fenómeno con seis piés, ni un reo condènado á muerte, ni un eclipse visible del sol, es objeto de mayor curiosidad que el novio. La madre y la hija se dedican á visitar á todos sus amigos, conocidos, parientes y bienhechores, no con otro objeto que el de anunciar el próximo establecimiento de la niña, y decir la mamá que él novio no es todo lo que ella queria, pero que la chica le quiere, y allá se las hayan, que eso sí, parece buen muchacho, y que al cabo y al fin, lo que importa es que sea hombre honrado, que los tiempos no están para gangas; y que como la chica es un ángel de Dios, más económica que el mismo Franklin, y muy mujer de su casa, harán ellos más con veinte que otros con cuarenta, etc., etc.

¡Y cómo goza la madre y la hija contando todo esto á la madre que tiene siete hijas ó siete pecados mortales, más tontas que el andar á pié, y que con todos coquetean y con ninguno casan, y al cesante que no encuentra á quien endosar tres que Dios le destinó y su mujer le dió, y á la solterona que por escoger entre muchos se quedó sin ninguno, y á la vieja que por casarse casó con un jóven que la quiso por pescarla los cuartos, y le da una vida de perros y una pesadumbre cada media hora!...

Y luego, todas esas personas á quienes se anunció tan fausto acontecimiento, devuelven la visita, no más que con objeto de saber y oler, averiguar y preguntar, y sobre todo, de ver al novio, que tiene que sufrir ese exámen con la sonrisa en los labios, y oir las chanzonetas de alguno que otro viejo materialista, y las miradas profundas de las jóvenes amigas de su novia, y los con-

sejos de las mamás, y los plácemes y los parabienes de todos, á quienes nada importaria seguramente que se le llevaran los demonios.

Y una le encuentra tonto, y otra feo, y otra soso, y todas tienen algun pero que ponerle; el único consuelo que le queda, es que á todas las solteras les parece mucho mejor que la novia, porque sabido es que una soltera le perdona á otra todo, ménos que se case ántes que ella.

El novio, pues, está en berlina durante treinta ó cuarenta dias; el que resiste á esta prueba es capaz de todo, capaz de enviudar y casarse otra vez.

Los preliminares de la boda son otra prueba más; el novio tiene que adivinar el gusto de la madre y de la hija para comprar los regalos de cajon, y como regularmente el gusto de la madre es opuesto al de la hija, surgen grandes dificultades, tanto más difíciles de resolver, cuanto que es imposible dar gusto á las dos, ó resignarse la una al de la otra.

Llega por fin el dia de la boda, y el novio se convierte en marido y la madre en suegra.

El que *no vió* durante algun tiempo, abre los ojos y ve claro; quiere ver lo que ha pasado, pero se ve entre la espada y la pared: la espada es la suegra, la pared su mujer. Cruza los brazos y dice: *¡Amen!*

Su mujer podrá amarle un año, dos, tres, toda su vida, pero la suegra le aborrece á los dos meses.

El novio, por lo demás, tal como le he bosquejado en los anteriores párrafos, es un tipo que va degenerando lastimosamente.

Los novios no son ahora lo que eran: ahora se lla-

man novios los que se casan, pero no hacen lo que los novios como el que he querido retratar.

Ahora el novio, ántes de pasear la calle donde vive la mujer en quien pone los ojos, pregunta, averigua quién es, cuánto tiene; ó mejor, ántes de poner los ojos en la mujer, pone la intencion y la codicia en las condiciones y en la posicion de la familia de la mujer, y tasa en tanto ó cuánto, ántes de arriesgarla, su libertad de soltero.

Tampoco suele ser ahora el novio tímido, respetuoso, servicial; el novio, el que tiene verdadera vocacion de novio, toma siempre el camino más largo; pero el que galantea á todas las mujeres y no las quiere mas que para pedestal de su fortuna, ó para víctimas de su amor propio, ó para aumentar el número de sus conquistas, toma siempre el camino más corto.

Otra de las causas de que el número de *novios* disminuya notablemente, se explica en el lujo que las mujeres han dado en ostentar, no muy confiadas sin duda en los encantos de la hermosura y en la hermosura de la virtud.

Los hombres no quieren ya ser satélites de un solo planeta; la galantería, la fraseología de la galantería y del amor, han hecho grandes adelantos, y las mujeres y los hombres abusan que es una maravilla.

El camino del matrimonio no está todo lo concurrido que deberia estarlo, en atencion al prodigioso aumento de viajeros de la vida que cruzan el mundo.

Esos tipos de novios como el que acabo de describir, se encuentran en la clase media; en la alta, esos tipos son tan raros como el ave Fénix.

El amor en la sociedad moderna es un juego muy peligroso por cierto; el matrimonio una cuestion de tanto mas cuánto, una cuenta de multiplicar.

Los novios de la alta clase y de la clase baja, no se parecen en nada al novio de este capítulo.

En otros procuraré describirlos.

Una observacion: me parece que mi etimología de la palabra *novio* será infundada dentro de algun tiempo, cuando hayamos dado algunos pasos más en el camino real de la civilizacion; porque siendo el amor un juego y el matrimonio un negocio, los novios, en vez de estar ciegos, tendrán que abrir tanto ojo para no perder en el primero y no ser engañados en el segundo.

XIV.

La novia.

En el cuadro anterior tuve el gusto de descubrir á VV. la etimología de la palabra novio; justo es que al tratar de la *novia* descubra tambien la de esta palabra, que comienza á ser un si es no es subversiva.

Novia, lo mismo que *novio*, se compone del adverbio *no* y de *veia* del verbo *ver*, que en muchos casos, y por los poetas sobre todo, que autorizados por el uso á abusar de las licencias poéticas, ponen y quitan letras y sílabas á su antojo, se convierte en *via*; es decir, que cuando se llama *novia* á una mujer, lo que se quiere significar es que *no veia*; que estaba ciega cuando no era *novia*, y que abrió tanto ojo apénas halló en el camino de la vida un jóven del tenor siguiente, que le dijo: *Buenos ojos tienes*.

Paréceme que nadie dudará de la verosimilitud de esta etimología: el *novio* se enamora y queda ciego: la *novia* tiene que ver por dos, por el novio y por ella;

es decir, que la niña más inexperta, la que no ha visto siquiera el mundo por un agujero, apénas tiene *novio*, empieza á ver claro, y de algunas puede decirse que adquieren la doble vista, reservada á los sonámbulos, magnetizados y prestidigitadores que de tiempo en tiempo embroman al respetable público que se deja embromar como un bendito.

En primer lugar, una novia ve el cielo abierto, lo que es una ventaja envidiable; despues ve un porvenir dichoso, tan ilimitado como se le antoje; y por último, ve la envidia y el despecho de sus amigas que no tienen novio;—y sabido es que nada contenta á una mujer tanto como tener ocasion de aparecer superior á otra; es decir, como publicarse *novia* entre las que no han podido todavía presumir quién de los galanes que hay en el mundo será su media naranja.

La mujer tiene en su vida un momento de completísima satisfaccion: el momento en que oye por primera vez una palabra de amor de la boca de un hombre, aspirante á novio.—Ella podrá, si el prójimo no es de su gusto, plantarle unas calabazas de padre y muy señor mio; pero toda su vida le agradecerá la primera palabra de amor que sonó en su oido, y cuyo eco guardará perpétuamente en su corazon.

Sirva esta verdad de consuelo á los tontos, á los antipáticos, á los feos y demás compañeros mártires, y de elogio á las pobrecitas mujeres.

Muchos hombres no pagan ni agradecen siquiera el amor de las mujeres, pero las mujeres pagan siempre el amor de los hombres,—no digo que no haya excepciones,—y cuando no lo pagan lo agradecen. ¡Ben-

ditas sean las mujeres que nos prodigan su amor por más que casi siempre sea su premio nuestra ingratitud!

Un hombre es capaz de decir mintiendo *Yo te amo* á todas las mujeres; habrá mujer que se lo diga á más de uno, pero no mentirá tanto como los hombres; en el *Yo te amo* de una mujer siempre habrá algo de amor.

Y es que, como creia Shakspeare, el amor se gasta más pronto en la imaginacion de los hombres que en la de las mujeres.

Se ha establecido acertadamente que en los casos de amor el hombre tome la iniciativa con la boca; pero la mujer, que no creia muy equitativa esta ley, ha encontrado un medio de eludirla, tomando á su vez la iniciativa con los ojos, cuyo lenguaje convence siempre.

Una mirada de Eva debió inducir á Adan al pecado.

Un hombre pasará cincuenta veces al lado de la mujer más hermosa del mundo, sin ocurrírsele que se enamorará de ella; pero si pasa luego tres veces no más, y la hermosa le dispara tres miradas de esas que no tienen réplica, aquel mismo hombre, ántes indiferente, sentirá ánsia de volver á ver á aquella mujer, y la buscará y la seguirá en todas partes, y la verá en sueños y se enamorará como un loco.

La mayor parte de las veces, cuando un hombre hace una declaracion á una mujer, ésta no se sorprende, por más que suela aparentarlo.

Las declaraciones por escrito no agradan regular-

mente mas que á las mujeres dadas á pulsar la lira y á escribir *su diario*, á leer las novelas de Jorge Sand, á quejarse del destino en variedad de metros, y á andar siempre á vueltas con los cabellos de oro, y los dientes de marfil, los labios de coral, y los ojos de gas, etc., etc.

Las mujeres saben perfectamente que hay hombres que escriben mejor que hablaba Ciceron, y hablan peor que escribia Comella; y lo que sobre todo quieren las mujeres, es hablar.

Una mujer muda podrá inspirar una verdadera pasion al hombre más hablador; pero un hombre mudo solo inspirará compasión á la mujer más prudente.

La novia recorre, desde que puede llamarse así, un camino lleno de flores y en el que encuentra mil ocasiones de halagar su vanidad de mujer.

El novio cree que está en berlina, y así es, cuando pasea la calle donde vive la señora de sus pensamientos y le observa la vecindad; cuando la sigue á respetuosa distancia; cuando sus amigos le sorprenden llevando colgada del brazo á su mamá; cuando la mamá le enseña como objeto curioso y nunca visto; cuando oye decir: *ese es el novio de la Fulanita,* ó *ya te he visto con tu novia*; y por último, cuando el dia siguiente al de su matrimonio se presenta con su mujer á dar parte de su efectuado enlace y ofrecer su habitacion, calle de Tal, número tantos.

Y todo esto que el novio sufre, en prueba de desmesurado amor, lo desea la novia como el colmo de su ventura, como la satisfaccion de su vanidad de mujer.

Yo no conozco, por lo demás, nadie más susceptible que una novia, nadie más exigente.

La novia enamorada,—que tambien las hay que están tan enamoradas como yo,—y por ende interesada en la conservacion del novio, es celosa siempre; y el novio de una novia celosa es una especie de maniquí que anda, viene, va, entra, sale, se mueve ó se está inmóvil á voluntad de la novia.

Verdad es que si en el amor de dos novios no hubiera celos, su amor sería la cosa más monótona y más insulsa. Hé aquí lo que se dirian por la mañana y por la tarde desde el primer dia de novios hasta la primera noche de esposos:

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Piensas mucho en mí?

—No pienso en otra cosa.

—¿Vendrás mañana?

—Primero faltará el sol.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Mucho?

—Mucho. ¿Y tú?

—Yo sí; te quiero mucho; pero ¿tú me quieres?

—Te quiero más que tú á mí.

—¡Eso sí que no puede ser, porque yo te quiero mucho!

—¿De veras? ¿Me quieres mucho?.... No haces más que pagarme, porque yo te quiero mucho tambien.

—¿Sí? ¿es posible?... ¿Me quieres mucho?

—Mucho; y me contento con que me quieras tú lo mismo que yo te quiero.

—¿Sí?... pues te quiero lo mismo... es decir, lo mismo, nó, porque por mucho que tú me quieras, no me querrás tanto como yo.

—Yo te quiero cada dia más.

—Eso precisamente me sucede á mí; no creí que en tan poco tiempo pudiera llegar á quererte como te quiero.—Te quiero mucho, créeme.

—¿Mucho?

—Mucho.—Y así estarian *queriéndose* uno, dos ó más años, concluyendo una y otro por hallarse ridículos en grado máximo. Los celos son un motivo de conversacion, y además un pretexto para seguir conjugando el verbo querer.

¡Cuánto más animada es esta otra conversacion de dos novios.

—¿Dónde has estado hoy á las once qué no has pasado por ahí?... ¡Y yo helada al balcon!

—Hija mia, me desperté tarde, y cuando salí de casa eran ya las once y media, y tuve que ir á la oficina.

—Es claro, anoche te retirarias tarde... ¿Dónde estuviste?...

—Te voy á decir la verdad: estuve por compromiso en un concierto.

—¿Dónde?

—Ahí cerca, en casa de D. Venancio, mi jefe.

—¡Ah! ¡ya! ¿haces ahora el amor á su hija?...

—¡Qué disparate!

—Sí, que no te conozco yo á tí... Como su padre

puede protegerte... ¡Y la hija es graciosa!... Más presumida y más tonta, y con unos ojos más torcidos!

—Pero hija, ¿de dónde deduces tales absurdos?

—Sí, sí, absurdos... defiéndela, hombre; atrévete á decir que es bonita... y parece la estampa de la heregía...

—Si no digo eso, mujer; si lo que digo es que nada tengo que ver con la hija de D. Venancio.

—Serias el primero, porque la niña no es corta de genio, y ha tenido ya más novios... ¡Así hablan de ella...

—No sé nada, pero yo no he observado cosa alguna que pueda perjudicarla...

—¡Cómo!... ¿la defiendes?

—Es hija de un amigo y protector mio, y ese es mi deber.

—Pues bien, yo no soy plato de segunda mesa... O ella ó yo... ya está V. demás en mi casa.

—Pero hija, oye razones...

—Nada tengo que oir... Es V. un hombre sin delicadeza...

—Poco á poco; ese es un insulto, y yo...

—V. no tiene que volver á acordarse del santo de mi nombre.—*(Dirigiéndose á otro.)* Paquito, ¿quiere V. tenerme esta madeja?...

—Pero, oye, hija mia...

—¿Qué? ¿No va V. á ver si ha descansado la hija de D. Venancio?...

—Sí, señora, voy... *(Cogiendo el sombrero.)* Mira que no vuelvo..

—Nó, nó, que puede V. perder esa proporcion.

—¡Pues... á los pies de V!

—Beso á V. la mano!

(Suena un portazo; la novia recoge la madeja y la tira en un cesto; se levanta y se encierra en su cuarto á llorar, y Paquito se queda viendo visiones.)

El dia siguiente, la conversacion se reduce á *¿Me quieres? Te quiero*, etc., etc.; pero pronto hay otra escena cómica en que la novia da celos al novio, mostrándose muy amable con Paquito, y el novio se los da tambien á la novia, aparentando no hacer caso, y la novia y el novio rabian de celos aparte.

Estas escenas suelen terminar cuando el novio, que va con buen fin, pide y obtiene la mano de la novia.

La novia entónces comienza á ver en el novio un objeto de su propiedad, que no puede enajenarse ni traspasarse, por más que entre los hombres haya algunos cuya palabra pudiera juzgarse tan segura como el agua en una cesta, y por más que haya habido muchos ejemplos de novias compuestas y sin novio, y de novios que en la última hora de su libertad han vuelto valientemente por ella, jugando á las novias lo que se llama una partida serrana.

La novia, lo mismo que el novio, es durante algun tiempo objeto de la curiosidad de todos, y de la envidia mordaz de las *incasables*, y no pocas veces de miserables calumnias.

Y esto sucederá miéntras haya mujeres y hombres en el mundo.

El axioma vulgar: *¿Quién es tu enemigo?... el que es de tu oficio*, es una verdad.

Los hombres se disputan con implacable porfía los empleos, y eso que tienen muchos empleos que escoger, y se hacen cruda guerra, y se espían, y los que se levantan empujan á los que caen, y los que caen procuran levantarse para hacer lo mismo, y por lograr cada cual su objeto, se prueban todos los medios, los buenos como los reprobados, los fáciles como los difíciles, los posibles como los imposibles.

Pues si esto hacen los hombres en todos los oficios, en todas las carreras, en todos los empleos, ¿cómo no lo han de hacer las mujeres, que no tienen más carrera que una, la del matrimonio?

¿Cómo no ha de envidiar la que ve que se le pasa el tiempo sin navegar por el mar del amor con direccion al puerto del matrimonio, á la que, despues de una rápida y divertida travesía, puede desde ese puerto contemplar serena y sin temor tempestades que ya no han de hacerla naufragar?...

Algunas novias, que fueron muy celosas, suelen no serlo cuando casadas, aunque les sobren los motivos fundados que ántes les faltaban. Compadezcamos á estas mujeres y á sus maridos.

Las que aman á sus maridos son felices, y felices los maridos que se hacen amar de sus mujeres.

Y cuando la nieve de la vejez blanquea sus cabezas, su amor no ha envejecido desde la época en que los esposos eran novios, porque constantemente lo ven y lo sienten en el amor de sus hijos.

XV.

Los usureros.

> Pedir prestado no es mas que mendigar, así como prestar con usura no es ménos que robar.
>
> (Lessing.)

Es indudable que las personas que se dedican á este oficio viven bien, viven holgada y anchamente; sin embargo, yo, que tengo una manera particular de ver las cosas, diré siempre que el oficio á que me refiero es un mal modo de vivir.

Muchos son los usureros, y esta circunstancia constituye un mérito para mí, del cual quiero hacer alarde, porque me halaga de veras; este mérito consiste en atreverme yo solo, un pobre hombre pobre, contra tantos poderosos y archi-poderosos que han medrado á favor de la usura.—Ellos, envalentonados con su dinero, me mirarán tal vez con desprecio; pero ¿qué me importa, si en cambio sus innumerables víctimas me

honran con su simpatía?—Aunque alguna alma mezquina crea que escribo una hipérbole, juro que no cambiaria esta satisfaccion por todo el oro que los prestamistas pudieran darme, si es que algun prestamista puede dar más que desazones.

De todas las gracias que suplico á la divina Providencia, la que más encarecidamente deseo, es la de que, si algun dia no tengo otro recurso para no morir de hambre que el dinero de un prestamista, me dé aliento suficiente para encerrarme de mi propia voluntad en un asilo de Beneficencia.

Todos somos hermanos, ménos ciertos prestamistas, á quienes el parentesco más inmediato que respecto de los hombres puede reconocérseles, es el de *cuñados*.

Cuando veo un anuncio que comienza: *Se facilita dinero á las clases activas y pasivas,* traduzco siempre: *Se desea quitar el pan de la boca á las clases activas y pasivas*.

El prestamista es, á pesar de todo, un hombre que en la forma no se diferencia de los demás; anda, come, bebe, escupe, y habla tambien como todos. Los que no le conocen, pasan á su lado tan tranquilos y como si tal cosa; los que le conocen, si desgraciadamente le necesitan, le ceden la acera, y le saludan muy rendidos; y si no le necesitan y piensan como yo, le ven con absoluta indiferencia, y como quien dice: *Y á mí ¿qué?*

Yo no condeno á los prestamistas por el hecho de haber elegido este oficio; lo que condeno es el abuso.

Los prestamistas que se contentan con que el capital que emplean les dé una renta módica, y que al

mismo tiempo que desean proporcionarse una ganancia legítima, desean tambien que esto no sea con perjuicio de tercero, no merecen censura; por el contrario, de esta maneran pueden en casos dados, hacer gran favor al prójimo, que luego paga muy gustoso el interés módico que se estipuló; pero como estos prestamistas son los ménos, he aquí por qué me parece que este artículo está muy en su lugar.

El usurero que se contente ahora con un 6 ú 8 por 100 de interés, merecia que se le erigiera una estátua ecuestre á expensas de las beneméritas clases pasivas—Si hay alguno, que alce el dedo, y se abrirá la suscricion inmediatamente.—Yo, si no puedo contribuir con dinero, escribiré una oda en loor del héroe de la usura.

El usurero que facilita dinero al 25 por 100, es tenido ya por hombre caritativo y amante del prójimo, y con razon, porque ni con candil se encuentra quien preste á ménos del 50 por 100.

—Señora doña Basilisa, mi respetable coronela, ¿necesita V. 3,000 rs. para hacer á las niñas unos trajes nuevos, y ver si se puede conseguir que se vayan colocando?.... Pues firme V. haber recibido 5,000, y es cosa hecha.

—Y V., donosa y desconsolada huérfana del bueno de D. Froilan, benemérito administrador de correos. ¿quiere V. que se le adelante un par de pagas, para ir á los baños de Loeches y curarse de esa tristeza que la consume á V. hace tiempo?.... Pues venga un poder para que el prestamista cobre por V. al fin de cada mes, y se reserve en pago del adelanto seis de quince du-

ros que V. tiene de pension, y uno por el trabajo de ir á cobrarlos, y él hará que tarde ó nunca vuelva V. á tomar los quince del pico, limpios de polvo y paja, y ya verá V. cómo siempre hay deuda en pié, y cómo entre V., que siempre ha sido un poco manirota y no conoce el valor del dinero, y él, á quien conviene más que otra cosa que V. no ponga en órden jamás sus asuntos, la trampa se lleva al fin la pension que con tanto trabajo ganó para V. el bueno de D. Froilan, que esté en gloria.

—Señor D. Miguel, indigno comisario de guerra jubilado,—aunque siempre está V. rabiando,—ya he sabido que anoche, en casa del *Zurdo*, perdió V. cinco mil reales en otros tantos *burlotes*, y á juzgar por la cara de vinagre que lleva V. hoy, me parece que no le hizo maldita la gracia la broma, y que de buena gana iria V. esta noche á *desquitarse* ó á perderlo todo, ménos el honor, que no es fácil perder lo que no se tiene; pero como el golpe de anoche le habrá dejado á V. sin un real, y como no es fácil que le presten á V. sobre su jubilacion, pues, como V. sabe mejor que todos, tiene V. dos retenciones, y hay quien espera que le toque su vez para entrar á cobrar, y probablemente no será este solo el penitente á quien interese la vida de V., por la cuenta que le tiene, no le queda á V. otro recurso que dirigirse á mi amigo D. Fulano, usurero empedernido, quien no tendrá inconveniente en facilitar á V. algunos miles de reales, 2,000 por ejemplo, sin que V. tenga que hacer otra cosa que firmar cómo ha recibido V. de dicho señor la cantidad de 4,000 rs. en calidad de depósito, la que

pondrá V. á su disposicion dentro de dos meses, y ya puede V. irse descuidado á la *timba*, y seguro de que si dentro de dos meses no tiene V. ni los 4,000 reales ni que comer, en la cárcel le darán á V. casa y alimento, y gozará V. el inefable placer de interesar á las almas piadosas y caritativas, que no podrán ménos de deplorar que un hombre como V. se vea acusado de estafa.

Y tú, pobre padre de tres hijos, que no tienes empleo, que no eres activo ni pasivo, ni conoces á un banquero que responda de tí, ni á dueño alguno de casa abierta que para tí no la tenga cerrada; tú, que te has decidido á implorar la caridad de las personas pudientes y la primera á quien piensas dirigirte es á tu vecino D. Eleuterio, prestamista, con quien fuiste á la escuela y á quien tu padre hizo muchos favores, pasa de largo y no llames á su puerta, porque es fácil que si le pides un duro te exija que se lo devuelvas duplicado, y muy probable que si le dices que no lo pides prestado, sino regalado, te eche el perro, si lo tiene, ó te denuncie como ratero y vago á la autoridad. Más te valdrá acudir á otro tan pobre como tú, que puede que, si tiene un duro, te dé generosamente la mitad, aunque en su vida te haya visto, y aunque tu padre y el suyo hayan sido sargento de realistas el uno y cabo de nacionales el otro.

Puede que el lector considere exagerados estos detalles; lo mismo hubiera creido yo ántes de estudiar las mañas de ciertos prestamistas.

Esta industria es de las más productivas, y si el número de los que la ejercen, aunque considerable, no

lo es tanto como parecia que debia ser, en atencion al buen resultado que produce, es porque para emplearse en ese oficio se necesitan cualidades que tienen pocos: se necesita no tener corazon, y entre los hombres hay afortunadamente pocos que no lo tengan; se necesita acostumbrarse á ver con indiferencia el mal del prójimo, y á ser sordo á las súplicas y ciego á las lágrimas de las víctimas de la usura.

¡Cuántas humillaciones sufre el infeliz que acude á un prestamista, á quien va á proporcionar una ganancia monstruosa, y que por esta circunstancia debia estarle agradecido! Nunca olvidaré la impresion que hicieron en mí no hace mucho tiempo las palabras y el llanto de un anciano, cubierto de cicatrices el rostro y coronada la cabeza de venerables canas. Salia de la Audiencia con paso vacilante y preñados de lágrimas los ojos. Acercámonos algunos á preguntarle la causa de su dolor, y el infeliz, despues de algunas frases entrecortadas, nos habló así:

—Nó, no es nada.... Es que.... que como nunca me he visto delante de un juez, estoy avergonzado ahora... ahora que á mis años.... ¡Vaya, todo sea por Dios!... Para que no se muera una hija que tengo muy malita.... baldada la pobre.... despues de haber vendido todo lo que tenia, he pedido á un prestamista dos mil reales sobre mi retiro, que es tan corto que apénas tenemos mi hija y yo para vivir.... Y me los ha dado, sí señor, Dios se lo pague; pero lo que siento es que para asegurar el pago me ha citado á juicio.... y lo que me avergüenza es que delante del juez ha dicho que yo le debia cuatro mil reales que me habia prestado amisto-

samente y sin interés.... ¡Ya ven VV., y no me da mas que dos mil! Y el juez, es claro, me ha sentenciado á que pague con la tercera parte de mi sueldo. Y yo allí corrido de vergüenza, sin poder decir el cómo y el cuándo del negocio porque luego se hubiera vuelto atrás el prestamista, y mi hija se moriria, y.... Dios me perdone, pero me parece qué si ese hombre tiene conciencia, le ha de pesar en ella el bochorno que me ha hecho sufrir.... ¿Qué habrá creido de mí el juez?

Hay algunos prestamistas que, como dice el vulgo, *no dan la cara*, dan el dinero por medio de agentes especiales, que son los que se entienden con las víctimas y que hacen que estas paguen, no solo el exorbitante interés del préstamo, sino tambien que al recibirlo suelten parte de la cantidad que lo constituye, en premio de sus buenos servicios, con lo cual se demuestra lo verdadero del refran que afirma que «al perro flaco todas son pulgas.»

Si el lector desea más informes, en la contaduria de Hacienda pública le podrán decir cuántas viudas ó huérfanas, cuántos cesantes ó jubilados tienen libres de retencion sus pagas respectivas, y cómo al fin de cada mes entregan una cantidad enorme, compuesta toda del importe de las retenciones, á don Fulano y á don Zutano, y á don Mengano, que, tambien es casualidad, son tan amigos de remediar los males del prójimo, que todo el mundo les debe dinero.

Dicen ellos que su industria está sujeta á mil eventualidades; por mi cuenta estas mil se quedan en una, la de que fallezca la persona á quien han hecho el préstamo, y no deje en el mundo ningun interesado,

lo cual calculo prudentemente que les podrá suceder una vez cada seis ú ocho años.

¿No se podria desterrar poco á poco la usura, procurando otros medios de socorrer al necesitado á ménos precio y más decorosamente?

El Monte de Piedad, por ejemplo, ¿no podria hacer préstamos sobre pagas como los hace sobre efectos?

Yo no contestaré á estas preguntas: yo denuncio el mal; procure quien pueda el remedio,

¡Si yo fuera ministro de Hacienda!...

Paréceme que sin escrúpulo de conciencia, habia de atreverme á mandar que se declarasen nulas todas las retenciones á favor de personas reconocidas como prestamistas usureros.

Las personas que prestan sobre alhajas y ropas en buen uso, son fenómenos muy curiosos y dignos de estudio, y cuya moralizacion debia tomar por su cuenta la autoridad, interviniendo en sus operaciones muy de cerca.

Permita el lector que le presente uno de estos fenómenos, que se llama doña Gertrudis.

Yo la conocí diez años hace, cuando vivia en la agradable compañía de su marido, dependiente del resguardo, de quien malas lenguas decian que en tanto que con laudable celo se dedicaba á perseguir el contrabando, hacía la vista gorda al contrabando que en su misma casa solia introducirse.

Pero llegó el dia en que el defensor de los intereses de la Hacienda tuvo noticia de los dichos del vulgo maldiciente y de los hechos de su consorte pecadora, y despidiendo a'rado de su alma enamorada las ilusiones

fundadas en la frágil base del deleznable amor de doña Gertrudis, pidió ser trasladado á otra provincia, y partió para su destino, llorando amargamente haber representado tan á lo vivo el triste papel de Adan con aquella Eva ingrata y coquetona.

He aquí á doña Gertrudis libre como las aves que cruzan el espacio,—así diria un poeta ramplon,—y autorizada á hacer aquello que se le pusiera entre ceja y ceja, señora absoluta de su albedrío, y dueña además de algunas onzas de oro, que ella con su prudente economía, y con su costumbre de prestar á réditos alguna que otra pequeña cantidad, habia podido reunir en dos ó tres años, sin que nadie pudiera averiguar de dónde le habia venido el capital con que comenzó sus especulaciones, porque nadie podia presumir que el marido fuera cómplice en la industria de la mujer, y porque todo el mundo sabía que aquel pobre hombre no tenia más que sus 10 reales diarios, con lo que demasiado conocen VV. que no se pueden hacer muchos milagros, porque 10 reales en estos tiempos no dan más que hambre para hoy y necesidad para mañana.

Pero abreviemos: de todos los misterios de la vida de mi señora doña Gertrudis, el que más excitó la curiosidad de sus vecinas, amigas, cuñadas, etc., etc., y el que más comentarios provocó y más sorpresa causó, fué el que dió por resultado el establecimiento de una casa de préstamos, anunciada en una muestra colocada en el balcon, y que á la letra decia lo siguiente:

«HONRADEZ.—CARIDAD.—BUENA FE.»

DINERO BARATO.

Se presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.»

He aquí cómo la mujer fuerte, la mujer de alma grande y voluntad poderosa, no necesita para cosa maldita el apoyo del hombre; doña Gertrudis, sin embargo, necesitaba el concurso de otra persona que le hiciera las cuentas, le llevara la pluma y representara en casos dados, y para este oficio nadie mejor que un amigo de su consorte fugitivo, un amigo con quien no sé qué diferencias podria tener aquel, porque no creo que fuera motivo suficiente para odiarle saber que Gertrudis le distinguia con su confianza, y que él habia sido siempre quien acompañaba á la abandonada esposa en largas horas de soledad, cuando los intereses de la Hacienda exigian la ausencia del esposo del hogar doméstico.

Ahora cúmpleme explicar el cómo y el cuándo de la industria de doña Gertrudis.

Suponga el benévolo lector que una pobre señora acaba de pasar una enfermedad y ha agotado sus recursos, y no le queda mas que una sortija de bastante valor, que ella en mejores tiempos regaló á su consorte, y que éste le devolvió momentos ántes de morir; aquella alhaja puede ser su salvacion, y no necesita venderla, nó, señor, sino únicamente dejársela á doña Gertrudis, quien le dará en cambio una cantidad, y conservará la sortija durante un año, en cuyo plazo la afligida señora podrá devolver la cantidad recibida, con más

un real por duro por cada mes que haya pasado, y recuperar la alhaja.

Mucho le costará decidirse á separarse de aquella prenda del amor que tuvo á su esposo; pero como la necesidad tiene cara de hereje,—y en esto se parece doña Gertrudis á la necesidad,—no tiene más remedio que recurrir á la mujer del dependiente del resguardo, y con lágrimas en los ojos presentar la sortija.

Doña Gertrudis la consuela, la anima y le asegura que no perderá la joya, porque ella no es como otras *empeñistas*, que lo que quieren es quedarse con los efectos,—aunque falten las causas,—y porque ella se contenta con no perder el dinero; y si se ha dedicado á hacer préstamos, más lo hace por favorecer al prójimo que por lo que la industria le produce, que no le produce otra cosa que muchos disgustos y muchos *quebraderos* de cabeza.

La señora necesitada no duda ya, y entrega la joya á doña Gertrudis, quien llama *in continenti* al amigo de su marido, encargado de aquilatar el valor de las prendas *que se empeñan*, y determinar la cantidad que, prudentemente, puede darse por ellas.

Y despues de mirarla y remirarla mucho, con una autoridad digna de un tasador con título, dice que la sortija vale 500 rs., y que por ella se pueden dar 160 de empeño.

La dueña de la sortija advierte que le costó 2.000 reales, y el tasador decide *ex-cátedra* que bien puede ser cierto lo que aquella señora dice, pero que tambien lo es que ha pasado la moda de sortijas como aquella, y que la antigüedad, el uso, las circunstan-

cias y otras cosas imponen á su conciencia el deber de aconsejar á la dueña de la casa, cuyos intereses le están confiados, que no suelte un cuarto más de 200 rs., y eso porque la señora á quien se los presta es toda una señora, y porque ni él ni doña Gertrudis pueden ser, aunque debieran serlo, para no sufrir más perjuicios que otra cosa, indiferentes á los males ajenos.

Y con este discurso queda convencida la dueña de la joya, toma los 200 rs. y una papeleta impresa con los huecos correspondientes, en los que se anota la fecha del empeño, la cantidad prestada y el número que tiene en la coleccion de objetos *empeñados en no volver á la casa primitiva*, la joya testimonio del acendrado amor que se tuvieron dos esposos felices.

Y si al terminar el año la pobre señora no entrega los 200 rs. del préstamo y 120 de réditos, la sortija que costó 2,000 rs., y que lo ménos vale 1,500, queda en poder de doña Gertrudis, que, admitido el rédito, se ha quedado impunemente con 1,180 rs. que no son suyos.

Considera, alma cristiana, si esto que hacen los usureros con los pobres que necesitan su dinero es ménos cruel que lo que los drusos hacen con los maronitas.

La familia que comienza á llevar á una casa de empeños sus ropas en buen uso y sus alhajas, queda desnuda sin remedio.

Todas las industrias tienen sus quiebras, sus eventualidades; esta industria no tiene ninguna, porque hasta si en la casa entran ladrones y roban, ó se declara un incendio, la dueña ó el dueño no responde de los objetos ajenos que tiene en rehenes.—Así se decla-

ra en las papeletas de empeño, para que no haya lugar á reclamaciones si ocurre alguna de esas desgracias. Otra eventualidad hay prevista tambien por la perspicacia de los usureros: en las mismas papeletas que se entregan como recibo de los objetos empeñados, se lee esta advertencia final: «No se responde de la polilla.»

¡No son mala polilla los usureros sobre ropas y alhajas! Ellos no responden de nada, juegan con sus víctimas un juego en que ellos ganan siempre.

Y así como más arriba exclamé: «¡Si yo fuera ministro de Hacienda!...» exclamo ahora:

—«¡Si yo fuera gobernador civil!...»

Si no fuera por contristar al lector, le daria desconsoladores detalles que me han referido algunas víctimas de esas gentes sin temor de Dios ni amor al prójimo; pero hago gracia de ellos al lector; solamente sentaré que así como es mejor comer el pan de la caridad que el de la usura, es mejor vender lo que se tiene, si no hay otro recurso, que depositarlo en una casa de *empeños*, donde al fin y al cabo harán por quedarse con ello.

A doña Gertrudis le ha *probado* tan bien, como ella dice, el negocio, que por obra y gracia de los pesos duros que posee, ha logrado vencer el odio que su marido tenia al sócio, y hoy le tenemos en Madrid, viviendo su mujer y él como dos príncipes, y muy agradecido al celo é inteligencia con que su amigo de otro tiempo ha desempeñado cerca de su mujer el cargo de gerente de la casa de empeños, cuyo lema sigue siendo: «*Honradez, Caridad, Buena fé.*»

Por supuesto que doña Gertrudis se ha hecho santurrona; si quieren VV. verla, vayan á la iglesia donde estén las Cuarenta Horas, ó donde haya novena ó salve, y allí la encontrarán dándose golpes en el pecho y rezando Padres nuestros, y pidiendo encarecidamente al Todopoderoso que le conserve largo tiempo en este valle de lágrimas porque doña Gertrudis tiene un miedo á la muerte, que solo se justifica por los pecados que ha cometido en sus años verdes, y los que comete aun, y cometerá hasta el dia último de su vida, sacrificando al prójimo todo lo más que puede.

Es que la conciencia le advierte de sus pecados; pero su depravado instinto es mucho más fuerte que su conciencia.

Su marido pasa buena vida: come, bebe y no trabaja; él ha encontrado que es realidad la famosa ficcion de la gran ciudad de Jauja.

Los prestamistas sobre pagas, sobre efectos públicos y con garantías que convengan, miran con cierto desden á los que prestan sobre efectos *privados*.—Aquellos suelen ser personas de circunstancias, hasta suelen ser electores y elegibles; estos son generalmente personas de poco más ó ménos, que á fuerza de trabajo y privaciones han reunido algun capital, si no han hecho su dinero á favor del comercio que se ejerce en las prenderías.—Las mujeres sirven perfectamente para esta industria, y las hay que en cuestiones de aritmética y en buena disposicion para explotar al prójimo pueden dar quince y falta al hombre más olvidado de sus semejantes y más firmemente consagrado al Dios del siglo, al dinero.

Los libros de una casa de préstamos son los libros más curiosos y más entretenidos.

No sé si tendré valor para mostrar alguna de sus páginas al lector, porque dudo que éste lo tenga para leerlas.

Casi será mejor correr un velo sobre las miserias que me veria obligado á descubrir, si continuara tratando de los usureros.

Consuélense las víctimas de tanto y tanto usurero con la seguridad de que en el otro mundo debe haber para ellos un infierno especial, donde las penas sean mucho más terribles que las aplicadas á los demás pecadores.

XVI.

Los mendigos.

Melius mori quam mendicare.
(PLAUTO.)

La mendicidad ha venido á ser un modo de vivir como otro cualquiera, más cómodo que otro cualquiera, porque es un modo de vivir de balde; y desde el pícaro Guzman de Alfarache acá, la profesiou de mendigo ha hecho notabilísimos progresos, como todas las cosas de este mundo.

En la antigüedad, los mendigos eran gente miserable ó viciosa, nacida en la clase más ínfima de la sociedad, y que se arrastraba á pedir una limosna al poderoso y al acomodado, limosna que recibia ó nó, y que le valia á veces incurrir en las penas con que se castigaba el vicio de mendigar.

Las leyes de aquellos tiempos respecto de los mendigos, eran mucho mejores que las nuestras; sus resultados, á lo ménos, lo demuestran.—Segun Herodoto,

los egipcios no toleraban mendigos ni vagabundos; cada distrito tenia su juez de policía, á quien todo ciudadano daba anualmente cuenta de sus medios de subsistencia.—Lo mismo sucedia entre los griegos, á juzgar por estas palabras de Platon: «No hay *mendigos* en nuestra república, y si alguno ejerce este vergonzoso oficio, el magistrado le obliga á salir del país.»—Uno de los primeros deberes de los censores romanos, era perseguir la mendicidad; y las leyes eran en este punto tan rigorosas, que consignaban textualmente que era mejor dejar morir de hambre á los mendigos vagabundos, que socorrerlos, y hacerse así cómplice de su ociosidad: *Potius expedit inertes fame perire quam in ignavia favere.*—Los hospitales que Constantino fundó en favor de los cristianos libertados de la esclavitud, llegaron á ser en cierto modo seminarios de la mendicidad, cuya plaga se extendió despues por toda Europa. Carlo Magno, publicando edictos contra la mendicidad vagabunda, con prohibicion expresa de socorrer á mendigo alguno que no estuviera imposibilitado para trabajar, acabó por librar sus vastos estados de gente abyecta, miserable y perdida; pero dos siglos despues, la fundacion y el ejemplo de una órden de religiosos dedicados á la limosna, hicieron reproducirse la raza de los mendigos. En la regla de unos y otros entraba la costumbre de vivir sin trabajar y á costa del prójimo. Los frailes pudieron hacer respetar sus reglas; los mendigos no han podido nunca legitimar las suyas.

Desde entónces acá, los gobiernos han procurado por diversos medios destruir la mendicidad, pero casi siempre lo han procurado en vano.

Hoy tenemos en España muchos establecimientos de beneficencia, y cada dia la clase media, la aristocracia y el Gobierno se ocupan con laudable celo en procurar el bienestar del pobre y el desvalido; sin embargo, hoy, como ántes, es excesivo el número de pordioseros que molestan en las calles, en los paseos, en todas partes á los traseuntes.—Es que la mendicidad es el pretexto de los que tienen odio al trabajo, y tambien de los que tienen demasiado amor á la propiedad ajena.

Hay padres que obligan á sus tiernos hijos á que mendiguen en los cafés, en los paseos, en las puertas de los templos ó los teatros, y viven á costa del vergonzoso oficio que imponen á las pobres criaturas, quienes, sin recibir otra educacion, golpeadas frecuentemente por sus mismos padres, y aprendiendo que solo evitan el castigo el dia que más dinero recogen, adquieren los peores instintos, y no es mucho si despues, á los quince ó veinte años, empiezan á visitar las cárceles y se acostumbran á pasar en ellas largas temporadas, para acabar despues con un grillete al pié, en un presidio, ó á manos de un verdugo, en el teatro de sus crímenes.

No es difícil hallar en las afueras de Madrid hediondos lupanares donde se albergan numerosas partidas de mendigos, que tienen su jefe y su sistema de operaciones, y la práctica de los vicios más repugnantes. Entre ellos suelen encontrarse ciegos con vista, cojos que corren como desesperados cuando llega la ocasion, y tullidos robustos y sanos como flamencos, y licenciados que nunca han sido militares, y madres de

cinco ó más hijos, á las que nunca ha dado la naturaleza la satisfaccion de verse reproducidas, muchachos llorones porque tienen en el hospital á sus padres, siendo lo cierto que no han tenido padres nunca, doncellas gitanas, de esas que *echan* la buenaventura y la mano á todo lo que hallan á su alcance, y otros tipos que, aunque diferentes en la forma, son, por decirlo así, iguales en el fondo.

Para estas gentes están demás los asilos de beneficencia; como son generalmente útiles para el trabajo, y lo que precisamente les asusta es el trabajo, he aquí por qué consideran la mayor desgracia que puede sobrevenirles la de entrar en uno de los citados establecimientos, donde se da abrigo y casa al pobre, y no se le pide mucho pidiéndole un poco de trabajo, cuando la edad ó las enfermedades no le postran y enervan sus fuerzas.

Hay otros mendigos que podrian vivir modestamente sin mendigar, pero en quienes el pedir es un vicio incorregible, una costumbre que por nada abandonarian; alguna que otra vez se encuentra uno de estos mendigos muerto en medio de una calle, ó en una sombría boardilla, y no es difícil que, registrando sus ropas, se tropiece con tres ó cuatro onzas, y á veces con mucho más que el miserable guardaba, sin otro objeto que el de satisfacer el vil placer de poseerlas.

Un autor francés nos habla de un mendigo que todos los dias se situaba en los Italianos ó en la calle de Provence, en París, decentemente vestido, y á quien de dos á tres de la tarde se acercaba una criada que le

servia, con objeto de anunciarle que ya estaba á punto la comida; una hora empleaba en comer aquel hombre, y luego volvia á su puesto y seguia pidiendo limosna, hasta que, al anochecer, en invierno, tornaba la criada á llevarle un gaban de abrigo, ó un paraguas, cuando el tiempo estaba lluvioso; á las diez ó las once se retiraba gravemente á su casa, y al dia siguiente volvia á presentarse como si tal cosa.

He dicho ántes que en la antigüedad los mendigos eran gente miserable y abyecta, nacida en la clase más ínfima de la sociedad. Hoy, ademas de los mendigos de esta clase, tenemos otros mendigos que sólo se diferencian de aquellos en que no piden una limosna por amor de Dios para comprar un panecillo; por lo demás, la calificacion de mendigos les cuadra perfectamente.

Todos los hombres que faltos de merecimientos propios se proponen medrar con la proteccion de los que ocupan distinguidas posiciones, son mendigos; como éstos, piden lo que nadie tiene obligacion de darles, lo que ellos no han ganado, y por consiguiente, no han merecido.

Estos mendigos se humillan mucho más que los que piden una limosna en la calle al transeunte. Napoleon decia de cierto ilustre mendigo: «No sé en qué consiste que teniendo este hombre ocho pulgadas de estatura más que yo, siempre que me habla tengo que bajarme para oirle.»

Estos mendigos tienen siempre en la memoria aquel vulgarísimo refran: *Pobre porfiado saca mendrugo*; y en efecto, raro es el que al fin y al cabo no logra lo

que desea, repitiendo de paso otro dicho vulgar: *Dame pan y dime tonto*.—Generalmente, los hombres que se amoldan al carácter de quien les puede servir y que sufren imperturbables los mayores desaires, y lo mismo que perros leales lamen las manos que les ofenden, guardando á la vez el rencor y la venganza para cuando encuentran ocasion propicia, saltan por encima de los hombres de carácter digno, franco y leal, que ni envidian ni se humillan al poderoso, que siguen su camino sin empeñarse en ponerse delante de los demás ni en dejar atrás á ninguno.

Estos mendigos, que se llaman aduladores, tienen, justo es confesarlo, el talento que más necesita el hombre para vivir en sociedad, el talento de conocerse á sí propios. Resultado de este conocimiento es el sistema que adoptan: ellos no pueden llegar por sí solos á lo que su ambicion desea; es preciso que los demás sean quienes les ayuden á llegar.

Para esto necesita el hombre renunciar á su independencia, llevar siempre el sombrero en la mano, acostumbrarse á esperar, llegar veinte veces á la puerta que diez veces ha encontrado cerrada, y en fin, como dice un sábio escritor francés, alargar una mano al señor y estrechar con la otra la del lacayo.

Bajo este punto de vista, en todas las clases de la sociedad hay mendigos; en la política, en la industria, en el comercio, en la literatura, en la milicia, en las artes, en todas las profesiones hay mendigos, que son generalmente las nulidades, los que carecen de condiciones de inteligencia y perseverancia para hacerse lugar, y se lo hacen, como si dijéramos, por amor de Dios.

. El actor de quien el público no se acuerda, y á quien ve y oye con absoluta indiferencia, ¿qué es más que un mendigo cuando va á pedir á un periodista un elogio?...

¿No es un mendigo el que hace una solicitud para que, sin que él haya hecho cosa notable, le concedan una cruz insignificante?

¿No lo es tambien el sastre que sitúa su tienda enfrente de la de otro y ofrece hacer una levita por un duro ménos que aquel?

¿No mendiga tambien la mujer jóven y bella que recibe con halagüeño semblante y distingue más que á todos á un viejo millonario, solo porque éste *puede hacer la felicidad* de la mujer con quien se case?

La frase que acabo de subrayar, es muy comun entre las mujeres de la presente edad, cuando tratan de un solteron lleno de dinero, años y vicios.—Esta frase demuestra por sí sola mejor que todos los estudios de costumbres que se escriben ahora y se han escrito ántes, cuál es el verdadero espíritu del siglo.

¿No es un mendigo el gobernante caido por sus pecados ó sus torpezas, que con discursos y manifiestos procura ganarse simpatías que le vuelvan á colocar en el perdido puesto?

¿No es mendigo el buen mozo pobre que solicita casarse con una mujer rica?

¿No es tambien un mendigo el que hace ostentacion de ser amigo del poderoso, y desconoce al pobre, que algun dia fué su amigo verdadero?

¿No es un mendigo el curandero ignorante que usurpa el título de médico, y anuncia en letras muy

gordas que cura todas las enfermedades á un precio módico?

Otros muchos ejemplos podria citar de mendigos que no lo parecen, pero que en rigor lo son, y mucho más importunos y más exigentes que los que piden limosna en los sitios públicos.—Algunos de estos últimos suelen morirse de hambre; en cambio aquellos suelen morirse de ahitos.

Por supuesto que el mendigo de esta clase que llega al logro de sus deseos, que consigue ver satisfecha su ambicion, es despues un mónstruo de ingratitud para con los mismos á cuyos piés se arrastró algun dia, é indiferente á toda desgracia ajena, é incapaz de hacer por otro lo que alguna vez á costa de su dignidad solicitó que hicieran por él mismo.—El egoismo más repugnante es la base de todas sus acciones.

Para no ser mendigo ni de una ni de otra clase, lo mejor es tener amor al trabajo, constancia y aliento para sufrir los reveses de la fortuna, y fé en la Providencia, que, más justa que los hombres, á cada cual da lo que le corresponde.

XVII.

Las amas de cria.

Las mujeres deben ser niñas hasta el dia del matrimonio; mujeres hasta que les llega el dia de ser madres, y desde este dia madres nada más.

Sin embargo, en la presente edad, hay muchas mujeres que son madres, porque han dado hijos al mundo, pero no porque cumplan los gratos y sagrados deberes que la maternidad les impone.

El primero de estos deberes es criar á sus hijos; y así lo hacian todas en la antigüedad, y así lo hacen hoy las mujeres de la clase baja, algunas de la clase media, y casi ninguna de la alta clase.

Es decir, que la mujer que hoy cria á sus hijos, lo hace porque no cuenta con recursos suficientes para poder eludir un deber, de que solo están dispensadas las que, por su constitucion física, no pueden gozar esta grata prerogativa de la maternidad.

En el siglo XVI comenzaron las damas de elevada alcurnia á prescindir de ese deber, y tan funesto

ejemplo no tardó mucho en generalizarse, sin que desde entónces acá se halla logrado convencer al bello sexo de que la madre que, no teniendo motivo alguno que se lo impida, no cria á sus hijos, comete una grave falta, una falta que en sí misma lleva el castigo. —El castigo de la madre que entrega el bijo de sus entrañas á una madre mercenaria, es esta misma madre de alquiler, que alimenta á la criatura por tanto mas cuanto.

La vanidad suele ser el motivo real que tienen las mujeres para confiar sus hijos al cuidado de otra mujer: puede ajarse su hermosura. si ellas cumplen tan dulce mision, y vale más sin duda conservar su hermosura que la vida de sus hijos.

¿Qué se diria si una dama del gran mundo se presentara en una reunion, en un *té dansant*, por ejemplo, seguida de la niñera, portadora de la criatura, y á lo mejor, cuando un gran señor le estuviera encareciendo la belleza de su rostro y el encanto de sus ojos, exclamara:—«Con permiso de V. voy á dar de mamar á mi hijo»...?

El ridículo caeria sobre esta buena madre, y sus cuidados maternales serian objeto de chistosísimos epígramas, y se la declararia inhabilitada para alternar con las gentes de tono, en tanto que no destetára á la criatura.

¿Quién habia de visitar en su palco á la *marquesita* tal ó cuál, sabiendo que ésta se dedicaba en los entreactos á satisfacer el apetito de su hijo, para que éste no comenzara á llorar estrepitosamente durante la representacion?

Si la condesa de lo que VV. quieran, se presentara en todas partes, seguida de dos ó tres hijos, y no se separara nunca de ellos, ¿no huiria la turba de almivarados galanes, que ahora son sus satélites, y la rodean constantemente, cantándole á coro un himno de alabanzas, é insinuándose siempre que tienen ocasion con apasionadas frases, que así como prueban la admiracion de que es objeto la noble dama, prueban tambien el poco respeto que inspiran hoy por hoy la propiedad y el derecho del prójimo?

¿No se reirian todos los presentes de la hermosa y elegante señora, que, para dispensarse de presidir una corrida de toros de aficionados, dijera inocentemente: —«Lo siento, pero como *estoy criando*, me ha prohibido el médico exponerme á toda emocion fuerte»?

Todo esto lo evita el marido previsor, y cómplice de la vanidad de su mujer, con alquilar por tiempo ilimitado una *ama de cria*, que por ocho ó diez duros cada mes se compromete á criar el niño tan robusto y sano que ha de dar envidia el verlo, y hasta ofrece amarlo como si ella lo hubiera parido, de todo lo que podrán informar en tal casa donde crió una niña, que se murió porque el médico le dió una purga que abrasó á la pobre criatura, y en tal otra donde comenzó á criar un niño como un lucero, que no se hubiera muerto si la señorita (la madre del paciente) no se hubiese empeñado en que estrenara una gorrita nueva el dia de Noche-buena, y en sacarlo con el frio que hacía á comprar un besugo, besugo que no hizo falta, puesto que el chico, cuando volvieron á casa, estaba convertido tambien en un besugo verdadero.

Asturias, Galicia y las montañas de Santander nos envian á Madrid anualmente un sinnúmero de madres, dispuestas á serlo del primero que se presente; que han perdido sus hijos ó los han dejado allá en la tierra al cuidado ajeno, si es que no se los han regalado á los establecimientos de beneficencia.—No es esto decir que solo aquellos paises *produzcan* amas de cria; las demás provincias de España las producen tambien, pero de allí procede el mayor número.

Entre las nodrizas hay muchas madres abandonadas, que abandonan á su vez sus hijos para sacar de su afrenta todo el partido posible, vendiendo su sangre á quien mejor la pague.

Las amas de cria anuncian en el *Diario* sus circunstancias, ó fian su destino de los celosos y activos memorialistas de la villa, ó de los cirujanos comadrones, que siempre saben cuándo sale de cuenta doña Fulana, y los deseos que tiene don Zutano de poner en ama el niño para no tener que levantarse á pasearlo de noche, y para que su mujer pueda dedicarse al cuidado de la casa, abandonada desde que se presentó el mayorazgo y absorbió toda la atencion de la familia.

Entra la nodriza en casa de un empleado de corto sueldo ó de un capitan ó comandante, mediante la condicion de recibir cada mes ocho duros, y las protestas consiguientes de que ella no quiere más que aquello que está en el órden, porque conoce que los tiempos no están para pedir muchas gollerías; y el primero, segundo y tercer dia, la criatura no tiene motivo alguno de queja, y mama todo lo que se le antoja, y la madre se deshace en elogios de la cuidadosa ama, y la

presenta á todo el mundo, encareciendo sus circunstancias y lo mucho que va ganando el angelito, que solo en tres dias ya parece otro, y nadie dirá que aun no tiene cuarenta dias, y que es sietemesino.

A las dos semanas la nodriza ha ganado la voluntad de toda la familia, y como es domingo y el dia está bueno, la madre de la criatura la permite salir á dar una vuelta, acompañada del asistente, para que le tome el niño cuando ella se canse, y para que nadie sea osado á meterse con ella,—cosa que pudiera redundar en perjuicio del inocente,—precaucion que no está demás seguramente, puesto que la madre de alquiler piensa dirigirse á la Vírgen del Puerto ó á Chamberí, donde los domingos y fiestas de guardar es lo más fácil recibir un garrotazo, ó tener que habérselas con alguna víctima de Noé, que plantó las viñas para que los cobardes fueran alguna vez valientes,—que no hay hombre que, beodo, no sea valiente, aun á costa de sus narices.

Si en la casa no hay asistente, acompaña á la nodriza la cocinera, y luego acompaña á las dos un soldado, *primo* de la segunda, que solo le falta un año para cumplir con la reina, y con la *prima* á quien ha dado palabra de casamiento.—El soldado es espléndido, y por obsequiar á la dueña de su corazon, las invita á entrar en uno de los infinitos despachos de vino que hay en aquellos sitios, y con tres sardinas y un par de cuartillos de lo tinto, improvisa un festin que se parece al de Baltasar, el que concluye de una manera estrepitosa, porque otro individuo con quien habla la cocinera los ha visto entrar, y entra tambien, y pro-

voca al soldado, que tira del sable, y se arma una de palos que canta el credo; y el *ama,* que ha bebido más de lo regular, viendo que maltratan á su compañera, deja el chico en un banco, y tercia en la cuestion agarrándose á los rizos de otra sirvienta, que *habla* hace tiempo con el soldado, y que sospechando la infidelidad de éste, habia ido á *Chamerí*, á pesar de que *no le tocaba salir,* para sorprender al pobre hombre, que aquel dia se consideraba libre de ella, y en libertad de galantear á sus anchas á la segunda dueña de su corazon.

Termina al fin la refriega, y el ama vuelve á tomar el niño, que llora como un desesperado, sin que le hagan callar los enérgicos apóstrofes que le dirige la montañesa, quien á la fin recurre al medio supremo, que consiste en aplicarle el pecho á la boca.

Y como la madre de alquiler se acaba de administrar una cantidad considerable de vino por el propio cosechero, como anuncia la muestra, el angelito coge una chispa que no sé cómo no se lo lleva Dios, para evitarle dar en ese vicio, que tanto envilece y destruye á los hombres.

El niño queda triste y cariacontecido para tres ó cuatro dias, y el ama consuela á la madre con que su malestar es efecto de cualquier causa absurda, y con asegurarla que en todos los niños que ha criado ha tenido ocasion de observar frecuentes variaciones de carácter, sobre todo al llegar á cumplir los cincuenta dias, y otras necedades por el estilo.

Por supuesto que el ama comienza ya á quejarse de que el niño mama demasiado, y de que ella está

muy débil, lo cual quiere decir que no tiene la pobre bastante con lo que le dan de comer, y que necesita sustancias muy nutritivas y manjares muy delicados, no por ella, que con unas sopas lo pasaria tan ricamente, sino por el angelito, á quien únicamente ha de aprovechar todo lo que ella come. Y como es para bien del mayorazgo, es fuerza acceder á las exigencias de la nodriza, y aumentar el presupuesto del gasto diario.

Llega un dia en que el chico no cesa de llorar y meterse los dedos en la boca, sin que le logren dormir todas las canciones que saben su madre verdadera y su madre postiza, y sin que se manifieste ni siquiera agradecido á una y otra, que se están las horas muertas meciendo la cuna, donde le han colocado, cansadas ambas de tenerle en los brazos: ya adivina el lector que los preliminares de la denticion son la causa del desasosiego del inocente, que aun no ha sospechado que no ha de estar mamando toda la vida, ni que ha de llegar tiempo en que no tendrá más parientes que sus dientes. La futura dentadura del único hijo de aquel matrimonio honrado, exige que se haga un buen regalo al ama, que no se contenta con ménos de media onza y un traje completo.

Todo el tiempo que tarda en echar los dientes está el fruto del amor conyugal tan impertinente, que no pocas veces pierde la paciencia la madre alquilada, y le aplica tales bofetones, cuando no la ven, por decontado, que no sé cómo el pobrecillo no los *echa* fuera de la boca, aun antes de haberlos *echado* dentro.

A los ocho ó nueve meses, el niño, que es muy precoz, y que comienza á dar pruebas de un talento ex-

traordinario, ya ha aprendido á decir *mamá* y *papá*, porque la nodriza le ha enseñado, mérito que exige un premio á la misma, ó sea otro regalo, parecido al que se le hizo con el fausto motivo de nacer en la boca del niño el diente primitivo.

Si he de decir la verdad, la madre no lleva muy á bien que el niño llame *mamá* al ama, y á ella no la reconozca por tal; el niño es mucho más lógico que la madre; él se ha aficionado naturalmente á la que le sirve de madre, y su instinto no le dice que tenga nada que agradecer á su madre verdadera.

Y ya es preciso que el nuevo vecino de este mundo sub-lunar empiece á habituarse á otros alimentos más nutritivos, y la nodriza debe ser quien se encargue de enseñarle á comer, cosa que aprendemos todos muy pronto, administrándole á cucharadas una masa que se llama *papilla*, hecha de galleta y azúcar, y quiera ó no quiera, le ha de meter la cuchara en la boca, despues de chuparla ella, y con la seguridad de que la criatura no ha de protestar contra esa práctica, que nunca he podido ver sin asco.

Y comienza la época de las indigestiones: el chico se atraca, ó le atracan, mejor dicho, y el ama, que ya se ha cansado de que el mamon viva de su vida, le obliga á comer de todo, á pretexto de que así se le podrá destetar más pronto, y el mejor dia le hace comer un trozo de bacalao, porque es vigilia, y de esta manera consigue evitar á los padres romperse los cascos imaginando qué carrera han de dar á su hijo, y los disgustos que podria darles si salia holgazan y mal criado, y la pena que les causaria verle ir á ser soldado, y un

sinnúmero de eventualidades,—porque el pobrecito se muere como un pajarito, convencido de que no puede sostener la lucha con su mayor enemigo, que es su madre de alquiler.

Como las amas de cria tienen más faltas que los estudiantes holgazanes, bien puede considerarse diehoso el niño que no conoce mas que una ó dos durante su primera época de *mamon*; y digo primera, porque cuando el niño es hombre, su primer deseo es llegar á la segunda.

Algunos angelitos reciben el primer alimento de dos, tres ó cuatro amas, lo cual segun autorizadas opiniones, no deja de perjudicar á la criaturita; pero como no se encuentra una nodriza sin defectos, y la que no es aficionada al zumo de cepas es descuidada y exigente, ó está enferma quince dias del mes, ó *le hace cara* al asistente del piso tercero, ó tiene muy pesado el sueño y deja que por la noche, miéntras ella ronca como una priora, el hijo de su madre se desgañite, fuerza es que el infeliz pruebe una, y otra, y otra, hasta dar con el ama (*rara avis*) que reuna todas las condiciones que exige el buen desempeño de su importante cargo.

Si el tierno infante resiste á todas estas pruebas y llega trabajosamente á los felices dias en que ya le causa asco el pecho de su nodriza, ésta reclama para sí la gloria de haber conservado la vida del angelito, y para hacer más relevante el mérito contraido, se ufana proclamando que cuando ella *cogió* la criatura, ésta se hallaba en el más lastimoso estado, y que si no hubiera sido por sus cuidados, y porque ella, gracias á Dios,

siempre ha sido fuerte y robusta, y no sabe lo que es una enfermedad, el pobrecito estaria mucho tiempo há en el cielo al lado de sus innumerables compañeros mártires del descuido y la vanidad de sus madres y del abandono y mala intencion de sus nodrizas.—Y, aunque deja la casa, donde ya no hace falta, los padres del niño han de ser en lo sucesivo su providencia, y á ellos recurre cuando no tiene acomodo, ó cuando se casa con su seductor arrepentido, y necesita quien la apadrine y la regale, ó cuando á su marido se le antoja obtener un empleo, y, en fin, en todas sus necesidades y tribulaciones, como si no estuvieran suficientemente recompensados sus servicios con el salario, los regalos y lo que ella pudo haber á las manos durante los dos ó más años que permaneció sirviendo de égida al niño, á quien, cuando sea hombre, pedirá todo lo que se le antoje, aduciendo siempre el mérito de haberlo criado.

La nodriza aristócrata, es decir, que sirve á una familia noble y opulenta, puede asegurar que le ha caido la lotería; ella se pasea en coche con los señores, come á la mesa con ellos, es señora de todos los demás criados de la casa, y puede emplear todas sus horas de ocio en imaginar qué es lo que ha de pedir á los señores, segura de que nada han de negar á la que da la vida á un hijo querido. Las amas de cria de esta clase, cuando acaban de criar al angelito, van á la tierra llevando al marido algunas onzas, con las que compra éste un par de vacas, y se dedica al acrecentamiento y ensanche de su hacienda, en tanto que la aprovechada esposa da á luz otro hijo, de cuya lactancia se encarga una vecina por una miserable cantidad, y vuel-

ve ella á la córte, donde malo será que no encuentre, por recomendacion de los padres del primer niño que crió, otra casa parecida á aquella, de la que al cabo de un año saldrá para volver á llevar al afortunado consorte igual ó mayor cantidad, con la que se aumentará el número de las vacas, y se podrá emprender alguna lucrativa especulacion.

Así como se necesita ser muy esclava de la vanidad para, sin otro motivo admisible, fiar del cuidado ajeno la vida de un hijo, así tambien se necesita estar en gran necesidad, ó tener mucho amor al dinero, para abandonar enteramente ó fiar á otra mujer el hijo propio, y consagrarse á dar la vida que á éste le pertenece al hijo de la primera que llega.

Una mujer que ha perdido el suyo, podrá llegar á amar al ajeno; pero la que no se halla en este caso, no puede interesarse por la criatura á quien alimenta por un miserable salario.

Y no sé si será un disparate; pero me parece que el niño que vive al calor de un verdadero cariño, se criará más sano, más robustò, más felíz que el pobre que no inspira á la que le da su sangre, mas que indiferencia y odio tal vez.

Por eso creo que una madre no tiene con qué pagar á la nodriza que ama, como si fuera fruto de sus entrañas, al niño cuya vida le han confiado, y que es preciso que este niño sea cuando hombre un mónstruo de egoismo é ingratitud para que no ame y respete á la pobre mujer á quien debe la vida, y para que pueda ver con indiferencia sus males, sin acudir en su auxilio, como si se tratara de su misma madre.

Las nodrizas de la última clase son las que se dedican á criar los niños abandonados á la caridad por la miseria ó la maldad de sus padres. ¡Pobres criaturas! no les basta la horrible desgracia de vivir en el mundo sin nombre, sin padres, sin conocer á sus madres, que tal vez los verán despues indiferentes, vestidos con el uniforme con que la caridad cubre las carnes de los niños desamparados!... Cada nodriza tiene obligacion de alimentar á dos de estas criaturas por un mezquino salario. Nunca se elogiará bastante á las caritativas damas españolas y á los gobiernos que dediquen sus esfuerzos á mejorar la suerte de los ángeles abandonados al abrir sus ojos á la luz del mundo, quizá víctimas inocentes de los vicios de sus padres, quienes tal vez llevarán al sepulcro el secreto de su falta, dejando toda la ignominia que sobre ellos solos debió caer, á sus pobres hijos.

Los estados que de cuándo en cuándo publica la Junta de Beneficencia, del alta y baja de la Inclusa, prueban que aun no ha llegado aquel establecimiento al grado de perfeccion que exigen la cultura y la humanidad; mucho se ha hecho y se hace, sin embargo, en favor de los niños desvalidos, pero es de desear que se haga mucho más, que se haga todo lo que falta; que para socorrer á nuestros semejantes desvalidos todo sacrificio es poco, y no hay pueblo más grande y más noble, y más protegido por la divina Providencia, que aquel donde la caridad tiene un templo en cada corazon, y donde el huérfano y el desventurado tienen por amigos y protectores á todos sus hermanos, ménos desgraciados que ellos.

Y vosotras, honradas madres, no fieis al cuidado ajeno los hijos de vuestro amor... Criadlos, amamantadlos vosotras mismas—que este es el deber más grato al corazon de toda mujer virtuosa, de toda esposa amante; no seais ingratas para con vuestros hijos, para que ellos no lo sean despues para con vosotras; considerad que el niño á quien dais la vida ha de ser despues honra y sosten de vuestra ancianidad, y que en el alimento que de vosotras recibe, recibe tambien vuestro amor, vuestras virtudes....

¡Felíz la madre que al ver á su hijo hombre honrado, abrirse paso en el mundo y merecer el aprecio de los buenos, puede decir con legítimo, con santo orgullo:—«¡Ese es mi hijo: solo á mí debe la vida, al calor de mi seno se desarrolló la inteligencia de ese hombre, hoy respetado y aplaudido por todos los demás!..»

Dios recompensa con esta inefable dicha todos los sufrimientos que la mujer arrostra en el camino de la vida.

XVIII.

Los jugadores.

Entre todas las pasiones de que somos víctimas los mortales, ninguna hace mayor número de víctimas, ninguna es tan absolutamente incurable como la pasion del juego.—En apoyo de esta verdad, señalaré un solo hecho: Paschasíus Justus públicó en el siglo XVI un libro titulado *De alea, sive de curanda ludendi in pecunian cupiditate* (medios de curarse de la pasion del juego); pues bien, el autor de este libro murió arruinado por el juego en el pobre lecho de un hospital.

En el juego se pierde siempre y se pierde todo; se pierde el dinero, el tiempo, la salud, la fé, la inteligencia, la consideracion de las gentes, la vergüenza, todo, absolutamente todo.

El autor de este artículo no sigue el camino que conduce á los altos puestos del gobierno, pero si lo siguiera y pudiera llegar un dia á ocupar alguno de aquellos, perseguiria sin tregua ni consideracion al-

guna esas casas abiertas á la pasion del juego, y en las que pierden su tiempo y sus buenos instintos tantos y tantos jóvenes que podrian ser útiles á la sociedad si no hallasen ocasion de encenagarse en el fango de un vicio, que es siempre orígen de otros muchos.

Habrá quien crea que yo exagero los daños que puede causar la pasion del juego, con la buena intencion de hacerla aborrecible; pero no exagero ciertamente, digo la verdad, bien convencido por otra parte de que la demostracion de esta verdad no ha de corregir á ninguno de los que tienen por costumbre sentarse alrededor del tapete verde.

Muchos sábios escritores han anatematizado ántes de ahora esa desastrosa pasion, presentando tristes ejemplos de las desgracias que el juego puede ocasionar, y sin embargo, el juego existe aun y existirá, progresando siempre, á despecho de todos los moralistas de la tierra. Y en prueba de esta verdad, copiaré las palabras de cierto jugador citado por el sábio Estéban Jouy en una de sus obras.

«Jóven, me dijo, conservad siempre en vuestra memoria lo que voy á deciros: quince años hace que entré por vez primera en esta casa, donde fuí testigo del suicidio de un hombre que perdió vida y honra al lado de la mesa fatal; ¡ojalá que aquel ejemplo, que á mí no me corrigió, os corrija á vos!»

«Aquel hombre, dice Jouy, se dió la muerte pocos momentos despues, lo mismo que el desgraciado de cuyo suicidio fuí testigo quince años ántes.»

El juego ciega á los hombres hasta el extremo de

que el más honrado llega á convertirse en fullero, el más tímido en procaz y pendenciero, el mejor educado en brusco é impertinente, el más desinteresado y franco en avaro é hipócrita.... El buen hijo, que durante muchos años fué único apoyo y amparo de una madre anciana, olvida sus deberes en una sola noche, y si los olvida una vez y luego otra, y otra luego, si no tiene á su lado quien le separe de la casa de juego, donde entró por su desdicha, ¡ay de la pobre madre, que habrá perdido un hijo! ¡ay del pobre jóven, que, si abandona á su madre, no tendrá momento de reposo, ni hallará en nadie, absolutamente en nadie, el amor de la anciana, de quien el remordimiento y la vergüenza le harán huir!...

El jugador, el hombre de tan mezquina alma y tan pobre voluntad que se deja arrastrar por esa pasion, no debia tener padres, ni esposa, ni hijos; debia vivir solo, absolutamente solo en el mundo; así, él solo sería desgraciado, él solo se perderia.—La madre, la esposa, los hijos de un hombre dominado por ese vicio, son mucho más desgraciados que él mismo.

¿Qué amor puede exigir á su compañera el hombre que trueca la dulce tranquilidad del hogar doméstico por la corrompida atmósfera de una casa de juego, que prefiere á la compañía de una esposa amante y virtuosa la de hombres viciosos y extraviados, que le estrechan la mano con el deseo de ganarle despues el dinero que lleve en el bolsillo, y que ven indiferentes, ya que no con regocijo, la desesperacion que se retrata en su semblante cuando pierde el último duro? ¿Qué deberes podrá imponer á la pobre mujer el ma-

rido que quizás olvida, miéntras gana ó pierde en una casa de juego, que no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca sus hijos desventurados?... Si la infeliz esposa abandona un dia la casa de su marido, si huye de él como quién procura salvarse de un peligro próximo y seguro, si no tiene valor bastante para morir de hambre y dejar morir á sus hijos, y acepta la deshonra y olvida el nombre del miserable que la pospone al más ruinoso de los vicios, ¿con qué derecho irá él luego á pedir cuentas de una honra, que él fué el primero en perder? ¿con qué derecho querrá hacerse juez de la que es víctima suya no más?...

Y el mal aconsejado jóven, que pasa las noches en esas reuniones abominables, miéntras su madre, en perpetuo insomnio, le espera contando los minutos por siglos de angustia, y forjándose en su imaginacion mil peligros que pueden amenazar al hijo ingrato, ¿no comete un delito olvidando á la pobre anciana, harto débil ya para vivir en constante ansiedad, en perpétuo sobresalto?...

Decid á un hombre que hay otro que abandona á su madre, á su esposa, á sus hijos, y se horrorizará seguramente, y allá, en el fondo de su alma, protestará que él no lo hará nunca; pero llevadle despues á una casa de juego, dadle cita para la misma casa otro dia, acostumbradle á las gentes que la frecuentan, haced de modo que se aficione á los azares del juego, y vereis cómo tal vez, al cabo de cierto tiempo, él tambien abandona á su mujer y á sus hijos; vereis qué extraña mudanza ha producido en él esa pasion desoladora; vereis hasta en sus ojos un no sé qué de siniestro y sombrío,

que es el reflejo de la intranquilidad de su conciencia, de la ansiedad que le devora, de la duda, del descreimiento, del temor y la suspicacia.

Algunos habrá,—estoy seguro,—que al fijar la vista en este cuadro de mi galería, se verán copiados; pero tambien tengo evidencia de que olvidarán muy pronto que han visto su retrato.

Yo, que me he propuesto ver de las cosas de este mundo todas las que pueda, he visto las casas de juego, y en ellas he aprendido, no perdiendo ni ganando yo, sino viendo perder y ganar á los demás, que el juego puede ser orígen de muchos males, que esa pasion hace más víctimas que ninguna otra, que se necesita tener gran fuerza de voluntad para no dejarse arrastrar al abismo á que conduce, y sobre todo, que el hombre laborioso que vive tranquilamente y trabaja metódica y regularmente, gana mucho, mucho más, bajo todos conceptos, que el jugador afortunado.

Y ahora suplico al lector que vacie los bolsillos y se deje el dinero en casa y me acompañe á una de juego, donde tendré el gusto de presentarle algunos jugadores convictos y confesos, pero nunca arrepentidos.

Y para que ántes de entrar en la casa pueda formarse idea del cuadro que le voy á presentar, copiaré el siguiente apólogo de un fabulista aleman:

«Despues de un largo viaje á lejanas tierras, cierto filósofo acababa de regresar al pueblo de su naturaleza; sus amigos y su familia le preguntaban qué cosas extraordinarias habia visto durante los años que pasó léjos del suelo nativo, y él, por complacerlos, refirió el siguiente episodio:

«Voy á deciros lo más extraordinario que he visto en mis viajes. En cierto país que visité, situado entre Africa y Asia, encontré una especie de hombres de una naturaleza extraña por demás. Pasan las noches enteras sentados alrededor de una mesa, en la que no hay ningun género de viandas ni bebidas, pero en la que todos tienen los ojos fijos; suceda lo que quiera, ellos se mantienen en su puesto, sin apartar la vista de la mesa, objeto de todo su afan. De vez en cuándo se les oye proferir algunos sonidos inarticulados, que no tienen hilacion alguna aparente, y que, sin embargo, les hacen pasar alternativamente de la alegría á la desesperacion. Jamás olvidaré la terrible expresion de las fisonomías de aquellos hombres, que varias veces he tenido ocasion de observar; el temor, la esperanza, la avaricia, el odio, la envidia, la desesperacion se apoderan de ellos y los convierten en hombres que casi no parecen hombres...» Pero, preguntaron los amigos del viajero, ¿en qué se ocupan aquellos desgraciados?.... ¿Están condenados á sufrir el suplicio de permanecer en este estado durante la noche? ¿Se ocupan acaso en trabajos de utilidad pública?—Nada de eso.—¿Buscan por ventura la piedra filosofal?—Al contrario.—¿Es que hacen penitencia de crímenes que han cometido?—Nó, están más dispuestos á cometerlos que á arrepentirse.—Pero, entónces, ¿qué es lo que hacen?—¡*Juegan!*»

Ya hemos llegado á la casa donde tantas esperanzas muéren y tantos vicios nacen; no tiraremos del cordon de la campanilla, porque el sonido de ésta alarmaria á los dueños de la casa ó del garito, mejor dicho, y alteraria, aunque momentáneamente, la tran-

quilidad de los jugadores. La campanilla no suena en aquella casa mas que cuando llega la policía... Y á propósito de la policía diria yo algo aquí, si no reclamasen mi atencion los jugadores, que son los protagonistas en una casa de juego.

En medio de un salon, pródigamente iluminado, está la mesa fatal, y se conoce que está, por el considerable número de personas que la rodean, de pié las que han llegado tarde, y sentadas las que tuvieron más fortuna ó ménos que hacer, ó más aficion, y llegaron á la hora de dar comienzo las operaciones. Aproximándonos, y podremos ver en el centro de la mesa una regular cantidad de dinero en metálico y billetes del Banco, y dos ó tres barajas, de las que está pendiente á veces la suerte de una familia y el honor de un hombre, y aun alguna vez el de una mujer. Ocupando el centro, y sentados uno enfrente de otro, hay dos señores, que son los dueños de aquel dinero, si bien algunas veces aquel dinero pertenece á otro, y no pocas á otros, que, contribuyendo eada cual con lo que puede, ofrecen una cantidad regular á la avaricia de los *puntos*, cantidad que suelen perder, aunque no es esto lo más probable, porque, como dice el refran, de *Enero á Enero, el dinero es del banquero.*

Los dos señores nombrados tienen fisonomía como todos los mortales, pero su fisonomía no es el espejo de su alma. En su fisonomía no se retratan jamás los sentimientos; ajenos á toda emocion, aquellos hombres permanecen tan sérios é impasibles cuando el dinero de los *puntos* viene á aumentar el capital que arriesgan, como cuando el dinero del centro pasa á

las manos de los *puntos*.—No parece sino que tienen evidencia de la exactitud de aquel refran que acabo de citar.

Estos señores ocupan aquel puesto una ó dos horas invariablemente, y se retiran impasibles dejándolo á otros dos, que vienen á hacer ni más ni ménos que lo que ellos hicieron. Si el lector desea saber la historia de alguno de estos señores, puede preguntarla á quien la conozca mejor que yo, que solo sé que el uno tallaba diez años hace en Jerez, y hace ocho años en Lorca, y el año ántes ganó tanto en Valencia; y que el otro se llama Fulano y le conocen por un *álias* que adquirió en no sé qué punto, y que los dos, á la cuenta, viven tallando mucho tiempo há, lo que me hace sospechar que han olvidado la profesion que tuvieron, y están consagrados exclusivamente al juego, empleando en esto su dinero, el de los demás, y la mayor parte de su tiempo.

De los *puntos* podré dar noticias más exactas al curioso lector.

Punto se llama el jugador que pone dinero á una de dos cartas, y gana el doble de lo que puso si sale la igual á la que eligió, ántes que la desairada por él, y lo pierde si sale ésta, con gran satisfaccion de los que jugaban á ésta y nó á aquella.

Repare el lector en aquel hombre que, sentado al lado del banquero, y teniendo delante un monton de napoleones, está jugando hace un rato á las cartas colocadas á la derecha; empezó ganando tres seguidas, y él, que se precia de observador é inteligente, ha deducido de tan buen resultado, que siguiendo jugando

á la derecha, va á ganar una cantidad fabulosa, como si no fuera tan fácil que *venga* ántes la carta de la izquierda como que *venga* la de la derecha; pero los jugadores avezados y prácticos tienen preocupaciones muy curiosas, y quieren sujetar á reglas invariables lo que siempre es azar; así es, que hay algunos que solo juegan *menores*, y otros que no juegan mas que *mayores*, y otros que juegan á las de *abajo*, y otros á las de *arriba*, sin que les curen de manías semejantes los grandes y contínuos petardos que les dan las dichosas cartas.

Ese hombre tenia, tiene todavía, y es lo único que tiene, un nombre ilustre; todos sus ascendientes merecieron la consideracion y el aprecio del mundo, porque todos se distinguieron por sus virtudes, por su talento y por sus servicios á la patria. El ha sido tambien hombre honrado, y buen hijo, y buen esposo; pero la fatalidad le llevó una vez á una casa de juego, donde comenzó por olvidar el buen nombre de los suyos, y concluyó por olvidarse de su mujer, del mundo y de sí mismo.

El primer éxito coronó sus primeras operaciones, y el infeliz se dejó arrastrar por el vicio hasta el extremo en que hoy le vemos. Al principio, cuando le faltaba dinero que arriesgar, lo adquiria enajenando sus propiedades; cuando éstas le faltaron, lo adquirió de menguados usureros, y cuando ya su firma no tenia crédito ni valor alguno, cuando no hallaba modo de dar satisfaccion al vicio que le dominaba y á las necesidades de su familia, no hubo humillacion que no arrostrase ni paso vergonzoso que no diera para procurarse al-

guna miserable cantidad, con la que soñaba el desgraciado volver á levantar la base de su fortuna, para siempre perdida. Y tanto ciega ese vicio, de tal modo esclaviza al hombre á quien pierde, que ese mismo hombre tuvo una noche en su poder hasta 50.000 rs., que el génio del juego le proporcionó, sin duda para burlarse de él, y cuando por la mañana salió de aquella maldita casa, volvió sin un solo real á la suya, donde le esperaba una pobre mujer, anegada en lágrimas, velando el sueño eterno de una niña, que miéntras él ganaba y perdia aquella suma, habia muerto de hambre y de frio en los brazos de la más desdichada de las madres. Aquella mujer no podia amar ya al miserable padre asesino de su hija, y al mismo tiempo que el cadáver de ésta, salió la infeliz de la casa conyugal, donde habia entrado algunos años ántes hermosa y soñando un porvenir de amor y tranquilidad, y de donde salia pobre, sin la hija de su alma, sin pan, y con el remordimiento de haber puesto su amor en un hombre envilecido.—El volvió en sí un momento, vió la enormidad de su crímen, y se avergonzó de sí mismo; pero la fatalidad, que se apodera de un hombre en el umbral de la casa de juego, y no lo abandona hasta dejarlo encerrado en un ataud, le llevó otra vez á la mesa del tapete verde, y ahí está y ahí estará hasta que esa misma fatalidad le haga cometer un crímen de los que castigan las leyes humanas,—que hay muchos crímenes en el mundo no castigados por esas leyes,—y vaya á acabar sus dias en un presidio.

El lector querrá saber cómo se procura ese hombre el dinero indispensable para jugar. Se lo procu-

ra de la manera más indigna; su mujer, que vive separada de él, y ganando el pan con su trabajo, es la víctima elegida por el desventurado. Unas veces con súplicas, otras con amenazas, le roba el dinero, que no es otra cosa lo que él hace, puesto que por él la desdichada esposa se ve precisada á trabajar para vivir, y no tiene para vivir absolutamente mas que el producto de su trabajo. Y tanto envilece la pasion del juego, que si ese hombre viera á la mujer que lleva su nombre envilecida como él, y entregada al vicio tambien, se regocijaria muy mucho considerando que así podria subvenir con mayores cantidades á la necesidad constante de dinero en que él se encuentra.—Ahí, en ese mismo sitio, se pasa las noches enteras, fijos los ojos en las manos del banquero; algunos dias gana, gana lo suficiente para vivir un mes, y sin embargo, el dia siguiente ahí está con lo ganado ántes y dispuesto á perderlo otra vez, lo que le sucede siempre.—Y vive miserablemente, y con su levita abrochada en invierno, y sin abrochar en verano, se le suele ver á las horas en que no se juega, que no son muchas por cierto, en la Puerta del Sol, viendo las nuevas construcciones, ó á la puerta del Congreso que da entrada á la tribuna pública, donde le agrada matar el tiempo oyendo hablar de infinidad de cosas que á él maldito lo que le importan. Pero es que él, que tan demás está en el mundo, y á quien tan poco tiene que agradecer la patria, se interesa grandemente por la suerte de ésta, y allí va á juzgar á los representantes del pueblo, encargados de hacer la felicidad del país: como si él, separado por el vicio de los hombres, é incapacitado mo-

ralmente para todo lo que no sea calcular si vendrá la *mayor* ó la *menor*, ó si se darán *judías* ó *contra judías*, ó si se ganará el *entrés* ó se perdera el *elijan*, pudiera jamás participar de la felicidad de la patria, aunque fuera cosa hacedera esta felicidad, que nunca llegamos á ver.—El conoce á muchos hombres distinguidos, que por sus méritos y su trabajo han llegado á ocupar una posicion decorosa, y constantemente se lamenta de que ellos hayan adelantado de tal manera, miéntras él se ha quedado tan atrás, como si no fuera la cosa mas lógica del mundo que llegue ántes al término del viaje el que sigue el camino derecho, y llegue mucho despues, ó no llegue nunca, el que elige un camino que está completamente en direccion contraria.

—Todos, dice, han sido compañeros, condiscípulos mios, y el que más y el que ménos, cuando jóven, no tenia sobre qué caerse muerto.

¡Y se queja él de esto!... él, que cuando jóven, tenia una base sobre qué fundar su porvenir, y por consiguiente, mucho más camino andado que los que no tenian ninguna, y han tenido que procurársela á fuerza de trabajo y economía!...

Fíjese el lector en la fisonomía de aquel hombre sentado á la izquierda del banquero, y vea qué siniestra sonrisa se dibuja en sus descoloridos lábios, y qué sombría expresion de tristeza anubla sus ojos. Aquel hombre está devorado por un inmenso pesar, por un horrible remordimiento; hé aquí su historia:

Pocos años hace que entró en Madrid, lleno de vida é ilusiones, procedente del pueblo de su naturaleza, dónde vivian sus padres, regularmente acomodados.

El jóven venía á estudiar en Madrid, y al efecto, apénas llegó, acudió á matricularse en la Universidad central, á la que durante dos meses asistió asíduamente, procurando á fuerza de aplicacion y estudio distinguirse entre sus condiscípulos; pero uno de éstos, jóven audaz y bullanguero, gran conquistador de modistas, temible *leon* de Capellanes y perseguidor incansable de todas las mujeres, le tomó por su cuenta y no le dejó hasta que le vió entregado á todo género de excesos, olvidado de sus padres y de la cátedra, y estudiando, en vez de los libros de Derecho, el famoso libro de las cuarenta hojas. Los primeros dias ganó fabulosas cantidades; pero luego, cuando ya se habia apoderado de él el vicio, comenzó á perder, á perder el dinero que su padre le enviaba para satisfacer sus necesidades; y no solo perdió el dinero, sino que tambien perdió un año y otro año, y él, el estudiante de más bello porvenir, vino á ser un miserable, sin otro oficio que el de jugador, y sin más amigos que sus compañeros de vicio. Y engañaba á su padre, que allá en la tranquilidad de su retiro economizaba cuanto podia, con el noble objeto de dejar á su muerte una regular fortuna al heredero de su nombre. Siete años pasó el pobre jóven en la córte sin frecuentar otra sociedad que la corrompida de las casas de juego, y mintiendo á su padre que estudiaba con aprovechamiento. Pero no faltó quien avisara, aunque muy tarde, al infeliz anciano, que sin avisár á su hijo, se presentó en Madríd y en la casa que ocupaba el jóven, de la que aquel mismo dia habia sido despedido por la dueña, patrona de huéspedes á quien no convenian los que le pagaban tarde, mal y nunca, y

trasnochaban y vivian sin órden ni concierto. Enterado el malaventurado padre de lasseñas de la casa donde solia perder todo lo que tenia que perder el hijo de su alma, armóse de valor y fué á buscarle, abrasados los ojos por el llanto, y lleno de mortal angustia el corazon. Allí estaba el extraviado jóven, tan atento al juego, que no conoció á su padre, á quien vió un momento enfrente de él, y que vino despues á colocarse detrás de su silla. El jóven acababa de perder una suma considerable ganada á primera hora, y comenzaba á perder su dinero.

—¡Diez duros al rey! exclamó arrojando un billete de quinientos reales sobre la carta que señalaba,

—¡El seis en puerta! contestó el banquero volviendo la baraja y devolviendo trescientos reales al jugador.

—Los trescientos al as, dijo éste.

Y un momento despues, el banquero se llevó los trescientos, porque habia salido la carta contraria.

—¡El demonio me inspira hoy! exclamó el jóven limpiándose el sudor que bañaba su rostro.

Volvió á jugar y volvió á perder, y cuando ya no tuvo dinero que perder, pidió prestado á un jugador más felíz que se sentaba á su lado; y cuando perdió otra vez, se desabrochó la mugrienta levita, y del bolsillo del pecho sacó un medallon de oro y lo puso sobre un tres, diciendo:

—Vale mil reales.

—Se admite por quinientos, contestó impasible el banquero, despues de haberlo examinado.

Y cuando lo volvió á dejar sobre la carta, el padre

del jóven extendió la mano y cogió el medallon de sobre la mesa.

Volviéronse el banquero y los jugadores, á tiempo que el anciano, con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Mi hijo es un infame! Iba á jugar la imágen de su madre.—Y VV., añadió, VV., todos los que se entregan á este abominable vicio, los que aquí vienen á robarse impunemente el dinero los unos á los otros, son responsables ante Dios de la perdicion de mi hijo, y de otros muchos como él, y del infortunio de un honrado padre, condenado á la horrible pena de ver envilecido y sin pudor al hijo en quien cifraba todas sus esperanzas, toda su fortuna. ¡Oh! si alguno de VV. tiene hijos, ¡que Dios no le depare la angustia que siento yo en este instante al considerar que mi hijo ha entrado en el camino del vicio, y que la fatalidad le empujará por ese camino, sin que haya fuerza humana que logre detenerle!

Y el pobre anciano se dirigió á la puerta de aquella casa, y el hijo quedó allí inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin atreverse á despegar los labios.

En el umbral de la puerta de entrada se sentó el desdichado padre, esperando que saliera su hijo.

Este salió efectivamente, despedido por los dueños de aquella casa, á quienes habia causado cierta sensacion la presencia del anciano, á pesar de ser hombres curados de espanto y despreocupados como pocos.

Cuando el padre y el hijo llegaron á la casa de éste, que aquel habia pagado á su llegada, el noble

padre podia apénas hablar. Varias veces lo intentó, pero en vano; la sangre y el llanto le ahogaban.

Cuatro dias despues, el hijo, arrodillado júnto al lecho del anciano, estrechaba y humedecia con sus lágrimas la helada mano del autor de sus dias, que acababa de entregar el alma á Dios.

El jóven heredó una cantidad regular, con la que pagó sus deudas é hizo los funerales de su padre, y se propuso vivir honradamente de su trabajo; pero cuando la ociosidad es un hábito, cuando el vicio se ha apoderado del hombre, cuando se ha gastado la inteligencia, cuando se han perdido los primeros años de juventud, cuando sobre la conciencia pesa un remordimiento horrible, eterno, cuando un hombre tiene que culparse de haber causado la muerte del infeliz que le dió el sér, no es posible que haya para ese hombre ni paz, ni trabajo, ni amor, es preciso que ese hombre sufra un castigo proporcionado á su crímen, y no hay castigo mayor para el hombre que el vicio mismo.

El jóven á quien me refiero, es hoy el más desdichado de los hombres: de buen grado se cambiaria por el mendigo miserable que pide el pan de puerta en puerta; porque él no goza momento de tranquilidad, y cuando juega ve enfrente constantemente la imágen airada del anciano padre, y la ve delante de él, cuando, embozado hasta los ojos, pasea solo y como espantado las calles de Madrid, y la ve siempre tambien en las breves horas de un sueño penoso. Y todos se han alejado de él, y no ha encontrado otro amor que el de alguna mujer, envilecida como él, condenada

tambien á la horrible pena de no tener hogar ni hijos, ni otro porvenir que el lecho de un hospital.

El lector no se creerá seguro en la casa de juego adonde ha tenido la amabilidad de acompañarme, y yo, si he decir verdad, tampoco me creo en seguridad, ahora que sé que las autoridades se dedican con laudable celo á la persecucion del vicio.

Bastan, á mi modo de ver, los ejemplos que acabo de citar para convencer á los lectores, que no estén convencidos ya, de que el juego es el peligro del que más importa separar á los jóvenes; porque el juego es el vicio que más seduce, que más atrae, que más pronta y cruelmente se apodera del hombre, y que mayores daños puede causarle.

En las casas de juego he visto hombres de sesenta ó setenta años, devorando todas las emociones del azar, y pasando noches enteras en una atmósfera perjudicial á la salud, lo mismo que si se hallaran en sus años juveniles, y sacrificando en aras del vicio lo que más aprecian, lo que más temen perder los viejos, la vida.

Esto probará al lector que no exagero al declarar el más peligroso de los vicios un vicio que tales milagros obra.

El jugador que vea este cuadro de mi galería, no se curará seguramente; pero yo sería el más feliz de los mortales si lograra que los ejemplos que he citado sirvieran para alejar del vicio á los que aun no han pisado una casa de juego.

XIX.

Los toros.

Las corridas de toros son un espectáculo muy del gusto de no pocas mujeres y muchos hombres; y yo, que siempre lo he considerado impropio de la cultura de nuestra edad, y de los sentimientos que debe tener todo fiel cristiano, protesto con todas mis fuerzas de semejante aficion, por más que tenga la triste evidencia de que no he de lograr vencerla y destruirla;— que más fácil sería hacer á un realista amigo de Garibaldi, que convencer á un aficionado á toros de que nada hay tan bestial como ese repugnante espectáculo.

En pró de su amor al *arte* de Montes y Pepe-Hillo, suelen aducir algunos entusiastas, que nobles señores y esforzados capitanes se entretuvieron siglos há en alancear y correr toros, y que hasta los reyes honraron y aplaudieron siempre aquellos ejercicios de fuerza y arrojo, y nobilísimas, discretas y hermosas damas

se regocijaron muy mucho con ver á sus galanteadores hacer alarde de serenidad y valor delante de un toro. Sea enhorabuena: aunque me probaran que el mismo Moisés se dedicó en sus verdes años á correr toros, no por eso dejaria yo de sostener que semejante espectáculo debe avergonzarnos.

Sin embargo, es mucho mayor el número de los que defienden esta diversion *nacional*, que el de los que la verian desaparecer con grande satisfaccion. ¡Qué más! se ha dado, tiempo há, el vergonzoso ejemplo de cerrarse las universidades y abrirse una cátedra de tauromaquia!...

Creo que, pasados muchos, muchos años, ese espectáculo será sustituido por otro más digno, más provechoso, pero tal vez ni nuestros nietos lleguen á conocer tan venturosos dias. Entretanto, no hay mas que tener paciencia, y tolerar las corridas de toros, á cuyas empresas les deseo, soy franco, la ruina más estrepitosa. ¡Qué satisfaccion tan grande para mí ver desiertas la mitad de las localidades de la plaza en los dias de toros!—¡Ay! ¡no lo lograré seguramente! Si se tratara de un teatro, donde se representan las sublimes obras de Calderon y Tirso, entónces sería otra cosa; pero, ¿cómo se ha de faltar á los toros?—El menestral que gana un mísero jornal con el que no tiene para dar pan á sus hijos, ¿cómo ha de trabajar el lunes, si el lunes hay toros? Nó, señor, los toros ántes que su trabajo, ántes que sus hijos.

Los aficionados á los toros pueden prescindir de leer este artículo, sin que yo me dé por ofendido: lo escribo para los no aficionados, para que estos persis-

tan en su buen propósito, y que no caigan en la tentacion de ver una corrida de toros; y por si alguna vez la curiosidad les llegara á sugerir ese mal deseo, yo voy á darles una corrida (y no hay que interpretar maliciosamente la frase), una corrida, es decir, una media corrida (1) con todos sus pelos y señales, en la que se lidiarán seis toros de las ganaderías que VV. quieran, y con las divisas más vistosas que hayan podido confeccionar juveniles aristócratas manos.

Y para que no diga el lector que convidándole á los toros le hago un obsequio á medias, me excedo y *tomo* un ómnibus en la Puerta del Sol, que brevemente nos trasladará á la Plaza.

Vean VV. qué animacion en la calle de Alcalá. Desde la aristocrática carretela hasta el democrático calesin, todos los vehículos existentes en la córte llevan la misma direccion que nuestros ómnibus, en el cual vamos en la agradable compañía de tres mozas de rompe y rasga, jóvenes y bellas, á quienes guarda y vigila una señora gorda, muy gorda, que va hecha un brazo de mar, con su pañuelo rabiosamente amarillo, su mantilla de casco azul con azabaches, y con el cuello adornado con todos los collares del mundo, ménos el del Toison, y peinada á la alta escuela, con un rodete y un peine, que darian VV. dinero por verla.— Vean VV. con qué marcialidad van los de á pié, atro-

(1) Hace tiempo las corridas de toros eran enteras, es decir, se lidiaban doce toros, seis por la mañana y seis por la tarde; he aquí la razon por qué ahora se llama media corrida á la que se da cada semana;—y aun me parece que de los seis toros de la media corrida sobran cinco, y el otro.

pellándose los unos á los otros para llegar ántes y no perder detalle alguno de la fiesta.

Ya hemos llegado á la plaza; entremos, pues, en la grada de sombra número tantos, donde parece que entran tambien nuestras compañeras de viaje, y un viejo que vino con nosotros, y que nos ha contado que desde que tenia siete años ha visto todas las corridas de toros, excepto una, á la que faltó porque se hallaba enfermo, y precisamente aquel dia el médico habia dispuesto que le administraran la Extremauncion, y le prohibió salir de casa.

La corrida no ha comenzado aun; pero es curioso ver entrar la gente y oir las cuestiones que surgen en los tendidos sobre si el tabloncillo es la primera ó la última fila, sobre si los toros prometen ó nó, sobre si la presidencia estuvo acertada ó nó en la *corrida* última, sobre si el *Chinche* (un espada) vendrá para la Pascua, y sobre si Joselillo (un banderillero) está de pique con el *Mosquito*, y ha prometido ponerle á éste las banderillas en vez de ponérselas al toro, y sobre un sinnúmero de accidentes tauróinacos, todos muy interesantes.

Pero, atencion, que ya ha sonado la señal y sale valientemente á la plaza, vestido á lo Felipe IV, y caballero en un jaco, un alguacil, honrado padre de familia, que entrega la llave del toril á un digno individuo de la cuadrilla; saluda, mete espuelas al animal, y váse en medio de una silba, que por lo buena, si se escribiera con v, podria parecer de Fray Luis de Leon ó de Herrera.

Vean VV. ahora qué lucida compañía se presenta

en el redondel, compuesta de espadas, banderilleros, capeadores, picadores, mulas y chulos, y adviertan VV. con qué marcialidad y gentileza saludan al presidente, y van despues á colocarse cada cual en su puesto, esperando al primer protagonista de la funcion.

Momento de ansiedad: todos los ojos están fijos en una puerta, que se abre y da paso á un toro valiente, que, satisfecho con verse libre de la estrecha prision en que se hallaba, se presenta en la arena dando resoplidos, y arremete con el primero que encuentra por delante.

—¡Es una cabra! dice el que faltó á los toros el dia que le administraron la Uncion.

A mi lado está un caballero que apunta con lapiz en un pliego de papel *ad hoc* el nombre, edad y naturaleza de la fiera:—le pregunto qué es lo que se propone con apuntar todas estas particularidades, y me contesta que *tiene gusto* en tener consignados del mismo modo todos los detalles de las corridas que ve, que son todas, porque primero se queda sin comer que sin ir á los toros.

Admiro un momento á este personaje, y vuelvo á seguir con la vista la carrera triunfante del toro, que ya ha muerto un caballo y herido á otro, y puesto en completa dispersion á la cuadrilla.

Por delante de nosotros pasa un picador, á quien aun no ha saludado el toro, sin duda por olvido, y el público cree que la culpa es del ginete, y da la razon á la fiera contra el hombre, é increpa á éste con las calificaciones más duras y escandalosas, que no sé cómo

las sufre un hombre como aquel, que parece de pelo en pecho y capaz de habérselas con el más guapo; pero el toro, queriendo evitar la conflagracion que se prepara, viene hácia el picador, y se le pone delante, haciéndole algunas reverencias, que no porque sean de un animal son ménos de agradecer; el picador hace avanzar dos pasos al caballo, y el toro va retrocediendo y saludando, y mirando de reojo la punta de hierro con que el picador se dispone á decirle: «¿A dónde va V., compañero?»—Y porque el toro no quiere acercarse al picador, el público sigue poniendo á éste que no hay por dónde cogerle,—(aunque ya le cogera el toro si él se descuida),—llamándole *tumbon*, *borracho* y otras cosas, y hasta pidiendo á voz en cuello que lo lleven á la cárcel, como si en parte alguna del mundo fuera un delito evitar todo lo más que se püede el peligro, y conservar la vida muchos años.—El picador hace dar otro pasito al caballo, y el toro, que tiene una intencion como un *idem*, sigue retrocediendo, y haciéndole cortesías con mucha gracia, hasta que, ya en medio de la plaza, embiste el animalito y caen envueltos caballo y picador, y miéntras el toro se divierte en agujerear el vientre del pobre jamelgo, procura levantarse el picador, protegido por los capeadores, que viendo que ahora el toro se dirige á ellos, toman el camino de la barrera, por aquello de que la caridad bien entendida comienza por uno mismo, y queda allí el picador, estorbando al toro, que lo derriba, y le engancha por la faja, y lo despide al aire, creyendo, sin duda, que no va á volver á caer, y luego, viendo que cae, lo vuelve á coger y á despedir, y así

sigue hasta que le llama la atencion otro caballo que está enfrente, y deja al picador, á quien entre cuatro llevan á la enfermería, magullado por lo ménos, cuando no lleva rotas dos costillas ó descompuesto un brazo.

Y el público que insultó al picador, y le obligó á arrostrar el peligro de muerte, le sigue con la vista hasta que desaparece con sus conductores, y luego se vuelve á ver lo que hace el toro, como si tal cosa, como si la vida de un hombre fuera cosa tan despreciable y poco digna de interés.

El toro, que ya se va cargando y comprendiendo que aquella gente quiere divertirse con él, derriba otros tres ó cuatro caballos más, con lo cual merece la aprobacion del ilustrado público, en el cual no falta alguno que lo califica el mejor toro de la temporada, lo cual halagaria muy mucho al animalito, si despues de tan notorio triunfo le permitieran retirarse al corral, y luego volver á los campos donde vió pasar las risueñas primaveras de sus años juveniles; pero estas son ilusiones; el pobre animal está destinado al sacrificio, y es fuerza que se cumpla su suerte.

El viejo que no pudo ir á la corrida el dia que le dieron la Uncion, y el caballero de los apuntes, arden en santo entusiasmo; como aficionados que son ambos, ambos se han entendido ya, y discuten acerca de la condicion de los toros, y de la ganadería á que pertenece el que está en la plaza, y se lamentan amargamente de que los caballos no correspondan á la pujanza de los toros, y que sean débiles, viejos y achacosos: sin duda estos dos animales,—el viejo y el otro, no los

caballos,—querian que se llevaran á morir en la plaza corceles llenos de vida y salud.

Y en verdad que es una cosa que irrita ver cómo se asesina allí á los animales más nobles, más inteligentes, más útiles.

—¡Pobres animales! algunos de los que mueren en la plaza de los toros, habrán sido respetados por las balas en los campos de batalla, tal vez habrán salvado á sus dueños de la muerte, para venir luego á morir allí, despues de una horrible agonía, y á divertir con ella al populacho soez, que la celebra con estúpidas carcajadas y brutales chanzonetas.

Ahora recuerdo un hecho de que fuí testigo una tarde de toros: fué aquella la primera, y será tal vez la única, que ví yo con satisfaccion, con alegría, el mal del prójimo. Acababan de sacar de la plaza un caballo, mal herido, que allí, á las puertas del edificio, cayó moribundo; reunióse mucha gente en derredor del animal, y un zángano, hombre ya, desenvainó una navaja enorme, y la clavó cobardemente en la nalga del noble bruto; éste dió un rugido, irguió un momento la cabeza, y haciendo un violento esfuerzo, acertó á sacudir tan fuerte patada en la cara del agresor, que lo derribó sin sentido y bañado en sangre.—¡Justo castigo de tan cobarde y villana accion!—El instinto de aquel caballo era seguramente más noble que los sentimientos de aquel hombre.—El que así gozaba en martirizar á un inofensivo animal, que se revolvia dolorosamente en las convulsiones de la agonía, ¿no será capaz de clavar la navaja en el pecho de un hombre?

Pues señor, como decia, al toro le acaban de poner banderillas, ó rehiletes, ó pendientes, ó palitroques, que todos estos nombres y algunos más tienen las tales banderillas, y el primer espada se prepara á darle muerte, y al efecto coge el arma y la muleta, y se dirige con apuesto continente delante del palco de la presidencia, y descubriéndose respetuosamente, exclama: *Por uzía, y la compañía, y por las muchachas de Madrid* (y por la *Milicia,* cuando la hubo).

—¡Alza, *salao!* exclama la señora gorda, que acompaña á las tres jóvenes que vinieron con nosotros en el *ómnibus*.

Y el *salao* se dirige al toro, y el toro viene, y él se retira, y vuelve á acercarse, y vuelve á retirarse, y así están un cuarto de hora, hasta que por fin le clava la espada en cualquier parte, y el animal da un rugido y un salto, y una vuelta por la plaza, deteniéndose á la puerta del toril, como diciendo que no le gustan tales bromas, y que desearia retirarse. Armado de nueva espada se dirige otra vez el torero al toro, y otra vez vuelve á hacer varios recortes, y de cuándo en cuándo apostrofa á la fiera con alguna interjeccion, que no se suele oir, como diciéndole: «Ponte bien, que te voy á matar.»

Y al fin, el toro, corrido, cansado, herido y avergonzado de verse como no se ha visto nunca, cae, y da lugar á la postrera hazaña de sus verdugos.—El cachetero viene, le asegura por las astas, si el toro está muerto, ó poco ménos, y le clava un puñal en el testuz.

Y toca la música, y vienen las mulas conductoras

de los cadáveres del toro y los caballos, y la gente se levanta, y bebe agua ó come naranjas, y silbando ó dando con los bastones en las tablas, marca el compás de las habaneras que toca la música.

Y despejada ya la plaza, vuelven á sonar los timbales y clarines, y se abre la puerta para el segundo toro.

Y ya saltó á la arena el segundo toro, sin sospechar nada de lo que acaba de suceder, y sin oir cómo pide venganza su hermano y compañero, muerto alevosamente momentos ántes.

Este segundo toro es un infeliz; se pasea tranquilamente por el redondel, mirando así con cierto desprecio á los caballos que le ponen delante, y á los toreros, que con las capas le hacen morisquetas; este animal tiene conciencia de su superioridad, y sabe que no es accion noble hacer alarde de fuerza entre gente débil y miserable. En una palabra, el toro no *toma varas*, y hace bien, en mi concepto, porque ¿quién le manda á él tomar lo que no le hace falta?—Pero el público opina de otro modo, el público cree que en el mundo se debe tomar todo lo que den, y pide, que ya que el toro no quiere varas, le administren, por lo ménos, banderillas de fuego, castigo horrible que no debería aplicarse á un animal tan bravo y tan útil como el toro.

El presidente no se decide á dictar tan injusta sentencia, y el público irritado comienza á gritar: «*¿No lo entiende V! ¡No lo entiende V!*» no faltando alguno que se atreve á dirigirle frases insolentes é indignas de todo hombre bien educado.—El presidente se obstina

en no dar su consentimiento, y el tumulto crece, y en un tendido se arma una de palos que es lo que hay que ver, entre los que quieren fuego en el toro y los que se ponen de parte de la presidencia, y al fin tiene que intervenir la fuerza armada, y es una felicidad si así se logra poner en paz á los combatientes, y si tres ó cuatro no salen de la plaza camino del hospital. La *vox populi* triunfa por fin, y se aplican banderillas de fuego al toro, que desesperado y rabioso, corre la plaza dando rugidos, y, acosado por todas partes, salta la barrera, cayendo sobre un curioso, que allí estaba muy ufano y divertido con las peripecias de la lidia, y le pisotea en señal de desprecio, y no le ensarta por lástima.—Pero bien pronto sale otra vez á la plaza, donde ya le espera para darle muerte otro espada, tan *salao* como el que *despachó* al primer toro; y ahora verán VV. lo mismo que han visto ántes, ó sean muchas idas y venidas, muchos cortes y recortes, muchas vueltas y revueltas, que tienen el mismo término siempre, la muerte del animal. Y en esto los partidarios del primer espada silban, y los del segundo aplauden, y en prueba de admiracion y simpatía, le arrojan sombreros y cigarros, á cuyas demostraciones parece muy conmovido el torerito, que no cabe de ufano en la plaza, y que lo ménos, lo ménos, se juzga un César ó un Cid.

El caballero de los apuntes aprovecha los minutos que se emplean en retirar el cadáver del toro, en rectificar los detalles de la lidia, y me pregunta: —Diga V., fué de *una baja, arrancando*, ¿no es verdad?—Yo entiendo su pregunta como si me hablara en marro-

quí; pero el viejo que no pudo ir á los toros el dia que le dieron la Uncion, le contesta lo que le parece, y el otro apunta, y se dispone á describir los últimos momentos del tercer toro, que se presenta en la plaza.

Los incidentes de la lidia del tercer toro son iguales á los que ya hemos visto, é iguales tambien los de los toros cuarto, quinto y sesto.—Corrido este último, el ilustrado y respetable público, que aun no está satisfecho, pide con estentóreas voces: *¡otro toro! ¡otro toro!* y el presidente, para recobrar las simpatías que se enajenó cuando aquello de las banderillas de fuego al toro segundo, concede uno que se llama de *gracia.* —Regularmente, este toro de *gracia* suele ser el mejor de la corrida, y en muchas ocasiones él se ha encargado de vengar á sus compañeros mártires, causando alguna *desgracia,* ó sea inutilizando para toda su vida, si es que no le envia á la eternidad, á cualquiera de aquellos *mozos güenos*, tan simpáticos á las tres jóvenes y á la señora gorda que vinieron con nosotros en el ómnibus.

En estos momentos, el caballero de los apuntes da la última mano á sus notas, escribe el resúmen, y suma el número de caballos heridos, el de los muertos, las estocadas, los pares de banderillas, las caidas de los picadores, y por último, las desgracias ocurridas durante la lidia, con los nombres de todos los animales que han tomado parte en la funcion, y acertadas y discretas observaciones sobre la conducta del presidente en el desempeño de su interesante cargo, etc., etc.

Y pues ya es de noche, y nada tenemos que hacer en la plaza, saldremos, si VV. gustan, y en medio de

una completa muchedumbre, nos dirigiremos á pié,—por gozar de lo agradable de la temperatura,—á la Puerta del Sol, siguiendo á las tres jóvenes y á la señora gorda, quienes se dirigen al café de Moratin, por ejemplo (¡Pobre D. Leandro!), con objeto de tomar cada una su enorme vaso de leche amerengada, que luego irá á pagar uno de los *salaos* que hemos visto en la plaza, quien merece la envidiable fortuna de ser tratado con envidiable confianza por aquellas dignas individuas del bello sexo, las que por otra parte se ufanan tambien muy mucho con la amistad de hombres que se ponen delante de un toro como si tal cosa, con lo que prueban bien cumplidamente su valor y su trapío.

Y van llegando al café los aficionados á los toros, y no se oye allí otra conversacion que sobre la corrida que acaba de verificarse; cada cual da su dictámen, y algunos, que no han aprendido á respetar la opinion ajena, defienden la suya con tanto calor, que no es difícil que se pase á insultos del peor género posible, si es que no pasa algo peor.

—Lo estocada fué alta, dice uno.

—Nó, señor, que fué baja, contesta otro.

—Desengáñense VV., añade un tercero; fué en *hueso*.

—Pero, señores, exclama un cuarto, que no vale un *idem*, si no se puede *juzgar* de las estocadas que da ese mozo, si tiene un *canguelo* que no sabe lo que le pasa en cuanto se pone delante del *bicho*....

—Eso lo dirá V. porque le tenga mala voluntad, porque en toda España no hay un *diestro* como él....

—Y tiene un *aquel* y una sal, y una *planta*, añade la señora gorda, tutora y curadora de las tres jóvenes del *ómnibus*, que él solo *llena* la plaza, y hasta los toros parece como que se alegran cuando á él le toca matar.... ¡Jesús! pues si se lleva de calles á todo el mundo con su gracia.... ¡digo! y con aquel traje que sacaba hoy, que solo la chaquetilla le ha costado tres onzas, y entre la pechera, los puños y los dedos llevaba valor de 1,000 reales en diamantes de los *finos*, que no hay que decir que él gasta nada falso.

Y en esto se presenta el mismísimo *diestro* en persona, y con gallardo ademan toma asiento entre sus amigos, y despues de echarse el sombrero atrás y pasear una mirada por el salon, exclama:

—¡Buenas noches, *cabayeros*!

Salúdanle todos, y los que momentos ántes ponian en duda su destreza y arrojo, le felicitan cordialmente por lo acertado que estuvo, sobre todo en aquella estocada que, como sabe el lector, fué objeto de prolija discusion y no pocos comentarios.

—Veremos á ver, dice el héroe de la fiesta, lo que habla mañana de mí *La sabiduría* (un periódico). *Don Corriendo* (este es el seudónimo del encargado de escribir las revistas de toros en el citado periódico) la ha tomado conmigo este año, y el dia que yo me enfade le voy á hacer correr de veras; porque como los *papeles* corren por todas partes, se corre por fuera la voz de que yo hago esto y lo otro, y de si soy ó no soy, y ya el año pasado perdí las férias de Toro, adonde fué Juan Zorro por intrigas, y en la primera corrida dió treinta y seis pinchazos al *bicho*, y en la segunda era

ya de noche y aun no habia podido matar al primer toro, y si no es por un aficionado del pueblo que, con permiso del alcalde, bajó y lo *despachó* de un *mete y saca*, muy bueno.—pero con desgracia, porque cuando se retiraba, un caballo herido que estaba en medio de la plaza le pegó una coz en la cabeza que allí quedó el pobre chico, y al otro dia lo enterraron,—aun está Juan Zorro dando pinchazos al toro.

Paréceme que el lector discreto me agradecerá que le saque del café, siquiera por no oir esta gerga.

Pero mañana la verá en algunos periódicos, que darán noticias y detalles de la fiesta, que tambien hay quien se dedica muy formal á escribir de toros, y muchas personas á quienes agradan sobre manera tales escritos.

Puede que aquel caballero de los apuntes sea uno de los que, dignos de mejor empleo, ponen todo su conato en redactar las llamadas revistas de toros, y hacer alarde de erudicion en el *arte*, usando hasta el abuso de la deliciosa fraseología especial del citado *arte*.

Yo admiro á estos señores, porque me parece que es una prueba evidente de grandeza de alma eso de estimar tan en poco el tiempo, empleándolo en un trabajo tan fútil y poco provechoso. Duéleme, en verdad, que el ingenioso *Abenamar*, cuya pérdida lloran aun los amantes de las letras, y otros escritores de no vulgar talento, hayan consagrado á veces su pluma á las fiestas de toros.

Habrá quien me considere poco español, porque anatematizo las corridas de toros: no me importa.

Convénzame alguno de que esa diversion es útil y

decorosa, enumerándome los beneficios que puede ofrecer á la sociedad, y confesaré mi error; pero entre tanto, no perderé ocasion de repetir que es indigna de un pueblo culto, noble y religioso como el nuestro.

Nunca podré admitir como bueno y digno un espectáculo en el que los hombres exponen su vida, en el que el público se divierte viendo morir nobles y útiles animales, en el que el mismo público insulta y escarnece con las más soeces palabras y los ademanes más groseros á un hombre, que merece la consideracion que nos debemos unos á otros, y que tal vez está destinado á morir allí, en presencia de los que le ofenden, sin que nadie le valga, colgado de las astas de un toro; un espectáculo, en fin, que no es ni puede ser agradable, ni instructivo, ni siquiera variado y entretenido.

Reconozco en los toreros mucho valor y singular destreza, pero con gran placer los veria cambiar de oficio, á consecuencia de la supresion del espectáculo.

Los ejercicios ecuestres ó gimnásticos y las carreras de caballos, podrian hacer olvidar al pueblo español las corridas de toros, de las que no debian quedar mas que la preciosa descripcion de D. Nicolás Fernandez Moratin, algunos cuadros;—que pintadas son muy bonitas las corridas de toros,—los nombres de los lidiadores mas hábiles, arrojados y dignos de memoria, la Plaza, que podria servir de hipódromo, la zarzuela *En las astas del toro* (como que es mia), la cancion de los *toritos del puerto* y aquella otra:

No te compongas,
que ya no irás .

á los toritos
de Fuencarral.

Pero desgraciadamente, las corridas de toros continuarán todavía muchos años, y el arte del toreo adquirirá nuevas *glorias*, y los nombres de Costillares, Montes, Romero, Puerto, Pepe-Hillo, Chiclanero, Pepete y otros ya difuntos, sostendrán la fé de los aficionados, y darán poderoso aliento á Cúchares, Casas, Tato, Sanz, Regatero, Lagartijo, Pulga, Chinche, Velo, Mantilla, el Cuco, y muchos más que no recuerdo, y que son la admiracion del pueblo español, que está grandemente satisfecho cuando tiene *pan y toros*.

Valga por lo que valga, yo suplico al lector que no vaya nunca á los toros, y mucho más encarecidamente se lo suplico á la lectora,—que no es bien que una mujer dulce, sensible y piadosa, que llora cuando se le muere un jilguerillo ó cuando ve que un mal intencionado clava con un alfiler una mariposa, vaya á presenciar las atrocidades de esa fiesta.

Yo he ido una vez, por no morir sin saber lo que era una corrida de toros.

XX.

Las mamás.

Las mamás son unas señoras de cierta edad,—que como nunca la declaran, puede llamarse incierta,—viudas en general, feas en su mayor parte, y madres por de contado de una, dos, tres ó cuatro niñas de diez y seis años en adelante, que se hallan en estado de merecer, y generalmente no tienen todo lo que merecen.

Las señoras á que me refiero, han dejado de ser madres para ser criadas fieles de sus hijas, apénas éstas han colgado los pantaloncitos y se han vestido de largo para ocupar un puesto en la exposicion del bello sexo, que surte de esposas á los hombres que quieren casarse, que no son muchos por desgracia.

Dejando para más adelante el estudio de las mamás de alto bordo, es decir, de las mamás que tienen medios sobrados de satisfacer los caprichos de sus hijas, y muchos más caprichos de ellas mismas, procuraré

describir, lo más exactamente posible, las mamás de medio carácter, las mamás que se encuentra un cristiano en todas partes rodeadas de sus hijas, que como Paturot, van en busca de una posicion social, las mamás que no tienen otros medios de subsistencia que la pension del Monte Pio, que deben á sus maridos, los que tuvieron la inadvertencia de morirse ántes de llegar á generales ó á ministros.

Estas mamás están condenadas á la vida más azarosa y desventurada que el lector puede figurarse.— Y si creen VV. que exagero, oigan lo que dias pasados decia mi señora doña Serafina, madre de tres hijas como tres soles, y viuda de un teniente coronel de caballería, que se murió cuando más falta hacía, como le sucede á todo fiel cristiano en este pasadizo que se llama mundo.

Advierto al lector que doña Serafina habla con otra señora, vecina suya, que se llama doña Bernarda, y que es viuda tambien de un empleado en Palacio, y que tiene una hija que aprende música en el Conservatorio, y todo el santo dia está cantando estos *espirituales* versos de una zarzuela:

Es la cara de mi curro
como la noche y el dia:
si está triste se le apaga;
si está alegre le echa chispas.

Doña Serafina ha salido á tender ropa á la ventana del patio, y doña Bernarda, que estaba poniendo una hojita de escarola al canario, ha creido muy puesto en

el órden saludar á la vecina, por aquello de que no quita lo cortés á lo valiente, y hoy por tí y mañana por mí, y sobre todo, porque en este mundo, ¿quién sabe lo que puede suceder? y porque al fin, entre vecinas, cualquier dia se podria ofrecer cualquier cosa, y por último, porque á ella la han enseñado sus padres á tener educacion y á no negar á nadie la palabra de Dios.

—Buenos dias, doña Serafina, dice doña Bernarda.

—Muy buenos los tenga V., doña Bernarda, dice doña Serafina.

—¿Y las niñas?

—Tan buenas para servir á V. Durmiendo están todavía, porque como anoche estuvimos en las máscaras...

—¡Hola! ¿Fueron VV. al baile?

—Sí, señora: trajo los billetes un amigo de las niñas, que es primo del que corre con los bailes, y yo, la verdad, no tenia muchas ganas de baile; pero como estaban ya aquí los billetes, y las niñas estaban consentidas en ir, ya ve V., ¿qué remedio habia?... Pues nos pusimos por la cabeza las cortinillas, y allá nos fuimos solitas... Y mire V., estaba muy bien; pero á mí ya no me divierten esas cosas, porque ya ve V., las niñas, es natural, se fueron á bailar, y yo allí me quedé sentada en un sofá, hecha un pasmarote... De cuándo en cuándo venian ellas á decirme: «Aquí estamos, mamá;» pero es claro, en cuanto empezaban á tocar, cada una se iba por su lado.

—¿Y V. no bailó?

—¡Yo! Calle V., señora, si me daba no sé qué ver

cómo se baila en el dia... Vamos, es una cosa que debia prohibirse, porque yo no sé, pero las muchachas deben sudar el quilo... Uno vino á sacarme á bailar..... ¡Vamos! ¡lo que yo me pude reir!... El, empeñado en que yo vivia en la calle del Candil, y me llamaba Engracia, y yo siguiéndole la broma... Pues mire V., al fin lo creyó y me quiso llevar al ambigú, y me compró un ramo que ahí lo tengo con agua en una jícara, y se empeñó en que le esperara debajo de la araña, cuando se concluyera el baile... Pero yo, ¿qué le habia de esperar?... Ya tenia para su año el niño, segun las cosas que me dijo.,. ¿Vamos, le digo á V. con verdad que en el dia están los hombres bajo un pié, que le sacan á una mujer los colores á la cara con las cosas que dicen.—Y V., ¿cómo no llevó su niña al baile?

—¡Calle V., hija! si estoy lo más aburrida... Estábamos en ir, y ya teníamos los billetes, que nos los dió la señora del principal... Como su marido está en un periódico, tiene billetes para todas partes... Pero luego, sobre no ir al baile, tuvimos un disgusto...

—¿Y por qué?

—¿Por qué habia de ser?... Porque desde que ha entrado ese hombre en casa, parece que ha entrado el mismísimo demonio... El dice que en cuanto le coloquen se va á casar; pero ¡ay, Jesús! como yo le digo á mi Concha, aunque me lo dieran engarzado en oro, no me casaba yo con un hombre así...

—Sí, tiene una cara de mal genio...

—Calle V., señora, si parece que se lo deben y no se lo pagan... Anoche vino á las siete, y en cuanto vió que estábamos cosiendo unas cintas de color de fuego

en los vestidos, sospechó que eran para el baile, y puso una cara, señora, que á mí se me quitó la gana de ir, y mi Concha tiró el vestido, y tijereteó las cintas, y se fué allá dentro con un hocico que daba miedo verla. Pues ¿creerá V. que él estuvo sentado hasta las once y media, sin hablar una palabra?... El es buen hombre, sí, señora, muy formal y todo lo que V. quiera, pero tiene un geniecito, que parece criado en algun desvan... ¡Ay! para mí, que soy tan clara, y que, como decia mi madre, que esté en gloria, tengo este don de gentes, que me llevo de calles á todo el mundo...

—Lo mismo era mi marido; parecia un huron; siempre huyendo de la gente, y cuando hablaba parecia que apedreaba.

—Desde que él ha entrado en casa, señora, ni bailes, ni teatros, ni paseos, ni amigos... nada... Todo le incomoda; si queremos ir al teatro un domingo por la tarde, dice que parecemos lugareñas; si viene algun amigo á casa, en seguida le pone una cara, que el que viene una vez ya no quiere volver más; si algun dia vamos al baile, él no se despega de nosotras; y si algun amigo de mi marido nos ve y nos quiere obsequiar, al momento dice que se va y que no va á volver, y que somos unas locas, y que el pobre hombre, que con la mejor voluntad nos quiere convidar, será un tonto, y un bruto, y un ¿qué sé yo?.... En fin, señora, deseando estoy que se casen y se vayan benditos de Dios.

—Vamos, y V. no tiene mas que una. Pues, ¿y yo, que tengo tres?... Las mias son por otro estilo... No quieren mas que ir majas y estar todo el dia en la

calle.... Yo conozco que están en la edad de divertirse; pero amiga, no puedo, porque ya ve V. que en Madrid todo cuesta un sentido, y veinte duros que yo cobro ya se sabe hasta dónde llegan.... Yo se lo digo, pero ellas, nada; es verdad que, como tenemos tantos conocimientos, y en Madrid la tratan á una segun como la ven. y si una deja de presentarse, en seguida empiezan las habladurías...

—¡Ya lo creo!

—Pues ya ve V., los lunes, ya se sabe, vamos á casa de las de Muñoz, que son lo más reparonas y lo más criticonas, y siempre están diciendo si los vestidos se llevan así, y si las mangas se llevan de esto ó de lo otro. No hay allí más conversacion que de modas; y luego, cuando venimos á casa, empiezan las peticiones, y la una quiere una cosa, y la otra, otra; y dicen que si no van como las de Muñoz no pueden volver allí; y ya ve V., como esa familia está en candelero y mañana ú otro dia podemos necesitarla, no hay más remedio que ir á la tienda y sacar lo preciso, aunque sea fiado, que esto es lo que me vale, que en la tienda me conocen ya, y saben que yo cumplo, y cuando puedo les doy uno, dos ó medio; pero si no, ¿cómo habíamos de poder hacer tantos gastos?

—¿Y cuándo nos da un dia bueno alguna de esas señoritas?

—¡Ay! ¡señora! me parece que todavía tardarán, porque como ellas son pobres y no quieren casarse con pobres, y los ricos no se encuentran ahí detrás de la puerta... Y mire V., lo que es la mayor, ya ha podido casarse con un médico-cirujano que concluyó la carre-

ra el año pasado, y ahora está en un pueblo; pero se empeñó en que si se casaba con un médico éste habia de tener *carrudaje*, y aquel pobre muchacho, ya ve V. ¿qué *carrudaje* habia de tener?... Y mire V... me parece que no ha de encontrar otro como aquel, que la queria mucho, y es un hombre muy arreglado y muy vividor, y que á mí me curó de unos dolores que me daban ántes todos los inviernos, y él en un momento, con unas píldoras que habia que tomarlas en ayunas y ántes de vestirme, me los quitó de tal manera, que este invierno, ya ve V. si hace frio, no me han dado todavía.

—Pues mire V., hizo mal en no casarse con ese jóven, porque en el dia...

—Sí, sí, ¡dígame V. á mí cómo están los hombres! Ahí tiene V. la mediana de mis niñas: el año pasado, en casa de las de Muñoz, empezó con que sí, que nó con uno de los que iban allí, teniente de caballería, muy guapo muchacho, eso sí, y muy fino, y todo lo que V. quiera.... pues él, ¡vaya! no se anduvo en chiquitas, y á los ocho ó diez dias ya la dijo que queria casarse, y que no se casaria con otra sino con ella, y todas esas cosas que nos dicen los hombres; y todo el dia no hacía otra cosa que pasear á caballo por la calle, vestido de uniforme y con el asistente detrás.... y, es claro, como las mujeres somos tontas, y en viendo una casaca de dos colores ya se nos va el santo al cielo, la niña se enamoró de él de tal manera, señora, que se estaba las horas muertas al balcon, y en veinte dias se me quedó como un fideo.... Y á todo esto, paseos y más paseos, y cartas y más cartas, y á todas horas

el asistente en el portal, y todo el mundo enterado de lo que ocurria.... Pues ya verá V., una noche salimos la niña y yo,—que la sacaba de casa para que se distrajera,—y en el portal estaba una mujer, que en cuanto nos vió, se puso hecha un basilisco, y nos empezó á insultar y á ponernos como un trapo.... A mi niña le dió una congoja, que creí que se me quedaba entre las manos, y yo, ya puede V. figurarse.... Al fin, viendo que se reunia allí la gente, y que habian ido á llamar la tropa del Principal, el portero cerró la puerta, y nos subimos á casa, y la mujer detrás.... Y ¿sabe V. qué era?... Que el tal oficialito era casado, y aquella su mujer... Conque vaya V. á fiarse de los hombres.

—Pero mire V. ¡Qué pícaro!

—Pues el otro dia tuvo la desvergüenza de venir á casa, y como somos mujeres solas, nos dijo todo lo que se le vino á la boca.

—¡Qué lástima de presidio!...

—Y nos llamó señoritas pobres.... Por ahí le suelo ver, luciendo el uniforme, y con una cinturita como una dama... Si viera V., cada vez que le veo se me altera toda la máquina.

Y no hablan más doña Bernarda y doña Serafina, porque aquella ha oido sonar la campanilla, y va á abrir al presunto esposo de la niña, que como está cesante y no tiene gran cosa que hacer, se pasa el dia en casa de la respetable señora, quien, si no fuera por la esperancilla de que aquel mozo ha de llegar á ser su yerno, no dejaria de lamentar aquellas visitas tan largas y continuadas, que la impiden dedicarse con

toda la solicitud propia de una mujer de su casa á los quehaceres domésticos....

Doña Serafina se despide de la vecina para ir á dar una vuelta al puchero y para poner en paz á dos de sus hijas, que hace rato se están diciendo denuestos sobre si un oficial que vive enfrente, y todo el dia se está en el balcon tarareando la marcha real, mira á la una ó á la otra, cuestion gravísima para las dos jóvenes, que se creen con méritos suficientes á cautivar la voluntad, no solo de un oficialito apénas salido del colegio, sino hasta de toda la guarnicion de Madrid.

La pobre madre emplea toda su elocuencia,—ya que no puede emplear una autoridad que no tiene,—en persuadir á las niñas de que no hay motivo para la excision que acaba de ocurrir, puesto que el oficial, que es, como si dijéramos, el fundamento de la cuestion, no merece por su posicion actual (subteniente de infantería) que fijen en él la mirada y la intencion dos hijas de un padre que fué todo un caballero de mucho viso, y que Dios sabe lo que sería ahora, si no se hubiera muerto.—Y la hermana mayor interviene tambien en la cuestion, y piensa que es una puerilidad, indigna de sus dos hermanas disputarse las miradas de un hombre, cuyo presente no es muy desahogado, y cuyo porvenir se halla aun envuelto en las tinieblas del misterio.

Y la cuestion toma otro aspecto desde este instante, porque las dos hermanas dan tregua á sus rencillas, y se unen en contra de la hermana mayor, en quien suponen un orgullo desmedido y poco en consonancia con su posicion actual y con su edad, que ya

se acerca á los veintiocho del pico, edad que no deja de ser, si así puede decirse, un poco subversiva en una mujer soltera y pobre.

Y las tres hermanas se ponen como nuevas, y la antigua señora, madre de las tres, las oye con evangélica mansedumbre, lamentándose en silencio de la prematura muerte de su esposo y de las circunstancias que la han traido *á ménos*, cuando precisamente lo que ella necesitaba, para tranquilidad de su alma y colocacion de sus hijas, era el que la hubieran llevado *á más*, y no se atreve á abrir la boca, porque entónces las tres hijas se unirán contra ella, y quizá quizá le faltarán al respeto que debe inspirar siempre una madre á sus hijos.

Felizmente suena la campanilla y se presenta muy estirado un caballero á quien han conocido doña Serafina y sus hijas en un baile, y á quien han ofrecido la casa como es consiguiente entre personas bien educadas. Preséntase primero la madre, y sucesivamente se van presentando las hijas, y durante hora y media hablan las cuatro de mil cosas que á nadie interesan, y el caballero protesta su adhesion y simpatía, y la mamá le manifiesta tambien su admiracion y el buen concepto que de él tiene formado, y las niñas le halagan el oido y el amor propio, asegurándole que son muy pocos los caballeros con quienes ellas se atreven á dar una vuelta en un baile, y muchos ménos los que logran ser recibidos en la casa; porque á ellas nunca les ha gustado dar que hablar, y porque no quieren parecerse á Fulanita y á Zutanita, que son más conocidas que la *ruda*, y con quienes todo el mundo tiene que hacer,

porque ni en esta ni en las pasadas edades hubo mujeres que más amigos tengan y de quienes más despropósitos se hayan dicho, despropósitos, que para algunos que los oyen lo son efectivamente, pero no lo son para otros, por aquello de que en el mundo generalmente estamos más dispuestos á creer lo malo que lo bueno que se dice del prójimo.

Y el caballero, convencido del buen efecto que ha hecho su presencia, y previendo que, siendo el único amigo íntimo de aquella familia, ejercerá en la casa una influencia omnímoda, muy favorable á sus miras particulares, que, en puridad, no son muy católicas, se despide protestando de nuevo su amistad franca y desinteresada, con la que se ufanan muy mucho doña Serafina y sus hijas, quienes se entretienen despues en hacer el elogio de aquel caballero, que no parece como estos del dia ni mucho ménos, y sí un hombre muy cabal, y del corte de aquellos honrados varones que, obedeciendo las leyes de la naturaleza, quieren á las mujeres, pero con buen fin, pensando muy juiciosamente que este buen fin es el principio fundamental de la felicidad doméstica y del buen gobierno de la familia humana.

Pero como en este mundo tienen los malos inmensa mayoría sobre los buenos, resulta que el tal caballero lo es de cuenta, por lo que doña Serafina tiene que ponerle al cabo de cierto tiempo de patitas en la calle.

La prudente madre, en vista de los desengaños que sus hijas reciben, y convencida de los peligros que ofrece la amistad de ciertos hombres, significa á sus hijas

el honesto y buen deseo de que ningun hombre vuelva á entrar en su casa.

Y aquí tienen VV. ya á las hijas contra la madre, que la acusan de quererlas aislar en el mundo, impidiendo su colocacion. Y la pobre vieja, ¿qué ha de hacer, cuando sospecha que sus hijas piensan que ella es el obstáculo que se opone á su felicidad?... Vestirlas todo lo más majas que puede, llevarlas á todas partes, siempre que no le cueste dinero, exponerse á todas las pulmonías que en invierno van á la desbandada por esas calles, estar siempre con la papalina puesta para recibir visitas, es decir, para estar al lado de sus hijas cuando vienen las visitas, y estar volada, como ella dice, por si se le sale el puchero, y porque en la casa todo está manga por hombro. Y ella las sirve, y las cose, y las emperegila, y ellas se componen, se adornan, se ponen más guapas de lo que son, no para su madre, sino para Fulanito, que dijo el dia ántes que iria á verlas, para el oficial del ministerio soltero (el oficial no el ministerio), que se ha mudado á la casa de enfrente, para el administrador de la que habitan, que es un muchacho muy fino, y tiene que venir á enterarse de dos goteras que hay en la cocina y de cuatro ladrillos que hay que poner en el pasillo. Y las niñas trasnochan, una estudiando papeles de comedias que representan en el teatro de la casa de un abogado, que tiene pocos pleitos y algun dinero, otra desgañitándose á cantar árias y romances de ópera, para lucirse luego en la misma reunion, y la mayor leyendo *La Correspondencia*, que se la echa por debajo de la puerta el zapatero del portal, que vive en la guardilla y se reti-

ra á las tantas de la noche. Por supuesto que las tales niñas saben la vida y milagros de todo el mundo, y si no la saben la inventan, y no hay marqués, ni duque, ní general, ya difuntos por supuesto, que no hayan sido visitas suyas y querido á las niñas cada uno de ellos como si fuera su propio padre. Y ellas saben quién se casa y quién se va á casar, y quién se iba á casar y ya no se casa, y por qué no se casa, y por qué D. Fulano va á los baños sin su mujer, y por qué su mujer va á todas partes sin su marido.

Pasan algunos años, y un dia se encuentran en la calle doña Bernarda y doña Serafina, que habian dejado de ser vecinas, y no habian vuelto á verse, á pesar de que ambas tenian curiosidad por saber una de otra.

—¿Y la niña de V? es lo primero que pregunta doña Serafina á doña Bernarda, despues de los saludos, asombros y observaciones acerca del estado de salud que son de cajon entre mujeres conocidas que no se han visto en algun tiempo.

—No me hable V., contesta doña Bernarda, que me salgo de casa por no oirla.... ¡Ay! señora, la pobre está insufrible, y todo por aquel hombre,

—Pues yo la hacía ya casada.

—¡Casada! Sí, sí, casada.

—¿Pues no le colocaron?

—Sí, señora, ahí le metieron en la Deuda, pero él está dando largas y sin acabar de reventar.

—Pues, hija yo le hablaria claro.

—Señora, si le hemos dicho ya cuanto hay que decir, y hasta un primo mio, que es primer portero del

ministerio de Marina, le ha sonsacado.... y él nada... Es un cazurro, señora, que me tiene ya hasta aquí.... ¿Y las de V?

—¡Ay! ¡señora! las mias no tienen novedad, digo, á casa de la menor voy ahora, á ver cómo sigue, que la semana pasada salió de cuenta.

—¡Hola! ¿se casó?

—Sí, señora, con un empleado viudo, y con tres hijos como tres demonios.... y tiene ocho mil reales.... ya ve V., que buen pelo echará.... y ahora que se llenará de hijos, porque mi hija es jóven....

—Y la mayor, ¿sigue soltera?

—Esa, sí señora, conmigo; ella dice que no quiere casarse, porque como ve cómo lo pasan sus hermanas....

—Pues qué, ¿la otra se ha colocado tambien?

—Sí, señora, con un francés.

—¡Jesús!

—Amiga, se encaprichó, y no hubo remedio.... Lo que es á esa no la veo ni la oigo, porque, como yo soy tan española.... El es el mismo demonio, por supuesto, y ella lo niega; pero me parece que la trata lo mismo que un condenado.... Crea V. que yo no sé cómo vivo, porque no hago mas que llorar....

—Pues á mí me pasa dos cuartos de lo mismo.

Y dos cuartos de lo mismo les pasa á la mayoría de las mamás cuando ven á sus hijas mal empleadas, cuando sienten que no les basta su amor, y que su amor de toda la vida es ménos apreciado, ménos deseado, ménos agradecido que el amor de un hombre, que suele no ser, ni amor, ni duradero.

XXI.

El sereno.

Hablen otros del gobierno, del mundo y sus monarquías; escriban otros magníficos artículos en refutacion de los desatinos de M. Renan; publique quien quiera biografías de Garibaldi y Espartero; entreténgase quien tenga poco que hacer en deducir de las apreciaciones de los periódicos cuál es el gobierno que más nos conviene; encarezcan los amigos fieles los méritos y servicios de los altos empleados; inquiétense los pusilámines y pobres de espíritu del estado de la Bolsa; sirva quien lo tenga por conveniente de escalera á los ambiciosos, que luego le darán con el pié; ocúpese quien quiera calentarse la cabeza en hacer pronósticos acerca de lo de Méjico ó de lo de Roma; tengan el miedo que gusten á un conflicto europeo los que no tienen un cuarto, que yo dejo rodar al mundo, en vista de que no puedo hacer otra cosa, y ni me meto

donde no me llaman, ni me importa un comino nada de lo que á tantos preocupa, porque como Sancho Panza—personaje que siento mucho no viva en estos tiempos,—decia al abandonar su ínsula, desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; y en uso de mi autonomía, en vez de remontarme á los pasados tiempos, ó á las alturas de los presentes, en vez de cantar las glorias del amor, del saber y de la guerra, voy á cantar las glorias del sereno.... Y eso que el sereno no tiene más gloria que la eterna, que Dios se la concederá, si él ha sido buen hombre y buen prójimo, y tal vez no se la conceda á encopetados señorones que anden por el mundo en historias y en efigie.

¡El sereno!...

¿Saben VV la importancia que tiene este personaje dignísimo?...

Que venga aquí el hombre más valiente á ver si es más sereno que mi héroe.

A él se le muere su mujer, le muerde un perro, le persiguen con armas, y siempre sereno. Presencia las catástrofes más espantosas, y él siempre sereno, siempre filósofo, siempre por encima de las circunstancias, siempre superior á todo...

El es desgraciado, y canta: él está temiendo que su mujer, que es tambien serena, le sea infiel, y canta; él suele leer *La Correspondencia*, y canta, y canta si tiene frio, y canta si tiene calor, y si cambia el ministerio canta y nadie le tapa la boca.

Confieso que es grave cargo el de un ministro, confieso que es respetable un embajador, aunque sea cochinchino; pero ¿qué quieren VV? yo admiro más,

tengo, por decirlo así, más veneracion á un sereno....

Un ministro es un personaje de comedia, de zarzuela, que cualquier poeta puede sacar á la escena; pero un sereno envuelto en las sombras de la noche y en su tabardo, con su farol y su terrible chuzo, con su cántico que repiten los ecos de las plazuelas, con su andar reposado y solemne, es un personaje digno del autor de *Hamlet*, es un hombre que tiene algo de fantasma, de sombra, de remordimiento, de aparicion, de *espectro* luminoso.

El sereno es asturiano ó gallego,—que Asturias y Galicia son cuna de muchos hombres ilustres por su saber, y de muchos hombres útiles, si no por su saber. por su trabajo y su honradez,—y con todo lo que de él he dicho, es un hombre como los demás, pero no como el vulgo de los demás, porque el sereno es un gran pensador, un gran filósofo.

Porque nosotros los que tenemos quehaceres, y mujer, y sobrinos, y tios, y amigos, y periódicos, y paseos, y bailes, y teatros, y visitas, y enfermedades, y zozobras, y acreedores, no tenemos tiempo de ser sábios, no tenemos tiempo de pensar, y aunque parezca que pensamos no pensamos, y aunque parezca que sabemos algo no sabemos maldita la cosa.

Y un sereno puede pensar toda la noche, puede dedicarse á la resolucion de todos los problemas sociales, tiene por suya toda la noche, tiene á su disposicion toda la poesía que hay en el misterio, en la soledad, en la luna, en la libertad, en la noche, en fin.

Quien quiera ser un grande autor dramático, un gran autor de costumbres, estudie los clásicos, empá-

pese bien en Aristóteles, apréndase de memoria á Moliere, y á Theophrasto, y á La Bruyere, y métase luego á sereno... Y lleve papel y tintero, y á la luz del farol y al amparo del chuzo, escribirá obras imperecederas....

La política del sereno es la mejor, es la que necesitan los pueblos como el pan, es la política de órden: luego bajo este punto de vista, el sereno es el político que más beneficios podria proporcionar al pais; el gobierno del sereno es el gobierno del órden y de la tranquilidad.

¿Y con qué virtud es comparable la prudencia del sereno?... Si un sereno quisiera ser tea de la discordia, si un sereno hablara, si tuviera el alma atravesada, si no fuera el amor al prójimo una de sus cualidades características, ¡cuántos matrimonios que viven en santa paz y prudente y meritoria resignacion se tornarian infierno abreviado!... Porque el sereno sabe muchas cosas de los matrimonios, ve salir y entrar á más de un marido á horas qne no son para entrar y ménos para salir...

Más de un padre debe al sereno haber podido destruir á tiempo los planes de algun Tenorio de sombrero redondo contra la inocencia de su hija inexperta y sensible al amor.

Ejemplos hay de que un sereno haya sido cómplice de algun entuerto; pero ese sereno sería un sereno intruso, un sereno sin alma de sereno, un hombre que habia errado la vocacion, que no habia nacido sereno, porque los serenos lo son desde el vientre de su madre; su destino es serenar, y por zancas ó por bar-

rancas han de venir á parar en serenos, aunque ántes hayan sido aguadores, ó sirvientes, ó soldados... Y esos serenos, los que en el vientre de su madre eran serenos ya, aunque sin farol ni chuzo, son todos de la misma estofa, son todos hombres incorruptibles é inabordables, hombres probos, y fieles, y cristianos, y desfacedores de entuertos y desaguisados.

El sereno es la gran potencia del siglo; pido que á los periódicos se les conceda el llamarse el quinto poder del Estado, porque creo que al sereno le corresponde lo de cuarto poder del Estado.

El avaro, que no duerme pensando en su dinero, en que pueden arrebatárselo, y con él la inefable delicia de mirarlo, y tocarlo, y contarlo y recontarlo, solo respira en su intranquilo insomnio cuando oye bajo sus balcones la voz del sereno.

El que ha pasado el dia y parte de la noche en inmunda orgía, y quiere dormir y no puede, y siente que le pesa la cabeza, y se le hinchan los ojos, y se le levanta el estómago, y se le embota la inteligencia, oye en la voz del sereno la de su conciencia; y oyéndole cantar una y otra hora, piensa en cómo se va el tiempo, *en cómo viene la muerte tan callando*, y, sobre todo, si en la orgía se ha quedado sin un cuarto, acaso, acaso se arrepiente de su vida licenciosa y estéril, y acaso se duerme al fin con la idea de corregirse y seguir otro camino.

La novia, la que por última vez reposa en el lecho virginal, la que va á entregar su mano al hombre de sus sueños, y no duerme por de contado, en cada hora que le canta el sereno halla una esperanza de felici-

dad, que luego puede que no haya tal felicidad; pero es aquella una noche de ilusiones para la niña, y la voz del sereno, que la dice cómo se va acercando la hora de sus amores, ó de su colocacion, si es una muchacha vulgarota, suena muy dulce en su oido, aunque, á decir verdad, y sin dejar de reconocer y proclamar todas las recomendables prendas que adornan al sereno, su voz no suele ser muy dulce que digamos.

Los niños traviesos, voluntariosos, que no quieren acostarse, que se sientan á berrear sobre la cama, que no callan aunque mamá les prometa el oro y el moro y papá no les prometa y les dé algun cachete, callan, y se están quietecitos con sólo oir la voz del sereno, más temible para ellos que la trompeta del juicio final.

El sereno tiene siempre á la vista ejemplos de todos los vicios; él tropieza con ladrones, con jugadores, con mujeres infelices, entregadas á todo género de excesos, con maridos infieles, con borrachos, con vagos, y él siempre sereno, siempre cantando, siempre filósofo. Odia el delito, compadece al delincuente, y es inflexible con el que se desmanda.

Los serenos carecen de instruccion; saben á lo más leer; pero si la tuvieran, si les enseñaran, no lo duden VV., el porvenir seria de los serenos... Ellos pensarian, y el estudio y la meditacion harian de ellos.... ¿quién sabe lo que de ellos harian?...

XXII.

La vecindad.

«La sociedad camina á paso de carga hácia un precipicio; esto es tan claro como la luz del dia, porque...»

Así comienza un artículo eminentemente filosófico, que hace tres dias quiero concluir, y del cual no he escrito, sin embargo, mas que los dos renglones anteriores. Y no es, lector benévolo, que yo no sepa escribir, ó que sea holgazan, y más aficionado, como tantos otros, á tomar el sol á la puerta del Suizo que á tomar la pluma, á la que por fortuna ó por desgracia, debo mi subsistencia; es decir, el miserable y vil dinero con que mi criada compra los garbanzos en la tienda y el pan en la tahona.—Es que yo no puedo escribir en mi casa; es que mi casa es otra Babel, donde todos hablan y nadie se entiende; es que mis vecinos están poseidos del demonio, ó se han dado de ojo para impedirme trabajar, y quitarme, como quien dice, el pan de la boca.

¡Y luego vendrán los demócratas encareciéndonos la libertad del trabajo, amen de otras muchas libertades!... Yo no tengo esa libertad, y la mayor parte de los que se dedican á trabajos intelectuales, sin tener ántes la precaucion de trasladarse á un desierto, carecen de ella como yo.

Apénas amanece Dios, y dejan el mullido lecho mis vecinos y mis vecinas, ábrense con estrépito todas las puertas y ventanas de la casa, y comienza un agradable concierto, en que toman parte unos veinte canarios que habrá en la vecindad, y una docena de tórtolas, que con su monótono y acompasado arrullo, halagan lastimosamente mi oido, y ponen á prueba mi paciencia. Convencido de que no he de poder dormir, salto del lecho, me visto, me lavo, y despues de encomendarme á Dios y pedirle el pan de cada dia, siéntome á trabajar con la mejor voluntad y con el mejor deseo.—Voy á continuar una escena muy patética de cierto drama, una escena entre un padre ofendido en su honra y una hija ofendida en la suya, en la cual él dice grandes cosas, grandes verdades filosóficas, y ella no puede con el peso de su crímen, y se disculpa como puede, y él se irrita, y ella se humilla, y él se vuelve loco y se tira por la ventana, y ella se sopla entre pecho y espalda un vaso de agua con cerillas...

Y cuando más sonoros, y más robustos me salen los versos, cuando parece que tengo lleno de consonantes el tintero, á juzgar por la facilidad con que los encuentro, comienza el siguiente diálogo, que me distrae y me hace perder el hilo y suspender mi trabajo.

—¡Buenos dias, vecina!

Esta es la señora del principal, que está colgando en la ventana del patio algunas prendas recientemente lavadas.

—Muy buenos, señora.

Esta es la mujer de un empleado en la Deuda, que vive en el segundo piso.

—¿Ha visto V. qué calor?...

—¡Ya! ¡ya!... Yo no he podido dormir en toda la noche... ¡No he hecho mas que dar vueltas!... He tenido una desazon...

—¡Es que en esta casa no se puede parar con las chinches!

—Aquí no las tenemos, porque como mi marido es tan cuidadoso, no ha parado hasta encontrar una reeeta para matarlas...

—!Ay! ¡vecina!... ¡Qué suerte tiene V. con su marido!... ¡Vaya V. á decir á los hombres de esta casa que traigan una receta para matar las chinches!... Aquí hay tres, pero le aseguro á V. que en sacándoles de sus libros y sus papelotes, no he visto hombres más inútiles.

—Y ¿cómo está el niño, vecina?... Ya no me acordaba de preguntar por él...

—El angelito está en un ¡ay!... ¡Con eso de la denticion!... Esta noche pasada no ha descansado un momento... Toda la noche llorando... ¡Por más que su padre se levantó tres veces en camisa á pasearle por la sala!... Por más que le dábamos jarabe!... ¡nada!.... ¡Ahora tiene una calentura que arde!... Crea V., vecina, que no tengo gusto para nada... Por un lado el niño, por otro las amas, que ya lleva cuatro el pobre-

cito, y por otro su padre, que está de un humor, que, como yo le digo, si lo tuviera en las piernas, no podria andar!.... Estoy aburrida.... ¡Allá voy!... ¿Ve usted?... ¡Ya se ha despertado otra vez el niño!... ¡Hasta luego, vecina.

Díganme VV. si oyendo semejante conversacion es posible mal hilvanar siquiera una escena de drama, ni de sainete.

Pasados algunos minutos, vuelvo á coordinar mis ideas, y me dispongo á continuar la escena de la gran catástrofe que dejo indicada; pero al mismo tiempo que voy á poner la pluma en el papel, la criada del piso tercero pone el grito en el cielo, cantando estos *versos* de una zarzuela.

Porque tengo la cara nega...
y no hablo como un señor,
ama mia no vió mis ojos,
ama mia no me entendió.

Y en esto aparece en la ventana del piso segundo otra Maritornes, que grita:

—¡Pascuala!...

Y se presenta Pascuala, y entre ésta y la otra comienza otro diálogo, que me impide continuar el del padre y la hija de mi famoso drama.

—¡Hola, Petra!... estás *enjabonando?*

—Nó, chica, yo quiero mejor ir al rio...

—¿Te toca salir el domingo?...

—Sí.

—Saldremos juntas... Tú, ¿dónde vas?...

—Conforme; unas veces á *Chamerí*, otras al *Circo de Paul*.... ¡Como han puesto de balde la entrada para las *señoras*, nos reunimos allí un monton de ellas!

—Yo no he ido nunca.

—Pues chica, está muy bien... Hay café con *orsequio*, *treato*, y su tocador de señoras, y su *ambrigú!*... y yo sé ya las habaneras!...

—Yo, como sabes que tengo...

—Sí, ya te *vide* el domingo... Chica, á mí me gusta la libertad, y, ya tú ves, como ahora está en Ceuta... Y mira, lo que es él me quiere, y cuando cumpla ,que ya no le faltan mas que dos años, si no le llega la rebaja, me tiene dada palabra de casamiento... Y no creas que es un cualquiera... El tiene su oficio, *herraor*! Ya ves que ya no se puede morir de hambre...

—¡Vaya! ¡voy á ver el puchero!

—Y yo á cuidar el *prencipio*... Ya van tres dias seguidos que se me pega, y á la señorita se la lleva el demonio cuando lo saco á la mesa... Y ya ves, una no puede estar en todo... porque los niños por un lado, la plancha por otro... y luego solo para ir á abrir la puerta, que en todo el dia cesa la campanilla... Si fuera como en otras casas donde yo he servido, que habia lacayo y asistente... pero aquí... Y es tontería, la que está en la cocina no puede atender á otra cosa...

Terminado éste diálogo, vuelvo á intentar la continuacion del de mi drama, á tiempo que entra en el patio un ciego diciendo:

—¡Devotos de la Vírgen! ¿Quién me la manda re-

zar? ¡San Cosme y San Damian! ¡Animas de ajusticiados!...

Y la señora del piso principal de la izquierda, que sale á la ventana, le envia seis ú ocho cuartos, haciéndome sospechar si entre las ánimas de los ajusticiados á que se refiere el ciego estará la de alguno de quien conserve memoria la tal señora, que, segun malas lenguas, es una dama de cuenta, tan buena para un fregado como para un barrido.

Y comienza el ciego á cantar en un tono capaz de sacar de tino á un sordo, y el perro de la portera, que estaba tendido al sol, junto al pozo, les despide con sonoros ladridos; y *vista* su actitud hostil por el ciego, se dispone éste á defenderse de toda agresion, y reparte palos á diestro y siniestro, sin alcanzar al animalito, que cada vez se irrita más; y el ciego continúa sacudiendo, y rompe los cristales de una ventana del piso bajo, y á un chico que entra en el patio muy tranquilo, le arrima un palo en la cabeza que por poco le deja en el sitio.

A las voces del chico sale la madre de éste, que en el segundo patio, en el de los cuartos interiores, estaba muy tranquila haciendo media, porque ella no sabe estar parada, y viene la portera con la escoba, y el ciego sale como puede, diciendo: *¡Ahí queda eso!...* y el perro se vuelve á tender al sol, contento con no tener en su presencia al mendigo.

—¡Hijo mio!... exclama la madre del herido... ¿Quién te ha hecho eso?...

—¡No sé! contesta el chiquillo, llorando á lágrima viva.

—¿Por qué ha pegado V. al chico? pregunta la madre á la portera.

—¿Yo?... ¡Vaya V. al cielo, señora!... Pues si yo estaba barriendo la escalera cuando oí ladrar al perro, y bajé...

—Pues á mi niño alguien le ha pegado... ¿Quién te ha pegado, hijo mio?

—¡Ha sido la *señoa* Blasa!...

—¡Oye, embustero!...

—Sí, señora, sí, V. habrá sido... Si V. no puede ver á esta criatura...

—¡Pero señora, máteme Dios!...

—¡Vaya un alma!... ¡Pegar á un inocente!... ¡Como usted no tiene hijos!... Agradezca V. que yo no lo he visto. porque entónces ya le habia caido á V. la lotería..

—Pero si le digo á V....

—Calle V., tia vieja... que tiene V. un alma como un caballo.

—Mire V., doña Mariquita... que no me mueva de aquí si he tocado al chico...

—Sí, sí, niéguelo V! ¿quién te ha pegado á tí, rey del mundo?...

—¡La *señoa* Blasa!.... ¡Me ha pegado con la escoba!...

—¿Lo quiere V. más claro?... ¡Bribonota! Más valia que tuviera V. *cuidiado* de la casa...

—Mire V., á mí no me venga V. con *fueros*, porque...

—¿Y qué?... ¿Qué me hará V?... ¿A que no me pega usted á mí?... Si es V. vizca... para que sea V. buena... ¡El demonio de la tia Marizápalos!...

—¡Vaya! señora, váyase V. á su casa, que me parece que no está V. en su juicio...

—¿Sí? ¡me habrá V. pagado el aguardiente esta mañana!... ¡Ven acá, sol dorado!...

—Pero oye, embustero, ¿por qué dices que te he pegado yo?...

—¡Porque sí!...

Pero al llegar aquí, el asístente del piso bajo, que habia presenciado la escena que dió orígen á la que acabo de describir, explica breve y sucintamente lo sucedido, con lo cual termina la cuestion despues de media hora de comentarios y amenazas cóntra el ciego, por si algun dia vuelve á presentarse, y reconvenciones á la portera, porque permite que el perro ladre, y porque ella no está en su chiribitil para ver quién entra y quién sale en la casa.

Por supuesto, que yo á todo esto no he podido escribir mas que ocho versos de mi interesante escena, ocho versos que probablemente tendré que variar despues, porque no serán dignos de la obra ni del autor. No me entretengo, sin embargo, en corregirlos; lo que importa es concluir la escena, que tiempo habrá despues de repasarla y pulirla.

¡Qué profundos pensamientos se me ocurren para puestos en boca del ultrajado padre!

Llevo la pluma al tintero, y al ir á ponerla sobre el papel, me detiene una voz que parece del cielo, porque procede de la boardilla, una voz que grita:

¡Fuego! ¡fuego!

Y ármase en la casa tal estrepito y barahunda tal, que no parece sino que el tirano Baltasar ha vuelto al

mundo y acaba de celebrar un festin con igual ó parecide término que aquel otro, de que ya tienen VV. noticia. Abrense puertas y ventanas, gritan las mujeres, corren los hombres, y algunos se disponen á saltar al patio desde las ventanas, ladran los perros, mayan los gatos, los vecinos más valientes tiran á la calle colchones y muebles, en la parroquia tocan á vuelo, vienen la autoridad, los bomberos, las bombas, los aguadores, un batallon y multitud de gente curiosa.

Reunidos todos estos elementos para combatir el destructor elemento que se anuncia, y que así pone en conmocion á tanta gente honrada, se advierte que no hay reja ni rendija en la casa por donde salga el humo que indique la existencia del fuego, de lo cual se deduce cuerda y prudentemente que no hay tal fuego, cosa que luego resulta bien clara con las explicaciones que da la pecadora vecina que promovió el tumulto, por haber visto arder en su alcoba un ruedo, incendiado por un fósforo, perteneciente sin duda á cierto amigo de la tal vecina, encajera por más señas, que allí habia estado de visita momentos ántes.

Tres horas ó más tardan en tranquilizarse los vecinos, y hay señora en la casa que sospecha que el fuego está oculto, y que cuando más descuidados nos hallemos, volará la casa hecha cenizas. Retíranse los trabajadores y todos los funcionarios llamados á intervenir en estos casos, y al parecer, la tranquilidad recobra su imperio en la vecindad. Pero sí, sí, ¡buenas y gordas! entónces comienzan los comentarios sobre los descuidos que suelen ser orígen de incendios, sobre la circunstancia notable de que nunca un *fuego viene solo*,

sobre el desarreglo en que, al parecer, vive la encajera que dió la voz de alarma, y sobre otra infinidad de cosas que podrán ser muy importantes, pero que ni á mis vecinos ni á mí nos importan.

Ya son las tres de la tarde, y no he podido aun escribir la escena de mi drama entre el padre y la hija; pero ahora parece que calla la vecindad, y que al fin se ha resuelto unánimemente que cada cual se ocupe en sus quehaceres sin perjuicio de tercero, y que el que en nada se ocupe se tienda á la bartola ó se vaya á dar una vuelta por ahí.

Pero está de Dios, ó mejor dicho, de la vecindad, que yo no escriba la escena de mi drama, porque hasta mis oidos llega el siguiente interesante diálogo entre una señora, inquilina del tercero, y su apreciable esposo:

—Ya te he dicho, Soledad, que no me pidas.

—Yo no pido nada que sea fuera de razon, Juan; yo necesito un vestido y un pañuelo de capucha.

—Yo necesito otras muchas cosas, y me paso sin ellas.

—Ya no puedo ir á casa de doña Gertrudis, porque es una vergüenza que me presente con el mismo vestido todos los dias.

—Nada pierdes en no ir á esa casa, porque á mí no me gusta que vayas sola á ninguna parte, y mucho ménos adonde va tanto hombre.

—Sí, ¡que los hombres me van á comer!...

—Nó, á comer precisamente, nó; pero, en fin, yo me entiendo y tú me entiendes.

—Sí que te entiendo; lo que tú quieres es que tu mujer sea tu esclava.

—Nó; lo que yo quiero es que mi mujer sea mi mujer.

—Pues tú verás cómo me compras lo que necesito.

—¿Cómo lo compro? Con dinero, hija; pero como no le hay, como soy cesante, para servir á Dios y al ministerio, como los gastos que tenemos son iguales á los que teníamos, y los ingresos son mucho menores....

—Es claro, y estaremos así hasta que Dios quiera.

—Nó, hija mia; Dios no interviene en la provision de los destinos públicos: lo seguro es que continuaremos en este estado, empeorando á medida que avance el tiempo, hasta que este ú otro gobierno se acuerde de mí....

—Pues yo no me casé contigo para eso.

—Es decir, que no te has casado conmigo, sino con mi empleo.

—Justo.

—Pues mira, me parece que ya se me va acabando la paciencia, y que vamos á acabar mal.

—Dí que empezamos mal; ya ves, á los dos años de matrimonio ya no tienes sobre qué caerte muerto.

—Eso sí que no es cierto.—¿No ves qué patio tan hermoso tiene esta casa?

—¡Báh! A tí no te da tan fuerte.—Si tú tienes horchata de chufas en las venas.... ¡Jesús! ¡Qué hombre! Otro hubiera minado ya el mundo entero para que le devolvieran su destino; pero tú.... sí, sí.... ¡qué si quieres!... ¡Ay! Si yo hubiera sabido quién eras tú....

—Mira, Soledad, no me tientes la paciencia, y tenla tú.... Ya sabes que yo soy un borrego; pero, hija, tú tienes una lengua....

—Nó lo que es á mí no se me ha de quedar nada en el cuerpo.—Tú eres un pelagatos.

—¡Cómo pelagatos!...

Y un momento despues, grita Soledad: «¡Socorro! ¡Vecinos, que me matan!»

Yo no puedo dejar de cumplir el deber que la humanidad impone á todo hombre de amparar y defender al débil contra el fuerte, y subo al piso tercero, á cuya puerta encuentro casi toda la vecindad, alarmada con aquellos gritos, y temerosa de que el cesante cometa el mas horrible de los crímenes.

Tiran mis vecínos de la campanilla, sin que se presenten el agresor ni la víctima—(y no es fácil determinar en este caso cuál de los dos es la víctima y cuál el agresor),—y cuando ya hemos decidido enviar aviso al inspector y al juez del distrito, se abre la puerta y aparece Soledad, puesta en jarras y dicieudo:

—¿Y qué?... ¿qué hay?—¡Vaya! que no puede uno respirar en su casa sin que todo el mundo venga á curiosear.... ¿Y qué?... Hemos tenido unas palabras mi marido y yo, y él me ha levantado la mano.... ¿Y qué?... ¡Para eso es mi marido!... ¡Pues!

Y cierra la puerta, dejándonos á todos viendo visiones, á pesar de que no la vemos á ella ni á su marido; y despues de emitir cada cual su juicio respecto del carácter de aquella mujer, éntrase cada cual en su habitacion, decididos todos á no intervenir otra vez en las *discusiones* del tal matrimonio.

Vuelvo, pues, á mi drama, formalmente resuelto á no distraerme, y para lograrlo, me traslado á la sala, que está bastante léjos del patio.—Acabo de mojar la

pluma por la milésima vez, y ya he podido escribir un verso completo, cuando al dirigir la vista involuntariamente á la fachada de la casa de enfrente, distingo en el balcon del piso principal el más hechicero rostro de la presente edad, perteneciente á cierta jóven, á quien hace el oso toda la parte masculina de Madrid. La niña está colocada entre las dos hojas de la persiana, y una vez hace gestos mirando á la derecha, y otras los hace mirando á la izquierda, demostrando bien claramente que en la calle, á derecha é izquierda, hay cosas ó personas que le llaman la atencion.

La maldita curiosidad me saca al balcon, deseoso de ser testigo del juego de aquella niña, y me entretengo honestamente viendo cómo le hacen el oso dos jóvenes del tenor siguiente, que delante de los balcones de la señorita lucen sus gracias y apostura; pero uno de los dos, que debe ser más avisado que el otro, ha comprendido sin duda que no es él el único sitiador de la plaza, y que el otro se cree con derecho igual, y resueltamente se acerca á su rival, y entre los dos se entabla un caloroso diálogo, que termina dándose las manos los personajes y retirándose cada uno por su lado, despues de haber decidido seguramente que el plomo ó el hierro decidan quién es el más guapo y digno de merecer el amor de aquella niña, que, al ver juntos á los dos competidores, se ha retirado avergonzada y confusa, y probablemente á hacer la visita á un tercero, que tiene sobre los otros dos la ventaja de entrar en la casa, etcétera, etcétera.

El dia está muy bueno, y á mí me distrae grandemente ver la gente que pasa por la calle, tanto, que me

olvido del padre y la hija de mi drama, divertido con las travesuras de un mono conducido por un partidario de la unidad italiana: el animalito sube á los balcones con gran agilidad, y los vecinos le acarician y le regalan, y él se relame de gusto y se muestra en extremo agradecido. Llega el mono á mi balcon, y yo le sirvo algunos terrones de azúcar, que se engulle muy gravemente, y algunas monedas que él mismo arroja al italiano del organillo, como quien quiere hacer ver que el dinero no le inspira otra cosa que profundo desden. —Y en estas reflexiones filosóficas comienzo á engolfarme, cuando veo con asombro que el mono salta dentro de la sala, y que una gata de Angola que yo tengo se arroja sobre el y le arrima unos cuantos arañazos: irritado el mico, se defiende de la gata valientemente; y yo, que sufro presenciando aquella escena de horror, cojo un palo y comienzo á aplicarlo á los combatientes, con lo cual el mono huye por el balcon, y la gata se tira á mí, y me pone la cara como un mapa-mundi, y gracias que no se queda con mis ojos entre las uñas.

Desesperado, cierro herméticamente balcones y ventanas, enciendo una vela, y me dispongo á trabajar, haciendo completa abstraccion de la sociedad y de todo el mundo. Pero mi criado, que abre á todas las señoras que se presentan á la puerta, y me niega siempre á todos los caballeros, poniéndome así algunas veces en graves conflictos, introduce en mi despacho ¿á quién dirán VV? á la vecina del piso tercero, á la mujer del cesante, á quien éste tuvo, como han visto VV., que llamar al órden, aplicándole algun bastonazo ó cosa por el estilo.

—Perdóneme V., me dice, si le molesto, vecino, pero vengo á que V. me aconseje.

Una mujer guapa que pide consejos es digna de toda consideracion, y todo caballero tiene el deber de amparar y defender á las pobres mujeres, me digo yo, olvidando mi drama para consagrar toda mi inteligencia á la cuestion que aquella señora va á presentarme.

—Mire V., me han dicho que V. es abogado, y yo quiero aconsejarme de V. para que me diga lo que he de hacer con mi marido. Ya lo sabe V., vecino, es muy bruto, y yo no quiero hacer vida con él; es decir, que yo quiero que se vaya bendito de Dios, y que me deje en paz, pero por supuesto, pasándome los alimentos, porque ya ve V., yo no tengo aquí familia, porque mi madre está en Chiclana con mi hermana, que está casada allí con un propietario, y aquí solo tengo una tia que tiene casa de empeños, y que no me tendria en su casa sino con su cuenta y razon, porque ya ve V., en estos tiempos, nadie hace un favor sino por la cuenta que le tiene, y á nadie le gusta que se le arrime otro. —Pues como digo, yo quiero divorciarme, porque ya mi marido y yo no podemos vivir en paz aunque lo mande la bula, porque mire V., cuando le veo, se me representa el mismísimo demonio, y en fin, que no puede ser.... porque como en casa comienza á faltar hasta la gracia de Dios.... y no hay que darle vueltas, donde no hay harina, todo es mohina.... y ya me entiende V.... Conque hágame V. el favor de decirme lo que he de hacer para....

En esto oigo la voz de mi criado, que grita: «¡Socorro!» y cuando voy á salir á enterarme de lo que

ocurre, veo que entra en la sala echando chispas el marido de la señora del divorcio, que no sé por quién ha averiguado que estaba allí.—Figúrense VV. la qne se arma; la señora grita y se desmaya; el marido se enfurece y me amenaza, yo cojo una silla y le abro la cabeza, y, como es consiguiente, bajan y suben los vecinos, se llama á los agentes de policia, y se quiere que yo vaya á concluir la escena de mi drama en el Saladero.

Gracias á la intervencion de algunas personas razo nables, y despues de las explicaciones convenientes, se aplaca el marido, vuelve en sí la esposa, y quedo solo otra vez.

Despues de un dia como este, es imposible que yo escriba una línea.

Lo dejaré para mañana.

Si lo permite la vecindad.

Un año hace que estoy dejando para mañana la escena entre el padre y la hija de mi famoso drama.

XXIII.

En el pueblo.

I.

Figúrense VV. un pueblo pequeño, á regular distancia de Madrid, con sus casas desiguales, unas blancas, otras negras, otras coloradas, con su iglesia y su campanario; un pueblo donde viven de lo que comen doscientos vecinos, que todos se conocen y se saben de memoria, con su alcalde, y su ayuntamiento, y su alguacil,—que es sobrino del alcalde, que es hermano del boticario, que es yerno del sacristan, que es tio del cartero, que es nieto de la estanquera,—un pueblo, que quien llegue á él á las doce del dia puede suponer que está desierto, porque no encuentra alma viviente, y solo entrando pueblo adentro se convence de su error, porque ve en medio de la calle, jugando en mitad del arroyo, un chico gordo, negro, sanote, á quien no le falta para ser Adan en el paraiso,—ántes de la broma de la costilla,—mas que el paraiso y la estatura;

está completamente desnudo, se ocupa en hacer montoncitos de barro, sin saber por qué ni para qué, y en esta operacion le sorprenderia la edad de entrar en quintas, si de la casa de enfrente no saliera una mujer sana y coloradota, con otro chico en brazos, vestido con arreglo al figurin de su hermano, la cual, viéndole entretenido en tan inocente tarea, se le acerca cautelosamente y le administra algunas manotadas, con lo que el chiquillo comienza á llorar á lágrima viva y á grito pelado, con lo que de la casa inmediata sale otra mujer á preguntar á la otra por qué pega al infante, dando esta circunstancia ocasion á un curioso diálogo entre las dos mujeres acerca de lo que los chicos dan que hacer, y de la ropa que destrozan, y de la desgracia que es haber nacido mujer, y hablando, hablando, viene á recaer la conversacion en las cualidades que distinguen á los esposos respectivos de las dos vecinas, que por aquello de que—¿á dónde irá el buey que no are?—están á aquella hora en el campo arando, miéntras sus cariñosas esposas se las hán con los chicos, que son de la piel del demonio, cuya piel no honra mucho que digamos á los padres ni á las madres.

Miren VV. hácia aquella otra casa próxima, y descubrirán, detrás de la cortina de una ventana, el semblante moreno, tostado del sol, de una vecina que está oyendo la conversacion de las dos mujeres, que no hablarian, á pesar de ser mujeres, si supieran que las espía aquella compatriota, que es la enredadora, la comprometedora, como ellas dicen, del pueblo, la que cuenta lo que oye y lo que no oye, lo que ve y lo que no ve, sin más objeto que satisfacer el odio que tiene

á las casadas, porque se han casado, y á las solteras porque se casarán, miéntras ella no encuentra quien la diga que se pudra por ninguna parte, desde que estuvo para casarse con el que se casó luego con la madre del niño que hemos visto vestido como Adan, por lo cual ha jurado odio mortal á este matrimonio, y con sus cuentos y chismes ha logrado más de una vez que el marido siente á la mujer la mano, y aun el palo, dando que hacer al alcalde, que ha tenido que usar de su autoridad, al cura, que por caridad ha tenido que dirigir severas amonestaciones á los dos cónyuges, y al médico titular del pueblo, que ha debido emplear su ciencia en curar alguna que otra contusion y varios arañazos. La *Chata*, como la llaman en el pueblo, por la sencilla razon de que tiene las narices cortas y remangadas, está oyendo para repetir despues, con el aumento correspondiente, á su antiguo infiel amante, las apreciaciones que acerca de sus cualidades morales ha hecho su mujer en el seno de la confianza y la amistad.

Y ya que hemos entrado en el pueblo, sigan VV. conmigo y veremos lo que haya que ver, que no será mucho, pero será algo.

Vean VV. aquel hombre gordo, bajo, que hace veinte años ó más que no se ve las piernas, porque se lo impide lo abultado de su vientre, vientre sin rival hoy en el mundo, porque el único rival que tuvo fué el del famoso caballo de Troya, que ya no existe. Este apreciable ciudadano está sentado en un banco á la puerta de su casa; y se ocupa en mirar el reló de la torre, porque no ha podido aun comprender cómo puede

ser que el reló ande sin moverse de aquel sitio, y no hay quien le quite de la cabeza que el sacristan es el que da las horas en la campana. Este hombre es natural del pueblo: en aquella casa á cuya puerta está sentado, nació su abuelo, y allí ha nacido su padre, y allí ha nacido él, y allí han muerto aquellos, y allí morirá él; no ha visto más mundo que su pueblo, porque ni siquiera cayó quinto, ni los habitantes de aquel rincon de España tuvieron que perseguir á los carlistas, ni que huir del cólera-morbo, que los respetó; ha oido hablar de Madrid y de la Puerta del Sol; sabe, porque se lo han dicho, que hay ferro-carriles y telégrafo, que en pocas horas se recorre mucho terreno, y que en pocos minutos saluda un rey á otro, despues de almorzar, aunque se hallen separados por muchas leguas. Este hombre, en Madrid, hubiera llegado á ministro, ó á capitalista; en el pueblo ha llegado á ser, ha sido siempre un hombre feliz, que es mejor que ser capitalista ó ministro; ha tenido buena salud, ha sentido amor y lo ha inspirado; su mujer, que ya murió, no le dió más disgusto que morirse,—con lo cual queda probado que fué un marido completamente dichoso;—ha hecho mucho bien á todo el mundo, que para él su pueblo es todo el mundo; no sabe lo que es Bolsa, ni siquiera lo que es Constitucion; le han querido hacer alcalde, y ha renunciado el cargo, por creer que es superior á sus fuerzas,—¡hoy que el hombre de ménos peso y ménos seso se cree con fuerzas para gobernar el mundo entero!—y sin embargo, este hombre es tenido en el pueblo en opinion de sábio, y lo es en efecto, porque siempre tiene un buen consejo, recto y seguro

para el jóven, un consuelo para el desgraciado, un ejemplo de amor para los matrimonios mal avenidos, una limosna para el pobre y una caricia para los niños. Cuando muera, todo el pueblo llorará su muerte, todos los padres evocarán su memoria para ejemplo de sus hijos, y todas las madres desearán para sus hijas un hombre tan bueno como él, salvo el vientre, con el que tiene un embarazo perpétuo. Más allá, á la puerta de una tienda, está sentado, leyendo *El tigre del Maestrazgo* ú otra obra moral é instructiva por el estilo, un hombre, ni viejo ni jóven, ni guapo ni feo, que viste chaqueta de manga corta, y es nada ménos que el barbero, el que afeita y corta el pelo, y pone sanguijuelas, y hace sangrías á los vecinos, y sufre la rechifla de los muchachos y los desdenes de las mozas, que le consideran un intruso en aquellos dominios, porque procede de la capital de la provincia, y porque eso de andar siempre con las manos en las barbas y en las sanguijuelas, es ocupacion incompatible con el amor, cosa que á él le irrita sobremanera, y le hace renegar de su oficio, que le priva de las dulzuras del amor y de sus consecuencias, que tan fácilmente pueden ser dulces como amargas. Por eso se dedica á la lectura, porque él, que va teniendo ya puntas de filósofo, ha oido decir que un libro es el mejor amigo. Si él tuviera el dinero suficiente para venir á Madrid, no afeitaria más á aquellos vecinos, á quienes sirve humildemente y desprecia allá en el fondo de su corazon; pero el dinero miserable que gana se lo gasta en comer, y ya empieza á creerse condenado á vivir y morir allí ignorado, ya que no ignorante, de todo el mundo, que

Dios sabe lo que pierde con tenerle en aquel destierro olvidado y oscurecido. Y luego, tiene este barbero un vecino que ha sido soldado, y está acribillado á balazos, y es muy bruto, y le ha prometido desollarle vivo, sin otro motivo que la oposicion que le hace cuando el veterano cuenta sus hechos de armas y recuerda las fechas de las batallas en que se encontró; porque como el pobre barbero cree á puño cerrado lo que cuentan *El tigre del Maestrazgo* y otras novelas *históricas* contemporáneas, y todo lo que cuentan estos libros de infantería es falso, segun el antiguo soldado, sucede que uno sosteniendo lo que vió y otro afirmando lo que ha leido, no pueden estar jamás de acuerdo; y tantas cuestiones han tenido ya, y tantas veces ha asegurado el guerrero que va á abrir en canal al barbero, que aunque éste es hombre de armas tomar, porque toma todos los dias la navaja, teme que á cualquier hora le arrime aquel un garrotazo. Si el soldado no se afeitara solo, no le temeria el barbero, porque un barbero no teme nunca á la persona de cuya vida dispone tan cómodamente. Las amenazas del soldado tambien le perjudican mucho á los ojos de las mozas, que no gustan generalmente de hombres cobardes, y ya le llaman collon y gallina, siendo esta opinion de las mozas poco equitativa, porque verdaderamente quienes no se atreven con él son ellas, que él ya se atreveria con ellas de buena gana.

Pero aquí viene el alcalde, que sale del ayuntamiento constitucional de despachar los asuntos urgentes, y el alguacil, que va á colocar un bando en el sitio de costumbre. El alcalde acaba de recibir *La Corres-*

pondencia de diez dias ántes, que con esta y aun con ménos celeridad llegan los periódicos á los pueblos, cuando no se quedan en el camino, y se dirige á su casa[1], á su gabinete de estudio, que es el zaguan de la casa, donde se sienta y se pone á leer *La Correspondencia* con toda su alma, porque *La Correspondencia* en un pueblo es un oráculo, una pitonisa, un tesoro, un consuelo, porque todo lo que dice se cree como artículo de fé, porque desde la primera línea hasta el último anuncio se devora con fruicion, saboreando y comentando cada noticia, cada palabra. Si *La Correspondencia* dice que el gobierno es muy bueno,—y eso lo dice siempre,—no hay duda que el gobierno es bueno; si dice que Fulano es un sábio, capaz sería el lector de sostenerlo tambien, á pié ó á caballo, contra cualquier follon malandrin que lo negara.—Y luego, ¡con qué regocijo, con qué superioridad comunican los suscritores á los que no lo son las noticias que trae *La Correspondencia*, para lo cual la leen dos ó tres veces, con objeto de que se es queden en la memoria! Suele suceder que el boticario está suscrito al *Imparcial*, y el maestro de escuela á otro periódico, y al secretario del ayuntamiento le manda otro un hijo suyo, que está en Madrid de *redator*, segun él dice, y lo que redacta es el nombre de los suscritores en las fajas con que se dirigen los periódicos á provincias; y como cada periódico tiene distintas ideas, y *El Imparcial* desmiente á *La Correspondencia*, y *La Correspondencia* á los otros periódicos, y los otros periódicos se hacen la oposicion, y solo están acordes en hacérsela á *La Correspondencia*, y cada lector cree que lo bue-

no, lo útil, lo cierto y lo indiscutible es lo que dice su periódico, se reproducen entre los cuatro las polémicas de los cuatro diarios, polémicas en que se acaba por no usar el lenguaje cortés y mesurado que usa la prensa, sino otro lenguaje más enérgico y contundente, escena que se repite muchas veces, y que desespera á las mujeres, que no pueden comprender cómo los hombres disputan por las tonterías que dicen los papeles, y se enfadan luego cuando ellas se ponen como ropa de pascua por motivos más formales, como son lo que dijo Fulanita de la hija de la tia Engracia, el gesto que hizo la alcaldesa cuando la boticaria entró el domingo en la iglesia, el hueso que le da siempre á la escribana en la libra de carne la mujer del cortador, nada más que porque aquella no quiso que su marido diera una carta al ordinario para que sacaran de la cárcel de Madrid á un hijo que dicho cortador tiene allí, por haber cortado las narices en riña á un amigo suyo, y otros por el estilo.

Por supuesto que el alcalde, el secretario del ayuntamiento, el boticario y el maestro de escuela, si no fueran hombres formales, contentos con su suerte y estado, caerian acaso bajo el dominio del demonio de la vanidad. ¿Y no saben VV. por qué?—Porque no hay funcionarios públicos á quienes más se mime y considere; porque el hombre político más entallado, es decir, de más talla, escribe y suplica, y se pone á la disposicion, y se encomienda en las manos ó en la vara del alcalde cuando se trata de elecciones, porque al alcalde, al secretario del ayuntamiento, al maestro de escuela y al boticario, remiten prospectos y circulares

las empresas periodísticas solicitando su apoyo, encareciendo su ilustracion y prometiéndoles la defensa de sus derechos. Los prospectos son una de las cosas que más agradan á los vecinos de un pueblo; ellos se suscriben rara vez, pero les halaga extraordinariamente ver un prospecto con su faja, que dice, por ejemplo: «Señor alcalde constitucional de tal parte.—Señor secretario del ayuntamiento constitucional, etc.,» causándoles no poco asombro que haya en Madrid tanta gente que los conozca, como si para dirigir á un alcalde un prospecto hubiera necesidad de saber mas que el pueblo de su autoridad. Hay vecino de algun pueblo que dejará una regular fortuna á sus hijos, dejándoles el papel de prospectos que ha reunido en los últimos veinte años. Pues ¡y manifiestos de candidatos á la diputacion! manifiestos llenos de salud, por lo sano de las doctrinas, y de promesas de felicidad y de elogios á la fé, al patriotismo, á la ilustracion, á la pureza de carácter, ánimo esforzado y virtudes públicas y privadas de los electores; manifiestos llenos de uncion, si no evangélica, política, que es todo lo contrario. Y lo mejor es cuando el candidato á la diputacion, ó los candidatos, que suele haber dos, y tres, y hasta cuatro, acuden á preparar el terreno, á influir en el ánimo de los electores, y por último, á presenciar la lucha que ha de llevarles al templo de las leyes ó ha de exponerles á una vergonzosa derrota, aunque verdaderamente en estas luchas electorales no hay derrota para el vencido, porque para el vencido siempre ha sido la eleccion ilegal, y siempre asegura muy formal, hasta en comunicados á los periódicos, que tiene su conciencia tranquila, y

que lo que otros llamarán su derrota es su mayor triunfo, pues bien claramente se ha manifestado la voluntad de los electores, y siempre se apresura á dar á éstos las gracias, y de buena gana les daria de palos por haberle demostrado tantas simpatías, y se despide de ellos prometiéndoles que vendrán tiempos mejores en que ellos le votarán y él será votado, con lo cual se viene el candidato vencido, muy satisfecho al parecer, pero rabiando de celos aparte, proclamando que el gobierno le ha combatido con toda clase de armas vedadas,—sin duda con navajas de Albacete.—y sintiendo en su conciencia que los electores no le han querido votar.

Y aquí descansaremos los lectores y yo, para continuar en el siguiente capítulo recorriendo el pueblo á que han tenido la bondad de acompañarme.

II.

Ya que han descansado VV. y yo tambien, seguiremos visitando este famoso pueblo, al que no ha traido todavía la civilizacion ninguno de sus adelantos, ni tampoco ninguno de sus dislates y ninguno de sus peligros, y en el cual aun puede que haya quien crea que hay en Madrid aquellos magníficos batallones de realistas que tanto se lucieron ántes de que este servidor de VV. viniera al mundo. Dejaremos al alcalde embebecido en la lectura de *La Correspondencia*, enterándose de las sábias disposiciones que adopta su compañero el alcalde-corregidor de Madrid, con objeto de adoptarlas tambien él, si le parecen convenientes, para poner

el pueblo á la altura de las necesidades del siglo, y ponerse él á la del alcalde de los alcaldes, que para él lo es el que ejerce este cargo en la córte de las Españas, y nos entraremos por aquella calle, cuya pendiente no dejaria de hacer deplorable efecto en los naturales de Madrid, que, á pesar de tantas Constituciones como han tenido á su disposicion, no tienen por desgracia la fuerte y robusta constitucion de los vecinos del pueblo. Como con nosotros vienen algunas señoras,—que es muy tonto ir hombres solos á ninguna parte,—las mujeres del pueblo, que desde los zaguanes ó las ventanas de las casas nos ven pasar, salen al momento llenas de curiosidad á la calle, con objeto de vernos mejor, y sobre todo á las señoras, cuyos vestidos largos, cuyas sombrillas y cuyos sombreros llaman poderosamente su atencion,—como que nunca han visto prendas de ese género,—y en seguida se reunen las vecinas, y no hablan de otra cosa que de los señores que han venido de Madrid, y de cómo van vestidas las señoras, dando á cada prenda un nombre particular, que ellas sustituyen al verdadero, porque éste quizás les es desconocido.

Acaso entre las mozas del pueblo hay alguna en quien el lujo de las señoras de Madrid hace una impresion profunda, y no piensa en otra cosa, ni con otra cosa sueña, y cuando está despierta suspira por aquel lujo, y cuando está dormida se ve magníficamente ataviada y doblemente hermosa, y ve—aunque nunca ha visto cosa parecida en su pueblo—el carruaje que la espera, los caballeros que la rodean en constante adoracion, y luego el teatro iluminado, y en el teatro cien y

cien, que son doscientos, caballeros, que á un mismo tiempo la asestan los gemelos, y á su lado, amable, elegante, derretido, el mejor y más caballero de todos, y luego el salon esplendoroso, donde al compás de la música van bailando como demonios cien doncellas, que no son aquellas del tributo, y otros tantos galanes, que el que ménos tiene pretensiones de ministro plenipotenciario; y ella se ve en medio de aquella brillante concurrencia, admirada de todos y más hermosa que todas....

Quizá desde el dia que ve á las señoras de Madrid comienza la pobre á entristecerse, á llorar cuando está sola y enferma, y languidece, y acaso se muere, sin saber á punto fijo lo que deseaba en el mundo. Y esto es tal vez preferible á que por satisfacer su deseo, llegue un dia á dejar el pueblo donde nació y venga á Madrid, donde acaso, acaso encuentre la realidad de alguno de sus sueños, y, lo que es peor, las tristísimas consecuencias de esta realidad.

Los mozos ven pasar á los señores, no con envidia, que no envidian ellos las botas apretadas y el ridículo sombrero que nosotros usamos, sino con enojo, con un enojo que es absurdo, pero que es, sin embargo, porque á los mozos de los pueblos les cargan—esta es la palabra que encuentro mas gráfica—los señoritos de Madrid, lo mismo que á los soldados les cargan los paisanos, á cuya clase han pertenecido ántes de entrar en la milicia, y volverán á pertenecer en cuanto tomen la licencia. Esta es una manía, como lo es la de los paletos respecto de los vecinos de la córte, manía injustificable, pero que existe y existirá largo tiempo.

Quizás su antipatía se funda en que, como las mujeres, en el pueblo como en la ciudad, son en general coquetillas, noveleras, y se pagan mucho de la ostentacion y de la galantería, temen que las mozas los comparen con los señoritos, y ellos sean los que pierdan en la comparacion. Y si esto es así, no les falta razon, porque los solteros de Madrid tienen mujeres á montones en que escoger, de todos tamaños y de todos gustos, y si una les hace una perrada, con solo dar media vuelta ya se encontrarán dos docenas de muchachas dispuestas á consolarles y á hacerles rectificar la opinion que del bello sexo hayan podido formar por la mala ventura que les cupo con la última que les dió un desengaño, miéntras que los mozos del pueblo tienen que contentarse con una, y si ésta se les echa á perder, no se dan de bruces con otra, así, como quien dice, detrás de la puerta, y además, no es tan fácil en los pueblos andar á la que salta, conquistando corazones, como en Madrid, donde no se sabe en la sala lo que pasa en el portal, ó en la cocina, ó en la escalera, y donde los padres y los maridos tienen muchas cosas de que cuidar, además de sus mujeres y sus hijas,—porque en un pueblo se sabe todo, y los padres y los maridos suelen tener mucho ojo y mucha alma para sacudir un garrotazo ó dos al lucero del alba, si éste da en la gracia de pretender marear á la hija, ó apartar del camino real de la virtud y el matrimonio á la mujer.

Pero dejemos á los mozos y á las mozas que digan, como nosotros, lo que quieran; sigamos nuestro camino, y vamos á ver al médico, que es un pobre hombre pobre, que con cinco ó seis mil reales al año—y pue-

blos hay donde ni aun tanto tiene—ha de mantenerse y mantener á su mujer y á sus hijos; que un médico soltero no está bien mirado en el pueblo, porque ningun padre y ningun marido creerian estar seguros de él, aunque yo creo que lo estarian por muy calavera que fuese el medico; el médico del pueblo tiene que ser por cinco ó seis mil reales, además de médico, un gran político; y digo gran político, porque ha de tener la habilidad de ser del partido del alcalde con el alcalde, y del partido del cura con el cura, y de todos los partidos, en fin, que tengan algun representante y defensor en el pueblo. Con este sistema medran en Madrid los grandes políticos; pero el médico lo más que puede conseguir es evitar malas voluntades, temibles porque son de las personas influyentes del pueblo; tiene que ser tambien un gran diplomático, más diplomático que el mismísimo Metternich, y más astuto que el famoso Bismark. No está, por desgracia, tan considerado como debiera el médico de partido, y no se le recompensa dignamente la abnegacion que necesita, y que en muchos casos llega hasta la heroicidad, y los disgustos que le ocasionan las preocupaciones y la maledicencia, y solo le da fuerzas para sufrirlo todo la conciencia de que todo lo hace en beneficio de la humanidad. La ingratitud es el vicio más fuertemente arraigado en el corazon del hombre, y no me dejará mentir ningun médico de pueblo, que el más querido, el más considerado tendrá que contar seguramente algun bárbaro ejemplo de ingratitud de que ha sido víctima en el pueblo.

Yo, si fuera médico, no sé si tendria la virtud de serlo en un pueblo; no me parece que sería capaz, des-

pues de largos años de estudio y de grandes desembolsos, de ir á encerrarme en un pueblo y á sufrir las ingratitudes y humillaciones que le guardan desde el alcalde hasta el último vecino.

¿Quién es aquel hombre de rostro bondadoso, reposado y filosófico andar, que viene por aquella otra calle? Es otra víctima: es el maestro de escuela otro servidor del pueblo, que tiene la obligacion de enseñar á leer, escribir y contar á todo el que quiera saber estos tres precisos rudimentos, que hay muchos que ni los quieren saber, ni, segun dicen, les hace falta, y por este servicio gana algo ménos, bastante ménos de lo que gana en Madrid un portero de cualquiera dependencia del Estado, que además de las consideraciones y preeminencias que goza, y de la importancia que él se da, y del trato—que tambien vale esto algo—que tiene con hombres públicos de todas tallas y pretendientes de todo género, que para llegar al ministro lo primero que han de hacer es captarse las simpatías é interesar el corazon, de suyo grande y magnánimo, del portero, disfruta, entre otras ventajas, la de tener casa en el mismo edificio de la oficina, en el sitio más céntrico, y siempre á su disposicion velas, azucarillos, leña y otros artículos de gran utilidad, y todo esto le permite desahogada y ancha vida, y poner aparte alguna cantidad que, dada á réditos, con garantías que convengan, á viudas, cesantes, retirados, excedentes, jubilados, y aun empleados de corto sueldo, le produce un interés muy bonito, con lo que se va asegurando la tranquilidad para la vejez, que un portero siempre llega á viejo. El maestro de escuela del pue-

blo tiene todas las virtudes en general, y en particular la de la paciencia, que ejercita valientemente todos los dias en el desempeño de sus funciones; y en una gran parte de los pueblos se destina á escuela el edificio,—algun nombre se le ha de dar,—más ruinoso y de peores condiciones, por lo que no es estraño, y más de una vez ha sucedido que á lo mejor se venga la casa abajo y haga una tortilla á las pobres criaturas y al maestro, que luego que han muerto encuentran simpatías en todos los corazones, y ántes de suceder la catástrofe no han encontrado quien les haga la caridad de salvarlos de un peligro conocido.

El maestro de escuela, si quiere no crearse enemistades, ha de tener la facultad de hacer listo y talentudo al torpe, desmemoriado y holgazan, porque los padres del chico que no aprende en la escuela, culparán seguramente al maestro, y no al discípulo. Y cuando el chico procede de alguna persona influyente del pueblo, es preciso que, aunque tenga la cabeza más dura que un adoquin, proclame el maestro que Marco Tulio Ciceron se quedaria á su lado tamañito, y que si continúa estudiando con tanto aprovechamiento y tan extraordinaria aplicacion, han de verle sus padres arzobispo, si se dedica á la iglesia, capitan general, si piensa consagrarse al bello ejercicio de las armas, y ministro, si no se dedica á nada. Y los padres de un chico tienen ojeriza á los padres de otro, y si éste sabe ó aprende más que el suyo, la mala voluntad se hace extensiva al maestro de escuela, y en seguida entra aquello de asegurar que el maestro necesita que le enseñen, y que al hijo del tio Guindilla le da premio en

los *desámenes*, porque el susodicho tio Guindilla le *unta* al maestro, y la Guindilla, es decir, la mujer del tio de este nombre es amiga de la maestra, aunque hay quien dice que es más amiga del maestro.

La maestra, la médica, la alcaldesa, la boticaria, la sacristana y el ama del cura, he aquí las seis lenguas del pueblo y del siglo; he aquí las que han de procurar ser amigas siempre y tener iguales gustos é idénticos pareceres, porque si entre éstas seis personas distintas hay rivalidades,—y es muy difícil que no las haya,—van y vienen chismes, y cuentos sin cuento, y conviértese el pueblo en un infierno, y mucho es si al fin y al cabo no se mezclan los maridos en el negocio y se arma la de Dios es Cristo.

Y esto sucede por la más leve y mínima cosa; porque la médica se ha sentado en la iglesia, inadvertidamente por supuesto, en la silla de la alcaldesa, que es más bonita que la suya,—la silla,—y tiene brazos,—la silla;—porque a la alcaldesa le gusta mucho la comodidad; porque la boticaria ha dicho que el ama del cura tiene más vanidad que D. Rodrigo en la horca; porque la sacristana se ha metido á averiguar la vida de la maestra, y ha averiguado que su padre estuvo preso en Madrid por no haber querido gritar «¡viva el rey absoluto!» cosa que favorece muy en poco al padre, y á la hija y á toda la parentela, en el concepto de la sacristana, á quien agrada extraordinariamente el absolutismo en los reyes, y sobre todo, en las sacristanas.

Por supuesto que cada pueblo, como cada hombre, tiene sus costumbres, sus vicios, sus preocupaciones;

pero hay dos vicios que son de todos los pueblos; la murmuracion y la curiosidad, no de saber lo que pasa en el mundo, sino lo que pasa, ó más bien, lo que no pasa en el pueblo. Y como estos dos vicios se ejercen en un estrecho círculo, no hay quien se libre de sus efectos, y hay en el pueblo una guerra interior, de la que ningun bien puede resultar.

Nada he dicho de la primera, de la más importante persona de un pueblo, del cura; no ha sido olvido seguramente; es que no he querido mezclar al cura en las cuestiones políticas ni electorales, ni en las murmuraciones, envidias, intriguillas y pequeñas miserias que aquejan á los honrados vecinos del pueblo, que en verdad no tienen más vicios ni más ridiculeces que los vecinos de la córte, ni son capaces de tan ruines pensamientos como los que vivimos en esta atmósfera, impregnada de ambiciones y grandes miserias.

El cura de un pueblo es el padre, es la providencia de todo el que sufre, de todo el que sin consuelo vive en el mundo; el cura de un pueblo, si ha de ejercer dignamente y con provecho su sagrado ministerio, ha de reunir en sí mismo todas las virtudes, y ha de ejercitarlas todas, que el buen ejemplo es lo que más seduce los corazones sencillos de los aldeanos; ha de tener suficiente talento para hacerse superior á todas las preocupaciones y á todas las aprensiones de los pueblos, y ha de conocer perfectamente el corazon de cada uno de sus feligreses, y ha de darles lecciones prácticas de humildad y amor al prójimo.

Quien todo esto hace sin recompensa mundana,

sin otro premio que la tranquilidad de su conciencia y la conviccion de hacer bien,—que es por cierto satisfaccion superior á todas las que se fundan en la vanidad y en la riqueza,—no puede ser un hombre vulgar, capaz de dar abrigo en su corazon á ninguna de las míseras pasiones que dominan á los humanos, porque si lo fuera, no sufriria con evangélica mansedumbre las calumnias, los odios de que suele ser objeto, que por desgracia, para vergüenza de la civilizacion, hay muchos ejemplos de estas calumnias y de éstos ódios. Yo admiro y respeto á estos hombres que ven en el enemigo el hermano, y cuya mision en el mundo es la paz y el consuelo, y que, olvidados de sí mismos, cifran toda su felicidad en la pobreza y en el amor al prójimo.

Y como ya empieza á anochecer, y el sobrino del tio *Guindilla* nos está esperando con el carrito para las señoras, y los mulos para nosotros, con objeto de llevarnos á otro pueblo donde hemos de hallar más cómodo medio de trasladarnos á la córte, pondré fin á este imperfecto boceto de costumbres.

XXIV.

Matrimonios mal avenidos.

Lector, ¿eres casado?

Dispénsame que te dirija una pregunta que se dirige á los loros.

Pero tratándose en este artículo de matrimonios, y de matrimonios mal avenidos, la pregunta está muy en su lugar.

Si eres casado, mis observaciones podrán serte de alguna utilidad, y tengo la pretension,—por más que me taches de inmodesto,—de que casado ó soltero, has de convenir en que no me falta razon en lo que diré acerca de los matrimonios, ni carece este artículo de oportunidad.

Todos recordamos el horrible asesinato de una pobre señora, que murió á manos de un asesino pagado, en medio de la calle, y en presencia de sus dos hijas, pobres ángeles que nunca podrán apartar de su imaginacion el horrible espectáculo de la muerte de

su madre; algun tiempo despues nos estremeció la narracion de otro ascsinato, cometido en la persona de otra señora por una criada que comia el pan de la pobre señora.

No deja de haber analogía entre uno y otro crímen. Ambas eran casadas, y ambas vivian separadas de sus maridos.

Esta circunstancia es para el hombre pensador la base de infinitas deducciones, que pueden reasumirse en esta:—«Vivir separados dos esposos, es, no solo una falta de moral, un escandaloso ejemplo, sino tambien un peligro constante, y el orígen de conflictos que pueden ser de funestísimas consecuencias.»

Podria citar muchísimos ejemplos de estos conflictos en todas las épocas y en todos los paises, para probar la verdad de mi aserto; pero creyendo que el lector no ha de poner en duda esa verdad, voy al objeto principal de este artículo, que, si no es gracioso, podra ser útil, que es mejor,

Hemos llegado á tal grado, á tal extremo de civilizacion, despreocupacion ó desvergüenza, que á nadie extraña ya que D. Fulano no viva con la mujer que él mismo se escogió entre la infinidad de mujeres que hay por esos mundos, ó si no se la escogió él, la tomó, siendo así que ningun fiel cristiano está obligado á tomar más mujer que la que le parece mejor.

No porque D. Fulano no viva con su mujer, dejará de ser D. Fulano un hombre bien mirado, puede que mejor mirado porque va solo, capaz de ser todo lo que hay que ser en el mundo, y á quien, sin asom-

bro de nadie, se le confia el mejor dia la moralidad y enseñanza del pueblo, ó se le ve encaramado en un ministerio.

Hay, por desgracia, mujeres que se olvidan de su deber; pero preciso es confesar, en honor de la verdad y de las mujeres, que los hombres, los más fuertes, los que más juicio y reflexion tienen ó deben tener, son los que se olvidan más frecuentemente, alentados sin duda por el ejemplo, por la impunidad que encuentran en la sociedad, y porque fácilmente hallan cómplices que aplaudan y exploten su inmoralidad y el abandono en que dejan á la esposa, que tiene derecho á todo su amor, á todo su cuidado y á su buena ó mala suerte.

A estos hombres inmorales que, con livianos pretextos, sin razon plausible ninguna, buscan otro hogar que el que ellos mismos se hicieron, cuando prometieron amor y fidelidad á sus mujeres, se les abren todas las puertas lo mismo que á los hombres celosos de su decoro, que viven sin escándalo, prosáicamente, en compañía de la esposa honrada y virtuosa.

Un ladron es un peligro para la sociedad, y la sociedad lo separa de su seno cuando en ella se introduce; pues uno de esos hombres casados, que no cumplen la obligacion sagrada que han contraido, y que hacen alarde de sus devaneos, es un peligro para la sociedad, lo mismo que lo es el ladron, y con este no peligra mas que el dinero y acaso la vida, pero con el hombre inmoral, con el marido separado de su mujer, peligran la honra y la tranquilidad de las familias.

Estos matrimonios mal avenidos, queriendo librar-

se de la pesada carga del matrimonio, se exponen á mil percances, y se encuentran con otras cargas que son más pesadas acaso que la que han querido sacudirse de encima, y muchas veces las consecuencias de la separacion llegan hasta desgracias irremediables, y tremendas catástrofes, que hubiéranse evitado si la esposa y el esposo hubieran tenido suficiente reflexion para transigir en cuestiones de carácter, y suficiente energía para tener paciencia, y hacer su estado, si no dichoso, por lo ménos tranquilo y decoroso.

La desigualdad de edades, la diferencia de fortuna suelen ser orígen de muchas desgracias en los matrimonios, y por esto, nunca será bastante lo que se haga para hacer comprender á los padres cuánto importa la vigilancia que deben ejercer respecto de las relaciones y amistades que sus hijos contraigan.

Los matrimonios por amor, los que se hacen en el *cuarto de hora tonto*, como decia mi abuela, no suelen ser más afortunados. El amor, que es una felicidad, pasa pronto, acaba pronto, como todas las felicidades, y cuando acaba el amor y no queda la amistad en los matrimonios, bien pueden considerarse infelices ella y él, si él es un hombre capaz de olvidar sus deberes, y ella no es mujer capaz de conquistar el amor del esposo á fuerza de dulzura, cuidado y abnegacion, que si es una mujer capaz de este milagro y él no se consagra al fin á su mujer por completo, y busca distracciones y aventuras fuera del hogar honrado, bien puede decirse que es un villano, aunque ocupe la mejor posicion y sea tenido por sábio, virtuoso y prototipo de moralidad y religiosidad.

De mil matrimonios por interés, la casualidad hace uno bueno; los demás son todos infiernos abreviados, que espantarian al hombre más curado de espanto, si pudiera penetrar sus misterios y leer en la imaginacion de los contrayentes.

Las mujeres, perdónenme que se lo diga, suelen tener cierta prisa por llegar á la boda, y cada una que llega á este término, ó más bien á este principio, ántes que otra, cree que ha logrado un triunfo, mayor que el de un general que, con reducidas fuerzas, se apodera de una plaza guarnecida y defendida por numeroso ejército. Este triunfo suele costarles luego muchas lágrimas y muchas ilusiones.

Los hombres tienen ménos prisa por casarse, generalmente, pero les llega un dia en que se encuentran casados sin saber cómo ni cuándo, y no siempre se conforman con el destino, cuando advierten que han hecho un solemne disparate.

La educacion que se da á las mujeres suele producir desgraciado fruto cuando llegan al matrimonio, y es en muchísimos casos orígen de lamentables desgracias.

Los padres que crean haber hecho por sus hijas todo lo que debian hacer con cuidarlas amorosamente, y no contrariarlas nunca, y hacer lucir su belleza con todo lo que la moda inventa de más caprichoso y elegante, habrán hecho muy poco, si no las educan convenientemente para la vida del matrimonio, si no las hacen comprender que al lujo, y á la ostentacion, y á los placeres, son preferibles en muchas ocasiones la honrada pobreza y la oscuridad, y las lágrimas, que

solo cuando son de vergüenza humillan á la mujer.

Los matrimonios mal avenidos son tantos, que en una casa sí y en otra tambien se encuentra alguno.

Entre ellos los hay que son pura comedia, y los hay que son horrible tragedia.

Los primeros viven en constante pelea, en completa discordancia: si ella quiere salir, él no se quiere mover; si él sale, á ella se la llevan los mismos demonios; si ella se queda en casa, él está dado al mismísimo Lucifer; ella le hace la oposicion á él, y él le hace la oposicion á ella; y los dos gritan y se ponen de ropa de pascua, y sin embargo, estos matrimonios rara vez se separan, porque en el fondo de todas estas disensiones hay un poco de amor y un mucho de costumbre.

Los segundos son matrimonios sombríos, tétricos, en los que la lengua no se mueve, pero en los que los malos pensamientos, y los odios y todas las malas pasiones tienen establecidos sus reales. Estos matrimonios suelen presentar la apariencia de la tranquilidad, ya que no la de la felicidad, y al cabo de algun tiempo suelen acabar con un gran escándalo ó con un gran crímen, que es como la estrepitosa bomba que pone fin á las funciones de fuegos artificiales.

Los hombres suelen ser víctimas de las mujeres ajenas, y alguna vez de las propias; pero las mujeres lo son siempre de los hombres en todos las estados de su vida.

Si la educacion de unas y otros fuera otra; si las ideas de religion, moralidad y decoro estuviesen firmemente arraigadas en unas y otros; si no hubiera

tantos escandalosos ejemplos de matrimonios mal avenidos; si la sociedad rechazara, como rechaza al ladron y al asesino, al hombre manchado con el fango de torpes pasiones y repugnantes vicios, y la lectura á que se aficiona la juventud no fuera la de novelas necias, inverosímiles y asquerosas, aun habria muchos matrimonios felices, y no correrian tanto peligro la honra y la tranquilidad de las familias.

XXV.

El cesante.

La etimología de la palabra *cesante* no ha sido publicada, que yo sepa, y eso que es la más fácil y natural que darse puede.

La palabra *cesante* se compone de las palabras *cesa*, —del verbo *cesar*,—y *ántes*, y quiere decir *empleado que cesa ántes de lo que le conviene ocupar un puesto en la mesa del presu-idem.*

Para no ser cesante no se conoce más que un medio, que consiste en no ser empleado, porque siendo esto, es imposible dejar de ser lo otro á la larga ó á la corta,—y siempre es á la corta para los que comen el sabroso pan del presupuesto, que como todos los bienes de la tierra—habló del país, no del presupuesto,—suele durar breve espacio.

El estado de cesante es un estado interesante,—por lo embarazoso y por lo que interesa,—y reduce á un hombre á la nulidad, porque declarar á un hombre

cesante, es decirle con toda la cortesía posible:—«Caballero, no me sirve V.; haga V. el favor de quitarse de en medio, y viva V. sin comer si puede.»

Esto, que no se le puede decir al zapatero del portal, ni al tachuelero de la esquina, se le dice con los mejores modos al empleado, que siempre es un hombre lleno de pretensiones, y que se cree tan necesario para el presupuesto como necesario es para él el presupuesto.

Los criados y las criadas que se *desacomodan*, pronto encuentran nuevo acomodo, por recomendacion del aguador, por conocimiento con otro individuo del ramo, y en último extremo, por medio de los celosos memorialistas, que, mediante una corta retribucion, proporcionan criados á los amos y amos á los criados; pero el cesante, aunque haya algun periódico memorialista, espera indefinidamente el nuevo acomodo, que llega á veces tras largos años de penalidades, y cuando el pretendiente está sin codos, por habérselos comido.

Un periódico ha dicho que en España todos somos empleados ó cesantes. Niego el supuesto: empleado soy yo, por ejemplo, si por empleado se entiende el que se emplea en algo, el que trabaja; pero cesante no lo soy, porque no he sido empleado del gobierno, y la palabra *cesante* se ha inventado para el empleado del gobierno exclusivamente,

Ser empleado es tan honroso como no ser empleado, porque yo creo que el empleado trabaja y gana decorosamente con este trabajo el pan que come, y el que le come su familia; pero ser cesante es una desdi-

cha, y no sufrirla es la ventaja que tiene el que no es empleado sobre el que lo es.

El cesante está condenado á sufrir grandes amarguras sobre la amargura mayor, que es la de no cobrar el sueldo.

En el paseo,—los cesantes se pasean mucho,—en el café, en la calle, en todas partes encuentra el cesante al venturoso mortal que ha ocupado su puesto, y que más tarde será un cesante como él.

Y además de encontrarle en todo sitio, coge un periódico y lee:—«Desde que D. Fulano se ha hecho cargo de tal negociado, se advierten grande actividad y grandes mejoras...» y ese D. Fulano es precisamente el que le ha sustituido.—Busca ansioso un periódico de oposicion, á ver si éste siquiera da la razon y un consuelo al vencido, y lee:—«Ha sido declarado cesante don Fulano, siendo nombrado en su lugar don Zutano. Todo esto nos tiene completamente sin cuidado.»

¡Vean VV. qué palabras de consuelo para un cesante!

Un dia se decide á presentarse al ministro y preguntarle la razon de la sinrazon que con él se ha hecho, recomendándose al propio tiempo á la piedad y sensible corazon del que fué su jefe, ó mejor un Saturno, que no se come los hijos, pero que los deja cesantes, que es peor que si se los comiera, porque los deja sin comer. Se viste lo mejor que puede, y con luto en el alma y llanto en los ojos, penetra en aquel recinto, en aquel paraiso con pupitres y papelotes, y sufre la humillacion de que el portero no le salude, como solia

en otros tiempos, y la de que el celoso funcionario que le ha sustituido le dirija, pasando á su lado, una despreciativa mirada de compasion, y se ponga á tararear aquella vulgarísima cancion:—«No te compongas que ya no irás...» pero todo esto lo olvida cuando, llegando al despacho del ministro, gracias á que le ha abierto paso un amigo, de quien fué su compañero en la *casa*, y que ha tenido la fortuna de no quedar cesante todavía, aunque es seguro que lo quedará un dia ú otro, entra y ve al grande hombre que da y quita los empleos,—que es un ingrato cargo, porque si aquellos á quienes da empleos pocas veces quedan contentos, aquellos á quienes se los quita quedan siempre rabiando aparte,—y la sonrisa franca y amable con que le recibe, y la bondad con que le manda tomar asiento miéntras concluye de escribir una cartita, le llenan de esperanzas, y le hacen hasta perdonar al ministro el golpe que le dió, dejándole cesante, seguro de que lo ha hecho nada más que por su bien, con la intencion de darle mejor empleo, y quizá, como estamos en verano, deseoso de nombrarle con ascenso con destino á las provincias Vascongadas, donde la temperatura es tan agradable y la vida tan deliciosa en la estacion de los calores,—que ya sabe el ministro que está delicadillo, y que el año anterior le pidió licencia para remojarse el cuerpo en San Sebastian, y volvió al cabo de dos meses sano y colorado como una manzana.

Acaba el ministro de escribir la cartita, y con vivísimo interés le pregunta por la salud, y hasta por la de la familia, y le ofrece una *breva*, que para nuestro cesante es la *breva* preliminar, si así puede decirse, de

la *breva* que en forma de credencial desea, y apénas abre la boca el cesante,—que los cesantes abren mucho la boca,—para exponer al ministro su situacion, le interrumpe éste, y le dice infinidad de cosas, que así tienen que ver con las pretensiones de mi hombre como con la cuestion de la pobre infeliz Polonia; y en el mismo instante se presenta en el gabinete de S. E. un personaje, y el ministro despide al cesante, dándole la mano, y asegurándole que en cualquier cosa que le ocurra, ya sabe que puede mandar, con lo cual vuelve el pobre hombre á su casa ó á donde tiene por conveniente, con la *breva* en la boca y sin la *breva* en el bolsillo.

El cesante, si es hombre apocado y pusilánime, sufre y calla, y se está en su casa, comiéndose lo que tiene, si tiene algo, y espera con la paciencia de un santo que llegue el tiempo de la reparacion, que suele no llegar para quien no se mueve y no intriga y no se hace presente á toda hora, que los hombres tenemos la costumbre de no hacer caso maldito del pobrete, que no nos incomoda con sus visitas, ni nos adula, ni se nos pega como una lapa, no dejándonos á sol ni á sombra.

Si, por el contrario, es hombre emprendedor y entremetido, pronto encuentra remedio en su situacion, y si no mueve cielo y tierra, hasta conseguir otro empleillo, hace un periódico, funda una sociedad de crédito, se dedica á traducir comedias, ó confecciona un veneno para matar las chinches, y quizá le va mejor que cuando estaba revolviendo expedientes y figuraba en ese precioso documento que se llama la nómina, en

el cual somos tan pocos los que no hemos figurado, y mucho ménos los que no tienen deseo de figurar, siendo este deseo universal una de las causas, ó mejor dicho, la causa de muchos males, que todos VV. conocen perfectísimamente, sin necesidad de que yo los indique.

El cesante, miéntras está en esta situacion, es un hombre que no halla en el mundo nada que le consuele, como no sea la noticia de la cesantía del prójimo, siendo su mayor satisfaccion la caida del ministerio que le dejó á pié.

Ya he dicho que hay un medio de evitar la cesantía, que consiste en no ser empleado.

Pues solo hay otro medio de evitar el deseo de ser empleado, que consiste en dedicarse á cualquiera de las muchas profesiones que hoy ofrecen al hombre activo y laborioso ancho campo y vida tranquila y modesta, que es quizás más provechosa que la vida de azares que depende del presupuesto, ocasionada á bruscas transiciones, respetando y no disputando sus puestos á los empleados que han servido honrosamente al país y á los gobiernos.

XXVI.

El ministro.

Todo el mundo quiere ser ministro.

Por ser ministro revuelve un hombre cielo y tierra, y no se da momento de reposo, y pierde la salud, y hace malas digestiones, y se espone á un sinnúmero de penalidades, que no conocen VV., los que todavía no han sido ministros.

Verdad es que yo tampoco lo he sido, aunque me siento muy capaz de hacer este sacrificio si llega el caso, que achaque es de esta pícara condicion humana admitir y hasta desear aquello que mas nos ha de perjudicar, y de que más hemos de arrepentirnos despues.—Yo sé que ser ministro es un trabajo, y con él comparados los de Hércules, eran trabajos tan poco penosos y tan llevaderos como asistir á la ópera en el teatro Real, ú oir á un puro *echar* un discurso, ó fumarse uno de tres cuartos, de los que el gobierno, que es nuestro padre, nos proporciona para hacernos odiar

el delito y compadecer al delincuente, ó mejor dicho, odiar el cigarro y compadecer al fumador.

V. no es ministro, V. es un caballero particular que vive de lo que puede, que piensa lo que le da la gana, que se arroja V. cuando quiere por la montaña rusa en los campos Elíseos, que hace V., en fin, todo aquello que se le antoja, y que así se acuerda V. de la situacion de los pobres polacos, y de la abnegacion y desinterés de la soberbia Albion, y del equilibrio europeo, como del primer diente que echó fuera de la boca el amigo Nabucodonosor.

V. tiene primos,—¿quién no los tiene?—pero no le piden á V. nunca nada, á no ser tal cual cigarro, y está V. con ellos en la mejor armonía. Los primos de su mujer de V. ni le ven, ni le oyen, ni le molestan jamás.

V., como le gusta saber lo que pasa, lee V. un periódico, dos periódicos, tres periódicos, todos los que quiere ó puede, y cree V. como artículo de fé todo lo que dicen, y se entusiasma V. con aquellos articulazos que traen, hablando de esto y de lo otro, y manifestando clarísimamente el deseo de la felicidad del país, y admira V. qué bien pone la pluma el pícaro del periodista, y con qué tino da en el clavo, y se indigna V. de que á aquel hombre no le llamen en seguida los ministros y le digan:—«Amigo, ahí tiene V. las riendas del poder; conocemos que somos junto á V. unos pelones, que no sabemos dónde está nuestra mano derecha; haga V. y deshaga á su antojo, y Dios guarde á V. muchos años para bien y prosperidad del país.»—Y se rie V. luego como un

descosido, al leer cómo le ponen á un escritor porque es gordo, lo que influye mucho sin duda en las obras que escribe, y qué de cosas le dicen á uno de los ministros porque tiene las narices largas, y porque en su infancia estuvo de monaguillo en su pueblo, y se bebia muy boniticamente el vino que sobraba en las vinajeras, con cuyos antecedentes ya conoce V. que no se puede ser buen ministro, y al mismo tiempo se instruye V. grandemente en la estadística de las altas y bajas de la Inclusa y del hospital de San Juan de Dios, y estudia V. perfectísimamente las costumbres contemporáneas en la lectura de las noticias que el periódico ó los periódicos noticieros ofrecen á la insaciable curiosidad del ilustrado público.

V. va al café cuando quiere, se está V. allí las horas muertas haciendo tiempo, que es lo que ménos puede hacerse, y sin embargo, lo que más se hace, tomando el rico café, tan recomendado para excitar el sistema nervioso, y la rica leche calentita, como que hace ocho ó diez horas que está cociendo puesta á la lumbre, ó un sorbete, que tanto lo agradece el pulmon; y fumando un cigarro, y hablando con los amigos, y oyendo contar la vida y milagros de la mujer de Zutano, y la historia de uno á quien acaban de dar un empleo, y otras cosas siempre intereresantes, y de las que siempre se saca alguna leccion provechosa; y todo esto, en una atmósfera que no es perjudicial sino porque puede ponerlo á V. en buena disposicion para llevarse á su casa la primera ó la segunda pulmonía que pase por la calle buscando en quién emplearse.

V. juega al billar, á los bolos, á la pelota, á lo que

mejor le parece, y se va V. de merienda al Vivero, á la pradera del Corregidor, y el dia de San Isidro echa V. una cana ó dos al aire, y se refocila V. en aquella pradera, y baila, si quiere, y se olvida de las penas de este pícaro mundo, y hace V., en fin, lo que se le antoja, sin que nadie le moteje, y es V. feo impunemente, y bebe V. y come cuando quiere, y tiene V. todos los caprichos y todas las manías, sin que nadie se atreva á meterse con V. ni á ponerse en ridículo públicamente, ni á declarar al mundo por medio de las trompetas de la prensa las faltas y las sobras que en V. se reunen, ni lo que V. dijo hace tiempo en contradiccion evidente con lo que dijo ántes y con lo que ha dicho despues....

Pero sea V. ministro, hágame V. ese favor, y verá V. lò que es bueno.—En primer lugar, tendrá V. que ponerse muy grave, á la altura de la situacion, porque un ministro que estuviera siempre riéndose y bromeando con este y con el otro, y que, si á mano viniera, soltara un piropo á las modistas que se encontrase en la calle, sería un ministro en quien, aunque fuera más sábio que Brijan y tuviera al país como una balsa de aceite, no tendríamos fé maldita; luego le será á V. preciso resignarse á no leer la mitad, mas algunos de los periódicos, porque cogerá V. uno y leerá:—«El señor ministro de tal ramo, es una calamidad para el »país»—Y cogerá V, otro, y leerá:—«Hemos conocido »hombres ineptos, pero como el ministro de.... no he»mos conocido ninguno.»—Y cogerá V. el tercero, y leerá:—«Si el señor ministro de.... no se apresura á »dejar el puesto. son incalculables las calamidades que

»caerán sobre el país.»—Y luego, si es V. blando de corazon y le duelen las penas del prójimo, ¡qué de amarguras le esperan en esa codiciada posicion! ¡qué sin número de padres, con seis hijos el que ménos, acudirán á V. en solicitud de empleo! ¡qué de víctimas de las revoluciones y de los *arreglos* anteriores clamarán por pronta y solemne reparacion! ¡qué de señoras de circunstancias le perseguirán á V. pidiéndole destinos para los hijos, sobrinos, parientes, testamentarios y bienhechores! ¡cómo caerá sobre V. la nube de sus parientes, y los de su mujer, y los que le lloverán como del cielo, y los que le saldrán de debajo de la tierra, por todos los sitios por donde V. pase, todos en solicitud de algo, todos entusiasmados con la buena fortuna de V., y codiciando algo parecido á un sueldo, para recordar siempre el oportuno y merecido encumbramiento de su pariente y protector!...

Y al mismo tiempo que todos estos cristianos le piden á V. lugar en la mesa del presupuesto, los que V. se ha encontrado sentados ya á la mesa, no quieren dejar sus puestos, y si V. los mueve, ya puede V. tapiarse los oidos para no oir el clamoreo que se levanta contra V., clamoreo que puede compararse con el que arman las gallinas metidas en una cesta, al ver entrar la siniestra mano que va á sacar de entre ellas dos ó tres víctimas.

Si es V. sastre, solo otro sastre tendrá la pretension de hacer una levita mejor que V., y si es V. escritor, solo todos los escritores tendrian por seguro que las obras suyas son superiores á las de V.; pero si es V. ministro, todos los que lo hayan sido, y todos los que

no lo hayan sido, todos sus conciudadanos, en fin, creerán, que gobernarian el país con mas gloria que V.

¿Y el peligro que corre V. siendo ministro, de que la política invada su hogar doméstico, y de que su mujer de V. hable de política con la mismísima gravedad que lord Palmerston, y de que su hija le haga á V. la oposicion, aleccionada en la política revolucionaria de su novio, que es un periodista de distinto partido que V?...

¿Y las exigencias del barbero, que, navaja en mano, le pide á V. un portazgo para su padre, y una beca para su hermano, y un estanco para su mujer?...

V. es muy dueño de ser ministro,—eso quisiera V; —pero francamente, me parece que sería mucho mejor que no lo fuera V. para V. y para los demás; para usted, porque siempre es sensible eso de dar gusto á nadie; y para los demás, porque habiendo uno ménos que quiera ser ministro, siempre tendrán los aspirantes una probabilidad más de llegar á esas codiciadas alturas, y un prójimo ménos á quien combatir.

Yo me contentaria, por probar nada más, con ser ministro quince ó veinte años todo lo más, y dejar despues el puesto á quien le deseara, y retirarme con mi experiencia y mis desengaños á ver los toros desde léjos.

XXVII.

Pensamientos.

I.

Estos pensamientos no son esas bonitas flores á que tan aficionadas son las niñas bonitas, y aun las feas, y no son tampoco de la familia del *Pensamiento Español*, periódico que ha dado patria al *pensamiento* como la *Razon Española* se la dió á la *razon*,—que no hay quien diga más desatinos que los sábios... Son estos unos pensamientos que he sorprendido asomados á los ojos y á la boca de varios penitentes que andan por este mundo de Madrid.

II.

DE UN EMPLEADO.

Fulano hace dimision, Zutano la hará tambien, y yo me luciria si la hiciera, pero quedarme sin los reales que cobro, no oirme decir *usía* por arriba y

usía por abajo, y por todas partes... es una triste cosa...

—Y luego, ¿á mí qué daño me he hecho yo para que me castigue yo mismo dejándome de mi propio albedrío sin comer?...

—Y ¿por qué he de decir que estoy malo, si en mi vida he tenido mejor salud, si tengo unas fuerzas como un toro, y unas ganas de comer como... un cesante?...

Y además, ¿porque yo haga dimision, la hará mi mujer de su empleo, que consiste en visitar las tiendas y mandarse hacer vestidos, y moños, y pelendengues?... ¡Qué el gobierno piensa así ó asado!... Esa es una tontería... Miéntras yo tenga el empleo, el gobierno piensa como yo, y yo como el gobierno.

Dicen que la dignidad aconseja en ciertas ocasiones... Eso sí; pero á un cesante que tiene dignidad y no tiene empleo, no le fian en la tienda, ni le sufre el casero, ni le permiten pasearse por las calles en cueros con toda su familia.

¡Nada! ¡nada! yo me quedo, pero en cuanto sepa que me van á echar, entónces hago dimision, y queda triunfante mi dignidad.

III.

DE UN CESANTE.

¡Qué escándalo! ¡qué país! ¡válgame Dios!

¿Has visto, mujer?... ¿Te acuerdas de aquel que te contaba yo cuando éramos novios, que todos los años le reprobaban?... Pues ahí lo tienes colocado con vein-

te mil reales.... Ya te acordarás de aquel profesor de cirujía menor que vivia en el cuarto tercero de tu casa.... Pues anda, anda, que tiró las lancetas y se metió con la gente gorda, y ahora.... ¡que le pinchen ratas!... Dice que le van á dar un destino.... vamos que el mejor dia le vemos desempedrando las calles... con el coche. Y yo entretanto.... ya ves.... que si tú no te hubieras puesto á coser para fuera, no habria dentro de casa ni un hueso que roer.... ¿Qué dices?... ¿que hable á D. Rufino, el que fué testigo de nuestra boda?... Es verdad que está ahora en candelero, pero ya está ese acostumbrado á ser testigo de mi desgracia, y no hará nada por mí. Nada, chica, no tenemos remedio.... me metí en mi rincon, me acobardé, me conformé con mi suerte, y nadie se acuerda de mí.... ¿Me preguntas qué vamos á hacer?... Nada, ¿qué hemos de hacer?... Tú coses para fuera y yo como para dentro... de algun tiempo morirme y descansar... ¿Qué nos van á subir el cuarto?... Anda, que miéntras no nos quiten la escalera para poder bajar.... ¡Vamos, no te apures!... que me van á hacer acomodador del Circo del Príncipe Alfonso.... Como no va nadie, no me avergonzaré de ocupar ese empleo....

IV.

DE UN USURERO.

¡Cuánto tengo que hacer mañana!... Juicio de conciliacion con la coronela que me ha pedido mil reales, para que declare haber recibido tres mil, y se obligue

á cederme la tercera parte de su paga... Lo que es cuando ella vea la tercera parte, ya habrá llovido y se habrá secado... Ya tengo treinta retenciones, treinta terceras partes que cobrar cada mes... Mañana tambien tengo que ir á que metan en la cárcel á D. Blas... aquí está la escritura de dépósito... Y él, que creia que firmaba un simple pagaré... ¡Ya se lo dirán de misas!... Pues mañana tengo que ir tambien á la Junta de la hermandad de las ánimas... Y no dejaré tampoco de ir á ver á aquella chica, que vino á empeñar el otro dia el manton en cincuenta reales... Eso sí, la dí diez reales de más... Con este carácter que tengo, me pierdo... Y es guapa, ¡vaya si es guapa!... Vamos á dormir; ¡qué bueno es no deber nada á nadie y poder dormir con toda tranquilidad y con la conciencia satisfecha!... ¡Y decir que con solos treinta duros que tenia cuando empecé tengo ya unos quince mil... Eso sí, buen trabajo me ha costado reunirlos, pero no se pescan truchas á bragas enjutas.

V.

DE UNA NIÑA.

¡Cómo me quiere Arturo!... ¡y qué guapo es!... Si mamá no quiere que me case con él, me moriré de pena... sin él, no puedo vivir... ¡Qué felíz voy á ser!... ¿pues y él?...

VI.

DE UNA CASADA.

¡Ay! ¡qué razon tenia mi madre!... ¡Cada dia descubro un nuevo vicio en Arturo!... Ya me he quedado sin el aderezo que me regaló mi hermano... Lo ha vendido para jugar... Y esa carta que se le cayó ayer en la escalera, es de una mujer... Y le dice: «¡Mi Arturo!..» ¡Pobre de mí! ¡si mi madre lo supiera, se moriria de pena!... ¡Ay! ¡cuánto daria yo por ser libre como fuí!... ¡Qué locura!... Para ser libre es preciso que se muera él... y eso nó, ¡Dios mio!

VII.

DE UN TONTO.

¡La vizcondesa me miraba mucho anoche!... ¡Y qué ojos la echaba la baronesa!... No sé á cuál de las dos me inclinaré... Eso sí, lo que es el cuñado de la vizcondesa es un hombre tan raro... me mira de un modo... El padre de la baronesa es más amable, y es visita de mi mamá... ¿Cuándo me traerá ese sastre el chaleco?... Lo que es en el teatro Real no se va á presentar un chaleco como ese... ¡300 francos me cóstó el corte!.. ¡Hola! ¡una carta!... ¿A qué es de la baronesa?... «¡Querido mio!...—¿No lo dije?—Envíame al momento los veinte napoleones que te presté en Vichy...»—¡Cómo! ¿la baronesa me ha prestado veinte napoleo-

nes?...—¡Ah! ¡nó! si es Juan, un estudiantillo de medicina, que fué á la escuela conmigo, y que me lo encontré en Vichy, que iba á acompañar á un enfermo,.. ¡Qué necio!... ¡Parece que está tratando con algun sangrador!.. ¡Qué carta tan franca y tan... ¡Y me pide esa miseria que me prestó!... ¡Qué atrevimiento!... ¡Está uno rodeado de gentuza!

VIII.

DE UN POBRE.

Juan ha hecho dinero... tomando el de los demás; Pedro lo ha ganado... sufriendo toda clase de bajezas y humillaciones. Gil tiene coche, pero en el coche lleva al lado una esposa más vieja que su madre, más fea que un pecado, que no se separa de él, que le abraza y le besa delante de las gentes, y le martiriza en casa, y le echa en cara el coche, y la levita que lleva, y el pan que come, y le ha puesto cien veces á punto de pegarse un tiro. Roque gasta, y triunfa, y figura, y está ródeado de acreedores. Pancracio heredó una gran fortuna, los vicios le han puesto hecho una lástima, hoy no se puede mover, y daria toda su fortuna por tener mi salud.

Yo no tengo mas que él dinero que cambio por lo que como, pero estoy alegre, sano, y nadie me odia ni me persigue.

¡Qué rico es el pobre!

XXVIII.

El vulgo.

Tenemos todos, muchos, mejor dicho, ardiente deseo de distinguirnos, de salir de la oscuridad y rodearnos de todo el prestigio que dan el talento, la riqueza y el poder... Todo lo sacrificamos á este fin; libertad, salud, tranquilidad, amistades de la infancia y amores de la juventud, familia quizás; nuestros amores son la gloria, ó siquiera la reputacion, ó el dinero; es decir, la Bolsa, los negocios, el agiotaje, ó una credencial de embajador, ó una cartera de ministro, ó siquiera un acta—aunque sea un poco sucia,—de diputado á Córtes; ¡ahí es nada! de representante del país, de unos cuantos vecinos que no nos conocen mas que para servirnos, que no saben mas que de oidas si somos tuertos ó derechos, ó buenos, ó malos, ó tontos, ó sabios; de padre de la patria, de persona inviolable, en fin. Y todo esto lo alcanzamos á costa de nuestra vida, de nuestras afecciones, de nuestra dignidad acaso, ó de nuestra conciencia.

Subimos á las alturas de la reputacion ó de la riqueza, ó del ministerio, y desde allí juzgamos pequeños é infelices á los hombres oscuros, sin gloria, sin carrera, que se exponen en los andamios de las casas que edificamos á romperse el bautismo, ó nos visten, ó nos calzan, ó nos sirven, ó nos venden por nuestro dinero lo que comemos y lo que nos comen nuestros amigos y nuestros servidores; y ellos tambien, tambien ellos se juzgan desgraciados cuando se comparan con nosotros, cuando ven los trenes lujosos, magníficos, del marqués ó del capitalista; cuando pagan el alquiler de su habitaciou mezquina á un gran usurero, capaz de ahorcarse y de ahorcar, si pudiera, á todos sus inquilinos por un ochavo; cuando ven los preparativos de las fiestas que celebra la aristocracia; cuando los *amigos del pueblo*, los republicanitos, les llenan la cabeza de todos los dislates propios de esta comunion política, que nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino...

No saben los hombres oscuros, los hombres del vulgo que nunca ven su nombre impreso, ni *reciben* en su casa á sus amigos y á sus enemigos, ni se oyen calificar jamás de eminentes, distinguidos, sábios, valientes y otra infinidad de adjetivos lisonjeros y aduladores, ni tampoco tienen que sufrir humillaciones, ni desahogos periodísticos, ni se ven en la precision de pedir á nadie cuenta de injurias y calumnias, ni se distraen de sus deberes, ni descuidan la educacion de sus hijos, ni se exponen á atropellar á nadie, porque nunca van en coche, á no ser en tardes de toros ó el dia de San Isidro, ó el dia en que les bautizan ó les

casan; no saben, repito, cuán envidiable es su tranquilidad, cuántos placeres tiene el vulgo, que desconocemos los que no somos ó pretendemos por lo ménos, no ser vulgo; cuántas dulcísimas sensaciones experimenta que nos están vedadas por nuestro estado ó nuestra vanidad; qué sorpresas tan agradables halla en todo, en lo que á nosotros ni nos sorprende, ni nos extraña, ni nos parece siquiera digno de atencion.

Yo envidio al vulgo; yo envidio, más que la propiedad de suntuosos palacios, y magníficos trenes, y costosos vestidos, y títulos y condecoraciones, la alegría, el descuido, la libertad, la tranquila pobreza con que vive el vulgo... el vulgo, que se queda con la boca abierta cuando lee las ardientes polémicas de los periódicos, cuando ve la manera como todos los que no somos vulgo nos afanamos por hacer felíz al pueblo, y darle garantías y derechos, y un sinnúmero de cosas, que él no acaba de entender, y que por lo mismo que no las entiende sino á medias, deben parecerle muy buenas; cuando ve pasar un general con bandas, y cruces, y bordados, y sombrero de tres picos, y seguido de ayudantes y escolta, sério, grave, empaquetado y á la altura de su posicion; cuando se encuentra con el entierro de un personaje, llevado en un carro fúnebre alegóricamente adornado de estátuas y emblemas, seguido de gran número de carruajes, en los que van fumando y hablando de sus negocios y de sus conquistas, y de crísis,—que en España todos los dias se puede hablar de crisis,—muchos amigos del difunto y muchos que nunca le han saludado siquiera; cuando ve, en fin, nuestra vanidad, nuestros vicios, nuestro encumbra-

miento y nuestras caidas, nuestra desfachatez y nuestras contradicciones, nuestras intrigas y nuestros juegos.

Los grandes hombres, los representantes del país, tienen el trabajo y la responsabilidad de hacer leyes y de hacernos á todos felices; el vulgo no tiene más que hacer que obedecer, lo que es mucho más fácil que mandar.

Los escritores se calientan los cascos para deleitar ó instruir, ó instruir y deleitar al vulgo; el vulgo, juez soberano é inflexible, tiene el derecho de mirar con el mayor desden la obra más pretenciosa y el periódico más entonado.

El rico, el banquero, el bolsista, son esclavos de la fortuna: tienen cien mil que les acechen, que les pidan, que les echen la zancadilla, que les aborrezcan, que les atribuyan vicios que tal vez no tienen: el vulgo pobre, que tambien hay vulgo que no es pobre, no tiene ningun cuidado mas que el de vivir, y le es tan indiferente el estado del comercio de Amsterdan, como el de la salud del gran turco.

El ambicioso, el intrigante, el alto empleado, el gran revolucionario, todos los que viven con la mira puesta en la satisfaccion de la sed que les aqueja de honores, de dinero, de ascensos, de aura popular, todos se cambiarian por el hombre más oscuro del vulgo, si pudieran sentir los placeres que éste siente, y gozar su tranquilidad, y disfrutar su salud y su alegría.

¿Quién es más felíz? ¿el general que manda fusilar á un soldado enemigo, ó el último soldado de su ejército, que no manda fusilar á nadie?

¿Quién es más digno de compasion? ¿el banquero á quien una mala jugada de Bolsa reduce á la miseria, es decir al suicidio,—que la miseria aun parece más horrible que el suicidio al hombre acostumbrado al fausto y á la satisfaccion de todos sus caprichos,—ó el obrero que con salud y con el poderoso estímulo del amor de la esposa honrada y los tiernos hijos, trabaja de la mañana á la noche para ganar 8 ó 10 reales, y ruega á Dios todos los dias que nunca le falten?

¿Quién es más dichosa?.... ¿la rica heredera que da su mano á un hombre á quien ningun amor profesa, porque este hombre tiene tanta ó más fortuna que ella, ó que no puede adivinar si los que se dicen sus apasionados lo están de ella ó de su dinero, ó la pobre que sabe seguramente que al hombre que aspira á su mano no le induce la codicia, sino el amor?...

¡Qué caos tan espantoso, que horrible confusion debe haber en el cerebro de algunos grandes hombres! ¡Que remordimientos, qué inquietudes, qué alarmas en el corazon de otros! Y ¡qué tranquilidad, qué alegría, qué calma tan envidiables en el hombre del vulgo!...

Donde los hombres que aspiran al poder, á la riqueza, á la inmortalidad, no distraen el ánimo de sus abrumadores pensamientos, ni se divierten, ni se rien, ni dan expansion al espíritu fatigado, allí las gentes del vulgo gozan extraordinarias delicias, y no se acuerdan de su estrechez, ni son atormentadas de ambiciosos deseos, y se alegran, y lloran de alegría, y robustecen la salud y ensanchan el espíritu...

El poderoso desconfia de sus amigos; el que nada

tiene, el que nada puede, el que nada ha de dar y nada ha de pedir, podrá no tener amigos; pero si los tiene, los tendrá sinceros.

No es esto suponer que el poderoso no puede tenerlos; es solo decir que entre los del poderoso habrá más traidores que entre los del pobre.

Una romería, la de San Isidro, por ejemplo, es una sublime expansion, una suprema alegría, una inmensa satisfaccion para el vulgo; para los hombres políticos ó de negocios, ó de letras, para los que no son nada de esto, sino simplemente hombres de mundo, caballeros aficionados al baile, á la banca,—el monte,—al teatro Real, á las carreras de caballos, al té de la marquesa Tal y al chocolate del señor Cual, ¿quieren VV. hacerme el favor de decirme qué atractivos tiene la romería de San Isidro?

Yo envidio á aquel señor gordo que, acompañado de su mujer, gorda tambien, y de tres hijos, tambien gordos, coloradotes y llorones, está sentado á la sombra, comiendo su parte de una tortilla, y dando de cuándo en cuándo un manoton á un chico que quiere coger un pedazo con los dedos, ó un consejo á otro que hace una pregunta inconveniente, ó una leccion de caridad á otro que tira una piedra á un perro, á quien el olorcillo del jamoncillo de la tortilla trae hácia el lugar del banquete. Díganle VV. á este apreciable ciudadano, que nunca ha sido,—fuera de su profesion,—mas que miliciano nacional forzoso, que Garibaldi está en Caprera con un grano en las narices, y se quedará como estaba, lo mismo que si le explican VV. el origen de la cuestion de Polonia.

Yo envidio á aquel apreciable vendedor de comestibles, que desde un asiento de galería ve la comedia, sin pensar en otra cosa que en la comedia, y alegrándose muy mucho cuando ve la virtud triunfante y el vicio castigado, y que supone que la actriz que en la comedia aparece como un modelo de mujeres fuertes, casta como Susana y heróica como las de Esparta, es efectivamente un dechado de pudor y buenas prendas, y que no podrá creer, aunque se lo digan frailes descalzos, que aquel galan de la comedia que da tantas pruebas de abnegacion y desinterés, despreciando una boda ventajosa por casarse con una pobretona, y que tantas buenas cosas dice del amor y de la religion de sus padres y de su honor, y que al fin muere cosido á puñaladas por el traidor, y muere contento porque sabe que su amada y el padre, y los hijos, digo, los sobrinos de su amada, quedan sanos y salvos, indultados los varones de la pena de muerte á que estaban condenados, y ella libre tambien de la cárcel en que la oprimia el traidor, y en disposicion de poder con toda tranquilidad llorar eternamente la temprana muerte de su apuesto amante, no podrá creer, repito, que aquel galan es un tuno de siete suelas, que le gustan las mujeres del prójimo, como si no fueran de nadie, que viste ordinariamente levita ó gaban, y no aquel bonito traje de Luis XIV; que debe á la patrona muy buenos cuartos, que debiéndolos él no pueden ser peores, y que aborrece á la actriz á quien tantas lindezas dice en la escena, y todo porque está ajustada en lugar de su mujer, que ha tenido que ajustarse en provincias. El teatro, para este personaje de quien voy ha-

blando, es la verdad, aunque la comedia que se representa sea de lo más inverosímil posible, aunque sea de mágia, en cuyo caso creerá que efectivamente el genio del mal es quien hace que salgan llamas del tablado, ó que el gracioso se convierta en cuadrúpedo, y la graciosa en paloma torcaz, y el barba en ganso, y que el genio del bien es el único que interviene en la trasformacion de una caverna de ladrones en el templo de la Felicidad ó la Gloria, y el árbol jigantesco y descarnado en bellísimo carro triunfal arrastrado por cuatro cisnes, y que anochece en efecto en aquel momento en el país, donde pasa la accion de la comedia, cuando se disminuye la luz de los quinqués, ó que cuando comienza á aclarar está saliendo precisamente el sol por encima de las bambalinas.

Yo envidio al modesto propietario de una ó dos casitas, que vive de su modesta renta, y va á la compra, si á mano viene, y aunque no venga á mano ni á pié, y le dice á su mujer lo que quiere comer, y conoce en el olor si la merluza está fresca, y discute con la criada sobre cuestiones de limpieza y ornato privado, y sabe cuándo le toca encender el farol de la escalera, y compra todos los dias *La Correspondencia,* y la lee de cabo á cola,—que no he de decir rabo, tratándose de un querido compañero de la prensa,—y cree todo lo que dice, y tiene por sábio al que lo es, segun dicho periódico, y no cree en más libros, ni en más partidos ni en más gobiernos que en *La Correspondencia.*

Yo envidio, en fin, al hombre que nunca es traido ni llevado por los periódicos; que no espera llegar á ser ministro por más crísis que haya en España; que

cree firmemente que los ministros saben más que los demás y tienen una organizacion distinta de la de los demás; que cuando oye tiros se mete en su casa y desea siempre el triunfo del gobierno; que no sabe lo que es conspirar ni lo que es autonomía, ni tiene conciencia de que le falte ningun derecho, por más que todos los dias lea en algunos periódicos amargas quejas y terribles pronósticos fundados en la falta que tienen los ciudadanos de ciertos derechos; que vive perfectamente sin el derecho de reunion, porque él dice que no le gustan malas compañías; sin el derecho de asociacion, porque una vez tuvo un sócio en cierta empresa, y por poco el sócio le deja en camisa, lo que no hubiera sido lo peor, aunque hacía frio, si no fuera la intencion del sócio dejarle además sin un ochavo, y comprometido y á punto casi de ir á la cárcel, y á todo esto en camisa; sin el derecho de peticion, porque á él no le gusta pedir favores á nadie, y tiene el genio muy corto; que no tiene nunca cuenta con el sastre, ni con nadie; que ni engaña á su mujer, ni teme que su mujer le engañe; que no sabe lo que son Panticosa, y Archena, y Vichy, y Eaux-Bonnes, ni comprende que la gente se vaya de Madrid en el verano á sudar á otra parte, dando con esto una prueba de ingratitud á Madrid, que sufre y mantiene en invierno á toda esa gente, para que luego se largue en el verano á dejar el sudor de su frente y de todo el cuerpo en otras poblaciones y á decir pestes de Madrid, donde durante el invierno conserva los ojos, que luego en el vera no tiene que dar uno por cada cosa que desea, y esto si no descarrila el tren, ó se besan dos locomotoras, ó se le hinchan al

mar las narices, ofendido de que vayan á llevarle tantas y tan extrañas dolencias todos los años, y se almuerza un par de bañistas, que almorzarse el mar un par de bañistas es tan fácil como almorzarme yo un par de huevos.

La gloria, el renombre, los calificativos eminente, ilustre, distinguido, conocido y apreciable, son una gran cosa: tener dinero parece—y no es así—mejor que no tenerlo; ser ministro se desea más que ser portero, aunque sea portero mayor; y figurar, y llamar la atencion, y satisfacer la vanidad y la soberbia, y elevarse, y crecerse, como dicen de los toros los periódicos, y distinguirse, en fin, del vulgo por cualquier medio y en cualquiera esfera, aunque sea en la de un reló, es el *desideratum* de todos los mortales en el siglo XIX.

Y con esto, nadie piensa en la salud, en la tranquilidad, en la vida dulce y apacible, en los inocentes placeres, y grandes satisfacciones, y puras alegrías del vulgo, del vulgo sin necesidades, sin acreedores, sin intrigas, sin aduladores y enemigos, sin hombres públicos y sin influencias morales, sin más cuidado, en fin, ni más obligacion que el provechoso cuidado de vivir y la grata obligacion de trabajar para una madre anciana, para una esposa amante y para unos hijos, tanto más amados, cuanto más afan, más sudores, más penas cuesta sostener su vida.

XXIX.

Doña Paquita.

Alta, gruesa, proporcionada, buena moza, viuda ó soltera, con su vestido negro, su pañuelo grande, su pié bien calzado, sus guantes siempre puestos y su velo echado, viene por aquella calle, siempre por una de las principales, una señora de buen aspecto, de buen conjunto, de andar reposado y casi majestuoso, á la que los hombres miran al pasar con cierto interés, y á quien las mujeres que pasan á su lado miran de reojo, y luego que han pasado se vuelven á mirarla el *aire* y el vestido.—Esta costumbre de mirarse las señoras de esa manera es viejísima; regularmente vienen dos en direccion opuesta. y despues de mirarse al pasar una al lado de otra, como diciéndose: ¡Te veo! dan ambas igual número de pasos, siguiendo su camino, y en el mismo momento, al tiempo mismo, como movidas por un resorte, se vuelven las dos á mirarse la espalda y la *cola*.

La señora que hemos visto y nos ha llamado la atencion por su buen *aire*, se llama doña Paquita, aunque á ella le gusta más que la llamen Paquita, como la llaman en efecto sus contemporáneas, porque á ellas tambien les gusta que las llamen Dolorcitas, Manolita, Pepita, Pilarcita, etc., etc.

La edad de doña Paquita es la que da ocasion á que se diga de una señora que es mujer de cierta edad, con lo cual ya presume el discreto lector que no habrá cosa más incierta que la edad de doña Paquita. Ella concede, y no es poco conceder, que ya no es niña, cosa que concede porque salta á la vista; pero por lo demás, protesta contra el afan que ciertas gentes tienen de reconocer fechas con más calor y con más entusiasmo que contra el reconocimiento de Italia los Ilmos. señores y las señoras ilustrísimas que han firmado los documentos insertos tiempo ha en los periódicos.

Doña Paquita lleva siempre el velo echado; y ¿saben VV. por qué? Porque una mujer de buena presencia, con el velo echado, excita grandemente la curiosidad, y á doña Paquita le gusta que la miren los hombres; y aunque parece que se incomoda y hasta se ruboriza, tambien le gusta que alguno la siga, y aun le diga alguna que otra palabrita lisongera. Doña Paquita se detiene cincuenta veces en la calle; allí se para á la puerta de una tienda, donde hay de muestra piezas de chaconada, percales, lanas y otros géneros, que doña Paquita examina y tienta para enterarse de si es mala ó buena la calidad; más allá permanece un buen rato contemplando en el escaparate de una platería

las joyas que no ha de comprar, y alguna vez suele entrar á preguntar el precio de unos pendientes, ó de una pulsera, ó de un anillo, diciendo siempre que es un encargo que la han hecho, que ya volverá, y que en un caso le han de hacer una rebaja en el precio, sin que nadie le haya encargado cosa maldita. A doña Paquita le gusta pasar por donde hay algunos hombres reunidos, que al verla, abren paso, forman en dos líneas y le dicen algun que otro piropo, que á ella le da muchísima vergüenza oir, segun lo deprisa que pasa y lo que recoge el velo, para hacerlo más discreto é impenetrable.

Pero ¿quién es doña Paquita? ¿A dónde va doña Paquita?.... preguntará el lector, siempre curioso. Doña Paquita es doña Paquita, es un tipo callejero, una mujer que se la encuentra uno cien veces en la calle, que la conocen en todas las tiendas, donde saben que se llama doña Paquita, y que rara vez compra algo, pero siempre revuelve, y entretiene, y pasa el tiempo. En una tienda le dirán á V. que es viuda de un gentil hombre; en otra, que su marido está en Cuba; en otra, que es una señora de la aristocracia; en otra, que es prima del ministro de tal ó cual ramo; porque en cada tienda ha dicho ella lo que tiene por conveniente. En las oficinas públicas la conocen tambien; en la Deuda ha estado cien veces preguntando por la liquidacion de los atrasos de un tio suyo que está impedido; en la Caja de Depósitos la han visto en ocasion de preguntar á un oficial cuándo vencian los intereses de unas obligaciones de ferro-carriles, propiedad,—las obligaciones, no los ferro-carriles,—de un primo suyo

que está fuera y la tiene que enviar poder para que los cobre; en el ministerio de la Gobernacion ha estado varias veces en la audiencia de los ministros, pretendiendo colocar á un sobrinito; á las oficinas de las Juntas de señoras benéficas ha acudido más de una vez solicitando, no para ella, sino para una amiga, socorros pecuniarios; á los empresarios de los teatros ha ido á pedir que hagan funciones en favor de una familia desgraciada; no es desconocida en las redacciones de los periódicos, de los que ha solicitado sueltos y gacetillas, ora llamando la atencion del gobierno sobre la cesantía dada á una persona de mucho mérito, ora encareciendo la habilidad y virtud de una maestra de niñas, ora dando cuenta del robo hecho á una señora en la iglesia, ora elogiando el retrato de una señora pintado por un jóven muy aprovechado; hasta en palacio conocen á doña Paquita, que ha pedido audiencias á la reina, con objeto sin duda de pedirla algo. En las iglesias se la ve tambien, como que pertenece á las *hermanas de María*, y á las *siervas de Jesús*, y á las *hijas de San José*, y otras asociaciones religiosas, que no faltan en Madrid. Ella, segun dice, conoce á todas las personas de suposicion, sabe dónde viven, y todos los marqueses, duques, príncipes, obispos, curas párrocos, capellanes de honor, son amigos de su familia, y han visitado su casa en otros tiempos, y todas las duquesas, marquesas, princesas, generalas. brigadieras, coronelas, comandantas, intendentas, camaristas, azafatas y mozas de retrete, poetisas, amas de cura, abadesas, monjas y legas, la quieren mucho y desean su visita. y la consultan en todas las cuestiones graves, y la con-

fian las más delicadas comisiones, aquellas para cuyo desempeño se necesita una inteligencia como la de doña Paquita, Esto lo dice ella, por supuesto, sin que nadie se lo pregunte.

Y ¿á dónde va doña Paquita?... No se sabe; alguno que la sigue se cansa pronto de ir tras ella, porque doña Paquita no hace mas que recorrer calles, por lo que debemos suponer que doña Paquita tiene la costumbre de vivir más en la calle que en su casa.

Si pudiéramos penetrar en su casa, acaso sabríamos de ella cosas peregrinas; acaso, si es viuda, que no lo sabemos, encontraríamos en un corredor ó en el patio á sus hijos jugando, subiéndose en el brocal del pozo, exponiéndose á desnucarse cien veces al dia, sucios, desgreñados, y educados poco más ó ménos como *salvajitos*; si es soltera, acaso la podríamos ver, siempre que hubiera algun agujero por donde verla sin ser vistos, llorar desesperada y quejarse de la suerte impía que no la ha deparado un triste marido; si es casada y su esposo no vive en su compañía, acaso la veríamos llorando alguna falta irremediable que fué orígen de la separacion...

Sean los que sean el estado y condicion de doña Paquita, lo seguro es que es una mujer muy libre, es decir, muy amiga de la libertad de salir y entrar, de ír donde quiera sin dar cuenta á nadie.... y tambien es seguro que cualquiera que sea su posicion, rica ó pobre, cualquiera que sea su estado, casada ó viuda ó soltera, y ora tenga motivos para estar triste, ora los tenga para estar alegre, doña Paquita conserva siempre una aficion, la de acicalarse, aderezarse, empere-

gilarse y retocarse exteriormente.... Así es que el color de su rostro, cuando se levanta el velo, es de lo más *hermoso*, sus dientes son blancos, en la barba tiene un lunar tan propio que parece que se lo ha pintado Gisbert, y el pelo está tan negro y reluciente como si doña Paquita se hubiese vertido una botella de tinta sobre la cabeza....

Por supuesto que doña Paquita es una señora, no vayan VV. á creer otra cosa, y ha tenido muy buenos amigos, y aun los tiene.

Pero no traten VV. de ser amigos suyos, porque me parece que doña Paquita es de las que escriben cartas como esta:

«Amigo mio: Suplico á V. que con el dador, perso»na de confianza, me haga V. el favor de enviarme »cinco duros hasta fin de mes, que se los mandaré á V. »No haria esto con otra persona, pero V. me conoce y »sabe quién soy yo. Estoy esperando una letra, y hoy »me escriben diciéndome que vendrá á fin de mes. »De V. S. S. y amiga, *Paquita*.»

Probablemente ahora irá con una peticion semejante, porque se acerca á aquel mozo de cordel de la esquina y le da una carta, dándole sin duda algunas instrucciones al mismo tiempo que la carta; el mozo entra en aquella casa de buen aspecto, y doña Paquita se acerca á una confitería, contempla un momento el escaparate, entra luego, se come un merengue y un vaso de agua,—el vaso de agua no se lo come, se lo bebe,—y despues se pone en la puerta de la tienda, como mirando unas cajas muy bonitas para dulces, y preguntando el precio á la confitera.

Pero ya vuelve el mozo de cordel, que entrega á doña Paquita la carta, diciendo:—¡Que no está el señorito!...

Doña Paquita coge la carta, sin disimular el despecho que le causa el mal éxito de su empresa, y da cuatro cuartos al mozo, aunque de muy mala gana.

Si estuviéramos más cerca de ella, la oiríamos decir:

—Veremos á ver si él otro está.

Eso será que lleva otra carta para otro; si éste contesta satisfactoriamente, acaso irá doña Paquita á comer hoy su cubierto de diez reales á la fonda, acaso irá al teatro, acaso se comprará una libra de dulces y un frasquito de *patchoulí*....

Pero dejémosla dar vueltas por Madrid, que tenemos mucho que hacer para ocuparnos en seguir á doña Paquita, además de que ya la sigue un caballero con gafas, á quien ha llamado la atencion el buen aire de doña Paquita. Se cansará probablemente ántes de saber dónde vive la señora, ó acaso, si en efecto va ella á la fonda y él se atreve á entrar, y se sienta en otra mesa, y paga lo que á él le sirvan y lo que le sirvan á ella, sabrá al fin que se llama doña Paquita, que es casada, ó viuda, ó soltera, como ella quiera, y que siempre ha sido una señora...

A ningun baile de máscaras falta doña Paquita con alguna amiga, vecina regularmente. Con careta es el demonio, que revuelve á Roma con Santiago. Verdad es que ella siempre la lleva.

FIN DE CARICATURAS Y RETRATOS.

ÍNDICE.





